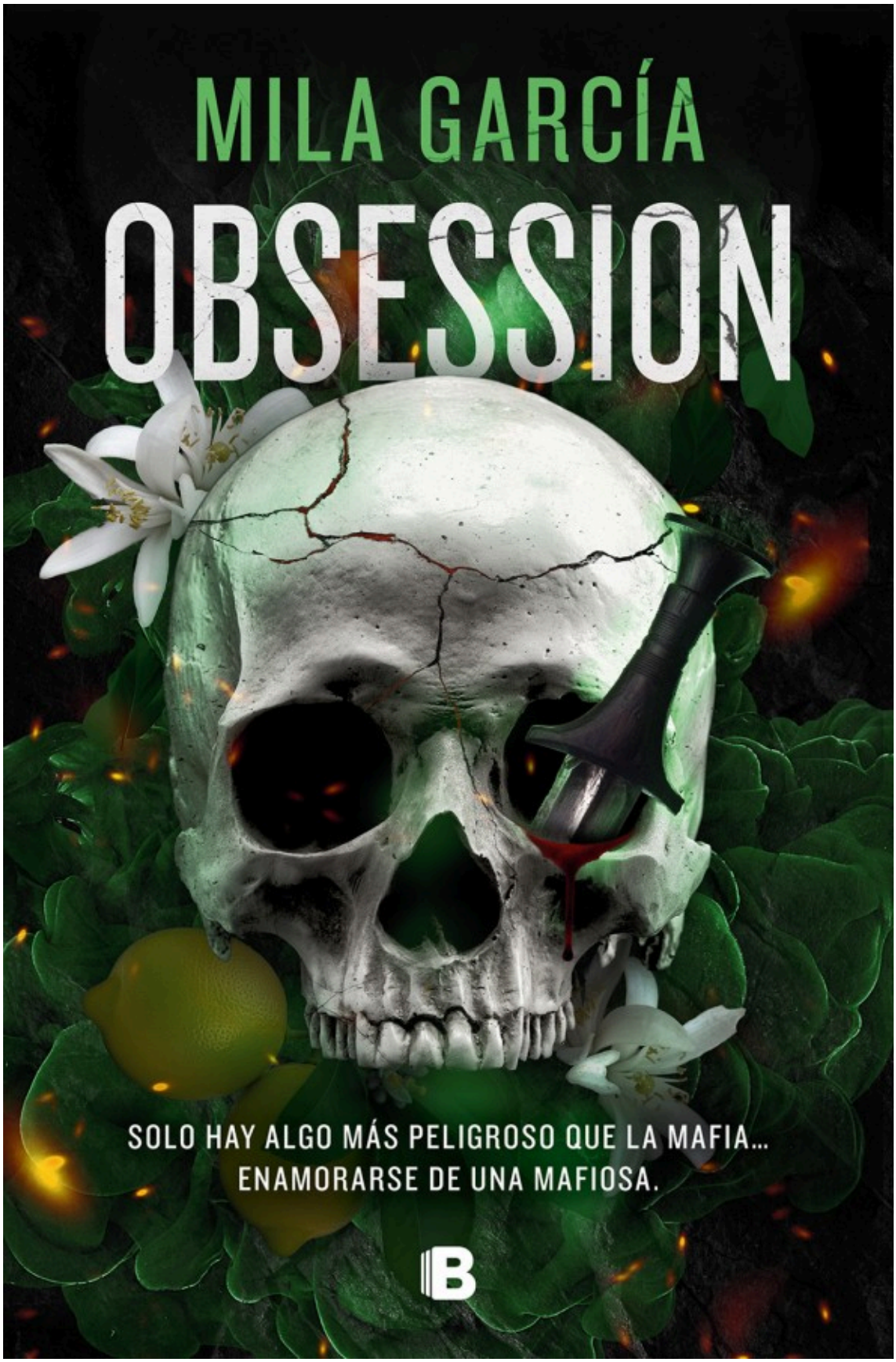
MILA GARCÍA

OBSESSION



SOLO HAY ALGO MÁS PELIGROSO QUE LA MAFIA...
ENAMORARSE DE UNA MAFIOSA.


MILA GARCÍA
OBSESSION
SOLO HAY ALGO MÁS PELIGROSO QUE LA MAFIA...
ENAMORARSE DE UNA MAFIOSA.

Obsession

Mila García



Para todos aquellos que comprenden que,
de un simple roce, puede nacer la combustión
perfecta



INTRODUCCIÓN

Me despertó una suave y leve caricia en la mejilla parecida al roce de una pluma. Pensé que me lo había imaginado, que el calor que se había extendido por todo mi cuerpo no era real, que una vez más estaba soñando con él, aunque no fuera verdad. Hasta que volví a sentirla y abrí los ojos.

Aspiré el aroma a jabón, a él.

Alexander Kane.

Ver a un hombre de casi dos metros iluminado tan solo por la luz de la luna y que portaba esa máscara de pesadillas no era una visión tranquilizadora. Mi primer instinto fue gritar tan fuerte como me lo permitiesen los pulmones, pero no pude. Él no me dejó.

Me conocía, sabía cómo reaccionaría y antes de que pudiera emitir ningún tipo de sonido me tapó la boca con una mano enguantada a la vez que, con la otra, me indicaba que guardara silencio.

Era preocupante y propio de él que, después de haber pasado seis meses desaparecido, hubiera decidido que el mejor momento para colarse en mi casa o venir a visitarme fuera de madrugada. Pero realmente no me angustié hasta que noté que la mano con la que me tapaba la boca estaba caliente, demasiado, y que una

especie de líquido me manchaba los labios y las mejillas.

Su olor, junto con el del hierro, se coló por mis fosas nasales.

Sangre.

Abrí los ojos todo lo que pude e intenté apartarlo de mí, pero entonces dejó de ordenarme silencio con la mano para agarrarme del cuello y hacerme señas con los ojos.

No estábamos solos.

Miré en todas direcciones en busca de una explicación para lo que estaba pasando… hasta que lo vi. Había un hombre tirado en el suelo, rodeado por un brillante charco de sangre que reflejaba la luz de la luna y que crecía y crecía. Todo mi cuerpo se tensó. Grité contra la mano por puro instinto, pero el agarre en mi cuello se intensificó hasta dejarme sin aliento y me obligó a mirarlo. A él, solo a él.

Con movimientos felinos y silenciosos se inclinó sobre la cama, sobre mi cuerpo, hasta pegar la cara tanto a la mía que noté el roce de la tela de su máscara.

—No grites. No digas nada —susurró con urgencia, mirándome con firmeza. Asentí—. Necesito que te levantes y no hagas ni un solo ruido. Nos están observando.

Fui a preguntar, pero me hizo un gesto con los ojos y volví a asentir.

—Tengo que sacarte de aquí —indicó. Intenté incorporarme, pero antes de que pudiera moverme un solo milímetro me pasó un arma que no dudé en agarrar—. Vístete, ropa cómoda. No enciendas ninguna luz.

Tragué saliva. ¿Qué cojones estaba pasando? ¿De dónde había salido Alexander Kane? Y lo más importante, ¿por qué había un

hombre muerto?

Cuando se incorporó, se alejó a una velocidad que aún me sorprendía y admiraba. Me puse en pie. Evité como pude la sangre que comenzaba a llegar a los pies de mi cama y avancé hasta la cómoda. Abrí el primer cajón y saqué un pantalón de deporte, una chaqueta fina y una camiseta.

Me giré para observar al hombre que había ocupado cada uno de mis pensamientos de los últimos seis meses. Estaba en la esquina más alejada de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho, observándome.

Me di la vuelta y comencé a desnudarme.

Alexander Kane era una mala decisión, siempre lo había sido y seguiría siéndolo. Que estuviera allí y que hubiera un hombre desangrándose en el suelo solo significaba una cosa: peligro.

Eso era él.

Terminé de vestirme y me calcé unos tenis antes de volver a mirar en su dirección.

Aquellos ojos que me recordaban a la primavera estaban fijos en los míos.

Asintió y se acercó a mí, observándome de arriba abajo de manera eficaz y sin ninguna prisa para la situación que estábamos viviendo.

Hacía nueve meses, cuando lo conocí, me hubiera robado el aliento. Seguramente hubiera hiperventilado, pero ahora… todo era diferente, y tanto él como yo lo sabíamos.

Aun con la máscara puesta apreció que apretaba la mandíbula antes de agarrarme la mano para sacarnos del dormitorio. Cuando llegamos al umbral, me pasó un cuchillo enfundado. Me lo guardé en

la cintura del pantalón.

—Hay otros dos hombres muertos en el salón. Si no quieres verlos, cierra los ojos y yo te sacaré de aquí —susurró sin apartar la mirada de la mía.

La manera de observarme era… No quería pensarlo ni saberlo, pero aquellos preciosos ojos expresaban demasiado. Y sentía, sin que lo dijera, que me había echado de menos. Lo hacía de la misma forma que antes, cuando vivíamos en una burbuja que había acabado por explotar.

Parpadeé varias veces para volver a la realidad.

Nueve meses antes lo habría hecho. Habría cerrado los ojos y hubiera dejado que él me condujera fuera de allí, pero ya no. Ya no era esa chica. Ya no era la tímida y callada Mia Bianchi, la mujer prudente y observadora que no interfería en temas de la mafia ni en nada que se relacionara con el peligro.

Pensaba que estaba rota, no antes, sino en aquel momento. Hasta que me di cuenta de que estaba más viva que nunca, de que por fin era libre, de que nada podría hacerme daño porque no tenía miedo. Eso a él lo enfurecía, porque el peligro o, mejor dicho, el miedo ya no era una de sus armas para controlarme.

Negué con la cabeza y lo miré con la misma intensidad que él lo hacía. Torció el gesto y no pude evitar sonreír de manera involuntaria. Había cosas que nunca cambiarían.

Era su pequeño monstruo, la pequeña creación de la que no estaba nada orgulloso. Pues que se jodiera. Todo era por su maldita culpa. Lo había echado de menos, y por la manera en la que me contemplaba, quería creer que él también a mí. No podía dejar de hacerlo. Alexander Kane se había convertido en una obsesión que

quería olvidar.

—Deberás estar atenta a todo —dijo antes de volver a su típica actitud fría y tirar de mí con el objetivo de llevarme hacia la salida.

Iba un par de pasos tras él, segura y decidida. Miré cada parte del salón. Había dos hombres muertos y salpicaduras de sangre por todas partes. Observé los cristales rotos, los cuadros torcidos…

—Sigues durmiendo como si fueras un maldito oso hibernando —susurró en voz tan baja que pensé que me lo había imaginado.

—Mi gato.

—Tu gato está a salvo. Lo tiene Bastián encerrado en nuestra casa provisional. Casi le saca los ojos. Nos espera un par de calles más abajo.

Sonreí nada más escuchar el nombre de ese bastardo. Volvió a fijar la mirada en mí, pero esta vez lo ignoré.

—Vaya… Veo que con él todo siguen siendo sonrisas y ojos bonitos —me recriminó con un tono de voz más grave, el mismo que usaba conmigo para indicarme cómo le gustaba que…

Ahí sí que me quedé sin aliento.

«Finge demencia. No has sentido nada y, por lo que más quieras, ni lo mires», me repetí a mí misma, pero ese mantra nunca funcionaba cuando se trataba de él.

—¿Celoso, Kane? —susurré con voz sensual.

Abrió los ojos de par en par, eso no se lo esperaba. Cuando se recuperó, cerró la puerta de mi casa, que había acabado convertida en una tumba.

—¿Por ti? No, amor. Eso jamás. —Me rodeó la mano con más fuerza y me acercó a él al llegar a las escaleras.

—Ya —respondí cabreada.

No debería estarlo. Joder, no debería permitir que siguiera cogiéndome la mano, pero él no me soltaba y yo no era capaz de hacerlo. No después de tanto tiempo sin verlo, sin sentirlo.

Sí, sin ninguna duda, era masoquista.

—Tú ya eres mía, cielo —susurró bajando los escalones conmigo a rastras sin ni siquiera mirar atrás.

Ahí sí que me cabreé.

—i¿De qué vas?! —grité un pelín más alto de lo que debería sabiendo que alguien intentaba encontrarnos para matarnos, o al menos a mí, por los hombres muertos de mi casa.

Alexander me dio un fuerte tirón hasta que consiguió que bajara dos escalones de golpe y me pusiera a su lado.

—Shhh… La madre que te parió, joder. No grites —gruñó contra mi cara.

—Pues deja de decir esas cosas —contesté. Me solté de malas maneras y coloqué ambas manos en las caderas.

—No es el momento, Mia. De verdad que no.

—Claro. Si en seis meses no lo ha sido, ¿por qué iba a ser distinto ahora?

Me arrepentí nada más decirlo. «Patética. Eres patética», pensé.

Alexander Kane había desaparecido hacía seis meses. Unos en los que no había dado señales de vida. Ni una llamada ni un mensaje ni un puto «hola». Pero ¿qué se puede esperar de una persona que te advirtió que no sabía lo que era el amor, la amistad? Una persona que te dejó claro desde un principio que no sabía ni conocía lo que era el afecto. Pues nada, no se puede esperar nada. Eso fue lo que obtuve yo: un silencio tan ensordecedor que dolía.

—De verdad que no es el momento —susurró con voz ronca y el

calor abrasador de sus ojos verdes.

Me quemaba la piel, sentía un nudo en la garganta que crecía y crecía con solo sentirlo cerca. Eso tenía que acabar.

—Ni nunca lo será —contesté antes de recomponerme.

Chasqueó la lengua y volvió a intentar cogerme la mano, pero no, esta vez no. Me solté de un tirón y con un gesto, o más bien con un dedo, le señalé el camino para que comenzara a andar.

Sus ojos se quedaron fijos en los míos. Aquella mirada me hizo recordar cuánto la temía al principio, la misma que con el paso del tiempo acabé buscando desesperada. Una que decía: «Si pudiera, ahora mismo te rodearía el cuello con mis propias manos y te follaría sin parar hasta que te quedaras afónica».

Seguí cada uno de sus pasos en silencio, pisaba donde él lo hacía, me detenía cuando levantaba la mano para observar. Así en cada tramo de escaleras hasta salir a la calle.

Estábamos en el mes de julio y el calor de la costa de la Toscana era asfixiante. No comprendía cómo podía ir todo de negro, con pantalón largo y los brazos cubiertos. A ver, sí lo entendía, para camuflarse y eso, pero debería buscarse un outfit veraniego de asesino loco con una manga más fina.

—Mierda —dijo Alexander y se paró en seco.

No me dio tiempo a registrar qué estaba pasando, no digamos ya a prepararme para sacar el arma y apuntar. Solo pude inhalar antes de salir volando por los aires cuando Alexander giró sobre sí mismo para cogerme de la cintura con la mano que le quedaba libre y lanzarme sobre su hombro. Salió corriendo en dirección contraria a donde nos dirigíamos.

Era sorprendente que pudiera correr a esa velocidad, hacer

quiebros y saltar conmigo sobre él. Entonces escuché los disparos, las ruedas de un coche al derrapar y el sonido de un motor cada vez más cerca.

—¡En la esquina norte!

—¿Qué? —pregunté sin aliento.

—¡Bastián, joder! ¡¿Dónde estás?! —gritó.

Un deportivo negro nos cortó el paso.

Alexander abrió la puerta trasera y nos metió dentro. Me choqué la cabeza contra el techo. Luego, mi cuerpo cayó sobre el suyo y, cuando el coche aceleró, caí a los pies del vehículo.

—¡¿Dónde están?! —gritó Alexander, que sacó su arma mientras se sentaba. Después me agarró de la camiseta y de un tirón me colocó a su lado—. ¿Estás bien? —preguntó con la voz entrecortada. No por la carrera, sino por el cabreo que tenía. Lo notaba en el tono de su voz.

Me llevé la mano a la frente y asentí.

—Ponte el cinturón —ordenó antes de cargar el arma y girarse para mirar por la luna trasera.

—Dos calles más abajo. Hola, preciosa —contestó Bastián, sonriéndome a través del retrovisor.

Le respondí del mismo modo hasta que cambió la trayectoria de tal manera que salí despedida hacia el lado contrario. Si no hubiera sido por Alexander, que de nuevo me sujetó, esta vez del pantalón, me habría estrellado contra la puerta.

—¡Ponte el puto cinturón! —gruñó tras volver a sentarme.

No esperó a que me recuperara. Con el arma aún en la mano, cogió el cinturón y me lo puso él mismo. Se pegó tanto a mí que olí su perfume, noté el calor de su cuerpo. Todo eso sin rozarme, sin

tocarme.

Tragué saliva y evité mirarlo hasta que se alejó.

—Me bajo aquí. No vuelvas —indicó a su hermano.

—¿A dónde vas? —pregunté mientras Bastián estacionaba en una esquina protegida por dos edificios.

—A matarlos —contestó.

Abrí la boca para intentar decir cualquier cosa, lo que fuera. No pude. Una sonrisa torcida fue lo último que vi antes de que saliera del coche sin mirar atrás y se escabullera en la oscuridad.

Bastián aceleró y pisó a fondo para alejarnos de allí. Seguí mirando a mis espaldas, buscándolo.

—No te preocupes, estará bien.

Miré aquellos ojos color avellana que me observaban a través del retrovisor.

—No estoy preocupada.

—Ah, vale —respondió con una sonrisa socarrona—. Perdón. Pensé que después de seis meses preguntándome por él podrías sentirte un pelín intranquila.

Negué con la cabeza y respiré. «Estará bien. Sabe lo que hace. Nunca le pasa nada. Tiene mil vidas, pero ¿cuántas le quedan?». Me retorcí los dedos sobre el regazo.

Alexander Kane, el Carnicero, había regresado para marcharse a los diez minutos. Típico de él.

—Eres un imbécil al que no se le puede contar nada.

—No pienso desmentir esa acusación. Por cierto, te he echado de menos.

—Yo también. ¿A dónde vamos? —pregunté antes de agarrarme a los reposacabezas para no ahogarme por el bloqueo del cinturón

cuando aceleró.

—A una casa franca que tenemos a las afueras.

—¿Mi gato?

—He tenido que llevarme a esa fiera antes de que despertara a todo el vecindario.

—¿Cuándo…?

—Sabíamos que vendrían esta noche —contestó.

—No sé cómo puedes conducir así, hablar, mirar por los espejos… ¡Ayyy! —grité antes de volver a mirar a nuestras espaldas y ver… nada—. ¡Nadie nos persigue! ¿Qué está pasando?

—Ezequiel ha vuelto —contestó así como de pasada.

—¿Qué?

—Que el psicópata que quería matarte ha vuelto. Bueno, nunca se fue.

PARTE UNO

PASADO



1

MIA

Volví a mirar a Enzo, quizá por centésima vez desde que habíamos despegado. No paraba de moverse, de sentarse para volver a ponerse en pie a los dos minutos y comenzar a andar por el espacio reducido del jet privado de la familia. Así una y otra vez. Todo eso, sumado a varios tics nerviosos que tenía desde que era niño, como arrugar la nariz, retorcerse los dedos y abrir y cerrar las manos, era como descubrir que tenía enfrente una bomba a punto de estallar sin saber por qué y sin un manual de cómo desactivarla.

Lo primero que pensé fue que estaría así por Gabriella, tan preocupado como yo, pero cuando le pregunté me contestó que era la que más segura se encontraba de todos por el momento y que el cabrón del ruso no dejaría que nadie que no fuera él le pusiera un dedo encima.

Veníamos de hacerle una visita a mi hermana, que se encontraba en Rusia bajo la protección de la Bratva, dirigida por Iván Nikolaievich Vasíliev. Bueno, en vez de protección, podríamos llamarlo «residencia temporal con riesgo de fuga», o al menos eso era lo que me imaginaba. Desde luego, el mapa que Keyla me obligó a entregarle indicaba eso. Intenté no reírme cuando lo pensé.

El vuelo a Múnich para una supuesta reunión de negocios de Enzo no duraría más de cuatro horas, menos incluso. Durante las dos primeras, mi querido y estúpido hermano había estado observándome cada pocos segundos. Cuando lo descubría, apartaba la vista y fingía pensar o mirar a cualquier otro lugar que no fuera yo. Lo conocía demasiado para saber que nada bueno estaba tramando.

Enzo era, de toda mi familia, el más fácil de leer, al menos para mí. Había aprendido a controlar sus tics delante de las personas que no fueran de confianza, pero cuando no había nadie y estaba preocupado, como en aquel momento, les daba rienda suelta. Además, tenía un carácter demasiado voluble y temperamental, y era obvio que estaba rozando su propio límite. Solo tendría que esperar un poco más y la mierda saldría volando por los aires.

Seguí observándolo mientras él intentaba disimular con todas sus fuerzas lo que fuera que lo carcomía.

Me relajé en el asiento y le mandé un mensaje a Keyla para informarla de que Gabi estaba sana y salva y que pronto se pondría en contacto. Aún debía tener una charla con ella para que me contara lo que tramaba mi querida hermana. Yo no interfería en temas de la mafia, menos en operaciones suicidas como la que Gabi tendría planeada, de eso podía estar segura. No quería saberlo, pero otra parte de mí, aquella que haría lo que fuera por su familia, lo deseaba, y era imposible decirle que no a mi hermana.

Revisé la agenda de la semana, hice anotaciones y mandé varios correos a proveedores mientras seguía dándole sorbos a mi café solo. Hasta que vi por el rabillo del ojo cómo Enzo se acercaba y se dejaba caer en el asiento de al lado.

Bloqueé el móvil, lo guardé en el bolsillo y me giré para mirarlo a los ojos.

—¿Y bien? —pregunté con tiento. Tenía que mantener la calma o Enzo se pondría más nervioso y acabaría cerrando esa bocaza que le dieron nuestros padres.

—No sé por dónde empezar —contestó con voz tormentosa.

—¿Qué has hecho, Enzo? —pregunté, preocupada a la vez que exigente.

No era la primera vez que se metía en líos, y no hablo de robarle a tu madre un billete de la cartera. Hablo de cosas por las que te mandarían a la cárcel y te condenarían a cadena perpetua. Era el Don de la mafia italiana. Lo mínimo que habría hecho sería matar a alguien, y de ahí en adelante, una larga lista de crímenes, cada cual más perturbador o sanguinario.

—Nada, es solo que tengo que contarte algo y no te hará ninguna gracia. Bueno, más bien tengo que pedírtelo. —Se ladeó en el asiento para situarse justo frente a mí. Veía la culpa reflejada en su mirada.

—¡No pienso casarme con nadie!

Tenía que dejarlo claro antes de que continuara. Ya habían prometido la mano de mi hermana, no él, mi *papà*. Pero Iván había sido el gran amor de Gabi desde que era una adolescente, y ambas sabíamos que por muchos años que hubieran pasado aún lo quería. Podría negarlo cada día durante el resto de su vida, pero seguiría siendo una gran mentira. Yo, sin embargo, no estaba dispuesta a sufrir su mismo destino.

Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—No es eso. Verás, preciosa Mia. —Solté todo el aire que no

sabía que estaba conteniendo de golpe. Mi segunda reacción a esas palabras fue mirarlo con suspicacia. «Mal, empezamos mal». Enzo no decía palabras bonitas a no ser que tuviera una muy mala noticia. Me enderecé en el asiento y apreté los labios para no mandarlo a la mierda antes de que pudiera terminar—. Ya sabes que intentaron matar a Gabriella.

—Sí.

—Antes de eso, alguien contrató al Carnicero para que la asesinara.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo nada más escuchar aquel apelativo.

—¿Quién es el Carnicero? —pregunté extrañada.

—Uno de los mejores asesinos del mundo. Sus estadísticas son demasiado buenas —suspiró, y dejó caer la cabeza de forma brusca contra el asiento—. Tan buenas como para saber que si hubiera aceptado el trabajo Gabriella estaría en un puto agujero a dos metros bajo tierra criando malvas.

—¿No lo aceptó? —Sentía el corazón en la garganta.

—No. Fue él quien llamó a Iván para comentárselo. Al parecer le debía un par de favores bastante gordos y sabía que el ruso la estaba buscando. Ya solo le debe uno. Bueno, dentro de poco ya no le deberá ninguno.

—Ah.

—Sí —contestó, y me miró de nuevo de esa forma tan sospechosa.

Tenía un mal presentimiento, uno tan malo que quería acabar con aquella conversación de manera desesperada, aunque sabía que eso no pasaría. Estaba atrapada en un avión a miles y miles de metros

de altura. Aunque quisiera huir o taparme los oídos, acabaría sucediendo.

—¿Y por qué estás tan nervioso? —«Vamos allá», pensé.

—¿Quizá porque alguien quiere matar a Gabi? —«Sí, era una pregunta estúpida», pero había algo más—. Y la cabeza de Gabriella no fue la única que exigieron esos hijos de puta.

Cogí aire de forma pausada. No hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta de que mi familia estaba en peligro. Ya lo estaba desde que había muerto Luca. Siempre lo había estado, pero desde aquella noche más aún.

—La tuya también estaba en el contrato, Mia —respondió con rotundidad.

Abrí los ojos de par en par.

—¡¿Qué?!

Enzo se incorporó en el asiento, me cogió la mano y la apretó con fuerza. Solo con ver su mirada, noté que estaba agotado.

—Lo siento, Mia, pero hasta que toda esta mierda se solucione necesito que estés a salvo. —Asentí despacio—. Necesito que salgas de Italia. Allí será el primer lugar a donde irán.

Esto no podía estar pasando. No otra vez.

—¡No! ¡Rotundamente no! —respondí y lo señalé con el dedo antes de ponerme en pie y alejarme de él.

—¡No es una decisión debatible! ¡Ni si quiera una elección, Mia! Es lo que hay y punto. Te guste o no, estés de acuerdo o no, se hará así —contestó mirándome desde el asiento.

—¡No podéis hacerme esto! ¡Tengo una maldita vida, Enzo! —grité con frustración porque, una vez más, llevar el apellido Bianchi me lo quitaba todo.

—¡Lo sé, hermanita, y lo siento! Pero si no sales del país, si no te vas a algún sitio donde estés segura, no podré hacer mi puto trabajo. Además de que acabarás muerta, ¡joder! —Se acercó a donde estaba—. Mírame, Mia.

Busqué esos ojos casi idénticos a los míos. Había rabia en ellos, pero sobre todo miedo.

—Ya perdí un hermano. No soportaría que os pasara lo mismo a vosotras. No puedo estar en todas partes.

Noté la humedad en mis ojos, ese nudo en la garganta que crecía y crecía cada vez que imaginaba que una situación así pudiera pasarle a otro miembro de mi familia.

—Por favor, no me lo pongas más difícil. No quiero dejarte con ese hijo de puta —gruñó—, pero allí estarás a salvo. Ese cabrón sabe cubrirse las espaldas, es casi intocable.

—¿Quién? —pregunté asustada.

—Te vas con el Carnicero.

De nuevo esa sensación, un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo.

—¡¿Qué?! ¡Me vais a mandar con un asesino!

Enzo me soltó y suspiró cansado.

—Hermanita, tu familia está llena de ellos —contestó con voz paciente mientras se frotaba los ojos—. Somos la puta mafia.

—Pero… —«Mierda, es cierto».

—Está un poco loco y tiene mal humor, pero aparte de ese par de detalles sin importancia seguro que es un encanto de persona —contestó antes de volver a su asiento—. Tu pórtate bien y listo. Eres la única cuerda de esta familia.

—No me hagáis esto —supliqué. Admiraba cómo se relajaba tan

tranquilo mientras mi vida se rompía en mil pedazos.

—Ya está hablado, Mia. Es más —miró el reloj de su muñeca—, en una hora lo conocerás.

—Enzo… —Tenía que intentarlo una vez más.

—Te prometo que cuando todo esto acabe yo mismo iré a por ti. Hablaré contigo cada día, y si ese cabrón te hace cualquier mal gesto, aunque solo sea respirar más cerca de ti de lo normal, lo mataré con mis propias manos. Le cortaré la lengua y limpiaré el suelo de la ciudad con ella. Le sacaré las putas tripas y…

—¡Basta, Enzo, por Dios!



2

ALEXANDER

Llegaban tarde.

Jodidamente tarde.

Odiaba la impuntualidad y se habían retrasado más de una hora. Era la primera vez que alguien tenía la osadía de hacer algo así. Dejé de mirar el reloj como un estúpido. El ruso me dijo que a las ocho de la mañana estarían aquí. Eran las nueve y doce minutos.

Apreté los puños y estiré el cuello en un intento por relajarme. Era imposible.

Sentía el cuerpo en tensión, ese cosquilleo que me recorría los brazos cada vez que la ansiedad por no tenerlo todo controlado me carcomía, me quitaba el sueño, la tranquilidad, la vida, joder. Estaba cabreado. Mucho.

No quería esperar a nadie, y menos hacer de niñera y protector de una *principessa* descerebrada de la mafia italiana, pero seguía debiéndole un favor a Iván.

Hacía diecisiete años ese cabrón me había salvado la vida, y no solo a mí, también a mi hermano pequeño, Bastián. Desde entonces no ha dejado de echármelo en cara. Debí matarlo cuando tuve ocasión. Lo peor de todo es que éramos un críos cuando eso

sucedió.

El padre de Iván, Nikolay, era quien dirigía la Bratva cuando ordenó acabar con la vida de mi padre. No pararon hasta que lo consiguieron gracias a la ayuda de la mafia irlandesa. Ellos fueron quienes asesinaron al Carnicero, delante de mis ojos, cuando solo era un crío de dieciséis años.

No contentos con eso, también ordenaron matarnos a nosotros, a sus hijos y a su segunda mujer, de la misma manera asquerosa y cruel. Pero Iván nos sacó de allí. Después, me puse en contacto con la madre de Bastián para contarle lo que había pasado y que se encerrase por un tiempo en el agujero más oscuro que encontrara. Ella vivía en otra ciudad, nos quedábamos bajo su cuidado cuando el Carnicero trabajaba.

Tuvimos que ocultarnos durante tanto tiempo que los meses pasaron y ella acabó perdiéndonos la pista. Nosotros también perdimos la suya.

Sobrevivimos como pudimos hasta que conseguimos establecernos. No me avergüenzo de nada de lo que tuve que hacer para conseguirlo. Robaba y amenazaba a cualquiera para darle a mi hermano de comer cuando se nos acababa el dinero. Ese era mi pan de cada día. Incluso llegamos a comer de la basura y vivir en la calle.

Fueron tiempos demasiado difíciles.

Una historia muy larga y deprimente.

Años después, ocupé el puesto de mi padre como el Carnicero. Comencé con peleas clandestinas. Vivir en los suburbios te metía en ese mundo depravado y oscuro de manera eficaz. Mi padre no nos dio una educación normal, así que sabía lo que era pelear, disparar,

matar… Nunca quise eso, pero el dinero llegaba en grandes cantidades y lo más importante: rápido. Además, era la mejor manera de sacar toda la mierda que tenía dentro.

Durante años estuve buscando a los que acabaron con la vida de mi padre, excepto a Nikolay. Iván solo me pidió dos cosas a cambio de salvarnos la vida. Una era que él mismo mataría a su padre; y la otra que le debería un favor, uno por cada uno de nosotros. Pero todos los demás, todos aquellos que participaron en su asesinato, acabaron sufriendo el mismo destino.

Estudié en escuelas nocturnas mientras por el día me buscaba la vida, incluso traficaba con drogas.

Creé una empresa desde cero con todo ese dinero manchado de sangre. Una que valía miles de millones. Invertí y trabajé duro hasta convertirme en uno de los hombres más influyentes del mundo, además de uno de los más peligrosos.

A mis treinta y dos años me dedicaba a matar a la calaña más asquerosa y peligrosa. Nadie relacionaba mi identidad con el Carnicero, nadie que no fuera Iván, de mi propio equipo o familia. Para el resto del mundo era Alexander Kane, dueño y creador de Industrias Kane, empresa dedicada a la tecnología de vigilancia e inteligencia competitiva. Costó años de trabajo, pero ser el Carnicero también ayudó a que ciertas personas, bajo amenaza, me apoyaran e invirtieran en la empresa de un chico joven y desconocido.

Ahora, después de todo ese trabajo, me encontraba cerca de los Alpes orientales, en Baviera, mientras esperaba a los hermanos Bianchi, que llegaban tarde. Solo con eso ya los detestaba.

Vivía en la ciudad de Múnich, pero era peligroso y sospechoso que un jet privado a nombre de la familia Bianchi pidiera permiso

para aterrizar. Si mi trabajo era protegerla, debía tener en cuenta todas las variables, y nadie podía saber que esa chica estaría aquí. Así que quedé con ellos en mitad de la nada, rodeados por montañas y con accesos complicados, un lugar que tuviera una sola entrada y una sola salida.

Cuando vi el jet desde la lejanía, volví a mirar el reloj. Una hora y veintidós minutos tarde.

Me ajusté la máscara y esperé. No pensaba revelar mi identidad, no a él. El trato era cuidar de la chica. Ya me exponía demasiado al dejarla entrar en mi vida y en mi casa como para también mostrarle el rostro a su hermano.

Que la dejase en mis manos ya era un grandísimo voto de confianza por su parte, y más sin saber a dónde me la llevaba ni con quién. Confianza o desesperación, me daba igual. Aunque confiaba en el ruso, no lo hacía en los italianos.

Cuando los vi aterrizar, me subí en el todoterreno y conduje hasta donde estaban.

Aparqué a una distancia prudencial, me bajé y observé a la chica. Era guapa, preciosa si te parabas a observarla como hacía yo, pero vacía. Lo notaba por la falta de brillo en aquella mirada, una que intentaba evitar la mía a toda costa. Casi me saca una sonrisa. No tenía nada que llamara la atención, solo una cara bonita plagada de temores.

Mi hermano, Bastián, había recopilado toda la información posible sobre ellos y si accedí fue porque, al parecer, era la única que no estaba loca de esa familia. Si hubiera sido Gabriella a la que tuviera que proteger, me habría importado una mierda seguir debiéndole otro favor al ruso. Además, me aseguró que no me daría ningún

problema y me prometió que mi identidad estaría segura con ella. Tampoco es que tuvieran pruebas en mi contra. Yo nunca las dejaba. Jamás.

—Llegáis tarde —comenté cuando me situé enfrente, haciendo un esfuerzo sobrehumano en todo momento para no agarrarlos del cuello y estrangularlos por el retraso.

—Complicaciones de última hora —contestó *il capo* mientras me examinaba de arriba abajo, buscando mis puntos débiles, aunque con aquella máscara era difícil.

Nada de saludos ni gilipolleces. Había venido a por ella y llegaba tarde a una reunión.

—Tengo prisa. —Miré a la chica de ojos de corderito y le hice un gesto con la cabeza.

La mano de Enzo salió disparada en mi dirección y me rodeó el cuello. Apretó con fuerza y tiró de mí para que dejara de mirarla y me centrara en él.

—No trates a mi hermana como si fuera una de tus perras, Carnicero —dijo con los dientes apretados—. No me gustaría tener que matarte si tan valioso eres para nosotros, pero no olvides, ni por un puto segundo, quién es.

—Mi trabajo es protegerla, no tratarla como a una *principessa*, como está acostumbrada —contesté tranquilo y le mantuve la mirada al capo.

—Déjalo, Enzo. No merece la pena discutir con alguien que se esconde tras una máscara —susurró en voz baja, aunque no lo suficiente como para que no pudiéramos escucharla.

Todo mi cuerpo se tensó. Miré a la chica, ahora de manera más exhaustiva. Eso no me lo esperaba.

Seguía acojonada, pero ahora había una especie de brillo en esos ojos aparte de la nada. Al parecer tenía carácter. Entrecerré los párpados y le di otro repaso. Escuché cómo *il capo* se reía antes de que me soltara de golpe.

—Después de esta aclaración —se volvió para mirar a su hermana con una sonrisa deslumbrante— y de tu ocurrente comentario, *bella mia*, me voy. Tengo gente que buscar, amenazar, matar y esas cosas. El trabajo me llama. *Ciao!*

Observé cómo le besaba la frente antes de susurrarle a saber qué. Después, me hizo un corte de mangas y se dio media vuelta para subir las escaleras del jet.

Volví a mirar a la chica. Tenía los ojos fijos en la puerta de embarque.

—¿Y tus maletas? —pregunté cuando comencé a andar en dirección al coche sin mirar atrás para comprobar si me seguía.

Antes me había fijado en que había cruzado los brazos sobre el pecho. Un gesto protector. Eso o estaba helada, de ahí mi pregunta.

—No tengo. No sabía que vendríamos aquí —contestó justo cuando se puso a mi altura. No pude evitar que se me escapase una sonrisa cuando escuché sus pequeños pasos apresurados. Me llegaba por debajo del hombro—. Mi hermano decidió que lo mejor era subirme en un avión sin escapatoria y comentarme, a una hora de aterrizar, que me despojarían de mi vida y me dejarían en las manos de un…

—Asesino —aclaré mientras le abría la puerta del coche para que se sentara—. Puedes decirlo, es lo que soy. ¿O era «cobarde»?

Por costumbre no le habría dado conversación. No me habría preocupado de si tenía frío o no, pero ese brillo en su mirada y

aquellas palabras tan sinceras que me había dedicado… Nadie se había atrevido hasta entonces a hablarme así, y los que lo habían hecho no consiguieron terminar la frase.

Dejó de admirarse los zapatos para por fin mirarme. Tenía unos ojos preciosos, color dorado, rodeados por largas y espesas pestañas oscuras. No llevaba ni una sola gota de maquillaje. No tenía ni una maldita imperfección. Giré la cabeza para verla mejor ahora que por fin se encontraba tan cerca. Tenía unos labios gruesos, muy apetecibles. Sus pómulos eran altos, plagados de pecas disimuladas. Sí, era preciosa, perfecta y olía de maravilla. A cítricos, a verano, a sol.

—Ambas, al parecer —susurró para sí misma, aunque llegué a escucharla. Ni siquiera me había dado cuenta de que había entrado en un trance hasta que oí su voz.

Podría haberle contestado, pero me limité a seguir sujetándole la puerta para que entrara y nos largáramos de allí.

No pude evitar volver a apreciar el aroma que desprendía cuando pasó por mi lado para tomar asiento.

Mierda.

Cuando entré en el coche y arranqué, noté su mirada sobre mí.

—Me llamo Mia —dijo con voz tímida.

—Lo sé —contesté.

—Siento haberte llamado… —se interrumpió a sí misma cuando giré el cuello de golpe para comprobar que, en efecto, me estaba mintiendo. No lo sentía, para nada.

Me hizo un leve gesto con la cabeza para invitarme a hablar. Seguí observándola. Me dedicó una sonrisa tímida.

—Veo que eres de pocas palabras —indicó—. Bueno, pues nada.

¿A dónde vamos?

—A Múnich.

—Qué bien —comentó sin ganas antes de acomodarse en el asiento.



3

MIA

Iba sentada en una monstruosidad de coche negro y con los cristales tintados y no podía dejar de mirar con disimulo el perfil de su rostro, cubierto con aquella máscara que provocaba que todos los vellos del cuerpo se me pusieran de punta. Era de color marfil, parecía una calavera de verdad, con las cuencas de los ojos rodeadas de venas negras. Una fina línea roja la dividía en dos, como si alguien hubiera partido un cráneo con un hacha y hubiera unido la parte frontal para crearla. El resto era tela de color negro. Bajo ella, solo pude apreciar el tono de sus ojos, de un verde esmeralda tan llamativo como escalofriante.

Había intentado ser amable, además de que me dijera su nombre real. No me hacía ninguna gracia lo que estaba pasando, pero por mucha resistencia que opusiese nadie vendría a ayudarme, y referirme a él como «el Carnicero» era bastante violento. Me hacía pensar en escenas sangrientas y… repugnantes.

Cuando me di cuenta de que no pensaba decir nada, cerré la boca, sorprendida. Aunque no sabía de qué me extrañaba después del comienzo que habíamos tenido.

Había conocido a mucha gente a lo largo de mis veintisiete años,

pero a nadie con tan poco decoro como él, igual que a nadie que me provocara ganas de llamarlo, como primera toma de contacto, «gilipollas». Eso sí que era inaudito. Yo jamás arremetía contra nadie, tampoco estaba acostumbrada a que la gente me tratara así, pero ese no era el problema. Lo era que llevaba media hora cerca de él y ya comenzaba a sacar la peor parte de mí. Y yo no era así. No quería ser así. Por eso mismo intenté disculparme, pero, la verdad, no se lo merecía.

Dejé de mirarlo antes de que me descubriese y admiré el paisaje. Verde. Todo era verde.

Las dos primeras horas continuó sin decir nada. No me molestaban los silencios, no necesitaba llenarlos con conversaciones banales para no sentirme incomoda. Es más, aproveché para mandar correos y contactar una vez más con Keyla. Seguía sin responder a ninguno de mis mensajes. Más bien continuaba sin contestar a la larga lista de preguntas que le había hecho.

Cuando llegase, tendría que llamar a mi *sous chef* para que se encargarse del restaurante en mi ausencia, que a saber de cuánto tiempo sería. No pude evitar llevarme las manos a la cabeza al pensar en el desastre que armaría Antonio por estar solo. También intenté hablar con mi padre, pero tenía el teléfono apagado. Enzo, mi captor, sin duda no me ayudaría, y Gabriella estaba con sus propios asuntos. No paré de escribir mensajes hasta que llegamos a la ciudad y bajé el móvil para admirar las vistas.

No me hizo de guía ni mucho menos. Maleducado. Accedí a Maps y activé la localización.

Al parecer estábamos en el centro, en el casco antiguo, y era preciosa. Casi pego la nariz al cristal. Conforme fuimos dejando atrás

los edificios y monumentos de cuento, nos adentramos en una zona más urbanita, con edificaciones nuevas y modernas, hasta llegar a una parte más despejada e industrial.

—¿Cómo limpias el dinero manchado de sangre que ganas? —pregunté sin pensar en la respuesta que obtendría ni en si me gustaría saberla.

Cuando me di cuenta, giré la cabeza con lentitud. Esa pregunta estaba bastante fuera de lugar.

Me miraba, sin apartar los ojos de los míos, y por el brillo que tenían supuse que no le había hecho gracia. Sabía leer bien a la gente. A diferencia de mis hermanos, lo mío era observar; lo suyo, atacar. Se podían descubrir muchas cosas con solo prestar atención. Muchos matrimonios se habían roto por un simple gesto. Podías descubrir traiciones y mentiras según ciertos movimientos. Era interesante, pero también preocupante, porque yo nunca había controlado los míos. Y aunque aquel hombre llevase una máscara, sus ojos decían demasiado.

—Tengo una empresa de vigilancia y seguridad —acabó por contestar después de unos segundos que se me hicieron eternos mientras me retorcía las manos.

—Ah. —Cerré la boca de manera súbita.

Minutos después, paramos frente a un edificio de tres plantas que parecía abandonado. Volví a fijarme en sus manos enguantadas. Había escuchado el crujir del cuero contra el volante en más de una ocasión y sentía demasiada curiosidad. No entendía por qué aún llevaba la máscara puesta, incluso en un vehículo con los cristales tintados.

Sacó un pequeño mando digital y apuntó a la puerta de acceso,

una cochera que ocupaba casi toda la fachada, repleta de grandes ventanales de cristales opacos.

Al entrar, vi que había diferentes vehículos: deportivos, todoterrenos… Todos ellos negros y, cómo no, con los cristales tintados. Vale. Estaba obsesionado con cuidar su privacidad.

Cuando detuvo el coche, no esperé a que viniera a abrirme la puerta. Salí de allí a la carrera. Cerré con un sonoro portazo y me giré para verlo. Sus andares eran elegantes, rápidos y decididos. Su mano se fue directa a la máscara y, por fin, se la quitó.

Era muy atractivo. Demasiado.

Tuve que obligarme a cerrar la boca. «Dios santo, qué vergüenza».

Tenía una nariz perfecta, una mandíbula ancha y marcada recubierta por una barba corta, perfilada con pulcritud, casi del mismo color rubio caramelo de su pelo, solo que un tono más oscuro. Lo llevaba repeinado hacia atrás. Su ropa negra hacía que sus ojos resaltaran aún más.

Me había quedado paralizada, atrapada en esos ojos verdes que ahora encajaban con aquel rostro, con aquel cuerpo. Observé sus rasgos fríos y afilados. Creaban un aura perfecta. Letal.

Joder, era muy guapo y no podía dejar de mirarlo.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. La intuición me decía que estaba en peligro, y no a salvo, cerca de él. Cuando llegó hasta mí, solo pude alzar la cabeza, sin perder esa conexión para seguir mirándolo. No paraba de preguntarme qué más se escondía detrás de aquella mirada fría.

Se detuvo a dos pasos de mí. Parecía divertirse. Desde luego se lo estaría pasando en grande al verme pasmada, mirándolo como

una idiota, aunque su rostro dijera: «Soy un asesino muy malo». Me hizo un gesto con la mano para que caminase en esa dirección. Reaccioné, menos mal, porque si no jamás me lo habría perdonado. Giré sobre los talones sin pensar, sin mirar, y casi me precipito sobre el capó del coche que había detrás. Conseguí mantener la dignidad, aunque fuera solo un poquito. Solté una pequeña risita. «Patético, Mia».

—Ten cuidado —susurró al pasar de largo y dejarme atrás.

Imbécil. Tuve que respirar un par de veces para no mandarlo a la mierda. «Relájate, tú no eres así. No actúes según los actos de otras personas, tienes tu propia identidad». No dejé de recordármelo cada segundo mientras lo perseguía.

Llegamos a un ascensor, la única entrada o salida además de la puerta levadiza que daba al exterior. Cuando se abrió, entramos y marcó una contraseña de seis dígitos.

—Solo se puede acceder al apartamento por aquí —informó antes de que llegara a formular la pregunta que tantas ganas tenía de hacerle.

Me había pillado. Otra vez esa mirada divertida hasta que parpadeó, como si él mismo se hubiera dado cuenta del tremendo error y quisiera rectificarlo.

—¿Y si hay un corte de luz? —insistí.

No me gustaba que no hubiera escapatoria o que yo no la conociera. No solía pararme a pensar en esos detalles, pero en mi situación actual, con un asesino apodado «el Carnicero» como única compañía, sí, estaba preocupada.

—Tenemos un generador capaz de cubrir las necesidades del edificio durante semanas. Se alimenta de luz solar. —Su tono de voz

era escalofriante, autoritario.

Lo peor, que me gustaba y no sabía ni por qué. Observé con descaro cómo se cruzaba de brazos, la manera en que me observaba del mismo modo que lo hacía yo, imitando mi postura. Tuve que tragar saliva, además de recordarme que debía respirar para seguir viviendo. «Pero ¿qué te pasa?».

Me apoyé en el espejo a mi espalda. Sus ojos seguían fijos en lo míos, sin perderse ningún tipo de detalle. Su presencia era imponente y yo solo podía pensar en no estrujarme los dedos por lo nerviosa que me sentía. Sabía que no le hacía gracia que estuviera allí, o eso sentía por su fulminante mirada. Aquello no había sido una elección, sino un ajuste de cuentas entre él e Iván. Al menos, eso me había contado Enzo.

Las puertas se abrieron. Daban a un enorme salón de dos plantas, precioso, elegante, moderno y frío. Todo era de color negro. Todo. Di dos pasos que resonaron por toda la estancia. El Carnicero caminó hacia el centro de la sala y comenzó a sacar sus cosas de los bolsillos antes de colocarlas con sumo cuidado sobre una mesa de cristal. Esperé tras él, sin dejar de mirar cada detalle que me rodeaba: el sofá mullido, la chimenea, las innumerables puertas que se veían en la lejanía y la enorme escalera que conducía a la segunda planta.

Nada de fotos, nada que diera color. No había vida, solo orden.

Mi apartamento era pequeño, pero lo había decorado hasta el último detalle. Era un hogar. Aquello parecía una sala de exhibición de la frialdad, un enorme castillo de hielo y oscuridad.

Carraspeó y me di la vuelta. Se había quitado los guantes. Y no pude evitar fijarme en la manera metódica y exacta en la que se

recogía las mangas de la camiseta, en el movimiento de sus manos, que provocó que no pudiera dejar de admirarlas. Eran bonitas. Grandes.

Miró en mi dirección. Elevó una ceja cuando me vio ahí parada, observándolo sin ningún descaro. Sus ojos se fueron directos a mis mejillas. Un pequeño tic le recorrió la mandíbula, pero nada más.

Mierda, debía de haberme sonrojado. Mis mejillas eran un maldito revelador de mentiras y vergüenzas que llevaba acompañándome toda la vida.

—Siéntate —ordenó y desvió la mirada al sillón de la sala.

Me había llevado ambas manos a la cara para intentar ocultar lo imposible. Volvió a observarme, esta vez con los ojos entornados y con la cabeza torcida de esa manera tan extraña que me provocaba escalofríos. Adiós a las miradas divertidas.

Di un respingo en dirección al sofá. Anduve lo más rápido que pude sin despegar la vista del suelo, no fuera a ser que volviera a tropezar, para más vergüenza, y me senté justo donde él me había indicado.

Se dirigió a la mesa de café y tiró de ella, con fuerza, provocando que sus antebrazos se hincharan. ¿Desde cuándo me fijaba en esas cosas? La dejó a escasos pasos de mí. Entonces, el Carnicero se sentó sobre ella, me miró fijamente y apoyó los codos sobre las rodillas. Me había encerrado entre sus piernas, que no me tocaban, pero, joder, aquello parecía una jaula.

¿Era yo o hacía calor de repente? Mucho. Calor.

—Seré breve. No me hace gracia tenerte en mi casa. —Torcí el gesto ante la gran revelación que acababa de hacerme. «Oh, no me lo imaginaba, para nada»—. Si estás aquí es porque le debo un favor

a Iván. Te protegeré. Harás todo lo que yo ordene, pero no pienses que te haré compañía, mucho menos que te entretendré. —Sus ojos me aniquilaron, empujaban mi cuerpo cada vez más contra el sofá hasta hundirme en el—. Te portarás bien, no saldrás a no ser que sea conmigo y no hasta que yo lo diga. No le darás esta ubicación a nadie y, por supuesto, no llamarás a nadie para que te saque de aquí. ¿Lo has entendido?

Asentí. Claro que lo hice.

—Dame tú teléfono. —Alargó la mano derecha hacia mí.

Me crucé de brazos de forma automática.

—No me dejarás incomunicada.

Giró la cabeza de nuevo de esa manera retorcida que provocaba que mi cuerpo se pusiera en tensión.

—Acabas de aceptar que harás todo lo que yo te ordene.

—Todo en esta vida tiene un límite —aseguré apretando el abrazo.

Se le escapó un resoplido.

—Es para grabarte mi número —explicó sin dejar de mirarme y de hacerme gestos con la mano para que me diera prisa.

Entrecerré los ojos. No sabía si creerle o no.

Tener enfrente a un asesino de casi dos metros que me rodeaba con su cuerpo y que me miraba como si me perdonase la vida, sin emitir ningún tipo de empatía o signo de humanidad, provocó que lo creyera. No me quedaba más remedio. Mi propio instinto me decía que aquello le estaba encantando. Por su forma de mirarme, por su forma de respirar, parecía como si saborease aquel momento.

Le pasé el móvil, evitando tocarlo. Lo grabó de manera rápida y eficaz y me lo devolvió.

—Tu habitación está arriba. —Eché un vistazo a las escaleras a su espalda—. Tienes un baño privado.

Asentí antes de volver a mirarlo. Esta vez vi un pequeño brillo en sus ojos, uno que me dio más miedo aún.

—El edificio es grande y tiene un gimnasio, además de una biblioteca, una piscina…

—¿Una biblioteca?

—Sí. —No creo que se diera cuenta de que barrió mi cuerpo de arriba abajo, pero no pude evitar retorcerme—. Está al final del pasillo, detrás de las escaleras que ves.

—Deja de aburrirla y de hablarle como si acabara de llegar a una base de entrenamiento militar, Alexander. —¿Así se llamaba? Me giré al escuchar aquella voz a mis espaldas. Una versión más joven y desaliñada del Carnicero me miraba con una sonrisa radiante. Saltó sobre el respaldo del sofá y cayó justo a mi lado—. Soy Bastián, su hermano pequeño y la alegría de la familia Kane.

Alzó la mano para que se la estrechara, y eso hice. Sonreí cuando me guiñó un ojo y me soltó para mirar a su hermano, acomodándose en el sofá.

—¿Has terminado? —preguntó Alexander con la vista clavada en la mano que su hermano me había tocado y que escondí con disimulo entre los muslos.

—No. Pero ahora es cuando tú te callas y yo me llevo a nuestra preciosa invitada a hacerle un tour por la casa como Dios manda. Por fin alguien que no está desequilibrado a nivel mental, para variar —acompañó sus palabras poniéndose de pie y alargó una mano hacia mí—. Princesa —indicó con una leve reverencia—, acompáñeme.

No pude evitar sonreír, de la misma manera que no pude controlar ponerme de pie de un salto, intentando de nuevo no rozar a Alexander. Agarré el brazo que Bastián me ofreció hasta que una mano que ocupaba más que todo mi antebrazo me detuvo. Era la primera vez que me tocaba, y una ola de calor abrasadora me recorrió todo el cuerpo. Volví a retorcerme, y no porque me estuviera haciendo daño, todo lo contrario. Estaba ardiendo.

—No me gusta el ruido ni que nadie cambie las cosas de sitio —comenzó a decir antes de mirar justo donde me tenía sujeta.

Hubo un silencio bastante incómodo.

—Es como un abuelo gruñón —susurró Bastián antes de agarrarle la muñeca a su hermano—. Suelta, coño.

Alexander dio un paso atrás sin quitar ojo al punto donde me había tocado. Yo casi jadeaba. «¿Qué mierda te pasa?», pensé.

Miré a Bastián en busca de una escapatoria.

—Vamos, princesa.

Era igual de alto que su hermano. Físicamente se parecían, con la diferencia de que él no daba miedo y su hermano sí. Eso y que era bastante más joven. Y que tenía los ojos de color avellana mezclado con verde, similar a un verde oliva oscuro.

Aproveché la ocasión para relajarme, para disfrutar aunque fuesen cinco minutos de aquel maldito día, mientras Bastián me enseñaba la casa sin parar de hablar de cosas banales, como una persona normal.

—Esta es tu habitación —indicó cuando nos detuvimos en la entrada de un dormitorio—. La de allí —apuntó con el dedo a la puerta de enfrente— es la de Alexander. —Mierda—. Y por si te lo preguntas, yo vivo en la última planta. Es un piso independiente. —

Me guiñó un ojo por si acaso no lo había pillado.

Sonreí una vez más mientras negaba con la cabeza. Aquel hombre era un sinvergüenza en mayúsculas. No había parado de lanzarme miraditas y sonrisas que provocarían un paro cardiaco a cualquier mujer, pero yo no era muy dada a dejar que eso ocurriera. Además, no me despertaba nada que no fuera ternura.

Nunca había tenido una relación seria. Bueno, nunca había tenido una relación. Salí con un par de chicos en la universidad cuando vivía en Nueva York, pero al regresar a Italia esa cuenta se estancó. Era difícil que los hombres se me acercaran siendo quien era: la hija de un mafioso y la hermana del Don. Hablando claro, nadie quería ofender a Lorenzo Bianchi al follarse a su hermana pequeña. Los que se atrevían a hacerlo formaban parte de ese mundo y los que no salían huyendo cuando descubrían quién era en realidad. Siempre descartaba a los de la primera opción, así que ese era el resumen de mi vida sentimental: un auténtico y absoluto nada de nada. Superdivertido y apasionante.

Todo eso, sumado a mi incapacidad de detectar si alguien intentaba ligar conmigo o solo era amable, ocasionaba que me quedase plantada sin saber qué decir o qué hacer. Ningún hombre o mujer me había atraído lo suficiente como para sentir el más puro y absoluto deseo, porque no había llegado a conocer a nadie tanto como para eso.

Bastián seguía mirándome con aquella sonrisa canalla mientras yo daba un paso al interior de la que sería mi habitación, negra entera. Me acerqué a la ventana. Al menos las vistas eran bonitas.

—¿Por qué no vives aquí? —pregunté antes de abrir la puerta del baño.

—Alexander es muy raro con su intimidad, ya lo conocerás mejor. —Casi me reí. Conocer a un asesino despiadado no entraba en mis planes, gracias—. Ten paciencia con él. Esta es la primera vez que va a convivir con alguien que no es de la familia.

Miré sobre mi hombro y vi que se dejaba caer en la cama. El baño tenía una enorme bañera de la que pensaba hacer uso en la primera ocasión que tuviera, es decir, esa misma noche.

—No sé si quiero conocer a una persona que me odia —añadí antes de cerrar la puerta y acercarme a él.

—No te odia —contestó y se llevó las manos bajo la cabeza—, no está acostumbrado a tratar con gente nueva. Le gusta estar solo.

—No habla mucho —dije mientras pensaba en las tres horas de coche que habíamos sufrido sin cruzar apenas dos palabras seguidas.

—Con el tiempo comprobarás que, cuando lo hace, es peor.

Lo miré para ver si lo decía de verdad o solo era una mentira piadosa. No supe qué pensar.

—No te preocupes por él, en serio. Casi nunca está aquí y cuando lo hace es como una sombra ¿Tienes hambre? —preguntó. Se puso en pie y alargó la mano para que la cogiera.

—La verdad es que sí.

Bajamos en busca de comida mientras me recomendaba un par de libros de la biblioteca. No volví a ver a Alexander en todo el día.



4

ALEXANDER

Cuando conocí a Mia Bianchi, pensé que no me causaría ningún problema.

La primera vez que la vi me pareció una muchacha tranquila, conformista. Observé cada gesto, cada suspiro, cada mirada que compartió con su hermano Lorenzo. No hubo ningún tipo de confrontación con él, simplemente dejó que la enviaran con alguien como yo. Patético.

Después, en el coche, siguió callada. Aceptó su maldito destino como si no fuera con ella. Esperaba a la típica *principessa* estúpida y caprichosa que formaría un espectáculo por cualquier nimiedad, pero no hizo nada de eso. Ningún puchero, ni una sola queja en todo el camino. Agradecí el silencio, por supuesto, pero aquello me sorprendió tanto como me enfureció. «¿Es que la puta mafia no le ha enseñado nada?». Joder, ni siquiera llevaba un arma para defenderse. Tuve que agarrar el volante con fuerza en varias ocasiones para no sacudirla con mis propias manos. Me recordé a mí mismo que ella no era mi problema. Solo era un activo que me daría beneficios, aunque su olor me volviera loco, aunque fuera preciosa y despertara sensaciones en mí que hacía demasiado tiempo que

estaban dormidas.

Cuando llegamos al edificio y le prohibí salir, solo asintió. No es que no esperara esa reacción, pero, de nuevo, no hubo nada. Ni un parpadeo de confusión. Solo aceptación, rendición. Para mí era lo mejor, menos trabajo. Su forma de mirarme, avergonzada a la par que asustada, tímida y valiente, me divertía. Toda esa mierda me cabreaba y me divertía, y eso era raro.

Después la toqué y todo lo anterior, lo de los activos y lo de que su resignación me daría menos trabajo, se fue a la mierda.

Mia Bianchi sería un problema, y de los gordos.

Odiaba el contacto físico en ambas direcciones, me asqueaba.

No entendía qué fue lo que sucedió cuando alargué la mano para detenerla. Quizá verla agarrada de Bastián o cómo se alejaba de mí provocó ese arrebato. No me di cuenta de lo que había hecho hasta que noté la suavidad de su piel, su calor. Al hacerlo, el miedo me paralizó. Aquel sentimiento tan desconocido para mí volvió a visitarme después de tantos años. Los latidos del corazón se me aceleraron y casi la suelto de golpe, como si quemara. Cuando vi un pequeño destello de lujuria en sus ojos, ese brillo… Ahí mismo supe que estaba jodido, porque esa mirada se había convertido en mi favorita y el problema era que aún no las conocía todas.

Bastián se dio cuenta de cómo la agarraba y se quedó tan paralizado como yo. Sabía que aquello era superior a mí. Por suerte supo reaccionar a tiempo y me obligó a soltarla. Yo no habría sido capaz de hacerlo.

Solo pretendía detenerla para decirle que no hurgara entre mis pertenencias. Solo eso. Pero yo jamás tocaba a nadie a no ser que fuera para matarlo, y siempre con unos guantes lo bastante gruesos

para no sentir su asquerosa piel.

Por mi vida habían pasado algunas mujeres, pero todas coincidían en el mismo punto, en el miedo. Cuando la vi alzar la mirada para mantenérmela sin rastro de temor, solo con el reflejo de la más pura y absoluta lujuria, me sentí orgulloso. Poca gente tenía los huevos de hacerlo. Las demás lo habían intentado disimular, pero convivían con esa intuición que les decía que conmigo no estaban seguras, que debían huir, y eso hacían siempre. No las culpo. Jamás le haría daño a una mujer ni le pondría un dedo encima, pero yo no era un hombre normal. No tenía una vida normal. Tampoco es que pusiera de mi parte.

Ella, en cambio, me miró diferente y, joder, por mucho que quisiera, jamás lo olvidaría.

Podría haber detenido la obsesión que crecía sin control día tras día, pero no después de ver la lujuria en su mirada, y mucho menos tras averiguar que no me tenía miedo. Estaba deseando verla en mi cama, bajo mi cuerpo. Aún no entendía cómo podía desearlo. El contacto.

Mia tenía pinta de no tener mucha experiencia, pero yo se lo enseñaría todo. Le daría lo que me pidiese.

Nada más marcharse con Bastián me encerré en mi despacho. Comencé a dar vueltas, una y otra vez, por la sala. Necesitaba liberar la adrenalina, el miedo y la tensión que se habían creado en mi cuerpo solo por tenerla cerca durante el interminable viaje en el coche y por tocarla. Ese olor a cítricos se me había incrustado en el sistema. Estaba por todas partes. ¡Joder!

Activé las cámaras de seguridad que plagaban el edificio al completo y la observé durante horas. No comí, apenas me despegué

de la pantalla. Reproduje cada uno de sus movimientos desde que bajó del coche. Cada paso que dio, cada gesto que hizo. Lo analicé todo.

La había observado desde entonces, durante cinco días, desde el primer segundo en el que Mia Bianchi llegó a mi vida, la única cuerda en una familia llena de locos.

Se pasaba todo el día con mi hermano y eso no me gustaba. ¿Qué clase de mujer es tan confiada como para no oponer ningún tipo de resistencia? Ya fuera conmigo o con él.

Me cabreaba, y más cuando a Bastián, sin conocerlo de nada, le sonrió.

Tenía que dejar de observarla.

Debía parar de una maldita vez.

Estaba frustrado, cabreado y más ansioso de lo normal. Había traspasado ciertos límites. Si Bastián se enteraba, me partiría la cara. Si la familia Bianchi se enteraba, acabaría muerto.

Bueno, pensándolo bien, ellos serían los que acabarían bajo tierra si quisieran arrebatármela.

Lo peor de todo es que nada de eso me importaba. La había tocado y ya no había vuelta atrás.

La quería para mí. La necesitaba.

Me estaba volviendo loco.

Era demasiado inocente y yo conocía a poca gente así. No, no conocía a nadie tan inocente, y eso me intrigaba. ¿Aún quedaban personas buenas en el mundo? Me resultaba insólito.

Después de horas convenciéndome a mí mismo de que debía parar ya que tenía trabajo, salí de casa y me marché a mis oficinas. Esa misma noche tenía que coger un vuelo, pero no pude evitar

volver a conectarme a las cámaras de seguridad nada más llegar al despacho.

Mia se había encerrado en el baño, no podía verla en aquel momento, pero esperaría.

Miré el reloj. Debería estar de camino al aeropuerto, pero no podía marcharme sin saber que estaba bien.

Recordé el brillo de su pelo. Parecía tan suave como la seda. Seguro que se me escurriría entre los dedos cuando tirase con fuerza de él.

Me quedé paralizado, con el dedo suspendido sobre el control de las cámaras. Estaba enfermo.

Saqué el Zippo de plata que siempre me acompañaba. Abrir. Cerrar. Una y otra vez.

Eso solía calmarme.

No funcionó.

Ya era media noche cuando Mia salió del baño con una toalla enredada en el cuerpo.

Estaba cabreado. Había tardado demasiado y yo llegaba más de una hora tarde.

La vi desnudarse, meterse en la cama sin nada de ropa, tapada solamente por las sábanas, lo que me provocó una enorme erección. Hacía tanto tiempo que no estaba con una mujer…

Cerré las cámaras de seguridad. Cogí la mochila que descansaba sobre el escritorio y salí de allí.

Miré el cuerpo inerte de aquel pobre diablo. La posición era

antinatural, con la mayoría de los huesos rotos tras horas de auténtica y exquisita tortura. La persona que me contrató así lo pidió: quería que aquel hombre sufriera tanto como para suplicar por su vida y mearse en los pantalones, cosa que hizo.

¿Era un destino cruel? Quizá, pero eso a mí me daba igual. Solo me importaba la cantidad desorbitada de dinero que me darían por cumplir con mi trabajo. Además, aquel hombre era un monstruo.

Arrojé el martillo ensangrentado lo más lejos posible antes de echarle un último vistazo a la imagen sacada de una película de terror que había ante mí.

Lo había dejado colgado de las muñecas, también rotas. Las cuerdas se le hundían en la carne por la falta de hueso. Era una imagen grotesca.

Me quité los guantes de cuero y me los guardé en el bolsillo para después coger el móvil y hacer una foto para el cliente. Mi trabajo allí había terminado.

A esto me dedicaba: a matar, torturar. Cualquiera no podía encontrarme, al igual que pocos tenían la cantidad de dinero necesaria para contratar mis servicios, que, sobre todo, trataba con la mayor profesionalidad.

Siempre trabajaba solo.

En ese caso me alegraba de haber acabado con la vida de aquel hombre. Antes de aceptar un nuevo encargo me informaba tanto de la persona que quería contratar mis servicios como de la víctima. No aceptaba todo lo que llegaba a mi mesa. Tenía mi propia ética: ni mujeres ni niños. Aquel hombre había violado a más de veinticuatro mujeres en su país, una de ellas, hija de la persona que me contrató. Había salido de la cárcel hacía dos meses bajo la

condicional, que se saltó para fugarse antes de que yo diera con él y acabara con su vida.

Llevaba la máscara aún puesta. Había dejado la moto de alquiler escondida en uno de los callejones cercanos. Ser Alexander Kane, dueño de Industrias Kane, no solo me servía para llegar a los altos cargos que movían los hilos de la sociedad, sino también para viajar con la excusa de encontrar nuevos socios o materiales. A veces lo hacía con mi propia identidad, otras con una falsa, pero siempre con una buena coartada, y nunca volvía a casa sin asegurarme de que no encontrasen el cuerpo.

Tenía un sello, una marca: el fuego. Miré una vez más lo que para otros sería abominable, pero que para mí era una obra de arte, el escenario personificado de la muerte. Sonreí, relajado después de tantos días controlándome. Una vez lejos, arrojé el mechero sobre el camino de combustible que llegaba hasta el almacén.

Todo estalló por los aires.



5

MIA

Podría llegar a acostumbrarme a vivir con Bastián. En realidad eso era lo que había hecho durante los cinco primeros días desde que llegué: convivir con él y con la señora que venía dos veces a la semana para traer la compra y limpiar la casa. Se llamaba Cecille y era una bellísima persona.

Ya me había hecho a la idea de que tendría que quedarme allí, de que eso sería lo mejor no solo para seguir con vida, sino para mi familia. Eso no quería decir que no estuviera cabreada o disconforme con la situación. Sabía que Gabi no tramaba nada bueno, a saber qué clase de locuras tendría planeadas, todas ellas suicidas, y que Enzo no estaba en su mejor momento desde hacía bastante tiempo.

Cuando me dijo que me tenía que ir con el Carnicero, su preocupación creció, lo noté con solo mirarlo. Pensé que al aceptar se quedaría más tranquilo, pero las últimas palabras que me dedicó —«Recuerda lo que te dije: si te da problemas, espera a que se duerma y le rajas el puto cuello»— me indicaron que no estaba tranquilo, para nada.

Enzo no tenía una vida fácil, nunca la tuvo como el heredero de mi padre, y sabía que no solo lidiaba con la guerra que arrastraba mi

familia desde la muerte de Luca, también se enfrentaba a menudo a otras mafias, capos que se rebelaban a su mandato, familias descontentas por la muerte de algún familiar, la policía… Su vida era una guerra continua. Había demasiados enemigos y traidores a su alrededor. Enzo no confiaba en nadie que no fuera de su propia sangre, y eso era… una mierda. Una pena. Vivir así tenía que ser horrible. Por eso siempre le pasaba la mano e intentaba ser lo más amable posible. Mi hermana, por el contrario, le apretaba las tuercas y le decía las verdades a la cara. No es que yo no supiera hacerlo, pero su vida ya era bastante estresante como para echarle más mierda encima.

Conseguí hablar con mi padre después de dos días llamándolo sin obtener respuesta. Casi me arranca la cabeza por el altavoz del móvil cuando le propuse irme con mi madre y con él. Si ellos estaban a salvo, yo también lo estaría, ¿no? Pero de eso nada. Debía quedarme con el Carnicero o vendría a la puta Alemania y él mismo me sacaría las tripas y pintaría las paredes con ellas, amenazas textuales. Así que no me quedó más remedio que aceptar mi nueva realidad, la de vivir en la casa de un asesino invisible. Un asesino al que deseaba ver en la misma medida que no. Frustrante y preocupante.

No me importaba llevar cinco días encerrada en una casa enorme. Me lo tomaba como unas pequeñas vacaciones improvisadas, obligadas pero, al fin y al cabo, improvisadas. Positividad, por favor.

Por fin tenía tiempo para leer, para crear nuevas recetas sin el cansancio diario del restaurante y para relajarme. En algún momento saldría de allí. El optimismo no impediría que me volviera loca, y os

aseguro que tenía todas las papeletas, porque venía de una familia de tarados. A los hechos me remito.

Otro problema añadido era que necesitaba ropa. Tenía dos tristes mudas que lavaba cada día y estaba harta. Incluso tuve que bañarme en ropa interior el día que subí a la piscina después de asegurarme de que no hubiera nadie.

A Alexander no lo había vuelto a ver para preguntarle cómo resolveríamos ese problema. Necesitaba bragas, joder. Después de aquel primer día que me dio las cuatro indicaciones pertinentes, desapareció. O al menos eso creía yo, porque no había rastro de él. Ni un vaso sucio ni una sola pista de que estuviera con vida. Pero una parte de mí me decía que seguía allí.

Había momentos en los que sentía que no estaba sola, y eso era perturbador.

Aún recordaba lo que me había provocado cuando se quitó la máscara. Las desconocidas sensaciones que experimenté, la curiosidad, el brillo de sus ojos. Desde luego, algo estaba mal en mí.

Esa misma mañana, Bastián me había asegurado que Alexander saldría de viaje por la noche y que estaría fuera al menos cuarenta y ocho horas por trabajo, lo que ratificó mis sospechas de que había estado en la casa todo ese tiempo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo no solo por la confirmación de que no se había marchado, lo que afianzaba esa sensación de no estar sola y de que alguien me observaba, sino también por imaginar el tipo de trabajo que tendría que hacer. Ya conocía desde el primer día que Alexander era dueño de una empresa de seguridad, pero también que era un sicario. No, desde luego que no quería saber qué encargo tendría aquella noche ni si lo requerían como dueño de esa empresa o como el Carnicero.

Bastián me dejó su portátil y me dijo que me lo quedara mientras viviera allí para organizar los menús de varios meses. Pensaba hacer una larga lista de ingredientes y crear nuevas recetas. Esa misma noche bajaría a la cocina para ver qué necesitaba. Aún no había tenido las agallas de hacerlo y ponerme a rebuscar por si Alexander me descubría abriendo cajones y poniéndolo todo patas arriba.

Miré la ropa recién lavada mientras la estrujaba entre mis dedos. Estaba harta de dormir con la misma camiseta que tendría que llevar al día siguiente. Ya le había dicho a Bastián que me acompañara a comprar, ya que su hermano había desaparecido y no sería yo la que fuera a buscarlo, pero me dijo que no, que solo si Alexander aceptaba. Pensé que se pondría de mi parte.

Lo miré con ojos asesinos, suplicantes, incluso batí las pestañas de forma teatral. Nada de eso surtió efecto, y os aseguro que era especialista en conseguir lo que quería de esa manera. Con Leonardo Bianchi, mi padre, siempre funcionaba, y era un hueso duro de roer.

No me consideraba una persona rebelde, nunca lo había sido. Ese papel siempre lo desempeñaron Gabi y Enzo, pero comenzaba a entenderlo todo. ¿Por qué, a mis veintisiete años, tenía que pedir permiso para comprarme unas bragas? Sí, estaba en peligro, pero nadie se imaginaría que estaba con él. Además, su identidad estaba asegurada. Nadie me reconocería.

Había olvidado lo cabreada que estaba. Me había vuelto a acomodar, obedecía una vez más las órdenes de mi familia, de Alexander.

Salí del baño y tiré la ropa sobre la cama cubierta con sábanas de seda negra y un edredón del mismo color. Todo de puto negro de

mierda. Estaba harta y solo habían pasado unos días. A tomar por culo la positividad.



6

MIA

Aquella misma noche, y por décima vez, volví a observar la parte del fondo de la cocina que se encontraba a oscuras. Al entrar había encendido todas las luces y mirado cada rincón. Después, abrí una botella de vino blanco y me senté en el cómodo taburete de la isla, con los pies sobre ella, tal y como hacía en mi apartamento cuando llegaba por la noche del restaurante. En ese momento, pensé que había demasiada luz, así que la apagué. Pero tras media hora comencé a mirar en la misma dirección cada pocos segundos, como si alguien me estuviera observando.

Otra vez esa maldita sensación.

Se me ponían los pelos de punta, aunque a la vez fuera… ¿agradable? Dios santo, acabaría en un psiquiátrico.

Era estúpido pensar así. Bastián se había marchado después de cenar y de eso habían pasado horas. Además, antes de irse conectó la alarma de seguridad y, según él, aquel edificio era inexpugnable.

Alexander estaba en otro país trabajando, a saber si en el mismo continente que nosotros. Sabía de sobra que no había nadie más en la casa.

Me centré en la novela romántica que estaba leyendo, la única de

toda la biblioteca. Tenía que comprar más. No pude evitar mirar con orgullo la camisa que llevaba puesta. Era de Alexander. Había sido uno de los pocos actos de rebeldía que había cometido en mi vida y el más satisfactorio con diferencia, desde luego. Si no me dejaban ir a por ropa, robaría la suya, así de simple. Por supuesto, esperé a que Bastián se fuera para colarme en la habitación de su hermano e, incluso así, no pude evitar caminar a hurtadillas y refugiarme en cada esquina. Estaba cagada de miedo.

La puerta del dormitorio de Alexander tenía una cerradura electrónica, pero cuando giré el pomo descubrí que se encontraba abierta. Al maniático del orden le daría un infarto si se enterase. Sonreí de manera triunfal.

Era inmensa, poderosa, masculina. La cama, oh, Dios, esa cama parecía sacada de mis fantasías literarias más crudas y oscuras, unas que no sabía que tenía hasta que entré allí. Era enorme, con sábanas y edredón de color negro, y los postes que la rodeaban en cada esquina parecían de caoba oscura. No mentiría si dijera que me imaginé atada a ellos y que me mojé nada más verlos. Incluso me quedé parada allí unos segundos, pensando en todo lo que haría si… si fuera otra persona, porque yo no era así.

Tras ese ataque transitorio de hormonas desenfrenadas, me dirigí a las puertas dobles de cristal del fondo, que daban a un vestidor lleno de ropa, cómo no, negra. Dios santo, era un enfermo de verdad. Trajes y más trajes. No quise rebuscar entre los cajones, por eso llevaba una de sus camisas. Me quedaba por la mitad de los muslos y había tenido que arremangármela hasta los codos.

Salí de allí corriendo con una sonrisa enorme y mi botín entre las manos, pero no sin antes pararme para rozar los postes de caoba

con las puntas de los dedos.

Aún no me había recuperado de aquella fantasía, y tomar una copa de vino con el olor de aquel hombre en mi cuerpo no ayudaba. Ya había sufrido bastante durante el trayecto en coche. Volver a pasar por lo mismo podría calificarse de masoquismo, aunque reconfortaba. Que la protagonista de mi libro estuviera en pleno polvo y que la autora lo describiera con pelos y señales ayudaba menos aún. Esa señora sabía lo que se hacía.

Volví a retorcerme sobre la silla, consciente de que estaba demasiado inquieta. Desde que había llegado a aquella casa, algo estaba cambiando dentro de mí. Podía considerarlo unas vacaciones, o eso pensaba la parte positiva de mi cerebro. Unos meses sin el rugir de los fogones, sin los gritos de la cocina. Había luchado tanto que me lo merecía y, aunque no pudiera salir de allí, el simple hecho de estar horas y horas en aquella cocina, leyendo, tomando vino y con una vela encendida, era gratificante. Darme un baño relajante, nadar…

Aspiré el aroma de la camisa y cerré los ojos. Me moví una vez más, y junté los muslos con tanta fuerza que un pequeño destello de placer me recorrió la espina dorsal. Los abrí de golpe, bajé las piernas y arrojé el libro sobre la mesa. Mierda.

Miré al fondo de la cocina, buscando entre las sombras. «Eres una puta paranoica de mierda», pensé. Agarré la copa de vino y me la bebí de un trago. Mi noche había terminado. Lo recogí todo, sujeté el libro bajo el brazo y subí entre la oscuridad a mi habitación.



7

ALEXANDER

Anoche volví a observarla y desde entonces una pequeña e insólita parte en mi forma de verla cambió. Ya no era curiosidad lo que sentía por ella, o eso me había dicho para convencerme; era una puta obsesión.

Adelanté el vuelo de vuelta. No hubiera podido pegar ojo tan lejos de ella sabiendo que se había quedado sola, que podría estar en peligro en mi ausencia. Eso me decía mi mente enferma.

Nada más bajar del avión, revisé las cámaras de la casa para saber qué hacía. La vi sentada en la cocina, con las piernas estiradas sobre la encimera, leyendo y con mi camisa. Con mi puta camisa. Me quedé paralizado en mitad del túnel, rodeado de gente a izquierda y derecha que andaba en dirección a la salida. Me hubiera gustado ampliar la escena, fijarme en cada detalle, pero otros habrían podido ver lo mismo que yo y eso no iba a suceder. Me di cuenta de ese pequeño detalle. ¿Y si a Bastián le daba por bajar? No. Nadie podía verla así. Solo yo, joder.

Por fin reaccioné. Bloqueé el móvil y me fui directo al apartamento lo más rápido que pude. Entré en el aparcamiento y subí en el ascensor directamente hasta mi habitación. Era una de las

muchas entradas secretas, no quería que me viera llegar. No. Quería admirarla aunque fueran unos minutos con total tranquilidad. Esa era otra de las decisiones sobre ella que no entendía, pero verla con mi camisa había trastocado ciertas cosas que no debía. Sabía que mi cerebro no funcionaba bien y ella me lo estaba destrozando aún más. Me hacía polvo en muchos sentidos.

Volví a mirar las cámaras. Seguía allí, en la misma posición. Amplié la imagen. Mierda.

Me quité los zapatos para no hacer ruido y bajé las escaleras. Sabía moverme entre las sombras, ese era mi trabajo, mi mejor y maldita cualidad.

La cocina tenía dos accesos, uno que daba a los fogones y a la isla y otro al fondo, donde estaba la mesa. Usé el segundo sin dejar de mirarla, rodeado por la más pura y absoluta oscuridad. Se llevó la copa de vino a los labios, mojados y brillantes. Quería morderlos, saborearlos. Me apoyé en la pared y crucé los brazos sobre el pecho. Por fin podía respirar. Solo con verla.

La observé mover el cuello y me di cuenta de lo suave que parecía. Bajé la mirada a esas piernas que me volvían loco y que sabía con exactitud dónde las quería, dónde deberían estar, y eso… no era nada bueno.

Miró en mi dirección. Sabía que no podía verme, aunque sentí su mirada clavada como el acero.

Mi polla cobraba vida con cada centímetro de su piel. Lo peor no era que me estuviera comiendo con los ojos a una *principessa* de la mafia. Lo peor era que parecía lo correcto. Notaba cómo la calma se me asentaba en el pecho y sustituía la ansiedad después de horas de anhelo.

Nunca una mujer había llegado tan lejos. Cogerme una de mis camisas, ni pensarlo; pasearse por mi casa como si fuera suya, no, nunca. Solo el hecho de pensar que alguien se tomara esa clase de libertades me enfurecía, pero que lo hiciese ella era diferente, era… Joder, no lo sé, solo que me gustaba y pocas cosas llegaban a complacerme.

Era la primera vez que me paraba a observar así a una mujer. Ojalá estuviera más cerca. Me fijé en cada detalle que lograba apreciar desde la lejanía. La caída suave de sus pestañas, la pequeña sonrisa que esbozaba conforme leía o cómo fruncía el ceño y se mordía la boca. Dios santo, esa boca.

Casi se me escapa un gemido de pura frustración.

No, lo peor no era eso, lo peor fue cuando la vi aspirar mi camisa y cerrar los ojos. Ahí fue cuando me despegué de la pared y casi lo echo todo a perder. Quizá ella no se dio cuenta, pero el leve gemido que escapó de sus labios aún mojados por el vino provocó que diera dos pasos de manera inconsciente en su dirección, porque lo único en lo que podía pensar era en destruir esa distancia que nos separaba para saborear su boca y después continuar con el resto de su cuerpo.

Hasta que abrió los ojos de manera súbita y se puso en pie. Volvió a mirar hacia donde estaba. Cerré los puños con fuerza y esperé.

Mia salió de la cocina sin mirar atrás.



8

ALEXANDER

Esa misma noche, horas después, cuando supe que era capaz de tenerla cerca sin abalanzarme sobre ella, entré en su dormitorio. No había parado de retorcerse en toda la noche. La observé, aprecié cada lenta y profunda respiración.

Después de una hora de contemplarla dormida, decidí que había calmado mis ansias, mi desesperación. No toda, pero sí en parte. Me marché, no sin antes fijarme en el libro que había estado leyendo. Leí el título y descubrí que era la única novela de romance que había en la biblioteca.



Me había vestido para ir a la oficinas Kane. Esta vez tenía que usar tecnología avanzada. Desde la primera vez que había hablado con el ruso y llegamos a un acuerdo, había estado vigilando el país entero. Todas las llegadas y salidas en avión, aduanas, carreteras… Tenía un equipo de más de treinta personas dedicadas a ello, y otras veinte revisaban las conversaciones de la policía. Había contactado con mis ratas dentro del gobierno para que me contaran cualquier rumor,

cualquier movimiento extraño. Doce de esas personas vigilaban las cámaras de la ciudad, tras insertar el reconocimiento facial de Osso y de sus hombres, cortesía de Andrei, el encargado de la seguridad de la Bratva y de sus fábricas.

En mis oficinas trabajaban empleados comunes. Tenía que mantener la fachada impoluta de Industrias Kane, pero a las últimas plantas, las zonas restringidas, solo tenían acceso mis empleados de mayor confianza, una panda de hijos de puta fieles como perros. La mayoría eran ciberdelincuentes que había conocido a lo largo de mis años viviendo en las calles o como el Carnicero. Cobraban un dineral por crear nuevos programas, hackear a la competencia y robarles su trabajo o joderles la vida, según la situación. Todos ellos eran los que se dedicaban a controlar la ciudad para que Mia estuviera a salvo.

Bajé las escaleras, nervioso porque, por fin, después de seis días, la vería. Al menos esa vez ella lo sabría. Aminoré los pasos cuando llegué al pasillo que comunicaba con la cocina para intentar calmarme. Respiré nada más cruzar el umbral. Cítricos, joder.

El pelo le caía por el lado derecho, lo que le ensombrecía el rostro. Sus ojos, centrados en el libro, fueron directos a los míos.

Sabía que se encontraba allí. La había visto por las cámaras.

Ya no llevaba mi camisa y eso me enfurecía, pero no podía decirle que conocía el secreto sin revelarle la enfermiza obsesión que sentía por ella, aunque por otro lado deseaba que lo descubriera.

Quería volver a ver esa chispa en sus ojos, esa pequeña llama que prometía un futuro incierto e intrigante. Mia era todo un misterio para mí. Había pasado de ser la mujer más anodina del mundo —no por su belleza, sino por su forma de pasar

desapercibida ante los demás, por esa falta de brillo en la mirada— a la persona más enigmática que hubiera conocido. Había estudiado cada gesto y cada sonrisa escueta, cada carcajada con mi hermano y cada confidencia, y sentía envidia. Quería vivirlo yo también, que se sintiera cómoda conmigo. Nadie se sentía así en mi presencia y era un asunto que jamás me había preocupado. Me gustaba la soledad, y no solo eso: la respetaba como se merecía. Pero ya no me bastaba. No después de Mia.

Caminé despacio y me desabroché el botón de la chaqueta para tomar asiento justo delante de ella. Su mirada viajó por todo mi cuerpo, desde mis zapatos hasta mi boca, y ahí se detuvo. Quise controlarme, pero cuando sus mejillas comenzaron a colorearse sonreí, lo que provocó que se sonrojara aún más. Me encantaba que se sonrojara.

Si hubiera podido, le habría dado un bocado a cada una de sus mejillas y después me habría lanzado a por su boca. Tenía que ser deliciosa, toda ella lo parecía, y yo estaba deseando comérmela. Por primera vez en mi vida quería…, no, necesitaba tocar a una mujer, tocarla de verdad y besar su suave piel.

—Buenos días —saludé sin dejar de mirarla.

Parpadeó y apoyó el libro sobre la mesa. Leía muchísimo. Tenía que ir a comprar más.

—Buenos días —susurró con voz estrangulada—. No sabía que habías vuelto.

Asentí antes de sentarme. Mia estaba nerviosa, no hacía falta ser muy listo para darse cuenta.

—Estaba deseando verte —indicó con una sonrisa amable, pero falsa. Me quedé hipnotizado con su boca—. Quería preguntarte

algunas cosas, y como en el coche no estabas muy hablador y luego… Bueno, hoy es otro día.

Esperó con paciencia fingida a que le contestara.

—Hoy es sábado —indiqué.

Mia parpadeó de una manera muy graciosa antes de limpiarse la boca con una servilleta y ponerse más cómoda en el asiento.

—Sí, bueno, me refería a que deberíamos volver a empezar. Ya sabes —indicó con voz amable.

No, la verdad es que no sabía nada, solo que se había sonrojado más aún y que no podía dejar de imaginármela desnuda sobre la mesa, enterrándome en su cuerpo, comiéndole las tetas para desayunar.

Mia cogió otro trozo de melón. Lucía una sonrisa enorme.

—Cuéntame qué tal tu viaje. Aún no me has dicho a qué hora has llegado —sugirió. Comenzó a preparar un bol de fruta extra.

—Anoche.

Mia se quedó paralizada con el bol suspendido entre nosotros. Sus ojos se fueron directos a la zona del fondo de la cocina, justo donde me había colocado para observarla. Tragó saliva. Aquello era demasiado divertido.

—¿Sobre qué hora? —preguntó con tiento.

La Mia amable que me había recibido se había esfumado, ahora solo quedaba un amasijo de nervios. Si le decía la verdad, uniría las piezas. Descubriría que la había estado vigilando, aunque anoche intuyó mi presencia de alguna manera.

—¿Café, Alexander? —Cecille se había acercado y aproveché para evitar confesarle la verdad.

—Sí, gracias.

Cogí el móvil y la ignoré deliberadamente. Por el rabillo del ojo la vi retorcerse sobre la silla, me miraba, deseosa de que continuara con la conversación que se había quedado a medias.

—¿Y bien? —preguntó después de un rato que tuvo que parecerle eterno.

La observé y me deleité con su sonrojo. Se mordía el labio de abajo y me estaba volviendo loco. No se daba cuenta siquiera de lo sexy que estaba en aquel momento. Me miraba suplicante, con esos preciosos ojos, ansiosa de que le dijera lo que quería oír. Podría haberlo hecho, pero entonces no sería para nada divertido.

—Mi camisa te queda demasiado bien, princesa —susurré para que solo ella me escuchara.

Dio un pequeño salto sobre el asiento con los ojos muy abiertos. Tuve que morderme los carrillos para no estallar en carcajadas allí mismo. Era tan inocente, joder… Y yo deseaba hacerle de todo.

Mia

Tierra, trágame.

La sensación de la noche anterior había sido real.

Desde que Alexander había entrado en la cocina, no podía evitar preguntarme cómo no estaba casado y con veinte hijos, porque Dios santo. El Alexander asesino, enmascarado y vestido de negro despertaba mis instintos y mi parte más oscura, pero el Alexander empresario… Ese estaba tremendamente bueno, y la mezcla de las dos facetas me estaba volviendo loca.

No era de babear por un tío. De verdad que no. Era defensora de que el físico no significaba nada en esta vida, pero aquel hombre, en ese momento, hizo que me replanteara todas mis ideas, creencias y

religión. No recordaba lo que le había dicho ni todo lo que había planeado para cuando lo volviera a ver. Solo podía mirarlo, y más después de confesarme que me había visto con su camisa.

Ay, Dios.

Me llevé las manos a la cara al recordar que hubo un momento en el que la olí y me puse cachonda.

—¿Me viste en la cocina? —pregunté observándolo entre los dedos.

Alexander Kane era la viva imagen de la arrogancia y la lujuria juntas, y yo no sabía qué pensar. Bueno, sí que lo sabía, pero no podía.

—Lo vi todo, cielo —susurró con ojos brillantes—, y me encantó. Te aseguro que estoy deseando…

Me puse en pie antes de que terminara y salí de la cocina, aunque llegué a escuchar el final de esa frase seguida por la mirada hambrienta de un asesino.

«Estoy deseando arrancártela».



9

MIA

Me pasé todo el día encerrada en mi habitación muerta de vergüenza, hasta que caí en la cuenta de lo bien que me había sentido cuando le robé la camisa. Entonces esta acabó pasando al enfado y el enfado a la frustración.

Él era quien me tenía enjaulada en aquella casa. Por mi seguridad, sí, pero daba lo mismo. Además de que había desaparecido desde que llegué. No había sido capaz de decirme hasta cuándo tendría que quedarme —aunque eso dependía de otras personas— o si pondríamos algún tipo de solución a mi encarcelamiento. Estaba en peligro de muerte, sí, pero debía tener en cuenta mi opinión, o al menos preguntarme si me encontraba bien o si necesitaba algo.

Vale que Bastián estaba allí para cualquier cosa que precisara, pero era Alexander quien le debía un favor a Iván, no su hermano. Y encima tenía la poca vergüenza de espiarme, de decirme… esas frases para nada decentes. Era un… ¡un maldito descarado que estaba buenísimo!

Ay, no. Me dejé caer en la cama.

No estaba acostumbrada a esas cosas. No podía dejar de pensar

en cómo me miraba, de una manera en la que jamás lo habían hecho. Me había sentido avergonzada de que hubiera descubierto mi pequeño secreto, pero sobre todo me había sentido deseada. Tuve que salir corriendo de la cocina antes de que comenzara a hiperventilar, o a babear, que es peor. Esos ojos, esa boca.

Mierda. Tenía que pararlo. Él era un maldito asesino a sueldo. Haría como si nada. Lo olvidaría todo. Sí.

Después de horas eternas de aburrimiento, llegué a la única conclusión de que me moría de hambre. Debía salir y abortar mi misión de clandestinidad.

Apoyé la mejilla contra la puerta. Nada. No se oía nada.

Agarré el pomo y abrí poco a poco. Asomé la cabeza para descubrir que no había nada más aparte de oscuridad. Bien.

Bajé las escaleras. La casa estaba sumida en el silencio. Seguramente Alexander estaría durmiendo o habría salido.

Tanteé con la mano en la pared de la cocina en busca del interruptor. Bingo.

Nada más hacerse la luz, lo primero que vi fueron sus ojos verdes.

Estaba sentado en la isla y tenía dos platos de comida enfrente.

—¿Estás sentado a oscuras en la cocina? Joder, me has dado un susto de muerte —susurré como pude.

—Llevo todo el día esperando a que bajes a comer, a merendar, a lo que sea.

—Yo…

—Siéntate y haz el favor de comer algún alimento que no venga dentro de una bolsa.

—¡No uses ese tono conmigo!

—Mia… —Su voz indicaba que la paciencia que le quedaba era poca.

Entrecerré los ojos y lo miré con todo el odio que no sentía hacia él, pero interpreté muy bien mi papel. Me senté. Alexander casi me arroja el plato de comida sobre la encimera. Lo puso justo enfrente en un segundo, y colocó a mi derecha con sumo cuidado los cubiertos enrollados en una servilleta de tela. Susurré un «gracias» y ambos cenamos en un silencio cómodo.



A la mañana siguiente, y después de la breve tregua de por la noche, volvió a mirarme con el mismo deseo de la mañana anterior, lo que provocó que el cuerpo me estallara en llamas de una manera desquiciante y que casi tropezase con una de las sillas.

Me quedé hipnotizada, atrapada en sus ojos. No hacía falta que me contemplara en un espejo para saber que mis mejillas estarían del color de las cerezas después de semejante metedura de pata, y más cuando no dejaba de mirar en esa misma dirección. «¿Dónde está Bastián?». Él bajaba cada mañana y llevaba dos días llegando tarde.

—Buenos días —susurré.

Llevaba un traje negro con una camisa negra. Mierda. Recordé nuestra conversación de la otra mañana y casi me da un ataque allí mismo. Alcé la vista y ahí estaba esa pequeña sonrisa.

Me senté a su lado. Quería evitar a toda costa tenerlo justo enfrente. Incluso pensé en prepararme un plato con el desayuno que había dejado listo Cecille y subir a la terraza de la piscina, pero

sería demasiado cobarde por mi parte y él sabría el porqué. No conocía de nada a ese hombre, pero tenía la sensación de que no sería difícil llegar a hacerlo, al menos para mí.

Conseguí tranquilizarme y servirme el desayuno sin quedar más aún en evidencia. Me temblaron un poco las manos porque sentía su mirada taladrarme. Cuando acabé, Alexander se puso en pie y por fin me atreví a levantar la vista.

Cogió su plato casi intacto y lo cambió de sitio. Movió la silla y se sentó justo frente a mí.

—Buenos días. ¿Has dormido bien? —preguntó tras darle un sorbo a su café.

—Sí.

—Tienes cara de cansada.

Claro que tenía cara de cansada, me había pasado toda la noche pensando en él. Llevaba demasiado tiempo sin acostarme con nadie, más de tres años para ser exactos, y mi cuerpo lo necesitaba. ¿Qué digo? Mi mente lo necesitaba.

—No volviste a salir de tu habitación en toda la noche —aseguró en un tono parecido a la recriminación antes de darle otro sorbo a su café.

Alcé las cejas.

—¿Cómo sabes eso? —Comencé a cortar la tortilla, deseosa de entretenerme con algo que no fuera su boca para variar.

—Tras la cena que casi te obligué a comer y tu posterior huida con la excusa de que ibas a darte una ducha, estuve esperándote toda la noche en el salón para terminar nuestra conversación de ayer por la mañana.

Aproveché para llenarme la boca de comida. Mastiqué tan lento

como pude mientras él se cruzaba de brazos, esperando a que le contestara. El día anterior él me torturó al no responderme cuando le pregunté cuándo había vuelto. No se me había olvidado. Al igual que tampoco había olvidado que en realidad sí que salí corriendo de la cocina cuando, al terminar de cenar, me sugirió tomar una copa en el salón. Tras ver mi cara de espanto, me ofreció un té, un vaso de agua, lo que fuera. Y sí, solté la patética excusa de la ducha.

Comenzó a dar golpecitos con el dedo en la mesa. Se estaba poniendo nervioso, eso era bueno.

—¿Y bien? —imitó la misma pregunta que le hice yo.

—Necesitaba ropa y tu camisa estaba en la habitación de la colada —mentí, por supuesto que lo hice. No pensaba decirle que me había colado en su dormitorio.

Seguí comiendo, evitando con todas mis fuerzas tener esa conversación.

Alexander sonrió de una manera que me dio escalofríos.

—Mientes de una manera tan dulce —susurró.

—Yo… —«Contesta, Mia».

Joder. Si es que no sabía jugar a esos juegos, de verdad que no. Noté un leve caricia en la mejilla, tan ligera que pensé que me la había imaginado.

—Respira, cielo.

Aquel día tampoco salí de mi habitación.



10

MIA

Se había convertido en una rutina, o más bien en una tortura.

Alexander me contemplaba como un maldito halcón a su presa mientras desayunábamos. No sabía que le iban los juegos de miradas, y yo no estaba de humor para aguantar sus tonterías de asesino caprichoso otra mañana más. Esto tenía que terminar o acabaría abalanzándome sobre él. Alcé las cejas, esperando con una paciencia muy escasa a que se cansara mientras cortaba la tortilla sin apartar los ojos de los suyos. Había crecido con tres hermanos, cada cual más cabezota, y para otras cosas quizá no, pero a inflexible no me ganaba nadie.

Si hubiera sido otro día, tal vez lo habría dejado ganar… Bueno, tal vez no, seguro, pero ese día no. Había vuelto a pasar la noche retorciéndome entre las sábanas por su culpa, había mirado el reloj cada hora mientras leía, se me habían cerrado los ojos del cansancio varias veces y me había despertado a la primera de cambio. Así hasta las cuatro de la mañana.

Eran las ocho, tenía hambre, sueño, estaba cachonda por tenerlo cerca. Y yo seguía sin ropa. Excepto dos mudas y la camisa que le robé al extraño hombre que tenía frente a mí.

No sabía interpretar su mirada: era fría, calculadora, hechizante… Pero lo que sí sabía era que no bajaría la mía hasta que me dijera que sí. Joder. No era tonta, me había criado rodeada de monstruos y la noche anterior había caído en la cuenta de que conocía bien cómo tratar con ellos, cómo domarlos, y él solo era un hombre.

—¿Cuándo? —pregunté antes de llevarme el tenedor a la boca.

—Pasado mañana.

Aquella voz hizo que volviera a retorcerme en la silla de forma patética. «Joder, Mia, un poco de sensatez y decencia».

—Hoy —añadí después de tragar con toda la confianza que pude cuando entrecerró esos ojos con la promesa de una muerte inminente o similar—. Necesito ropa. Llevo aquí más de una semana.

—No. —Comenzó a cortar la carne de la misma manera que yo, sin apartar la mirada—. Tengo una reunión dentro de una hora y no regresaré hasta esta noche.

Su voz no era solo lo que me ponía nerviosa, también la sonrisa de superioridad junto con esa maldita ceja alzada. Me hacía sentir insignificante, pequeña. Me había dicho que no, y no solo eso: me retaba a que siguiera con el juego y me invitaba a luchar por lo que quería. Lo notaba.

De nuevo, el haberme criado entre hermanos con un carácter volátil, deseosos de nuevos retos y peleas, me servía para darme cuenta de ciertos detalles. Esa maldita mirada me lo pedía a gritos. Quería entrar en su juego, además de retorcerle el cuello, y eso tampoco era normal en mí. Me replanteé mi plan inicial: continuar siendo la persona que había sido hasta ahora. Si quería domar al monstruo, tenía que cambiar mi estrategia, sobre todo para no acabar volviéndome loca por su culpa.

Alexander

Esa boca podría llegar a ser mi ruina. La observé apartar la vista, cabreado porque hubiera sido tan fácil decirle que no y que lo aceptara. Sabía que necesitaba ropa. Mi plan era ir con ella a una boutique del centro de la que era dueña una amiga, pero antes tenía que terminar de asegurar la maldita ciudad para ella. No quería dejar ni un cabo suelto.

La sala olía a cítricos. Era un aroma jodidamente delicioso. Tanto que se me hacía la boca agua. Sentía la polla endurecida en los pantalones.

Permanecí sentado frente a ella, desayunando. No solía estar en casa a aquellas horas porque me marchaba temprano a la oficina, pero las cosas habían cambiado y esta se había convertido en mi nueva rutina.

Por la noche había vigilado las cámaras de su dormitorio. Durante varias horas la había esperado en el salón para hablar con ella. La vi retorcerse entre las sábanas mientras intentaba dormirse hasta que se cansó y se puso en pie para coger el libro que se había llevado bajo el brazo en su huida de la cocina. Acabó quedándose dormida en el sillón que había enfrente de la cama. Pensé en entrar, cogerla en brazos y acostarla para que al menos durmiera unas pocas horas en condiciones, pero habría sido pasar un límite peligroso. Tocarla en ese momento hubiera sido desastroso. Seguía empalmado, aún pensaba en sus labios, en sus piernas torneadas, en su maldito olor. Si hubiera entrado, jamás habría salido de allí, y sin duda la habría despertado al meter la cabeza entre sus piernas.

Oh, sí. Estaba deseando comerme su dulce coño.

—¿Sabes? Intento ser amable contigo, pero ¡no lo pones nada

fácil! —gritó, frustrada.

Di un sorbo al café sin perder detalle de cómo me miraba. Podría haber seguido así durante horas, pero llegó Bastián y se quedó parado en mitad de la cocina, aún con el pijama puesto y cara de recién salido de la cama.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó, extrañado, mirándome con cara de desconcierto.

—Esta es mi casa.

—Ya —contestó con los ojos entrecerrados. Imité su expresión, esperando que reaccionara o si no que se callara la puta boca para seguir observando a la mujer que tenía sentada frente a mí y que me evitaba a toda costa—. Tú no desayunas aquí.

Fijé la mirada en Mia. Engullía las tostadas y oí perfectamente el suspiro de alivio que emitió cuando escuchó la voz de mi hermano.

—Ahora sí —contesté de malas maneras. Bastián siguió allí parado hasta que con un movimiento de cabeza le indiqué que se moviera. Reaccionó al instante, se puso en marcha y se sirvió un café sin quitarme el ojo de encima—. ¿Y tú qué haces aquí?

—Desayuno todos los días con Mia.

Entrecerré los ojos. No me gustaba que pasara tanto tiempo con ella, no desde que sentía que era mía.

—Ayer no. Ni antes de ayer.

—Lo sé, me dormí.

—Buenos días —susurró Mia antes de sonreírle como si fuera su salvación en persona.

—Buenos días, princesa.

No me pasó por alto el beso que le dio en la mejilla ni que se sentara a su lado, tampoco que ella se relajara de manera

automática al tenerlo cerca.

—¿Qué planes hay para hoy? —preguntó Bastián antes de coger una tostada y llevársela a la boca. Ahora me miraba a mí. Sabía que teníamos varias reuniones antes de que acabara la semana.

—Debemos hablar sobre las reuniones con KF Mert y probar los nuevos diseños de vigilancia.

Asintió mientras Mia le pasaba la mermelada con una sonrisa.

Me estaban poniendo de los nervios, y mi hermano se daba cuenta de todo.

—Genial —contestó con un brillo en los ojos que no auguraba nada bueno.

Miré mi café. No quedaba nada, pero seguía allí sentado. ¿Esperando qué? No lo sabía, mínimo a que él dejase de devolverle esas sonrisas y de ponerle ojitos o acabaría arrancándole la cabeza.

—¿Y qué vas a hacer tú, Mia? —le preguntó.

—Si al señor don poderoso no le importa, quiero probar varias recetas nuevas.

—Eso está genial —indicó Bastián mirándome de reojo—. ¿A que sí, hermano?

Asentí, sin apartar los ojos de ella. Mia esbozó una sonrisa natural. Era la primera que me dedicaba desde que había llegado. A mí. La única real. Me quedé sin respiración.

—Necesito comprar los ingredientes. Quiero ir a algún mercado donde los productos sean frescos. Estoy deseando que probéis…

Se pasó más de diez minutos hablando de unas recetas que había creado durante la semana sin parar a respirar. La chica vacía que había conocido se esfumó. Había un brillo en esa mirada, una pasión desbordante, apabullante. Me había quedado ensimismado

observando cada sonrisa, cada carcajada después de que Bastián le dijera alguna burrada. No participé, solo le presté mi absoluta atención.

Pensé que, después de confesarle lo de la camisa, estaría más nerviosa, pero se comportaba con total normalidad, como si nada de eso hubiera pasado. Quizá no comprendió lo que quise decirle. Era tan inocente que cabía la posibilidad. Antes de eso, me había evitado. No. Sabía con certeza lo que le había dicho.

—¿Qué necesitas? —intervine—. Dímelo y yo mismo te lo traeré.

Mia dejó de mirar a Bastián para centrarse en mí. Ni siquiera sabía por qué lo había dicho, solo que, si eso a ella le hacía feliz, joder, yo mismo le cortaría las verduras.

—Quiero ser yo quien vaya a por los ingredientes —contestó en voz baja. La alegría de antes se había esfumado. ¿Me estaba haciendo pucheros? ¡No me lo podía creer!—. Me gusta tocarlos, notar la textura y el olor de las cosas…

«Ojalá tocara y notara la textura de mi…».

—Aún no es seguro que salgas.

—¿Y cuándo lo será?

—Eso, hermanito, ¿cuándo? —intervino Bastián, que se acomodó en la silla para dedicarme toda su atención.

—Estoy en ello —aseguré asesinándolo con la mirada.

Mia se había acercado más a mí.

—Podríamos ir juntos —sugirió—. Será divertido.

—Oh, sí, muy divertido —indicó Bastián con una sonrisa enorme —. A Alexander le encanta ir de compras.

Aquella era una mentira enorme. Jamás había ido de compras.

—¡A mí también! —gritó ilusionada—. Podríamos ir después a por

ropa. Solo tengo dos mudas…

—No.

—Pero ¡¿por qué?!

«Porque no quiero que lleves nada más que no sea mi camisa». Esa era la razón, pero no podía decírselo.

—Porque no es seguro, ya te lo he dicho.

—¿Ni siquiera contigo?

—Ni siquiera conmigo.

—¡Pues vaya mierda de asesino en serie estás hecho!

Abrí los ojos de par en par y aguanté las carcajadas de mi hermano, que retumbaban en la cocina. Mia se puso en pie y se marchó sin mirar atrás. De la misma manera que lo hizo la otra noche.

—Así no, hermanito, así no.

Bastián lucía una sonrisa diabólica.

No me sentía para nada mal. Al contrario. Era la primera vez que la princesa sacaba las uñas y yo solo podía sonreír mientras miraba ese culo alejarse una vez más, como la otra noche, aunque echaba en falta vérselo con mi camisa por encima.

Estaba deseando saber qué más me podía ofrecer.



11

MIA

Maldito estúpido.

Subí las escaleras de dos en dos, deseosa de alejarme de esa mirada que no paraba de perseguirme desde que había bajado a desayunar. Al principio me daba terror, pero en ese momento lo único que provocaba en mí era todo lo contrario. Se suponía que apenas nos veríamos. Bastián me aseguró que nunca se encontraba en casa y que si estaba era como una sombra. ¡Pues vaya pedazo de sombra!

Abrí la puerta de mi habitación, desesperada por meterme dentro. Cerré de un portazo y me apoyé contra ella. Respiré hondo varias veces hasta que las pulsaciones del corazón comenzaron a ralentizarse.

Busqué en el móvil y abrí mi calendario hormonal. Debía de ser eso, debía de estar ovulando. No podía justificarlo de otro modo. No podía sentirme atraída por Alexander Kane por muy irresistible que fuera. Estaba ovulando, bien. Esa era la explicación más acertada, desde luego.

Suspiré aliviada antes de arrojar el móvil sobre la cama y dejarme caer en ella.



—¿Qué haces, cariño?

—Pasteles de limón —contesté antes de llevarme el dedo lleno de masa a los labios para probarla.

Cerré los ojos y me dejé guiar por las sensaciones. Exquisito. Aquel era mi postre favorito. El más sencillo de mi carta y el único que me transportaba a mi niñez, a las tardes en la villa de la Toscana de mi *nonna*.

Había salido del dormitorio hacía un par de horas, ya que imaginé que tanto Alexander como Bastián se habrían marchado. Al llegar a la cocina, me encontré a Cecille preparando la comida. Por supuesto, me ofrecí a ayudarla, aunque al final le acabé rogando que me dejara a mí prepararlo todo mientras ella se ocupaba de otras cosas.

Echaba de menos cocinar, me calmaba. Era una manera de desconectar, la forma que mi mente tenía de crear. Igual que un pintor o un escritor, pero con la comida. Tuve que improvisar varios cambios porque no tenía los ingredientes adecuados, pero al final conseguí hacer un primer plato y un segundo decentes. En aquel momento, estaba con el postre.

—Tiene todo una pinta excelente. —Cecille miró por encima de mi hombro para ver el resultado.

—Gracias. Estoy haciendo de más para que puedas llevarte a casa.

Me gustaba aquella mujer. Desde que había llegado, me había tratado como si fuera una más, como si me conociera de toda la vida.

—Eres un encanto, aunque seguro que sobra bastante —comentó

mientras doblaba en el aire la ropa que llevaba en las manos y que después devolvería a la habitación de la colada—. Estos chicos no son muy fans del dulce.

—¿No?

Negó con la cabeza mientras yo me quedaba chafada. Llevaba media hora moviendo la masa sin parar para darle la textura perfecta. No necesitaba impresionar a nadie, pero era mi manera de cuidar a las personas. Y aunque Alexander fuera insufrible, sabía que aquellos hermanos necesitaban que alguien los cuidara.

—Vaya…

—Pero seguro que hacen un hueco y lo prueban.

Hice un gesto con los hombros para quitarle importancia. De todas maneras, era mi postre favorito. Si ellos no querían, ya me lo comería yo.

Mi móvil comenzó a sonar y vi que era mi padre. Apenas me dio tiempo a limpiarme las manos. Casi tiro el bol lleno de mezcla por las prisas de contestar.

—*Papà?*

—Hola, *ragazza*, ¿cómo estás?

No pude evitar sonreír. Los echaba de menos, a la loca familia Bianchi.

—¿Aparte de encerrada y secuestrada, dices?

—No seas exagerada. —Puse los ojos en blanco. Para él aquella mierda era normal—. ¿Cómo te está tratando el Carnicero? —preguntó con curiosidad—. Dile de mi parte que no me gustaría tener que ir allí solo para partirle las piernas, ya sabes que tengo una edad.

—¡Venga ya, estás en la flor de la vida! ¿Cuántos años tienes,

ciento nueve?

—*Ragazza*, no me cambies de tema. ¿Cómo te está tratando? —volvió a preguntar, y esta vez usó ese tono que no dejaba hueco a réplica.

—Bien, *papà* —contesté y me subí a la encimera de un salto—. Casi nunca está por aquí, me tiene encerrada en una casa de máxima seguridad, o eso dice él.

—Ya.

—¿Cómo está mamá?

—Bueno, ya sabes cómo es. No lleva muy bien que la mafia albanesa quiera las cabezas de sus hijas. Tiene sus días. —Esto último lo dijo casi en un susurro.

—Entiendo.

—Será solo una temporada.

¿Una temporada? Hasta que Gabi no consiguiera deshacerse de esos hijos de puta, no podía irme de allí.

—Si tú lo dices…

Escuché el leve gruñido que emitió. No le gustaba la ironía, mucho menos el humor moderno que nos gastábamos con él.

Mi padre siguió dándome ánimos mientras yo miraba un punto fijo en la pared. Asentía sin darme cuenta, dándole la razón de forma automática, cuando lo único que quería era lanzar el teléfono contra esa misma pared y gritar que no me daba la gana. Pero esa no era yo, aunque sentía que aquello hubiera sido lo más acertado.

Tras despedirnos, horneé los pasteles como una autómata. Sentía la mirada de Cecille encima de mí a cada instante. Incluso me preguntó si estaba bien y se ofreció a terminar de recogerlo todo por mí, pero me negué. Cuando acabé, los dejé sobre la encimera para

que se enfriaran. Ya no me apetecía cocinar ni tampoco comer nada.

Me entretuve con la lectura. Alexander me mandó un mensaje para preguntarme cómo estaba. Le respondí con una foto de mi dedo corazón.

Cené con Bastián, vimos una película y, cuando Alexander llegó, me marché del salón bajo su atenta mirada.

Aquella noche, cuando volví a bajar de madrugada a la cocina para relajarme un poco, descubrí que se habían comido todos los pasteles que había preparado y que alguien había dejado una nota.

«Huelen a ti. Seguro que sabes igual de dulce».

Maldito enfermo de mierda.

ALEXANDER

Se había convertido en una necesidad verla así en mi cocina cada noche. No podía evitar comérmela con los ojos, pensar en todas las cosas que le haría sobre la misma encimera.

Había pasado gran parte del día fuera y, si volví antes de tiempo, bajo la atenta y sorprendida mirada de Bastián, fue para verla antes de que se encerrara en esa maldita habitación. Me planteé echar la puerta abajo, pero Bastián me aconsejó que aquello no sería prudente y quizá ella se enfadaría.

Su inocencia, su boca y esas piernas habían comenzado a obsesionarme. La había estado vigilando desde mi cama; la veía ponerse en pie y abrir la puerta para comprobar si había alguien más por la casa, pensando que estaría durmiendo. Sé que no está bien espiar a una persona dentro de su dormitorio, más aún si no está en peligro, pero no me considero buena persona, ni siquiera normal. Hago lo que quiero cuando quiero, y esa era mi casa. Ella estaba allí

dentro, por lo tanto era mía y tenía que protegerla. Una pequeña nueva obsesión entre tantas.

Pensé que me refugiaría en el trabajo, que apenas nos cruzaríamos, pero cuando la vi con mi camisa un instinto depredador se apoderó de mí. No pude evitar arrojar la tablet y salir tras ella, perseguirla como si me fuera la vida en ello. Deseaba verla, oler su perfume.

Cuando los vi a ella y a Bastián en el salón, me entraron ganas de matar a mi propio hermano solo por tocarla, pero recordé que él tampoco estaba acostumbrado a tener una mujer en casa y ella era como una luz, como un faro en mitad de la oscuridad, y Bastián necesitaba justo eso. No era como yo, un monstruo sin escrúpulos que mataba personas por diversión, un mierda que disfrutaba causándoles dolor a los demás, aunque fueran malas personas. Él era bueno, en parte.

Por eso no entendía cómo ella, la puta inocencia en persona, se sentía cómoda. Cómo podía sonreírle o sostenerme la mirada, cómo podía siquiera salir de su habitación y relajarse en mi cocina como si fuera su casa.

Me fijé en el color claro de su piel, en su pelo negro como la noche, en el brillo y la suavidad que trasmitían. Quería tirar de él, con fuerza. Quería pasar las manos por su piel, apretarla, marcarla.

Quería morderle la boca, cada maldita parte de su cuerpo. Quería follármela.

No era una buena persona, no había venido a este mundo para serlo, y comerme con los ojos a esa chiquilla mientras ignoraba la puta pesadilla que se le venía encima era una evidencia de ello.



12

MIA

Busqué entre la ropa con más ahínco. Cuatro días atrás me había llegado el pedido, pero casi todo había desaparecido. No lo entendía. Bufé, frustrada y cabreada.

Le pregunté a Cecille si sabía dónde estaba. Yo misma hacía mi propia colada, era imposible que dos pijamas, tres pantalones y dos sudaderas hubieran desaparecido de un día para otro. La noche anterior había usado uno de esos pantalones, me los había quitado para dormir y al despertarme, ¡puf!, ni rastro de ellos.

Miré el armario. Estaba vacío excepto por la ropa interior, dos leggings, dos camisetas largas y la camisa que le robé a Alexander. «¿Y si había sido él? —pensé, pero luego me recordé a mí misma que eso era imposible—. Colarse en mi habitación mientas duermo para… ¿qué? ¿Robarme ropa?». Estallé en carcajadas. Seguro que era una broma de mal gusto de Bastián, eso me cuadraba más.

Aunque no paraban de pasar cosas raras.

De un día para otro, habían surtido la biblioteca de libros nuevos. Ni siquiera había visto a nadie traer ningún paquete. También aparecieron mantas mullidas y supersuaves, que descansaban en cada sillón de la estancia. Incluso había una alfombra nueva frente a

la chimenea. ¿Me había vuelto loca? En realidad no sabía decir si ya estaba allí antes. También había nuevos utensilios de cocina. Eso o yo acababa de descubrirlos, pero eran de la misma marca que usaba en el restaurante.

Decidí que no quería saberlo.

Bajé a darme una ducha, después de hacer un poco de deporte, con los leggings y la camiseta que me quedaban. Nada más entrar en la cocina, y como cada mañana, ahí estaba Alexander Kane con la mirada fija en mí, luciendo otro traje que quitaba el hipo. Me repasó de arriba abajo y torció el gesto. Si no le gustaba lo que veía, era su problema. Me prometió llevarme a comprar ropa y no había cumplido su palabra.

No sabía cómo una persona podía sacarme tanto de mis casillas. Solía ignorar las malas actitudes, no respondía, pero con él era imposible. Hacía un par de días que había cruzado la delgada línea que separaba la educación de la insensatez, así que ya me daba igual todo.

A tomar por culo la educación.

Los primeros días me daba un miedo aterrador, sin olvidar que desde entonces removía algo en mi interior que aún no identificaba bien. Bueno, sí que lo hacía, pero quería ignorarlo, enterrarlo bajo tierra a mucha profundidad. No obstante, en aquel momento, además de todo eso, él me cabreaba.

Lo observé fijamente, deseando que Bastián llegara para concluir nuestra guerra de miradas matutinas, que solo conseguía enfadarme más y más, y a él, divertirlo. Aquello tenía que acabar. Llevaba diez días en esa casa. Cuando llevase meses, si me ponía en lo peor, estaría desquiciada.

Dios sabía que había puesto de mi parte, había intentado ser amable con él, pero solo hablaba el idioma de los gruñidos o me decía cosas pervertidas.

Pinché un trozo de tortilla y terminé con las tonterías de niños pequeños. Cecille se acercó para darme un beso en la frente, como cada mañana.

—Está delicioso —comenté antes de darle un sorbo al café. Sabía que Alexander no me quitaba ojo, lo notaba. Joder, hasta lo sentía, pero lo ignoraría.

—Gracias, Mia, eres un encanto.

Sonreí con timidez. «¿Dónde está Bastián?». Volví a centrarme en la comida. Alexander no se movía, no hacía nada excepto mirarme y ya estaba harta. Cinco días consecutivos con el mismo juego ya me crispaban los nervios. «Sé paciente», me recordaba a mí misma. Era mi mejor cualidad, pero no podía. No con él.

—¿Puedes dejar de mirarme como un maldito pervertido? —pregunté con voz tensa y evitando mirarlo. Estaba enfadada, quería mi maldita ropa y salir a la calle a que me diera el aire. ¡No pedía tanto, coño!

Escuché a Cecille soltar el aire de golpe. Seguro que si miraba en su dirección descubriría que se había llevado una mano a la boca.

Alexander seguía sin moverse, sin reaccionar.

Lo miré a los ojos, que refulgían con un brillo parecido a la diversión. Estaba harta de ser su maldito juguete.

—¿Y bien? —pregunté.

—Vuelve a preguntármelo mirándome a la cara —dijo con voz ronca, una que pocas veces había escuchado desde que llegué y que conseguía que todo mi cuerpo, y no solo eso, sino mi cerebro

también, cortocircuitara.

Cogí aire con disimulo intentando calmar el temblor que me recorría. Esa voz.

—Pu… —comencé tartamudeando. «Mierda, Mia. Recomponte»—. ¿Puedes dejar de mirarme fijamente? Me pones nerviosa.

—Dilo bien —susurró. Se incorporó un poco sobre la mesa para acercarse más a mí.

Estrujé los cubiertos entre los dedos. «Eres una Bianchi», me recordé.

—¿Puedes dejar de mirarme de una puta vez como un maldito pervertido o tengo que sacarte los ojos con el tenedor para que dejes de hacerlo? —pregunté con voz firme y una sonrisa resplandeciente.

—Ah… Ahí está esa parte de ti —susurró, casi ronroneó.

Una de las comisuras de su boca se elevó, solo por unos segundos. Había conseguido que Alexander sonriera. Eso era… insólito. Me quedé paralizada.

—Hazlo —contestó, de vuelta a su anterior posición.

Se removió en la silla y una de sus manos desapareció bajo la mesa. Unas manos fuertes, con unos antebrazos llenos de venas… «No, Mia. NO».

—¿El qué?

—Sacarme los ojos con el tenedor. —Volvió a subir las manos y las cruzó sobre la mesa.

—¿Por qué querrías que hiciera eso? Deja de comportarte así, es de mala educación.

—Nunca recibí una buena.

Me eché hacia atrás en la silla y le presté toda mi atención. Jamás me había dado ningún detalle de su vida ni cruzado más de dos palabras conmigo.

—Mirar fijamente a alguien lo es —indiqué con un mohín.

—No tenía ni idea.

—De nada.

—Seguiré haciéndolo.

—¿Perdona? —pregunté, asombrada.

—Voy a seguir mirándote como un maldito pervertido. Es mi casa, estás sentada a mi mesa y me gusta mirarte. Me encanta, de hecho. A todas horas.

La vergüenza me trepó por las mejillas como el calor me subía por el cuerpo. No me podía creer que quisiera hablar de un tema como aquel. Joder. Acababa de confesarme que le encantaba mirarme. ¿En serio había dicho eso?

Me quedé con la boca abierta.

—No me gusta.

—A mí sí.

—No soy un cuadro de museo.

Otra sonrisa, esta vez más grande. No sabía qué le pasaba. Estaba raro, diferente.

—No, eres mucho mejor que eso —susurró, de nuevo con esa maldita voz.

¿Estaba…? Joder, ¿estaba ligando conmigo? Dios, ni siquiera lo sabía. No entendía bien el sarcasmo.

—Vale, llegados a este punto… —comencé a decir, pero sus ojos se fueron directos a mi boca y me quedé muda.

—Continúa —ordenó.

Tragué saliva. Aquello no estaba saliendo como debería. Yo iba a desayunar, a decirle a Bastián un par de cosas sobre sus bromas de mal gusto y, cuando terminase, subiría a buscar un libro nuevo a la biblioteca. Aguantaría las miradas de Alexander hasta que se fuera a trabajar y no lo vería hasta el día siguiente.

—He dicho que continúes —susurró con aquella voz.

Escuché los pasos de Cecille al marcharse. Mierda. Traidora.

—Creo que sería mejor que tú y yo nos mantengamos alejados.

Entrecerró los ojos y tensó la mandíbula. Bajé la mirada. Tenía los nudillos blancos. No le habían gustado mis palabras.

—Cielo, jamás vuelvas a insinuar eso —amenazó antes de acercarse más a mí.

Pero ¿qué cojones estaba pasando?

Comencé a ponerme en pie mientras él imitaba cada uno de mis gestos.

—Yo…

—Buenos días —interrumpió Bastián.

Joder, menos mal.

—¡¿Dónde estabas?! —pregunté desesperada.

Me miró extrañado y luego a Alexander. Sonrió antes de sentarse en la silla contigua a la mía.

—Me he quedado dormido —contestó con un vistazo a su hermano. Alexander seguía sin quitarme el ojo de encima—. ¿Tú no llegas tarde?

—Que esperen —gruñó.

—¿Y tú, Mia? ¿Qué harás hoy?

—Qué gracioso eres, Bastián —dije con ironía.

—Lo sé.

—¿Aparte de estar aquí encerrada sin nada que hacer quieres decir?

Bastián suspiró antes de comenzar a comer. Recogí mis cosas y las metí en el lavavajillas. Coloqué los platos con más fuerza de la necesaria.

Bastián miró a su hermano y este negó con la cabeza.

—Podrías pedirle que te deje salir —me respondió—. Si no recuerdo mal, dijiste que si iba contigo podía hacerlo, ¿no, hermanito? Pues solucionado.

Miré a Alexander. Había girado la cabeza de esa forma retorcida, a la espera de mi reacción.

—Hace días me prometió que me llevaría a comprar ropa y aún no se ha dignado a cumplir su palabra —respondí evitando mirarlo.

Oí con exactitud el gruñido que me dedicó. Así que decidí que, si iba a gruñir como un perro rabioso, lo miraría a la cara.

—He tenido trabajo. Estoy asegurando esta maldita ciudad, matando a todas las ratas para que puedas cruzar esa puerta sin ningún tipo de peligro —respondió señalando la salida.

—¿Crees que quedará alguien vivo, hermanito? —preguntó Bastián con socarronería.

—No hay necesidad de hacer eso. Nadie me reconocerá —indiqué apresuradamente.

—Eso no lo sabemos, y no pienso correr ningún riesgo.

Estaba cabreada, joder.

ALEXANDER

Cuando Mia se despidió de nosotros, miré a mi hermano y lo incriminé con un dedo antes de ponerme en pie.

—¿Qué? Ella lleva razón, no puedes tenerla encerrada para siempre.

—Como te he dicho, estoy en ello, joder.

—Pues date prisa.

—Llevo semanas vigilando la ciudad, el país entero. Cada viaje y cada aduana. No te metas.

—¡Vamos, te lo he puesto en bandeja! Veo cómo la miras. —Sabía lo que estaba haciendo. Cada mañana bajaba más tarde solo para darme cinco minutos con ella—. Admítelo. Por una vez en tu vida, te gusta una mujer. Es normal, hermanito —comentó con sorna —. Es normal —repitió, esta vez más serio.

Yo no era así. No me gustaban las personas ni su compañía, a no ser que fuera mi hermano. Así había sido siempre. No me importaba estar solo, pero ella me divertía. No recordaba la última vez que alguien me había entretenido tanto.

Negué con la cabeza antes de marcharme.

Llevaba días vigilando la ciudad. Me pertenecía. Me había costado años de amenazas y esfuerzo. Habíamos llegado como ratas, pero ahora éramos los dueños. Antes de que Mia pudiera salir sin correr ningún peligro tenía que controlar a todas las personas que entraban y salían. Ya había ordenado a varios de mis hombres que siguieran la pista de cada maldito transporte que pasase por la ciudad. Nadie podía saber que ella estaba aquí.

No me importaba que la vieran conmigo. Al contrario, eso solo provocaría que la gente se alejara de su lado. Era temido, respetado, y nadie se metía con los hermanos Kane. Desde el día que la vi, supe que nadie sería capaz de ponerle un dedo encima, jamás. Pero primero tenía que controlar aquella maldita ciudad.

No, no quedaría nadie vivo que supusiese un peligro para ella.



Observarla cada noche era lo único que deseaba cada día. Era mi primer pensamiento al despertar y el último antes de hacerme una paja. Ya apenas me podía controlar. Sabía que estaba cerca de estallar.

El fin de semana lo pasé en casa. Me maté a hacer deporte para desfogar. Verla con aquellas mallas me obsesionaba, era casi lo único que le había dejado de la ropa que se compró.

Cuando vi que ya no usaba mi camisa casi me volví loco. Abandoné mi posición entre la oscuridad hacía un par de noches para robarle la ropa. Por eso le quité los pijamas. La siguiente vez, el resto excepto esas mallas y algunas camisetas, porque si no tendría que ir desnuda y ya no habría escapatoria para ella. Aunque ya no la tenía.



13

MIA

Alexander me miraba desde el asiento de la boutique. Por fin habíamos salido de aquella casa que cada día me robaba más el aire, aunque toda mi alegría se esfumó cuando supe que sería él con quien lo haría. Ese era el trato, me recordó. Y no solo eso, también nos acompañaban dos hombres de su equipo de seguridad. No entendía a qué venía tanta protección. Cuando le pregunté, me dijo que no podía estar pendiente de todo, pero al parecer de mí sí. No me quitaba el ojo de encima mientras uno de sus hombres, Kyle, flanqueaba la puerta de la entrada del establecimiento.

Eran simpáticos, es más, incluso me hicieron el viaje bastante ameno.

Kyle era más o menos de mi edad, de ojos marrones y piel del color del café. Llevaba el pelo recogido en unas trenzas que le daban un toque muy sexy junto con la barba recortada, y no solo eso: tenía una sonrisa preciosa. Al otro chico lo llamaban Lev. Tenía los ojos azules y hacían contraste con su pelo oscuro. Me cayeron bien al instante. Su presencia era bastante intimidante, pero a eso también estaba acostumbrada. Ser la hija de Leonardo y la hermana del Don me había conducido a situaciones donde había estado

rodeada de hombres aterradores, y estos chicos no lo eran tanto una vez que cruzabas palabra con ellos.

Estaba esperando a que el dependiente me trajera más cosas. Las primeras prendas que me había probado no iban ni con mi estilo ni con mi situación. ¿Tan difícil era encontrar unos vaqueros? Descarté los vestidos lujosos nada más verlos. ¿Para qué los quería, para estar encerrada? Además, tenía que pasar desapercibida. Encima estábamos en el mes de octubre y hacía frío. No tenía nada de ropa de abrigo; ni medias ni zapatos, nada.

—¡Ya estoy aquí! —gritó el dependiente desde algún lugar. Casi no se le veía. Empujaba un burro lleno de ropa, además de lo que sujetaba con los brazos—. Te traigo de todo. —Miró en dirección al hombre trajeado que vivía conmigo y que no había parado de gruñir desde que habíamos salido de casa. El pobre tragó saliva antes de volver a fijarse en mí y darle la espalda con precaución. Cuando Alexander se dio cuenta de que nada de lo anterior me había gustado, casi le arranca la cabeza—. Siento que lo de antes no haya sido de tu agrado, pero creo que todo esto será perfecto.

—Seguro que sí, gracias —contesté con una sonrisa amable.

Volví a escuchar otro gruñido detrás de nosotros. Puse los ojos en blanco.

—¿Tu nombre? —pregunté para intentar ocultar las ganas que tenía de matar a Alexander con mis propias manos. Era un maleducado.

—Josep.

—Genial, pues vamos, Jos. ¿Te importa si te llamo así?

El chico negó con la cabeza. No pudo evitar mirar en dirección a Alexander. Yo sonreía sin parar para tranquilizarlo.

Le arrebaté toda la ropa que llevaba entre las manos y entré en el probador. Alexander lo seguía asesinando con la mirada. Normal que el pobre estuviera tan nervioso. Negué con la cabeza y cerré la cortina. Comencé a probarme la ropa y fui haciendo dos montones: lo que sí y lo que no.

No sabía cuánto tiempo había pasado allí dentro, pero cuando asomé la cabeza Alexander tenía el pelo revuelto. A lo lejos Kyle había acabado recostado en la pared con los brazos cruzados y Josep ya no sonreía tanto; es más, estaba sudando.

—¿Podrías, por favor…? —comencé.

—Ahora mismo —contestó, apresurado, antes de entrar al probador.

No pensaba llevarme vestidos, pero ese… ese sí. Sí, señor, no dejaría pasar aquella oportunidad. Jos me subió la cremallera y me di la vuelta para verme mejor.

—Le queda preci…

Jos se esfumó a media frase, me pareció ver que la mano de Alexander le rodeaba el cuello. Puse los ojos en blanco antes de admirar mi reflejo. Me gustaba ese vestido.

—¿Dónde está Alexander? —le pregunté a Kyle cuando nos dirigíamos a pagar.

Al salir del vestidor, no había nadie en la pequeña tienda.

—Debe de estar a punto de llegar —suspiró; luego miró hacia unas puertas del fondo que suponía que conducirían al almacén.

Cuando llegué al mostrador, la señora que nos había dado la

bienvenida me indicó que todo estaba pagado y que había sido un placer conocerme. Se notaba que estaba incómoda. Nos tendió todas las bolsas con rapidez, como si quisiera que desapareciéramos lo más deprisa posible. Kyle las cogió todas y comenzó a andar hacia la salida.

Miré una vez más sobre el hombro, pero ni rastro de Alexander.

—Esperaremos en el coche —informó mientras me abría la puerta.

Cuando terminé de abrocharme el cinturón, la puerta de al lado se abrió y Alexander se sentó. Ni siquiera miró en mi dirección.

—Arranca —ordenó antes de pasarse la mano por el pelo.

Miré al frente, cansada de su mala hostia. No es que hubiera dicho nada, al contrario, no hablaba una mierda. Solo gruñía.

Abrí la aplicación de Maps. Había visto un supermercado ecológico donde además tenían productos frescos como carne y pescado. Llevaba tiempo queriendo crear nuevas recetas, o al menos cocinar con productos de primera calidad. Si por Bastián y Alexander fuera, se alimentarían a base de sopas y carne a secas. Nada de fruta ni de verdura, y lo más doloroso de todo: nada de pasta.

—Detente en la calle Heisenberg, por favor —le pedí a Lev. Me incorporé en el asiento.

—No —contestó Alexander en su lugar.

Inspiré con fuerza y aguanté el aire unos segundos antes de soltarlo de golpe. «Paciencia, Mia, paciencia».

Ahora sí que clavé la vista en él y el cabreo que destilaba su mirada era inmensurable.

—¿Por qué?

—Hemos estado más de tres horas esperando a que terminaras

de comprar. Tengo trabajo —contestó tirándose del cuello de la camisa. Se le veía muy agobiado.

—Me prometiste que podría ir a comprar alimentos para mis recetas.

—No me mires así —amenazó en un susurro.

—¿Así como?

—Como siempre que quieres algo.

—Funciona, ¿a que sí? Me lo enseñó Gabi. Puedes irte, me quedo con ellos —indiqué con un movimiento de cabeza.

—No. Te quedas conmigo —susurró y se acercó tanto a mi cara que tuve que echarme un poco hacia atrás.

—Pero ¿qué más te da?

—He dicho que tú te quedas conmigo, Mia —susurró—. Y la próxima vez que te encierres con un desconocido en cualquier otro lado echaré la puta puerta abajo y te sacaré a rastras, estés como cojones estés. ¿Lo has entendido?

¿Por eso estaba cabreado? Más de lo normal, quiero decir. Casi podía escuchar sus dientes rechinar desde donde estaba sentada.

—Solo han sido dos segundos —expliqué—. Necesitaba que alguien me subiera la cremallera.

Alexander me resopló en la cara. Al parecer ese dato solo hizo que se cabreara más.

—Tus cremalleras solo las toco yo, ¿estamos? —espetó en tono seco—. Tanto para subirlas como para bajarlas. Todo lo que tenga que ver contigo o con tu cuerpo. Yo. Nadie más —gruñó acercándose de nuevo a mí.

Solo asentí. No podía pensar. En ese momento, no. Ese tono de voz y esa mirada fija en mi boca provocaban que el cerebro dejara

de funcionarme. Eso y que apretara los muslos, lugar que observó con ojos asesinos.

Recordé lo que me había dicho el día anterior, lo de que le encantaba mirarme.

Ahora mismo, Alexander Kane daba un miedo que te cagas. Y a mí eso me ponía… ¿cachonda? Joder, tenía un serio problema.

Yo hiperventilaba y él intentaba respirar con normalidad. Tenía las manos cerradas, tan fuerte que se le pusieron blancos los nudillos, como si se contuviera para no tocarme o matarme. No sé por qué mi mente enferma me susurró «O estrangularte», lo que provocó que lo imaginara sobre mí, con ese cuerpo enorme, rodeándome la garganta mientras me susurraba con esa voz, en su cama.

Tragué saliva y me pasé la lengua por los labios, gesto que observó sin ningún descaro.

—Entonces, ¿paramos o no? —preguntó Lev cansado.

—Paramos —susurré sin dejar de mirarlo.

—Mia… —comenzó a decir Alexander.

Era la segunda vez que pronunciaba mi nombre desde que había llegado y la forma de hacerlo, amenazante, con ese tono posesivo, solo hizo que me pusiera más cachonda aún. Tuve que morderme los labios para no gemir allí mismo. «Pero ¿qué te pasa?».

Me llevé la mano a la boca de manera inconsciente y le aguanté la mirada con todo el aplomo que pude. Esos ojos asesinos ahora eran la imagen de la más pura y absoluta lujuria, y a mí me estaban volviendo loca.

Aparté la vista y en ese momento me di cuenta de que Lev y Kyle nos observaban y que Alexander estaba más cerca de lo estrictamente necesario. Me dejé caer en el asiento, con los ojos al

frente, consciente de cada maldito segundo en que Alexander seguía en la misma posición.

—Paramos —informó, de vuelta a su sitio.

No pude evitar sonreír de manera disimulada. Lo había conseguido.

Un punto para Mia Bianchi.



Adoraba el aroma de la albahaca y la menta frescas. Alexander llevaba el carro mientras yo me detenía para olerlo y tocarlo todo. Sinceramente, creía y esperaba que él se quedaría en el coche, que serían Kyle o Lev quienes vendrían conmigo, pero me equivoqué.

No podía evitar mirarlo por el rabillo del ojo. Nos observaba a todos, a mí y a quien pasase demasiado cerca, con una mirada asesina. Entre eso y que llevaba el carro como si fuera una bomba a punto de estallar, tenía que morderme los labios para no reírme.

Cogí cuatro botellas de vino blanco. Como siguiera así, acabaría con las reservas de Alexander en menos de un mes. No es que tuviera problemas con la bebida, es más, no solía beber mucho, pero desde que estaba en casa del asesino de miradas me apetecía tomarme una copa por la noche.

Las dejé en el carrito bajo el atento escrutinio de Alexander.

—No estás muy acostumbrado a esto, ¿no? —pregunté antes de acercarme al expositor de las especias.

—No.

—Deberías irte, te he dicho que tardaría.

Solo me hizo un gesto con la cabeza para que continuara.

—Estoy deseando cocinar —comenté, sonriendo de verdad por primera vez desde que había llegado. Echaba de menos ir yo a por mis propios ingredientes.

—Para esto y para otras cosas le pago a Cecille. Ella podría traerte todo lo que necesites.

—No es lo mismo. ¿Puedes dejar de asesinar a la gente con la mirada? —pregunté después de ver cómo volvía a fulminar a otra persona que pasaba por nuestro lado.

—No.

—Pues deberías, es de mala educación. Creo que ya habíamos hablado sobre eso.

—De mala educación es que te coman con los ojos cuando vas conmigo.

Abrí los ojos desmesuradamente.

—Mirar es gratis —expliqué antes de echar en el carro cinco paquetes de harina. Necesitaba huevos.

—Para mí también.

Agarré el carro y lo empujé hacia la caja después de coger dos paquetes grandes de huevos mientras Alexander me perseguía.

—Sí, en eso tienes razón, para ti también, pero tus motivos no son los adecuados.

—Estás conmigo, ese es un motivo adecuado.

—Sí, pero podrías ser mi hermano, mi primo o un amigo.

—No soy ni seré nada de eso —contestó; me miró de arriba abajo y se paró en seco.

—Nada de amigos, ¿eh? —Negó con la cabeza mientras cruzaba los brazos sobre el pecho—. Pero somos algo así como compañeros de piso.

—No somos tal cosa.

—¿Y qué somos?

Alexander torció la cabeza de esa manera extraña que provocaba que se me pusieran los pelos de punta.

—Esa no es la cuestión, Mia.

Arrugué el entrecejo, preparada para hacerle otra pregunta, cuando la dependienta nos indicó que podíamos pasar por caja.



14

ALEXANDER

Casi la estrangulo con mis propias manos. Me la comía con los ojos cada noche, cada maldito segundo del día que podía, como para ser amigos. Los amigos no te follan con la mente en veinte mil posturas y lugares diferentes mientras te tapan la boca para sofocar los gritos. No es que yo tuviera muchos, pero ese concepto me quedaba claro.

En la boutique casi estallé, no solo por ver ese maldito culo enfundado en vaqueros y diferentes faldas y vestidos, sino por culpa del gilipollas que la atendió. Lo primero que le dije al llegar fue que nada de pijamas, solo lencería, ropa y tacones. Y lo segundo que los ojos, arriba. Lo vi mirarla de la misma manera que lo hacía yo, con esa maldita necesidad, una de la que Mia no se dio ni cuenta. Después de que lo llamara para que la ayudara con la cremallera, me contuve y conté hasta diez, hasta que no pude más y lo agarré del cuello para sacarlo de allí dentro. Me lo llevé al almacén.

Le di una paliza que recordaría el resto de su vida. Se lo había advertido antes y no me hizo caso.

Kyle sabía lo que estaba pasando cuando se marcharon al coche, gracias a él escuché por el intercomunicador que Mia preguntaba por

mí y paré. Si no, habría sido capaz de matarlo. Si en ese momento hubiera sido el Carnicero y no Alexander Kane, no hubiera dudado, pero tenía una maldita imagen, un puto negocio y muchos enemigos de los que deshacerme como para acabar con mi fachada de hombre respetable.

Luego, en el coche, una puta vez más, tuve que controlarme para no arrojarme sobre ella de una vez y follármela allí mismo o meterle la polla en esa preciosa boca abierta y castigarla por dejar que otro hombre la tocara.

Mi obsesión por ella solo crecía y crecía cada día. Cada puta noche que la veía. Cada segundo que pasaba con ella era una tortura, una sensación extraña y desconocida a la vez.

Esa mujer no se daba cuenta de la de bocas abiertas y miradas lascivas que dejaba a su paso. Pero para eso estaba yo, para cerrarlas, joder. Los mataría a todos.

La compra en el supermercado se me hizo eterna.

Al principio disfrutaba de verla feliz con unas hierbas verdes. Era tan sencilla que con ese simple detalle todo su cuerpo se relajó. Su expresión preocupada y enfurruñada pasó a una de ojos soñadores y brillantes, y eso era… bonito.

Joder, era la cosa más bonita que jamás hubiera visto.

Cuando la vi sonreír de verdad por primera vez… Ahí fue cuando el mundo podría haberse detenido y las ciudades haber estallado por los aires. Podrían haberse secado los mares y haber caído todas las estrellas del cielo que yo, Alexander Kane, no habría dejado de mirarla ni por un solo segundo.

Eso era lo más extraño, diferente y sincero que me había pasado en la vida. Era una puta preciosidad.

No había conocido a nadie tan transparente como ella. Vivir rodeado de monstruos y de asesinos es lo que tiene, que cuando ves un alma tan pura y llena de luz te asusta tanto que deseas volver a esa maldita oscuridad en la que vives cada día. Pero ella no me dejaba. Me buscaba con la mirada de modo inconsciente, me preguntaba cómo había ido mi día anterior en cada desayuno, me hablaba de temas desinteresados sin darse cuenta. Le salía solo, aunque luego acabara mandándome a la mierda y huyendo a su dormitorio. Otros días no abría la boca, solo me prometía una muerte lenta y dolorosa con la mirada, como las erecciones que me provocaba a diario. Esos eran mis favoritos.

—¿Y bien? —preguntó.

Íbamos acompañados de Kyle y Lev de vuelta al coche, que habían venido para ayudarnos con las veinte bolsas llenas de comida.

—¿Piensas alimentar al barrio entero? —solté, ignorando la pregunta que acababa de hacerme. Había estado tan en la inopia que no sabía ya de qué estábamos hablando.

—No —sonrió—, solo a vosotros. Les he prometido a los chicos que les haría un plato especial.

—¿Qué chicos? —pregunté, parándome en seco.

—A nosotros —contestó Lev. Me chocó el hombro al pasar por mi lado con una sonrisa que no me gustaba nada de nada.

—¿Y quién cojones ha invitado a estos dos idiotas a cenar?

—Yo. —Mia frenó para esperar a que llegara a su lado—. No seas malo, tienen hambre —susurró cuando me puse a su altura. Su aroma a cítricos mezclado con aquella dulce voz, una que solo debería escuchar de cerca, mucho más de lo decentemente

establecido, hizo que me preguntara si sería tan catastrófico follarme a la cuñada del ruso. Ya me lo había preguntado decenas de veces desde que la vi aquella primera noche, pero desde esa mañana habían sido cientos. Y me lo había preguntado de verdad. Afrontaría todas las consecuencias que pudiera traerme—. Además, me han dicho que su turno terminó hace media hora, así que no deben hacer caso a lo que tú digas.

—Es mi casa —sentencié.

Su expresión cambió y no a una enfadada como me esperaba, sino que el labio inferior comenzó a sobresalir por encima del superior. Tenía la expresión de una niña pequeña a punto de llorar. Sus ojos, esos ojos que me volvían loco, me miraban como si yo tuviera el mundo en mis manos.

—Porfi. Tengo muchas ganas de cocinar un plato rico y sano y tus amigos son simpáticos.

Ese tono de voz suplicante… Joder.

—No son mis amigos.

Puso los ojos en blanco, gesto que solo hizo que me dieran ganas de darle un par de palos en el culo por jugar conmigo. Estaba haciéndome pucheros. Otra vez.

—*Per favore*, Alexander. —Mierda. Era la primera vez que me hablaba en italiano y yo solo podía pensar en que me había encantado ese acento—. Me cansa estar encerrada en esa casa contigo y con Bastián. Necesito hablar con más gente.

—No necesitas más gente.

Entrecerré los ojos. No me hacía ninguna gracia que su deseo fuera estar con otras personas y no conmigo, ni siquiera con Bastián. Estaba abriendo la boca para decirle que no cuando volvió a

interrumpirme.

—Bastián me dijo que tu comida favorita es el entrecot con salsa de setas. He comprado todos los ingredientes.

Siguió mirándome con aquellos ojos del color de la miel, suplicantes y anhelantes. Y, joder, no podía decirle que no, y menos si había pensado en mí como para hacerme mi comida favorita.

—Quiero un favor a cambio —pedí.

—¡Vale! —aceptó sin pararse a preguntar el qué.

Niña estúpida e inocente.

—¿No piensas preguntarme qué será?

Entrecerró los ojos.

—¿Tiene que ver con matar a alguien?

—No.

—¿Será peligroso?

—No.

—¿Tendré que hacer cosas malas? —Mia tragó saliva. Negué con la cabeza, sonriendo—. Entonces me parece bien.

—Cielo, así no se hace. Tienes que aprender a negociar o la vida te comerá. No aceptes nunca un trato sin saber los detalles.

—¿Quieres contarme los detalles? ¿Ahora?

Negué lentamente. Si le dijera todo lo que quería pedirle…, o más bien hacerle…

Sus mejillas comenzaron a colorearse y yo recé para que dijera que sí.

—¿Cuándo será?

—Cuando te lo pida.

Asintió despacio. Tenía dudas, lo notaba en la manera de retorcerse las manos. Veía cómo me miraba y me estaba cansando

de esperar. Llevaba diez días viviendo en mi casa y el juego tenía que comenzar.

Cuando tomó la decisión, lo supe.

—De acuerdo —contestó con una sonrisa deslumbrante.

Sonreí. Dios, ya ves si lo hice.

—Ahora podemos ir a donde quieras, cielo.

—¡Eres el mejor!

Mia dio un saltito antes de abalanzarse sobre mí. Le rodeé la cintura por inercia mientras ella hacia lo mismo con mi cuello, donde sentí que depositaba un leve beso.

Ese gesto me dejó sin aire y ni siquiera sabía que la había rodeado aún con más fuerza para acercarla tanto como me fuera posible. Mierda. Aflojó los brazos para que la soltara y noté las miradas de los otros dos puestas sobre nosotros. Era la primera vez que la tenía tan cerca, la primera vez que sentía su cuerpo sobre el mío, y aquello era un error monumental. Notar su cintura, su pecho, su olor era como darle dos gotas de agua a un hombre sediento en el desierto.

Quería más, mucho más.

La solté poco a poco, recreándome mientras la bajaba al suelo. Seguía tan cerca, con aquellos ojos buscando los míos y con las mejillas sonrosadas. Preciosa, joder.

Ninguna mujer me lo había llegado a parecer. Había conocido muchas, demasiadas, y todas me parecían más de lo mismo. Interesadas en mi dinero o en mi polla para llegar a mi dinero. Mia, sin embargo, no me miraba como ellas, tampoco lo hacía con miedo, al menos ya no, y eso me gustaba aún más.

—¿Vamos? —susurró. De nuevo esa maldita voz que solo quería

escuchar sobre mi boca o sobre mi polla, ya inquieta.

—Vamos —contesté; la agarré de la mano para que no desapareciera y la arrastré al interior del coche.

No la solté en todo el camino.



Ver a Mia utilizar los cuchillos era como un orgasmo para mí. Me gustaban los cuchillos, tanto que tenía cientos. Eran mi arma favorita, la que siempre usaba. Y Mia sabía cómo manejarlos. Eso me ponía muy muy cachondo. Era consciente de que no debería mirarla tan fijamente como lo estaba haciendo, pero su maestría, su velocidad… A veces cortaba sin mirar mientras hablaba con alguno de los demás, sonriendo, con ese maldito brillo en los ojos que me incitaba a encerrarla en esta casa para siempre. Cuando llegamos, había estado atento a todo lo que decían y preguntaban, pero en ese momento solo podía contemplarla a ella.

Me resultaba erótico. Verla cocinar era una de las cosas más eróticas que había visto, y estaba cerca de echarlos a todos de la cocina. Cada vez que se llevaba un dedo a la boca para probar lo que fuera que estuviera preparando tenía que apretar los dientes para no gemir al pensar que podría ser mi polla, o cuando chupaba la cuchara, o cuando hacía ruiditos porque estaba delicioso.

Miré a los demás para comprobar que no se la comían con los ojos de la misma manera que yo lo hacía y no, no era el caso, pero hasta ahí llegaba mi paciencia. No lo podía soportar un segundo más.

—¡Fuera! —exclamé antes de ponerme en pie de malas maneras,

arrastrando la silla.

—¿Qué? —preguntó mi hermano después de darle un sorbo a su cerveza. Casi me escupe en la cara.

—Fuera. Iros a tomar por culo a la terraza. Cuando la comida esté, os llamo —comenté como pude, sin mirarlos, y me acerqué a la encimera para tapar la erección.

—Pero…

—¡Que salgáis de aquí, coño! —rugí.

Bastián sabía lo que pasaba; solo asintió con una sonrisa enorme. A Lev le faltaba frotarse las manos y a Kyle le estaba costando la vida disimular las ganas que tenía de estallar en carcajadas.

Malditos hijos de puta.

—Vamos. Fuera hace un día maravilloso —indicó mi hermano, que se llevó las cervezas y los cuencos con el picoteo.

—Pero ¿cómo vamos a dejar sola aquí a Mia? —preguntó Lev mientras se ponía en pie y me dedicaba una mirada desafiante para que estallara.

—Alguien que piensa en mí —contestó Mia con un morro que le llegaba a la entrada.

—Yo te ayudo. Vosotros —señalé con el dedo— fuera.

Esos tres canallas sonrieron como si fueran hermanos siameses. Me conocían demasiado bien, eran las únicas personas que formaban mi círculo privado y sabía que después, en las oficinas o cuando no estuviera Mia, se cebarían conmigo de lo lindo.

Me coloqué a su lado. Se le tensó la espalda y el culo le rebotaba cada vez que le daba vueltas a la cuchara con la que removía la mezcla. Dios santo. Deseaba ponerla a cuatro patas…

Tuve que aclararme la garganta antes de hablar.

—Dime con qué te ayudo.

—¿Sabes cocinar? —preguntó sin mirarme.

—No, pero lo intentaré.

—Vete con ellos si quieres.

—No. Te ayudo. —Si me alejaba de ella un solo paso más, acabaría volviéndome loco.

Dejó el bol sobre la mesa, apoyó ambas manos sobre ella y se dio la vuelta para quedar frente a mí. Clavó los ojos en los míos, haciendo un esfuerzo titánico por aguantarme la mirada.

—Me pones nerviosa, Alexander. Sería mejor… —se interrumpió cuando sus ojos descendieron a esa parte de mi cuerpo que estaba cerca de reventarme el pantalón.

No me avergonzaba en absoluto. Es más, crucé los brazos sobre el pecho, esperando a que terminarse de mirar. Sus mejillas sonrojadas solo hicieron que me pusiera aún más cachondo.

A la mierda con todo.

—Te voy a explicar lo que va a pasar, Mia. Voy a besarte.

—¿Cómo?

—Lo que has oído.

—No.

—Oh, sí. Voy a hacerlo.

Negó con la cabeza repetidamente.

—Dios, es la mejor idea que he tenido en la vida —indiqué dando un solo paso en su dirección.

—Atrás.

—Estoy deseando ver esas mejillas sonrojadas cuando tengas mi polla dentro de la boca —susurré como pude.

Mia abrió los ojos de par en par. Exclamó un pequeño jadeo que

hizo que todo mi cuerpo temblara. Me acerqué a ella, poco a poco, hasta situarme a solo unos centímetros de su boca.

—Dime lo que sea, cielo, porque si no pensaré que me estás dando permiso para hacerlo. —Rocé sus labios con los míos, desesperado por sentirla—. Y no soy muy dado a pedirlo.

—Yo… —comenzó a decir mientras sus ojos iban de los míos a mi boca, así una y otra vez.

—¿Tú?

—Yo no…

—Tú no, ¿qué? —pregunté antes de rodearle la cintura y apretarla contra mi cuerpo. Esto no era lo que tenía planeado… Bueno, sí. Otro jadeo se le escapó cuando notó mi polla contra su vientre—. ¿Tú no te meterías mi polla en la boca? ¿No serías capaz de correrte mientras me haces una mamada? —Casi se le salen los ojos de las cuencas—. Joder, yo creo que sí.

Pasé el pulgar por sus labios una vez más, los abrí para mí, y cuando gimió de esa manera tan dulce como solo ella sabía, me lancé a por ellos.

No pude contenerme más. Noté cómo el aire abandonaba su cuerpo cuando mi lengua entró en su boca.

Su sabor era delicioso, como una droga que solo hacía que quisiera más. La besé descontrolado, me hice dueño de todo lo que pude, exploré cada rincón mientras bajaba las manos por su cuello.

Le lamí el paladar y cuando su lengua comenzó a moverse junto con la mía noté el cambio en ella, la decisión que tomó. Bajé una mano a su cintura para acercarla aún más. Me rodeó el cuello con las manos y ladeó la cabeza para concederme mejor acceso. Eso y el tirón de pelo que me dio fueron la señal que necesitaba para rodear

la garganta y guiarla a mi antojo, para apretarle el culo y levantarla para restregarla contra mi polla.

Mia se separó unos centímetros para jadear y tomar aire. Sus ojos buscaron los míos. Vi la duda, el hambre y la lujuria. No dejaría que pensara que aquello era un error sin ni siquiera haber empezado de verdad. Esto solo sería un pequeño aperitivo.

Le lamí el cuello y le mordí la mandíbula, desesperado. Aún la tenía apretada contra mi polla, que no paraba de palpitar buscando la liberación. Si no fuera porque esos imbéciles estaban en la casa, ya me la habría sacado del pantalón solo para ver cómo se avergonzaba. Joder, adoraba cuando sus mejillas tomaban ese color rojizo tan delicioso.

Le di otro estrujón, invitándola a reaccionar, a que tomara el control y, diablos, eso hizo. Me rodeó la cintura con las piernas y se contoneó para quedar justo en el sitio exacto donde se unirían nuestros cuerpos. No me lo esperaba. Gruñí cuando la sentí colocarse sobre mi polla. Tenía la boca entreabierta, los labios hinchados. Respiraba de manera entrecortada y me miraba, me rogaba que sobrellevara la situación. Le rodeé el cuello con más fuerza hasta que no pude más y volví a besarla.

Esta vez fue ella la que me devoró a mí; mordió y tiró de mi labio inferior de manera provocativa. Bajé la mano que tenía rodeándole el cuello lentamente hasta llegar a sus pechos, amasé uno de ellos con fuerza, provocando que se removiera, buscando más. Seguí bajando y colé la mano por su camiseta. Rompí el sujetador que me separaba del cielo con un tirón. Mia gimió al sentir el contacto de mi mano sobre su piel y aproveché para tocarle las tetas. Perfectas, como toda ella. Comencé a pellizcarle los pezones. Uno a uno, con

fuerza.

Dejó de besarme e inclinó la cabeza hacia atrás con un gemido silencioso.

Preciosa. Una maldita preciosidad.

Me aproximé a la encimera y la dejé sobre ella. Irguió la cabeza como un resorte.

—No pares —susurró con una voz que no había escuchado hasta ahora.

Sonreí. Sabía lo que necesitaba y yo estaba desesperado por dárselo.

—Ni aunque la muerte venga a por mí, cielo.

Le subí la camiseta de un tirón sin dejar de observar cada una de sus expresiones. Le introduje la camiseta en la boca para que la mordiera, aunque no tardó en soltarla, y aparté los restos del sujetador. Sus tetas quedaron levantadas, erguidas. Me metí uno de los pezones en la boca mientras tocaba el otro, recreándome en el ritmo y en la manera en la que comenzaría a follármela si pudiera. Después cambié de pezón mientras Mia se restregaba contra mí. Sus gemidos eran cada vez más frecuentes, más altos, y su cuerpo no dejaba de temblar. Estaba cerca, muy cerca. Quería meterle la mano entre los pantalones para comprobar lo mojada que estaría, lo cerrado que tendría el coño, pero cuando la miraba la veía deshecha, con esa boca perfecta entreabierta. Sabía que si lo hacía no sería capaz de parar. Cuando me la follara, no sería en una encimera, sería en mi cama. Cuando me la follara, no habría tres personas en la misma casa que pudieran escucharla, porque gritaría tan alto que entonces tendría que matarlos.

Le rodeé el culo y la acerqué aún más a mí para restregarme

contra ella, con estocadas certeras. Mia volvió a abrazarse a mi cuello y comenzó a besarme. Yo seguí moviéndome como si me la estuviera follando hasta que noté que su cuerpo se tensaba.

—Vamos —susurré contra su boca—, déjame ver cómo te corres, cielo. He soñado con eso cada maldita hora del día.

Sus mejillas coloradas se pusieron del color del fuego, le brillaban los ojos y cuando vi que dejaba caer la cabeza hacia atrás abandoné su culo para rodearle el cuello y que me mirara. Arremetí contra su coño de manera desquiciada, haciendo que se moviera sobre la encimera y volviendo a tirar de su cuerpo para que se encontrara con el mío. Sus tetas se movían con nuestro movimiento y cuando la escuché gemir, abandonarse al orgasmo, me fui con ella.

Aquella mujer era lo más erótico que había visto jamás. Su inocencia al quedar reemplazada por la más pura y absoluta lujuria me había dejado una imagen que jamás podría olvidar.

Mia

Respiraba de manera entrecortada. Intentaba asimilar lo que acababa de suceder mientras Alexander me miraba de una manera que solo podía describir como espeluznante.

Me sentía saciada como nunca antes lo había estado y no había llegado ni a desnudarme por completo. También me sentía atrapada, acorralada, como si él fuera un depredador y yo su siguiente presa. Como si esto solo fuera el principio de una larga y peligrosa cacería donde el principal y único objetivo sería yo.

«¿Qué cojones he hecho?», me pregunté. Era un maldito asesino, un sicario, mataba gente. Sí, mi familia y las personas a las que quería quizá hicieran cosas peores, pero eran eso: familia. No las

había elegido y las quería fuesen o hiciesen lo que fuera. Pero eso, aquella situación, sí podía elegirlo. La persona que quería que me follara sobre una encimera o en cualquier otro lugar sí que podía escogerla. Y, joder, deseaba que esa persona fuera él, pero tenía demasiada sangre en sus manos.

No podía moverme, no podía pensar con esos ojos verdes, parecidos a los de una serpiente a punto de atacar, atentos a cada uno de mis movimientos.

La mano que seguía rodeándome la garganta me apretaba más aún. Me hacía daño, no uno insufrible, pero sí lo suficiente como para que el aire comenzara a faltarme, cosa que solo provocó que me olvidara de a dónde iba mi mente y volviera a centrarme en él.

—No —ordenó.

—¿Qué…?

—No.

—No te entiendo —balbuceé en busca de aire.

—No ha sido un maldito error —susurró acercándose a mi boca, hasta que la mordió con tanta fuerza que se me escapó un grito.

Me besó con desesperación para silenciarme, me tiró del pelo para acercarme aún más a él.

Intenté alejarlo de mí, arañé, mordí. Era como un maldito muro de piedra. Busqué algo que me ayudara. Agarré uno de los cuchillos con los que había estado cortando verduras y lo llevé a su garganta. Apreté hasta notar la resistencia de su piel.

Alexander se tensó, pero no me soltó. Liberó mi labio inferior y sonrió antes de alejarse. El brillo de sus ojos, esa mirada asesina…

—Cielo, esto solo acaba de hacerlo más interesante —susurró.

Esa maldita voz.

—Aléjate de mí.

No sabía de dónde había salido aquella voz, sensual, fuerte y decidida. Los cuchillos siempre habían sido mi arma favorita; con ellos me sentía segura.

Alexander sonrió y no con diversión, sino como un puto psicópata que disfrutaba como nunca antes.

—He dicho que te alejes —repetí, esta vez apretándole más el cuchillo contra la piel hasta que una gota de sangre le cayó por el cuello.

Las voces de los chicos se escuchaban más cerca. Suspiré aliviada.

—Esto solo acaba de empezar —amenazó en un susurro antes de abandonar mi cuerpo y salir de la cocina, dejándome sobre la encimera totalmente deshecha.

Bajé de un salto y me coloqué la camiseta en su sitio segundos antes de que sus hombres entraran.



15

MIA

Cuando conseguí bajarme de la encimera y taparme, apenas tuve tiempo de recomponerme antes de que los chicos entraran. Se quedaron ahí parados mientras yo sostenía aún el cuchillo.

Los tres levantaron las manos como si los estuviera amenazando. Los observé extrañada hasta que vi hacia dónde dirigían las miradas.

—Mia, tranquila —comenzó a decir Bastián mientras se acercaba poco a poco—. No sé qué te habrá hecho el cabrón de Alexander, pero eso que tienes en la mano está afilado y podrías cortarte.

Puse los ojos en blanco y apoyé el cuchillo en la encimera.

—Solo estaba cortando verduras. No digas tonterías.

Los tres dejaron escapar el aire al unísono.

—¡Qué susto, coño! —exclamó Lev antes de sentarse.

—Pero si mide metro y medio…

Miré a Bastián antes de volver a coger el cuchillo y alzarlo en su dirección.

—No te gustaría terminar esa frase —amenacé.

—¡Por fin! —gritó con alegría y se dio una palmada en la pierna antes de sentarse frente a Lev—. Alexander y yo creíamos que habías salido defectuosa. Una *principessa* de la mafia italiana que no

amenaza ni nada —explicó a sus amigos—. Resulta que solo tiene que soltarse un poquito.

—Al parecer es normal —aclaró Kyle sonriéndome. Ese hombre hablaba poco, pero cada vez que lo hacía subía el pan.

Entrecerré los ojos y seguí cortando verduras.

Cuando Alexander volvió a entrar, casi me rebano un dedo, y cuando todos vieron el corte de su cuello y comenzaron a atar cabos, quería que la tierra me tragara.

Fue el almuerzo más incómodo de mi vida. Pensaba que Alexander no bajaría a comer.

—Dime, Alexander, ¿qué te ha pasado? —Bastián no dejaba de sonreír, de mirarnos a los dos.

—Un pequeño malentendido.

No pude evitar retorcerme en la silla, pero no pensaba prestarle atención, de eso nada.

—¿Y eso? —preguntó Lev con la boca llena.

Lo miré con ojos acusadores y lo señalé con el tenedor. Se inclinó sobre la silla para acercarse más a mí.

—No seas cotilla —susurré.

—Es la primera vez que tenemos un tema jugoso en su contra, déjanos disfrutarlo.

—¿Y bien? ¿Solo un pequeño malentendido? —insistió Bastián antes de guiñarme un ojo.

—Sí —respondí.

—No quería que siguiera besándola, o eso dice, porque es mentira. Bien que me tiraba del pelo para que…

—¡Alexander! —grité.

Me giré en el asiento y lo miré por primera vez desde que había

regresado a la cocina.

Estaba cabreado, mucho, y no entendía por qué. La que debía estar enfadada era yo. Él fue quien me había acorralado contra la maldita encimera.

—Así que os habéis estado dando el lote en la cocina después de echarnos de aquí como si fuéramos un estorbo. Sois unos cochinos. Al menos, os habréis lavado las manos después, ¿no? —Iba a partirle la cara a Bastián.

Solté los cubiertos con fuerza.

—Para. No nos hemos dado ningún lote.

—No porque no lo estuvieras deseando.

Volví a mirar a Alexander. Sabía lo que estaba haciendo, me provocaba para que le prestara atención como si fuera un niño pequeño. Pues no le daría el gusto.

—Como sigas así —amenacé levantando el cuchillo en su dirección— acabaré por rebanarte el puto cuello y luego arrastraré tu cuerpo hasta subirlo a esa encimera —señalé—, donde te cortaré en cachitos diminutos para hacer contigo boloñesa de carne picada, *capicci?*

Alexander se acercó tanto que tuve que echarme hacia atrás.

—Ahora sí que comenzamos a entendernos.

No sabía qué quería decir con eso, porque sonó como una amenaza.

Le brillaban los ojos, sus sonrisas eran discretas, pero ahí estaban.

—Joder, me acabo de cagar encima —susurró Kyle.

—¿De dónde ha sacado ese genio? —le preguntó Lev a Bastián. Ambos me observaban con los ojos abiertos de par en par.

—i¿Qué?! No habéis parado de pincharme en todo el día, ¿y sabéis qué? No tengo tanta paciencia —sentencié al tiempo que me ponía en pie.

Antes de salir de la cocina, le eché un vistazo a Alexander. No había perdido el brillo en la mirada y un principio de sonrisa había comenzado a asomarse mientras los demás seguían susurrando entre ellos. Cuando vi que torcía el cuello de esa manera tan extraña, como si se preparase para perseguirme, apreté el paso.

Entonces el sonido de mi teléfono hizo que me parara en seco en mitad del salón. El número era de Rusia. Escuché unos pasos detrás de mí. Cuando miré sobre el hombro, vi a Alexander.

—¿Quién es? —preguntó con preocupación al ver mi cara.

Gabi no debería de haberse puesto en contacto conmigo, no tan pronto.

—Supongo que será Gabriella —contesté y me alejé un par de pasos de él—. ¿Gabi?

—Hola, Mia. Soy Iván.

Abrí los ojos de golpe y Alexander se posicionó de forma automática a mi lado. Lo ignoré y seguí caminando en dirección a las escaleras, al fondo del salón.

—¿Qué ocurre? —pregunté extrañada. Me sacudí la mano de Alexander, que había ido directo a rodearme el brazo mientras me perseguía. Le hice un gesto con los ojos para que me dejara tranquila.

—¿Que qué ocurre? ¡Tú eres lo que ocurre! —gritó—. Le has dado a tu hermana un sobre con todo lo necesario para escapar del recinto.

Tragué saliva antes de aferrar el móvil con más fuerza. Subí las

escaleras de dos en dos, pero tuve que detenerme al llegar a la planta de arriba porque Alexander se cruzó en mi camino. Elevó la ceja izquierda, preguntándome en silencio si aquello era cierto. Contesté con un leve movimiento de hombros.

—No sé de qué me hablas —aseguré.

—Mientes —susurró—. He hablado con Enzo y la única persona que queda eres tú.

—¿Y qué si lo hice?

—i¿Tienes idea del peligro que corréis?! ¡Ambas, joder! Que estés en casa del Carnicero es la prueba de ello.

—¿Dónde está mi hermana? —Tuve que hacer un quiebro para que Alexander no me quitara el móvil. Me señaló con un dedo acusatorio.

—Tu querida hermana está encerrada en una de mis celdas gracias a ti. ¡Te aseguro que si le hubiera pasado algo te habría arrancado la cabeza con mis propias manos!

Di un respingo cuando la voz de Iván casi me dejó sorda. Al mirar a Alexander, me quedé descolocada. Su mirada prometía la muerte de cientos de hombres, e intuí que se debía al grito de Iván.

—Dile a ese cabrón que si vuelve a levantarte la voz el que le arrancará la cabeza seré yo —amenazó antes de intentar quitarme el móvil una vez más.

—Estate quieto —susurré tapando el altavoz. Levanté la mano para que parase y le di un golpe en el hombro que lo envaró. Si Iván se creía que podía hablarme así, estaba muy equivocado. Si pensaba por un solo instante que dejaría que nos amenazara a mi hermana o a mí…—. Iván, cállate por un maldito segundo y escúchame —ordené mirando a Alexander—. Si se te ocurre o se te pasa por la

cabeza siquiera ponerle un dedo encima a mi hermana, juro por lo más sagrado que iré a Rusia y te destriparé yo misma con mis cuchillos. Te aseguro que los tengo afilados —susurré— y que soy capaz de rajarte de arriba abajo como a un cerdo, ¿me oyes? Pasaré a por ellos antes de hacerte una visita y después te destriparé vivo. Saca a mi hermana de esa puta celda o yo misma…

Alexander me arrancó el teléfono de la mano, susurró un adiós y colgó. Después lo arrojó al suelo, me cogió del cuello y me besó con un hambre insoportable.

Cuando se alejó y recuperé el aire, me agaché a por el teléfono y me marché de allí.

Subí a mi habitación y no salí en lo que quedaba de día. ¿Era una cobarde? Por supuesto que sí. No estaba preparada para hablar de lo que había ocurrido. Aún no entendía cómo me había dejado llevar de aquella manera. Joder, casi le suplico que me folle allí mismo, en la cocina, con su hermano y dos amigos a solo unos metros. Incluso le pedí que no parase…

Y después de la llamada…

Me deshice entre sus brazos.

Me llevé las manos a la cara, intentando ocultarme de todo lo que me rodeaba. Como si así pudiera alejarme de la realidad, aunque solo fuera unos segundos.

Decidí darme un baño. Sí, era una gran idea.

Estaba en la bañera, llevaba allí cerca de una hora y el agua se había enfriado, pero no era capaz de salir sin sentirme avergonzada.

Cuando me desnudé y vi las marcas donde habían estado sus manos, mi cuerpo volvió a estar listo, deseoso de que se repitiera, de que me diera más y más.

Tenía las caricias de un asesino grabadas en el cuerpo, de un hombre que mataba por placer, y yo solo podía pensar en que quería más. «Estás enferma».

Me avergonzaba, me repetía a mí misma que había sido un error. Un error que no debería volver a pasar por nada del mundo.

Cuando salí de la bañera y vi mi cuerpo una vez más, no pude evitar rozar cada una de las marcas, apreté donde lo había hecho él para recrearme. Apenas conocía a ese hombre, era un imbécil, un dictador, un asesino…, pero lo que había pasado en la cocina, la forma en la que me había mirado, como si fuera lo más hermoso y lo más erótico que había visto en su vida…, me había hecho sentir poderosa, inquebrantable. Un abanico de sensaciones que jamás había experimentado. Me había sentido segura en todo momento, adorada, incluso cuando me tiraba del pelo o me estrangulaba. Joder, me había sorprendido tanto como gustado.

No era virgen, pero nadie me había tratado así, con ese salvajismo y esa fuerza.

La humedad me crecía entre las piernas.

«Tú no eres así», me repetía una y otra vez desde que había llegado, pero me sentía más viva que nunca, más libre, más yo. Y todo eso me daba un miedo que te cagas. Yo siempre había sido la niña buena, la responsable, callada y respetuosa Mia Bianchi, pero desde la primera vez que me había cruzado con él mi menté cambió. Mi cerebro ya no me decía que pensara antes de hablar, simplemente me animaba a que lo soltara. Era incapaz de

controlarme. Joder, era incapaz de sumar dos más dos si él se encontraba cerca.

Tenía que evitarlo a toda costa. Él casi nunca estaba por allí, llegaba muy tarde y se iba muy temprano. Usaría a Bastián como carabina, le pediría que me dejara irme a vivir con él. Total, era el mismo edificio.

Sí, eso haría.

Me sentía mejor. Mucho mejor después de haber llegado a esa conclusión.

Me puse ropa cómoda y ancha, tanto como para que me tapara las marcas del cuerpo. No pensaba salir de aquella habitación, pero solo por si acaso.

Iría a la biblioteca, cogería libros para tener un buen arsenal, comida, agua y haría acampada en la habitación.

ALEXANDER

Si pensaba solo por un segundo que podía alejarse de mí, Mia Bianchi estaba muy equivocada. Se había encerrado en su dormitorio, lo había convertido en un pequeño fuerte. La había estado observando por las cámaras de vigilancia. A veces se tiraba en el suelo para leer o escribir, luego se tumbaba en la cama o hacía yoga… Comía mierdas embolsadas.

Aún estaba furioso por la llamada de ese malnacido. Gritarle así a Mia. El día que lo tuviera enfrente le daría una paliza. Le cortaría la lengua. Lo estrangularía.

Al día siguiente bajé a desayunar y llegué tarde a una reunión de trabajo mientras esperaba a que ella apareciese. Bastián no dejaba de reírse de mí.

—¿Te doy un consejo? —preguntó, mirando en la misma dirección que yo—. Dale espacio.

—Le he dado casi medio día.

—Cuando ella quiera, saldrá.

Una polla. Si al día siguiente, cuando volviera de un trabajo especial, no había salido de allí, yo mismo tiraría la puerta abajo y la sacaría de los pelos.

Quería estrangularlo, reventarle la cabeza contra la mesa, pero me contuve. «Es mi hermano», me recordé a mí mismo, Cuando volvió a estallar en carcajadas, lo agarré del cuello de la camisa y le estampé la cabeza contra el plato del desayuno. Se rompió en pedazos y le causé un pequeño corte en la sien, nada que no se solucionara con un par de puntos.

—¡Joder, Alex! —Bastián se llevó las manos a la cabeza mientras se retiraba de la cara los restos de mermelada.

Me puse en pie.

—Tengo un encargo. Volveré mañana. Si te veo por aquí, te arranco la cabeza —amenacé antes de dirigirme a las escaleras.

—¡Te estás volviendo más loco de lo que estás, joder! ¡Si sigues así, llamaré a mamá!

Me paré en seco y miré sobre el hombro. Bastián sonreía como un canalla mientras la sangre le corría por la cara.

—Si te chivas, eres hombre muerto.

Escupió la sangre que le salía de la boca e hizo un gesto desinteresado con los hombros.

Subí las escaleras de dos en dos. Si aquella mujer se creía que me alejaría después de ver cómo se corría entre mis brazos, estaba muy equivocada.



16

MIA

Estaba tumbada en la cama, leyendo, cuando la puerta de mi dormitorio se abrió de golpe. Los ojos de Alexander se clavaron en los míos. Abrí la boca para decirle que a dónde se creía que iba, pero negó con la cabeza como un demente. No preguntó si podía pasar.

—No, Mia—susurró—. No pienso irme. Esta vez no puedes huir.

Cerró la puerta de un portazo y se apoyó en ella.

Yo llevaba su camisa puesta y él también se dio cuenta, porque no dejaba de mirarla. Cuando me dio un repaso, apretó la mandíbula. Se le envaró el cuerpo. Los ojos se le oscurecieron.

Dios, era tan guapo.

Lo único en lo que podía pensar en aquel momento era en que quería que me tocara. Quería volver a correrme. No tenía mucha experiencia, pero quería aprenderlo todo de él. Lo necesitaba. No saber lo que era el verdadero deseo y descubrirlo me resultaba adictivo.

—Tengo que irme —confesó sin dejar de recorrerme con la mirada.

Aquello fue como un jarro de agua fría.

—¿A dónde?

Negó con la cabeza.

—No quieres saberlo, cielo. —Me dedicó una escueta sonrisa.

Trabajo. Eso quería decir que aquella noche sus manos acabarían manchadas de sangre.

—Entonces, ¿has venido a despedirte?

—No he vuelto a verte desde el incidente de la cocina de ayer.

—Dirás desde que te aprovechaste de mí —respondí altanera.

La mirada de Alexander se volvió fría como el hielo.

—Cielo, te recuerdo —dio un paso más para acercarse a mí— que me rogaste entre gemidos que no parase.

—No sé nada de eso.

Oh, sí que lo recordaba, pero ver a Alexander Kane, el témpano de hielo, retorcerse de rabia era muy divertido, y ese descubrimiento sería un enorme problema para él.

—Mientes —gruñó con otro paso más en mi dirección.

Me aferré a las sábanas, desesperada por sentir algo. No sé qué le pasó por la mente cuando torció la boca.

—¿Qué quieres? —jadeé.

—Si te dijera todo lo que quiero de ti, acabarías escandalizada —susurró y dio otro paso.

Mi cuerpo y mi mente se derritieron en ese momento.

—¿A qué te refieres? —susurré.

—Quiero follarte, no solo tu boca, no solo tu coño. Quiero destrozarte hasta la mente, cielo.

Alexander fue directo al grano y yo lo necesitaba. Necesitaba que lo hiciera o acabaría volviéndome loca. Necesitaba sentir justo eso.

—Y creo que lo estás deseando —añadió. Se quedó a dos pasos

de la cama.

Lo contemplé de pies a cabeza. Iba entero vestido de negro, la ropa que solía llevar cuando dejaba de ser Alexander Kane para convertirse en el Carnicero.

—Dime, cielo, ¿alguna vez te han comido tu dulce coño? —preguntó antes de avanzar otro paso más.

No podía más y él lo sabía. Si lo había evitado, era por esto. Estaba empapada y no me quedaban fuerzas.

—No —confesé en un susurro.

Esbozó una sonrisa felina y acabó con la distancia que nos separaba. Me agarró el tobillo y tiró hasta posicionarme en el centro de la cama. Me temblaban las manos. Tenía la respiración entrecortada mientras él me devoraba con los ojos una y otra vez; se fijaba en cada detalle.

—Quiero morderte entera, Mia. Besarte las mejillas sonrojadas, todo tu cuerpo. —Me pasó un dedo por la pierna hasta llegar a la cadera—. Follarte en todas las superficies del planeta. —Tenía los ojos fijos en mi entrepierna. Agarró el pantalón y lo bajó con lentitud —. Pero sobre todo estoy deseando probarte. ¿Me dejas?

Asentí. Sentía lo mismo que él. Ese deseo incontrolable.

—Maravilloso.

Se subió a la cama para colocarse a mi altura. Me deseaba de una manera apabullante.

Me quitó la camisa. Miró mis pechos, todo mi cuerpo había quedado al descubierto para él, excepto por las braguitas. Me avergoncé de pensar en la mancha que las oscurecía.

—Cómo me pone que te sonrojes, cielo —susurró mientras bajaba hasta llegar a mi pecho—. Voy a comerme a estas dos y

después te voy a arrancar esas bragas tan monas.

Volví a asentir.

Gemí cuando sentí su boca en mis tetas. No tuvo ningún tipo de contemplación, arremetió y devoró, sacándome sonidos inconexos, súplicas. Cada vez que mordía sentía un estallido por todo el cuerpo. Mis sentidos reaccionaron a cada una de sus palabras, a cada gruñido que soltaba cuando me retorcía debajo de él. Lo estaba disfrutando tanto como yo.

Necesitaba sentirlo.

Cuando llevé las manos a su pelo, se le tensó el cuerpo entero. Las alejé por puro instinto, pero después de unos segundos en los que su respiración se detuvo las agarró con un gesto de disgusto y las volvió a poner en su cabeza. Quería que lo tocara y yo estaba deseándolo.

Sin decir nada más, continuó con su ataque, derritiéndome, y yo levanté las caderas para rozarme con él. Cuando sentí la enorme erección, puse los ojos en blanco, me dejé llevar y aceleré el ritmo.

Sus manos fueron directas a mi culo, lo apretó y lo movió en la dirección que él quería.

—Estoy deseando enterrarme dentro de ti. Estoy obsesionado contigo, joder —susurró contra mi cuerpo mientras seguía mordiendo, lamiendo.

Su peso desapareció. Había retrocedido hasta el final de la cama. Deseaba verlo desnudo, tocarle la piel. Sabía que se estaba conteniendo por cómo jadeaba, por cómo me miraba. Llevó las manos a mis caderas y me rasgó las braguitas. Sus ojos fueron directos a mi entrepierna. Vi cómo se relamía, cómo el fuego invadía su mirada.

Parecía el infierno a punto de desatarse y yo estaba abierta de piernas para él. Le daba la bienvenida al diablo.

No preguntó, ni siquiera me advirtió. Se lanzó a por mí y con el primer roce de su lengua mi mundo y todo lo que conocía se fracturó.

Gemí, grité, me aferré al cabecero y le tiré del pelo. Sus gruñidos acompañaron cada uno de mis gritos.

Me tenía rodeada por los muslos, inmovilizada. Notaba cómo se aferraba a mí, cómo mi cuerpo se elevaba de la cama cada vez que él succionaba.

«Dios santo».

Me soltó para introducirme un dedo que agradecí gritando su nombre. Me susurró contra la piel palabras ininteligibles. Le tiré del pelo con más fuerza para apretarlo contra mí, rogándole más, y eso hizo. Introdujo en mi cuerpo dos dedos, gruesos, a la vez que me mordía en esa zona. Estaba a punto de hacer que me corriera por segunda vez en mi vida.

—Abre los ojos —ordenó con esa voz que me ponía los pelos de punta.

Obedecí.

Ya no había sonrisas. Me contemplaba como si yo fuera… preciosa. Así me hacía sentir.

Adoptó un ritmo más fuerte, contundente, y yo me rompí en mil pedazos. No dejé de mirarlo. No podía. Y supe que él se rompía tanto como yo, pero de distinta manera.

Cuando terminé, me dejé caer en la cama, exhausta. El corazón me iba a mil. Cerré los ojos solo dos segundos hasta que noté la leve caria en la mejilla.

—Tengo que marcharme —susurró.

—¿Ahora? —pregunté descolocada. No podía ser cierto, acabábamos…

Asintió sin dejar de mirarme las mejillas. Luego paseó la vista por mi cuerpo con una expresión atormentada.

—Ojalá no tuviera que hacerlo —aseguró convencido.

—No vayas.

Notaba la duda en sus ojos. Quería quedarse allí, conmigo. Me aferré al brazo que me cubría el vientre.

—Tengo que matar a ese cabrón.

Alexander se marchó, pero antes de salir volvió a mirar en mi dirección. Jamás había visto tanto anhelo ni tanta devoción en nadie, y eso me dio más miedo que saber que era un asesino al que acababa de entregarle mi alma.

Lo de la cocina fue el detonante, pero aquella mañana había sido un punto de no retorno, y ambos lo sabíamos.



17

ALEXANDER

Volví de madrugada. Cumplí con mi trabajo y me arriesgué al comprar un billete a última hora de una aerolínea común. Joder, la había cagado hasta decir basta.

Estaba herido.

Ese cabrón se olía que alguien iba tras él y, desde luego, cuando accedí a su apartamento, lo descubrí. Me disparó dos veces, nada grave. En la casa había cámaras de seguridad, armas, mapas de la ciudad y fotos de la persona que me había contratado.

Mi objetivo era un antiguo parlamentario que había extorsionado a la gente equivocada. Un drogadicto y un sádico. Gastaba tanto en putas y en cocaína que debía dinero por todas partes. Tenía demasiados enemigos, pero la mujer que me contrató no lo hizo por nada de eso. Fue porque abusó de ella. Una inocente más que cuando lo denunció quedó como una mentirosa ante un hombre de alcurnia y devoto de su pueblo. Un puto mentiroso de mierda. Por eso acepté el trabajo. Aún me preguntaba cómo aquella mujer había conseguido dar conmigo.

No le cobré. Aquel trabajo sería un regalo para ella, para su paz. Me habría gustado poder ayudarla antes.

Cuando lo rajé como a un cerdo y le metí por la boca un bate de béisbol hasta ahogarlo y desencajarle la mandíbula, le mandé una foto a ella. Ojalá la colgara en el espejo de su casa para que cada mañana saliera tranquila a la calle. O al menos para que cada día supiera que ese cabrón sufrió más en la tierra que lo que sufriría en el propio infierno.

Tuve que hacerme torniquetes antes de abandonar el apartamento. Encontré un botiquín en el baño y cuando controlé las hemorragias le prendí fuego a la casa.

Las balas, disparadas desde la lejanía, no habían abandonado mi cuerpo. Lo lógico habría sido irme al hotel, sacarlas como otras tantas veces, curarme y esperar al vuelo privado que me recogería al día siguiente. Pero no hice nada de eso porque necesitaba saber que ella estaba bien. Ya no me valía verla por las cámaras. Necesitaba volver a tocarla.

Llamé al piloto de mi empresa privada. Estaba durmiendo, me gritó que estaba loco, pero que en unas dos horas llegaría.

Tampoco quería esperarlo, así que saqué un vuelo.

Cuando entré en casa, fui directo a la cocina. Estaba un poco mareado y necesitaba un trago. Cogí una de las botellas de whisky de la despensa y se me cayó al suelo.

Me agaché para recoger los cristales y sentí el estallido de dolor por todo el cuerpo.

—Joder —susurré. Me llevé la mano a la pierna donde había recibido uno de los disparos. El torniquete se había aflojado y las vendas que cubrían la herida estaban empapadas de sangre.

Tiré los cristales en el fregadero y cogí otra botella. Le arranqué el tapón con los dientes y le di un largo trago.

—¿Alexander?

Giré la cabeza en su dirección como un látigo.

Allí estaba Mia, con mi camisa y nada más.

Encendió la luz de la cocina antes de entrar. Chica lista. Estaba deseando abalanzarme contra ella, y seguramente lo habría hecho de no haber estado herido. Apreté los dientes y avancé un solo paso para tenerla más cerca.

Cuando conseguí salir tras la isla, me evaluó el cuerpo entero. Supe el momento exacto en el que vio las heridas porque se detuvo en ellas y el color le abandonó el rostro.

Tenía un disparo bajo la clavícula, cerca del hombro, y otro en el muslo derecho.

—i¿Qué te ha pasado?! —gritó.

En dos segundos Mia me palpaba la piel mientras alababa a la Virgen en italiano. Siseé cuando tocó las heridas tapadas con la ropa. Me pidió perdón en un susurro, pero no tuvo nada de delicadeza cuando me empujó hacia el fondo de la cocina para que me sentara en una silla mientras ella seguía murmurando a saber qué cosas.

—¿Dónde tenéis el botiquín? —preguntó con sequedad a la vez que me tiraba de los hombros para que me incorporara un poco. Me quitó la camiseta sin ningún cuidado.

Estaba cabreada.

—Dónde. Está. El. Puto. Botiquín —me rugió a la cara, agachada a mi altura.

—En el baño pequeño.

Salió de la cocina con los puños apretados y dando grandes zancadas, que provocaban que le rebotase el culo. Dios santo, ese

precioso culo. Tuve que morderme los labios para no sonreír. ¿Quién, en su sano juicio, pensaría que Mia reaccionaría así en vez de ponerse histérica? A veces olvidaba que era una *principessa* de la mafia y que quizá había visto demasiado. Desde luego, no solía comportarse como una. La había observado lo suficiente como para ver la diferencia.

Depositó el botiquín con fuerza sobre la mesa. Comenzó a sacar todo lo que había en su interior.

—Quítate los pantalones —ordenó sin mirarme.

Me gustó esa faceta suya. Joder, me encantó.

—Ojalá me dijeras eso en el dormitorio. Justo con ese tono de voz y…

—¡Shhh! —me mandó callar con un dedo sobre la boca.

Obedecí sin rechistar y me quedé solo en ropa interior. Se detuvo unos segundos para observarme por el rabillo del ojo, tragó saliva y continuó con su trabajo.

Se alejó para lavarse las manos a conciencia en el fregadero. Seguía sin mirarme a la cara cuando me acercó un vaso lleno hasta arriba de licor.

—¿Las balas han salido? —preguntó mientras sacaba unas pinzas largas.

—No.

Con la mano libre me tomó la temperatura.

—No tienes fiebre —susurró—. Necesito que no te muevas mientras las saco.

—Veo que esta no es tu primera vez —indiqué tras dejar el vaso en la mesa.

—No, por suerte para ti no lo es. ¿No tenéis anestesia?

Negué con la cabeza lentamente.

Cuando noté el roce de sus dedos, me tensé, no por el miedo, no por el dolor, sino por su contacto.

—Odio que me toquen —confesé. Mia separó los dedos de mi cuerpo, aún con su mirada fija en la herida—. Y odio tocar a cualquier persona.

Se había quedado paralizada, con la pinza en la mano. Asentí con la cabeza, era un permiso mudo para que continuara. Le temblaron las manos antes de notar el cambio, la decisión que acababa de tomar. Volvió a posarlas sobre mí, esta vez con la precisión de un experto.

Introdujo el instrumento en una de las heridas. Me quemaba, me abrasaba.

—Pero yo te he tocado antes… —Sus ojos abandonaron la tarea para mirarme.

—Tu contacto no lo odio —aseguré.

—No veo bien, necesito que te subas a la mesa.

Me tumbé sobre la encimera de la cocina. Mia tuvo que subirse a horcajadas sobre mi cuerpo para llegar bien.

—Lo siento —susurró con las mejillas coloradas y esa firme decisión en la mirada. Si supiera lo poderosa que se veía allí mismo…

Coloqué las manos en sus muslos, lo que provocó que se sobresaltara, pero no hizo ningún gesto para apartarlas. Así que las dejé ahí no solo por mi necesidad de tocarla, sino para que ella supiera que estaba bien, que me sentía cómodo.

—A mi padre casi lo mataron a golpes. —Clavé la vista en el techo de la cocina, a sabiendas de que Mia estaba haciendo un trabajo magnífico. No se detuvo a preguntar—. Cuando estaba

medio inconsciente, rozando las puertas de la muerte, nos metieron a Bastián y a mí en la misma sala donde lo tenían a él.

Aún recordaba el olor de aquel horrible lugar, la humedad que hacía que la piel se sintiera fría y mojada.

—Nos arrastraron al interior y nos arrojaron a sus pies. —Mia torció las pinzas y acercó el rostro a mi pecho—. Nos manchamos con su sangre, con su vómito. Los fluidos se habían extendido incluso unos metros de distancia a su alrededor. Bastián comenzó a llorar y yo lo sujeté para impedir que fuera con mi padre. Esos hombres nos habían dicho que si nos movíamos nos pegarían un tiro en la cabeza. Yo ya no podía hacer nada más por mi padre, pero sí por mi hermano. Tenía que sacarlo de allí.

Noté cómo Mia rozaba la bala. Apreté los dientes; sabía lo que venía ahora. Abrió las pinzas, las retorció hasta hacer hueco en la carne antes de agarrar la bala con fuerza y tirar de ella. La arrojó al fregadero y fue a por el botiquín.

—Lo quemaron vivo delante de nuestros ojos. Lo dejaron arder hasta que el fuego se apagó por sí solo. —Empezó a desinfectar la herida con sus delicadas manos—. Antes lo rociaron con gasolina. —Tragué saliva. La bilis me había subido por la garganta—. Cuando mi padre nos vio, no rogó por su vida, solo por la nuestra. Siguieron atormentándolo, pero él ya no les hacía caso. Solo nos miraba y jamás olvidaré sus últimas palabras, Mia. Me suplicó que no tuviera miedo. Me dijo que aquello no le haría daño y no emitió ni un solo ruido cuando le prendieron fuego. No chilló. Me pidió que escapara, que cuidara de Bastián y que buscara a Iván, y eso hice.

Ni siquiera me había dado cuenta de que Mia había comenzado a suturarme la herida cuando posé la mirada en ella. Pude ver la

devastación en su rostro, la pena y el horror.

—Tenía dieciséis años cuando ocurrió. Lo dejaron arder y yo acurruqué a Bastián entre mis brazos hasta que dejó de llorar. Le pedí que no mirara, que se tapara los oídos. Nos dejaron ahí encerrados mientras veíamos cómo se apagaban las llamas. —Cerré los puños al notar el último tirón del hilo.

Mia había terminado con la herida del hombro. Ahora me miraba fijamente.

—¿Los mataste? Después de aquello —inquirió cuando se alejó para destapar la herida de la pierna.

Torció el gesto al ver que era grave. Asentí cuando por fin se centró en mí. Sus ojos brillaron con aprobación y me dirigió una escueta sonrisa antes de desinfectarme la pierna. Siseé por el dolor y Mia me pidió perdón.

—Los cacé a todos y a cada uno de ellos. Solo dejé con vida al padre de Iván, pero porque eso fue lo que acordamos.

Mia asintió y cogió de nuevo las pinzas. Esta vez me tocó con más delicadeza.

—Cuando me acerqué a mi padre —otra vez la bilis en la garganta al recordarlo todo—, quería sacarlo de allí. No quería dejarlo en ese hoyo lleno de mierda, pero su piel…

—No hace falta que vuelvas allí —indicó Mia.

No me había dado cuenta de que su rostro se encontraba sobre el mío, ni de que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—No llores —susurré, incapaz de evitar enjugarle las mejillas, desesperado por volver a verla sonreír—. No quiero verte llorar por mí.

—No es por ti, es por esos niños. —Negó con la cabeza.

—Quiero que sepas por qué a veces me costará que me toques, o yo a ti —hablé demasiado rápido.

—Hablas en futuro.

—Hablo en futuro porque sé que tú estarás en él.

—Eso es ir demasiado rápido. Yo…

—Tú —señalé, y le rodeé las mejillas para que me mirara— estarás en él, y lo sé porque jamás en mi vida he querido nada tanto.

Mia me miró con los ojos entrecerrados.

—Apenas me conoces —susurró.

—Te conozco, Mia Bianchi.

—Apenas te conozco. ¿Y si yo no quiero?

—Sí quieres —aseguré.

Mia me apartó las manos de su rostro y me apuntó con un dedo para que me quedara quieto. Al menos ya no lloraba.

—Eres un asesino psicópata demasiado egocéntrico.

—Y cargado de traumas y mierda, no lo olvides.

—Cómo olvidarlo —indicó antes de volver a mi pierna.

Suspiré cuando noté de nuevo la puta pinza. Gruñí y me di cuenta de que contarle aquello me había quitado un gran peso de encima.

—Me alegro de que mataras a todos esos hijos de puta —sentenció Mia antes de sacar la otra bala.

La miré fijamente. La vi sonreír cuando se hizo con ella. La arrojó junto con la otra y se bajó de un salto de la encimera para lavarse las manos antes de volver a curar y cerrar.

Fue rápida y concienzuda. Cuando me puse en pie y vi las puntadas, apreció que eran perfectas.

—Demasiada práctica tienes tú.

Miré a mis espaldas y la vi sentada sobre la encimera, con mi vaso de licor en la mano. Se lo bebió de un trago.

—Soy la hija de un mafioso y ahora la hermana del Don. Cerrar heridas y sacar munición del cuerpo de alguien es normal en mi casa —aseguró antes de llenar el vaso por segunda vez. Me crucé de brazos a la espera de alguna explicación más—. Gabi era la que arrojaba cuchillos junto con Enzo, y yo la que iba detrás curando a los pobres desgraciados que se cruzaban en su camino. Ellos lo llamaban «pequeñas travesuras». Yo los llamo dementes. Os parecéis.

Sonreí sin poder evitarlo hasta que la curiosidad pudo conmigo.

—¿Sabes lanzar cuchillos? —Mia asintió y por el brillo que aprecié en su mirada supe que aquello le encantaba—. Quiero verlo.

—Y yo quiero que dejes de darme órdenes sin sentido. —Se bajó de un salto de la encimera y se acercó despacio. Cuando llegó a donde estaba, me apoyó una mano en el pecho con delicadeza. Joder, qué sexy estaba—. Si sigues portándote así de mal, te aseguro que lo verás en primera persona.

—¿Es una amenaza? —pregunté. Le agarré la mano para que no se alejara.

Mia asintió y yo me lancé a por su boca, desesperado por tocarla, por besarla e insertarla en mi sistema. Paseé las manos por todo su cuerpo y ella me imitó.

—Me encanta tocarte —susurré sobre sus labios. Mia me miraba con una lujuria en los ojos difícil de ignorar. Su boca, rosada e hinchada, me estaba volviendo loco.

—Y a mí —confesó.

La besé de nuevo y esta vez no paré hasta que ella me empujó por el pecho para coger aire.

—¿Te duelen demasiado? —preguntó con la voz entrecortada—. ¿Las heridas?

Negué repetidamente, deseando volver a hacerme con su boca, hasta que la sonrisa pícara de Mia me dio a entender que en sus planes no entraba solo besarnos.

—¿Qué quieres, cielo? —pregunté.

—Quiero que me enseñes cómo te gusta.

Una creciente erección me apretó los pantalones y ella se retorció entre mis brazos al sentirla.

—¿Qué quieres saber?

—Oh, vamos… No juegues conmigo —indicó antes de alejarse.

La agarré por el brazo y negué con la cabeza para que no diera un paso más.

—Jamás se me ocurriría hacer eso, cielo, pero no sé si es con respecto a…

—Quiero que me enseñes cómo te gusta que te coman la… el… Ya sabes.

—Quieres que te diga cómo me gusta que me hagan una buena mamada.

Mia se puso colorada y dio un respingo que solo provocó que esa parte de mí creciera y creciera.

—¿Es eso, cielo? —Le rocé la mejilla para que me mirase.

—Sí. Tú antes…

—Lo hice porque quise, y no pretendo que lo hagas porque me debas algo —indiqué para que quedara claro que, aunque quisiera follármela hasta en la última superficie de aquella casa sin ninguna

contemplación, no lo hacía para que ella me devolviera el favor. Era demasiado inocente y jamás la obligaría a nada.

—Pero yo quiero tocarte como tú lo has hecho conmigo.

Di un paso atrás para verla mejor. Mi mano se fue directa a su entrepierna y cuando noté la humedad, su calor, supe que estaba deseando que le dijera qué hacer.

Y eso hice.



18

ALEXANDER

Tener a Mia entre mis brazos me hacía sentir el hombre más poderoso del mundo. Verla recorrerme el cuerpo con las pupilas dilatadas por el placer, deleitándose en él, y ver cómo esa chiquilla inocente se convertía en una puta diosa me hacía sentirme inmortal.

Cada día que pasaba cerca de ella me preguntaba cómo una muchacha tan inocente y yo habíamos acabado en el mismo lugar, en aquella situación. La escena de antes aún me sorprendía: yo contándole mi más oscuro secreto mientras ella me curaba las heridas a la vez que escuchaba mi infierno personal.

—Ponte de rodillas, cielo —susurré sobre su boca, acariciándole las mejillas coloreadas como las cerezas.

Cuando se lo ordené, le gustó. Me devoró vivo con los ojos. Vi el fuego, las ganas, la curiosidad en ellos.

Mia era como una maldita estrella que iluminaba la densa oscuridad que plagaba mi vida.

Cada día pensaba lo mismo. No podía dejarla escapar. No podía dejar de observarla, de guardar cada mínimo gesto para mí. Sus miradas, su boca, todo en ella era adictivo.

Tan brillante. Tan magnífica.

Me rodeó la polla con manos temblorosas, con los ojos fijos en ella.

Si seguía así, observándome de esa manera, acabaría demasiado pronto, pero disfrutaría cada segundo. Había soñado, imaginado demasiadas veces que la tenía así.

—Tienes que lamerlo, chuparlo. A veces con delicadeza, otras más fuerte, depende del momento —indiqué rozándole la mejilla.

Me miró con el ceño fruncido, pensando en cómo lo haría. Asintió y abrió la boca para mí antes de dejarme entrar poco a poco en ella.

La agarré del pelo y fui guiándola. Cerré los ojos con un gruñido y me tensé sobre la silla de la cocina. Supe el momento exacto en el que ella comenzó a disfrutar tanto como yo.

Emitía leves gemidos y sabía, sin necesidad de tocarla, que estaba empapada. Cuando intenté apartarla para echármela sobre el hombro y subirla a mi habitación, negó con la cabeza, aún con mi polla dentro de la boca.

Le llamearon los ojos cuando me miró y supe lo que quería, así que aumenté el ritmo.

Mia me hizo la mejor mamada que jamás me hubieran hecho. Se puso en pie, deshecha, despeinada y sudorosa.

—Buenas noches, Alexander.

Cuando salió de la cocina sin mirar atrás, lucía una sonrisa orgullosa. Me dejó destrozado y con las manos apretadas para no ir detrás y follármela como un animal por la necesidad de hacerla mía, de sentirla por completo en todo mi cuerpo. Un deseo que nunca había sentido por nadie, excepto por ella.

«Poco a poco. Con ella debo ir poco a poco», me repetí una y otra puta vez hasta que me dejé caer en la cama y soñé con su

cuerpo.



19

MIA

Alexander se había vuelto a marchar y lo sabía porque me lo había chivado Bastián cuando entró en el salón. Estaba recostada en el sofá, tomándome un café al amanecer. No perdí ni un solo segundo para mandarlo a la mierda por volver a quitarme ropa de mi habitación mientras él se dirigía a la cocina para servirse el desayuno.

Su respuesta fue que estaba perdiendo la cabeza a pasos agigantados, cosa que me hizo parar en seco.

Me había comprado mucha ropa en la boutique, muchísima, pero todo lo que era cómodo y ancho había desaparecido.

¿Y si había sido él? Joder.

¡Claro que había sido ese maldito enfermo!

Esperé a que Bastián se marchara, no dejé de dedicarle sonrisas inocentes y le deseé un buen día. Cuando escuché el ascensor, me puse en pie y corrí escaleras arriba. Me acerqué al dormitorio de Alexander. Miré la cerradura electrónica. La primera vez que había entrado estaba desactivada. Agarré el pomo con fuerza y lo giré.

Bingo.

Abrí la puerta poco a poco y miré a ambos lados del pasillo, por si

alguien me estuviera vigilando. Puse los ojos en blanco y cerré tras de mí.

Me recordé que estaba sola y me encaminé a la cómoda color caoba. Abrí todos los putos cajones, pero nada. Mis ojos traidores se iban solos a los postes de la cama. Tenía que darme prisa y dejar de hacer el imbécil.

Cuando terminé con el último cajón, me puse en pie y me dirigí al vestidor. Abrí ambas puertas y rebusqué en su interior.

El olor de Alexander estaba por todas partes y no pude evitar llevarme en más de una ocasión la manga de una de sus camisas a la nariz. Inhalé su aroma a cuero, a fuego, que me recordaba al peligro y a la pasión. Me encantaba, tanto como para notar que ya empezaba a afectarme. Si sumábamos el descaro de colarme en la habitación de alguien para fisgonear —cosa impensable en mí— y esa maldita cama de sábanas negras que solo creaba fantasías demasiado turbias en mi mente, era entendible que estuviera afectada. Solo de imaginarlo ahí, desnudo, tumbado con su enorme cuerpo…

Después de lo que habíamos hecho…

Dios.

Me mentiría a mí misma si no admitiera que deseaba que Alexander me tendiera en esa cama, con él encima, y que adorase cada parte de mi cuerpo.

Nuestra relación, o lo que fuese, estaba en un punto extraño. La noche anterior le había hecho una mamada después de sacarle dos balas del cuerpo. Solo de recordarlo me puse… Lo necesitaba. Tanto él como yo. Deseaba borrar esa mirada triste. Después de todo lo que me confesó, ansiaba tocarlo. Me gustaba, y no solo eso. Había

pasado de odiar las guerras de miradas a buscarlas. Empezaba a fijarme en cada detalle de él, en cada cambio de su cuerpo. Desde el primer beso todo había ido *in crescendo*. Era una locura, una atracción insoportable. Cada vez que lo veía, todo mi cuerpo se envaraba de deseo, esperándolo.

Bajé la cabeza, avergonzada de mí misma. Entonces vi una bolsa de deporte a reventar, tanto que la cremallera estaba al borde del suicidio. Me agaché y después de varios tirones y maldiciones, conseguí abrirla.

Mi ropa. Mis putos pijamas y mis camisetas anchas estaban ahí.

Comencé a sacarlo todo y a tirar las prendas por todas partes. No me lo podía creer. Lo había hecho a propósito. Se había colado en mi habitación para quitarme… Pero ¿por qué? Maldito enfermo de mierda.

Marqué el número de teléfono de la única persona —bueno, de las pocas— que sería capaz de darme una respuesta sincera.

—¿Mia?

—Hola, Keyla.

—¿Estás bien? ¿Sabes algo de Gabi?

—Está con el ruso.

—Sí, sí, eso lo tenemos claro. Gracias a ti conocemos la ubicación exacta del lugar. Estamos esperando a que ella nos diga cuándo y dónde recogerla.

—Sobre eso…, Iván la tiene encerrada en una celda y le ha quitado todo lo que le entregué.

—También lo sabemos.

—Joder.

—Sí.

—Supongo que pronto se pondrá en contacto.

—De eso estoy segura.

—Bueno, ya sabes que estoy en casa del Carnicero.

—Sí —resopló—. Ya me he enterado. No te preocupes, dentro de poco, cuando sepa más, te informaré del plan. Tu hermana estará bien.

—Lo sé, pero no es de eso de lo que quería hablar contigo.

Fui bajando el tono de voz, como si fuera un secreto.

—¿Entonces?

—Verás, no quiero llamar a Gabi porque no sé si ese cabronazo le habrá devuelto el teléfono que le di.

—Así que solo te quedo yo —respondió con una carcajada.

—Tú siempre me has caído bien y tú teléfono es uno de los más seguros del mundo.

—Cariño, te aseguro que nadie podría escuchar esta conversación. Tu teléfono también lo tengo controlado.

—Es que estoy teniendo ciertos problemas con el Carnicero.

—¿Como cuáles? —preguntó, seria.

Tragué saliva, avergonzada, pero me ganó la curiosidad.

—Me ha robado la ropa —solté de golpe—. Los primeros días no tenía nada de recambio, así que le quité una de sus camisas para dormir y, bueno, me vio con ella y le mentí. Le dije que la había encontrado en la habitación de la colada, pero esa no es la cuestión. Lo importante es que luego hice un pedido online… Pero ¡no a mi nombre, claro! Y desapareció. Todo hizo ¡puf! y adiós.

—¿Puf y adiós?

—Sí. Unos días después fui a comprar más y otra vez estoy sin ropa.

—¿Y cómo sabes que ha sido él?

—Porque me he colado en su habitación y la tiene en su armario.

—¿Y por qué haría eso? —preguntó de una manera muy extraña.

—¡No lo sé!

—Necesito que me des más detalles, porque, de verdad, me parece surrealista. Raro de cojones.

Se lo conté todo, lo de la boutique, lo de la cocina, la ropa desaparecida… Keyla apenas decía nada, solo me hacía preguntas y tecleaba en el ordenador. A saber qué coño estaría escribiendo, a lo mejor ni me estaba escuchando de verdad. Lo de la mamada me lo ahorré, no venía a cuento.

—Total, que te ha dejado como única indumentaria ropa sexy, lencería y su camisa.

—¡Exacto!

—¿Después de casi follaros en la cocina como dos animales?

Tuve que apartarme el teléfono de la oreja para no quedarme sorda por la ristra de carcajadas que se le escapó.

—¡Ay, joder! Cómo echaba esto de menos —añadió entre jadeos —. Estas cosas solo os pasan a las hermanas Bianchi.

—A mí no, joder.

—Nena, ese hombre te ha robado la ropa que no le gusta y te ha dejado la que quiere que te pongas.

—Pero qué más le da, si apenas está en casa para verme y cuando está… Bueno, suelo llevar su camisa. No siempre. A veces.

—¿Estás segura?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de que apenas te ve. No es por nada, pero acabo de reventar sus *firewalls* y ahora mismo sabe dónde coño estás y lo que

estás haciendo. Aunque eso no es muy difícil, ya que no puedes salir de allí.

—¡¿Qué?! —la interrumpí. Me puse de pie y miré a mi alrededor.

—Tranquila, he silenciado los micrófonos cuando la cosa ha empezado a ponerse interesante.

—¿Qué micrófonos, Keyla?

No me lo podía creer. Ese… ¡ese hijo de la grandísima puta!

Comencé a recoger la ropa del suelo lo más rápido que pude.

—Los de la habitación. Están por todas partes. Por toda la casa. —Escuchaba el sonido de sus dedos sobre las teclas del equipo—. Listo. Ahora no puede verte, pero que sepas que lo sabe. Sabe que has entrado ahí y has visto la ropa.

—¡¿Y ahora qué hago?! Dios… Me he colado en la habitación de un asesino psicópata que me roba la puta ropa y que quiere follarme. —Lo solté todo de golpe y me llevé las manos a la cabeza. Las risas de Keyla eran cada vez más fuertes—. ¡No te rías! ¿Qué coño hago?

—¿Qué mierda de pregunta es esa? Pues devolvérsela.

—¿Quieres que le robe la ropa?

—No —respondió con paciencia—. Quiero que te pongas la ropa más sexy que te ha dejado y que hagas como si nada. Él no sabe que tú sabes que lo sabe.

—¿Cómo?

—Que no sabe lo que tú y yo hemos hablado ni que te he dicho que te ha visto por las cámaras. Tampoco que he jodido su sistema de seguridad, ¿vale? Hazte la loca, él lo hará para ver tu reacción.

Era cierto. Él no diría que me estaba vigilando o podría echarle en cara que era un ladrón de ropa pervertido.

—No sé. —Volví a meterlo todo dentro de la bolsa.

—Nena, ponte lo más sexy que encuentres, pero llévate tu ropa y ponla a buen recaudo. Está deseando que lo hagas, créeme. Además, no puede hacerte daño y por lo que me has contado no creo que eso precisamente esté en sus planes.

Asentí en silencio, agarré la bolsa cargada de ropa y salí del vestidor mientras sostenía el móvil con el hombro.

—De acuerdo —acepté con la boca chica. Miré a todos lados en busca de cámaras.

—Esa es mi otra italiana favorita; y recuerda, Gabriella te diría…

—Gabriella me diría que si quiere mi ropa que vaya desnuda a partir de ahora, incluso para desayunar.

—¡Desde luego que sí!

Negué con la cabeza, sabía que mi hermana lo haría. Bajaría desnuda incluso habiendo más personas en la casa.



20

MIA

No podía respirar. Salí corriendo de la habitación de Alexander con mi botín en las manos. Lo arrojé sobre la cama como si quemara y me quedé mirándolo.

Mierda.

«¿En serio acabo de hacer lo que acabo de hacer? Y peor aún, ¿pienso vengarme?».

No me podía creer ni que me lo estuviera planteando. Me mordí las uñas y me paseé por la habitación, mirando con disimulo cada rincón. ¿Y si aquí también había cámaras?

Me paré en seco. No. Seguro que no. Eso sería violar mi intimidad de una manera… Joder, era un maldito asesino. Un puto sicario, y Keyla había asegurado que estaban por toda la casa. ¿De verdad me estaba planteando que tuviera algún tipo de escrúpulo? Había olvidado por completo lo que era con esas guerras de miradas, las sensaciones que me provocaba cada vez que lo veía, su forma de desearme, lo que habíamos hecho…

Seguro que había cámaras. ¡Ahora lo entendía todo! El porqué aparecían cosas que quería o necesitaba de la noche a la mañana. Como los libros nuevos, las mantas suaves en la biblioteca, los

utensilios que no había pedido en voz alta pero que me hacían falta… Ese cabronazo veía todo lo que hacía.

Desde la primera vez que lo vi, sentí una atracción muy fuerte, tanto que me olvidé de dónde estaba, de con quién me veía obligada a convivir.

Tenía que saber si había alguna maldita cámara, pero si las buscaba él me descubriría, y aunque quería matarlo, yo también sabía jugar.

Quizá a mí se me había olvidado quién era él, pero yo era una Bianchi, y eso Alexander no lo tenía en cuenta. Sabía disparar, sabía usar un cuchillo como si fuera una extremidad más de mi cuerpo, sabía luchar. Nunca había sido fan de la violencia, jamás, y no se me daba tan bien como a mis hermanos, pero sabía lo que hacía. Una de las muchas cosas que hizo Leonardo por sus hijos fue enseñarles a defenderse, sobre todo a nosotras. Era la peor parte del día para mí, cuando me obligaban a entrenar. Gabriella salía corriendo despavorida en dirección al gimnasio mientras que yo iba a rastras. Obligada.

Echaba de menos a mi hermana. Echaba de menos mi casa.

El móvil volvió a sonar y vi que, de nuevo, era Keyla.

—Hay varias salidas que no constan en los planos originales de la casa.

—No me sorprende, la verdad.

—Bien, pues que sepas que he desactivado las alarmas. Solo las del interior. Al menos así ese cabrón no podrá saber si entras en su dormitorio a husmear como hace él en el tuyo. Aunque si está con la nariz pegada a los monitores de las cámaras, que tiene pinta de que sí, es tontería, pero bueno. Ah, y en la planta de abajo, en el pasillo,

al lado de la biblioteca, hay una habitación del pánico.

Abrí los ojos, sorprendida. No me había dado cuenta de que hubiera una puerta.

—No lo sabía.

—Está detrás de un cuadro enorme.

Ah, sí, ya sabía dónde.

—También la he desactivado. Solo tienes que tirar del marco y se abrirá. Podrás salir con la clave que te voy en enviar al teléfono.

Escuché el sonido y miré la pantalla. Cuatro dígitos.

—¿Y para qué querría entrar en una habitación como esa? Te recuerdo que vivo con un asesino.

Keyla no respondió a mi comentario, al menos durante unos segundos que se me hicieron eternos mientras yo daba vueltas por el dormitorio.

—Mia, precisamente por eso, porque es un asesino y no sabemos hasta qué punto está de nuestro lado.

—Él no me haría daño —contesté sin pensarlo por pura inercia, por puro instinto.

—Eh, no te enfades conmigo, es solo por si acaso —contestó entre risas.

—Vale.

—Cualquier cosa me llamas. Y, por favor, véngate y luego cuéntamelo todo.

Alexander

Arrojé el Zippo al suelo y esperé hasta verlo todo arder. Antes había echado fotos del desastre de huesos, sangre y piel, lo había grabado todo para mi cliente, pero después venía la mejor parte. Al menos

para mí.

No quedaría nada de su cuerpo, ni siquiera para arrojarlo a una fosa común. Sería polvo y nada más. Ese hijo de puta se lo merecía.

Cuando noté el calor, cerré los ojos para afrontar los demonios que venían del pasado a atormentarme. Así fue como murió mi padre. Aún escuchaba sus súplicas para que nos soltaran vivos a Bastián y a mí. No para que parasen de golpearlo, no para que no le pendieran fuego.

El sello de mi padre siempre fue la carne cortada en grandes tajos, el mío era el fuego, y todo el mundo lo sabía.

Los lugares donde trabajaba acababan en ruinas. Colocaba pequeñas dosis de un líquido altamente inflamable en los puntos exactos para eliminarlo todo, para que no quedara ninguna prueba. Antes de aceptar un trabajo vigilaba la zona, al igual que a la víctima. Buscaba el sitio perfecto donde acabaría con su vida, cercano a los lugares que solía frecuentar y que fuera adecuado; si no, tenía que secuestrarlo, y eso a veces era una grandísima mierda.

Disfrutaba al hacerles daño a esos cabrones. Al destruir sus vidas y devolverles toda la mierda y el mal que habían hecho a la puta cara antes de terminar. Algunos se arrepentían, otros lloraban. Estos eran patéticos y solo me daban más ganas de golpearlos, pero los que no se inmutaban… Ellos eran los verdaderos monstruos que disfrutaba cazar.

Cuando el calor fue tan intenso que se volvió insoportable, abrí los ojos y me di la vuelta.

Estaba deseando regresar no solo para darme una ducha y quitarme el olor de la muerte, sino para verla a ella.

Aún me dolían las heridas, pero no importaba. No dejaba de

pensar en lo que había pasado esos días. Cómo me comí su dulce coño, cómo ella hizo lo mismo conmigo y lo había disfrutado.

No dejaba de verla deshecha entre mis brazos, me acordaba todo el tiempo de esa mirada dulce que cambió a una que jamás hubiera imaginado, una tan sensual y brillante como adictiva. Ese fulgor en sus ojos acababa de convertirse en una droga para mí, una puta adicción que necesitaba saciar cuanto antes.

Una obsesión.

Me acordé del día que me puso un cuchillo en el cuello —lo tenía guardado en mi mesita de noche—, que su voz sonó segura aunque sus manos temblaran. Ese día me amenazó… Joder, podría haber caído rendido a sus pies. Hacía mucho tiempo que nadie tenía los santos cojones de amenazarme con una promesa de muerte en la mirada, y eso me volvió loco del todo. Si hubiera sido otra persona, sin duda estaría muerta, pero ella no. Ella jamás. Un instinto protector crecía en mí cada vez que recordaba que Osso la estaba buscando. Uno tan fuerte y poderoso que daba miedo, porque mi incapacidad de controlarme me caracterizaba. Solo con ella.

Siempre protegí a Bastián de manera feroz. Ya de niños di palizas a sus compañeros de instituto. Maté a más de uno solo por atreverse a mirarlo de malas maneras, y con ella empezaba a ocurrirme lo mismo, con la diferencia de que no era nada mío. Era la hermana de un Don, la *principessa* de la puta mafia italiana, y sabía que eso solo me traería problemas. Muchos. Sobre todo porque lo único en lo que podía pensar era que quería quedármela.

No. Ya era mía, aunque ella aún no lo supiera. Aunque no quisiera, acabaría aceptándolo.

Me subí en la moto y saqué el móvil. Tenía una notificación de

seguridad: alguien había entrado en mi dormitorio, y eso provocó que sonriera por primera vez ese día.

Abrí las cámaras y vi a Mia entrar en la habitación. Me puse cómodo sobre la moto y esperé para ver qué hacía. Tenía que irme de allí antes de que llegaran la policía y los servicios sanitarios, pero, joder, aquello era más importante.

Al parecer, la gatita había entrado a husmear. Abrió los cajones y lo sacó todo.

La vi colarse en mi vestidor y supuse que cogería otra de mis camisas, pero una vez más me sorprendió. Encontró su ropa, la que le había robado. Amplié las cámaras con las sirenas de los bomberos de fondo.

Hablaba por teléfono. Activé el sonido, pero no funcionaba. Mierda. Las rayas de la cobertura estaban llenas. Tendría que hablar con Bastián, debía de ser un fallo del sistema. Inaceptable.

La vi agarrar la bolsa y salir del vestidor, corriendo como alma que lleva el diablo, hasta que las cámaras se cortaron.

Las sirenas cada vez estaban más cerca. Me puse el casco, aún con la máscara en su sitio, me guardé el móvil y aceleré.

Me crucé con un camión de bomberos y dos coches patrulla. Le di al botón del casco para llamar.

—¿Todo bien?

Bastián había respondido al primer tono.

—Sí. Escucha, ha fallado el sistema de vigilancia. No funciona el sonido y la grabación se ha cortado.

Resopló divertido, con el sonido del televisor de fondo.

—¿No deberías estar asesinando a un pedófilo en vez de vigilando a Mia como un acosador?

—Ese hijo de puta ya está muerto.

—Espero que se llevara su merecido.

—Te aseguro que sí.

—Bien.

—Arregla lo de las cámaras —pedí a la vez que aceleraba, desesperado por llegar cuanto antes.

—Que sí.

Puse los ojos en blanco. Odiaba que me hablara como si fuera un pesado.

—Llegaré en unas horas.

—Vale. Por cierto, nos acaba de llegar una invitación de la Alianza Internacional de Seguridad Tecnológica.

Joder. Odiaba esas mierdas.

—Di que no vamos.

—No podemos hacer eso y lo sabes.

—No necesitamos ir a esa mierda para conseguir clientes.

—Ya, pero tienes que actuar como un ciudadano normal. Te recuerdo que eres el dueño de Industrias Kane y esa es tu puta tapadera.

No hacía falta que me lo recordara. Vivía con esa maldita cruz cada día.



21

MIA

Volví a dar otra vuelta antes de mirarme en el espejo. Tenía las mejillas coloradas, el pelo demasiado largo para como solía llevarlo. Había decidido que me quedaba mejor suelto y me había pintado los labios de color rojo. «Yo, con los labios rojos. Insólito». ¿En serio me planteaba seducir a Alexander? Mierda, sí, lo estaba haciendo. Qué coño, lo tenía decidido.

Volví a abrir los botones de la camisa para revelar la ropa interior de encaje verde esmeralda que llevaba debajo. Me encantaba ese color.

Los había desabotonado tantas veces como abotonado de nuevo. Ni siquiera sabía cuándo llegaría. Quizá Keyla…

Le mandé un mensaje para preguntarle si sabría decirme a qué distancia estaba Alexander de Múnich antes de mirarme por última vez en el espejo. Agarré el móvil y salí de allí con un portazo. Comencé a bajar las escaleras.

Dios santo, iba con su camisa y con ropa casi transparente. Me di la vuelta, quería volver por donde había venido, pero el teléfono me sonó.

«Está a menos de una hora. Lleva ese maldito culo italiano abajo.

Te estoy viendo y a ese hombre le dará un puto infarto cuando te ponga los ojos encima. Vamos, eres una princesa de la mafia, no lo olvides».

Menos de una hora. Volví a bajar las escaleras, esta vez más decidida. Si ese cabrón quería mi ropa, tendría que quitármela del cuerpo para hacerse con ella.

No entendía por qué me costaba tanto. Ya lo había visto desnudo y él a mí. Habíamos hecho ciertas cosas, pero sabía que una vez que diéramos el siguiente paso todo cambiaría.

No paré de tamborilear las uñas sobre la encimera a la vez que miraba el teléfono por el rabillo del ojo mientras hacía como que leía y bebía vino. Lo necesitaba, en grandes cantidades. Estaba nerviosa. Por tercera vez en mi vida estaba muy excitada, tanto que notaba la humedad entre las piernas. Y siempre por él.

Alexander

Aún llevaba la máscara puesta cuando entré en la cochera. No me la quité al subirme en el ascensor que me llevaría hasta mi dormitorio, ni siquiera le hice caso al mensaje de Bastián sobre que alguien había burlado nuestro sistema de seguridad, uno que debería ser infalible. Tampoco me inmuté cuando me dijo que la persona que lo había hecho había dejado un mensaje para mí.

«Te tengo, cabronazo. Como te pases un solo pelo con ella, te arrancaré la cabeza. Con cariño, K.».

Solo podía pensar en ella.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, me arranqué la cazadora y me quité los zapatos de una patada. Lo arrojé todo sobre la cama. Luego salí corriendo al pasillo. Bajé las escaleras de dos en

dos. Estaba deseando saber qué me diría, qué haría después de descubrir que era yo quien le robaba la ropa para seguir viéndola con mi camisa.

Tenía ganas de que esa mujer sacara las uñas, de que dejase de esconderse tras la imagen de lo que no era.

Cuando llegué a la entrada del fondo de la cocina, cogí aire y mis ojos se fueron directos a ella, como una maldita droga.

Trastabillé con mis propios pies. Mierda.

Levanté la cabeza de golpe. Pensé que me habría escuchado, pero Mia seguía leyendo, sin inmutarse. Mi puta camisa abierta le caía por los hombros e iba en ropa interior.

Podía verle los pezones erectos desde donde estaba, la curvatura de su cintura. Cerré las manos en puños deseando tocarla, deseando marcarla para mí. No pude evitar dar dos pasos en su dirección hasta que esos malditos ojos color miel vinieron al encuentro de los míos.

Lo sabía.

Estaba esperándome.

Mia Bianchi quería jugar.

Sonreí. Por fin.

Mia volvió a mirar el libro y entonces se recostó más en la silla con las piernas estiradas para que pudiera verla mejor. Tenía la polla tan dura que me molestaba el pantalón. Me llevé allí las manos de manera inconsciente y abrí la cremallera para que la puta sangre circulara. Estaba seguro de que aquel ruido sí que lo habría escuchado a la perfección.

Se llevó la copa de vino a la boca, a esos labios carnosos que me perseguían en sueños, con mi polla entre ellos. Una gota le cayó por

la barbilla, bajó por sus pechos y llegó a su ombligo. Tuve que relamerme.

Cuando volví a elevar la vista, la suya seguía puesta en mí. Bajó un dedo por el mismo recorrido de la gota, lo que dejó un camino húmedo que me moría por lamer.

Se llevó el dedo a la boca y gimió. Como la otra noche. Como cuando estaba arrodillada entre mis piernas.

Hasta ahí llegó mi autocontrol.

Avancé poco a poco sin intentar amortiguar mis pasos, que retumbaron por toda la cocina, mientras observaba cómo su cuerpo se tensaba, cómo su respiración se entrecortaba, hasta que quedé al otro lado de la isla.

Mia abrió la boca al verme con la máscara puesta. Soltó el libro de golpe y se quedó ahí, esperando.

—Pídemelo y te lo daré —susurré.

—¿El qué?

—Todo —sentencié antes de comenzar a rodear la encimera para acercarme a ella—. Lo que quieras, cuando quieras. Te lo daré. Siempre.

Asintió con lentitud antes de bajar las piernas y enderezarse.

—Me has robado la ropa.

Cuando llegué junto a ella, tiré del taburete para tener mejor acceso a su cuerpo. Ignoré su comentario. Pasé el dedo anular por donde había caído esa maldita gota y después lamí el mismo recorrido. El estómago le tembló cuando llegué al borde de su ropa interior.

—Sí, te la quité —susurré sobre su piel.

Dios, era preciosa.

—No deberías haberlo hecho… Eso… eso no está bien —susurró cuando agarré el borde de sus braguitas y tiré de ellas para ver lo que había debajo.

—Nunca fui una persona sensata. —Me enderecé cuando Mia enganchó los dedos en mi pelo y tiró con fuerza para que la mirara. Volví a subir el dedo hasta rozarle un pezón, lo que le provocó un leve jadeo. Tuve que apretar los dientes con fuerza para no follármela allí mismo. Primero la dejaría jugar—. Tampoco fui una persona decente, ni siquiera sé lo que es el arrepentimiento, y ahora mismo te aseguro que no me lamento de nada, solo de no estar follándote en esta encimera.

Le abrí más la camisa para verla. Se la bajé por los codos al mismo tiempo que le rozaba la piel.

—Y creo que esto te encanta —susurré antes de dar un paso atrás para admirar su cuerpo, su belleza—. Eres preciosa, *principessa*. Una maldita preciosidad.

Ladeé la cabeza para observarla mejor, para ver cada parte de su cuerpo, hasta que se puso en pie y comenzó a retroceder. Se fijó en mi erección y tragó saliva.

—Pues yo creo… —se interrumpió cuando se percató de que la seguía según se alejaba.

—Dime, cielo, ¿qué es lo crees?

—Creo que eres un cabrón.

—Y yo que tienes una boca muy sucia y que habría que limpiártela. Dime, ¿te gustó comerme la polla?

Abrió los ojos de par en par, incluso chocó contra el marco de la puerta. Sonreí, desesperado por alcanzarla, por atraparla. Joder, esto solo lo hacía más divertido.

—Yo…

—Seguro que sí. Te encantó verme deshecho. Postrado a tus pies. —Podría haberme relamido los labios solo de pensarlo—. Yo todavía pienso en tu sabor.

—Para —ordenó sin aliento.

Volvió a mirar mi erección, mi máscara y se mordió el labio. Sabía que estaba excitada, que aquello le gustaba demasiado. Cuando miré su ropa interior, más oscurecida en aquella zona por la humedad, no pude más.

—Cielo, llevo pensando en ti todo el día como un desesperado. —Di un paso más—. Y por la mancha de humedad que veo en tu ropa, necesitas que te folle. Ya. Y con esta máscara puesta.

—Eso no es problema tuyo —contestó con un mohín que me moría por morder.

—Todo lo que tenga que ver contigo y tu placer, de ahora en adelante, siempre será problema mío. —Dos pasos más y sería mía —. Voy a comerte el coño, necesito hacerlo o me volveré loco —susurré y alargué la mano para atraparla.

—No —contestó al tiempo que saltaba a la derecha.

Entrecerré los ojos.

—Lo estás deseando, Mia. Estás deseando que vuelva a hacerlo.

Su cuerpo se tensó, colocó las piernas en posición de huida.

—Eres un puto cabrón pervertido que me ha estado robando la ropa, me has vigilado por las cámaras y a saber qué más. No dejaré que me folles. —Abrí la boca para contestarle—. No hasta que…

Me lancé a por ella antes de que pudiera terminar la frase, pero la pequeña gata estaba preparada. Salió corriendo por el pasillo de la derecha, todo en completa oscuridad. La seguí como alma que

lleva el diablo, incluso le rocé la cintura con los dedos, pero hizo un quiebro y me dio un codazo en la barbilla con el que perdí el equilibrio.

—¡Mia! —rugí cuando vi que seguía corriendo sin mirar atrás.

Entonces tiró del cuadro, entró y cerró.

Agarré el marco e introduje los códigos de seguridad. Nada.

—¡Mia!

—Jódete, cabrón —escuché a través del intercomunicador—. Ahora te haces una puta paja.

—Abre la puerta ahora mismo —respondí entre dientes mientras tiraba del marco con todas mis fuerzas—. ¡Que abras, joder!

—Buenas noches, Alexander Kane.

Me la había vuelto a jugar. Igual que la otra noche, cuando después de arrodillarse para mí me dejó allí plantado. Lo había dejado pasar solo para que descansara. Pero esto… Oh, Dios, esto me había cabreado.



22

MIA

Me temblaban las manos. Sentía como si las piernas fuesen a dejar de obedecer mis órdenes de un momento a otro. Observé una última vez la puerta de acero que me separaba de Alexander antes de respirar y buscar dónde sentarme.

Al fondo había una cama, en la esquina izquierda, un escritorio con una silla y un ordenador de última generación. Me decanté por esto. Saqué la silla de un tirón y me dejé caer en ella. Respiraba entre jadeos y me llevé la mano al corazón. Latía con frenesí, no solo por la carrera, sino también por los nervios, la expectación, la excitación de verlo venir tras de mí… Aquella máscara.

Joder. Creo que acababa de desbloquear un nuevo nivel de fantasía erótica. Él, con esa máscara, con su erección marcándose en el pantalón. Mierda. Me di cuenta de que eso era lo que quería exactamente, lo que llevaba deseando desde que lo había visto por primera vez.

Me replanteé abrir la puerta, echarla abajo con mis propias manos, pero antes de eso, antes de llegar a ese punto, debía darle una lección. Se acabó espiarme, se acabó robarme la ropa. Si quería algo, que lo pidiera por esa boca. Necesitaba que dejara de retarme

de aquella manera o acabaría destruyéndome. Odiaba tener que adivinar qué quería la gente, era tan fácil como decirlo y Alexander era el hermetismo en persona. Tenía que interpretar sus miradas, sus ceños fruncidos o los gestos de su boca. A veces sí que es cierto que hablaba y decía de forma directa lo que quería. Era de pocas palabras, pero acertadas, y yo era todo lo contrario. Yo necesitaba hablar las cosas, debatirlas, llegar a un punto de conexión, y con él eso resultaba impensable.

Di un respingo en la silla cuando escuché un golpe contra la puerta.

Pulsé el intercomunicador. Unos sonidos contundentes y repetitivos comenzaron a sonar. ¿Qué cojones estaba haciendo? Mi móvil vibró y vi que era un mensaje de Keyla, que me indicaba que encendiera el ordenador. Pulsé la tecla de encendido, esperé de pie mientras los golpes seguían sonando sin descanso.

Puse lo ojos en blanco. Era extraño que la situación no me diera miedo, ni siquiera me preocupaba. Sabía que Alexander no me haría daño, al menos dos terceras partes de mí lo tenían claro. Sin embargo, la parte racional me decía que cuando pusiera un pie fuera de aquella habitación se vengaría… y no me gustaría.

Keyla me mandó la contraseña del portátil y cuando la inserté se mostró ante mí una red de cámaras de la casa. En una de ellas contemplé a Alexander, aún con la máscara puesta, que intentaba abrir la puerta a base de…

¿Eso era un martillo?

Amplié la imagen, concentrada en cada línea de su cuerpo a contraluz, hasta que la llamada de Keyla me sacó de aquel trance.

—¡La has liado buena! Ese hombre echará la puerta abajo como

no salgas —comentó con socarronería.

—Dijiste que aquí estaría a salvo.

—Sí, pero no te dije que lo volvieras loco y luego se lo quitaras todo de golpe. Podrías haberte divertido un poco.

—¿Y quién dice que no lo esté haciendo? —contesté con la voz entrecortada cuando lo vi lanzar el martillo por los aires y desaparecer por el pasillo en dirección a la cocina—. ¿A dónde va?

—Te he enviado un manual rápido del control de las cámaras y te he descargado la aplicación en tu móvil, ya tienes la contraseña. Si él puede verte, tú también deberías.

Aquella mujer era una puta máquina. Puse el altavoz mientras comprobaba cómo aparecía una carpeta cifrada de descarga. La abrí y la instalé.

—Ahora que mi trabajo está hecho, te deseo suerte. ¡Adiós, preciosa!

—¡Gracias! —grité, pero Keyla ya había colgado.

Alexander había vuelto y esta vez llevaba un arma parecida a una sierra mecánica. ¡Dios santo, ese hombre estaba loco! Me puse en pie corriendo y pulsé el intercomunicador.

—¡Para! ¿Estás mal de la cabeza o qué te pasa?

Giró la cabeza como un maniaco hacia la cámara.

—¿Has accedido a las cámaras, cielo? Oh, Dios, estoy deseando que salgas de ahí. Tú y yo —dijo señalando a la pantalla— tendremos una puta charla muy pero que muy larga. Y después, cuando averigüe cómo coño has hecho todo esto o quién te ha ayudado, te estrangularé mientras te follo por todas las superficies de esta casa. Abre. La. Puta. Puerta.

Tragué saliva al imaginar sus manos alrededor de mi cuello, su

cuerpo al impactar con el mío.

—Lo siento, pero no saldré de aquí.

Lo escuché gruñir y empezó a dar puñetazos contra la puerta como un desesperado.

Apenas sin aliento, susurró:

—Esto solo lo hace más interesante. Esta mierda me la pone más dura, cielo. —Hizo un movimiento con las caderas para que viera la tremenda erección que sobresalía de sus pantalones abiertos—. Y estoy deseando que lo compruebes, porque cuando salgas de ahí te aseguro que lo harás.

No fui capaz de contestar a eso.

Alexander usó la sierra mecánica. Disparó y arrojó cosas contra la puerta después de arrancar el cuadro. En cierto momento acabó quitándose la camisa y yo babeé.

Tres horas después, sudoroso y cabreado como jamás lo hubiera imaginado, se dejó caer contra la pared y se sentó. Cogí aire, preparándome para cuando saliera de allí.

Le mandé un mensaje a Bastián para contárselo todo y le rogué que a primera hora de la mañana bajara para que pudiera salir. Aunque supiese que Alexander jamás me haría daño, esa parte de mí que era una aguafiestas me pedía a gritos que corriera, que me escondiera detrás de su hermano o que al menos intentara huir. Que me alejara de él lo antes posible, gracias.

Cuando desperté eran las seis de la mañana, o eso indicaba mi móvil junto con una línea roja de batería. Me puse en pie y vi que

Alexander estaba durmiendo. Era el momento.

Me acerqué a la puerta. La abrí poco a poco y lo observé. Tenía el cuello retorcido en una posición antinatural mientras su pecho bajaba y subía con pesadez. Puse un pie fuera, aferrada a la puerta. Nada.

Se había colocado en un sitio estratégico, justo a la salida del pasillo. Cerré tras de mí y me acerqué despacio y con pasos silenciosos.

El corazón me iba a mil por hora, notaba las manos sudorosas y frías.

Me detuve para comprobar que su respiración no se hubiera acelerado. Continué rodeándolo para doblar la esquina. Un paso más y saldría al pasillo que conducía al salón, desde donde podría subir las escaleras y encerrarme en mi dormitorio.

El corazón, la respiración, todo se me paró cuando sentí su mano rodearme el tobillo. En apenas dos segundos, mi cuerpo se precipitó al suelo. Grité y amortigüé la caída con las palmas para que mi cabeza no impactara contra el suelo, aunque eso no evitó que el resto de mi cuerpo sufriera las consecuencias, y menos cuando tiró de mí para arrastrarme sin ninguna delicadeza mientras yo intentaba girar sobre mí misma y darle una patada en la boca.

—Si fueras inteligente, apoyarías las manos en el suelo para estabilizarte. Después harías fuerza y la usarías en mi contra. Hay más posibilidades de que yo pierda el equilibrio aquí sentado a que lo hagas tú —sugirió antes de dar otro tirón que me arrojó a sus brazos.

Se había arrancado la máscara y esos ojos, esos malditos y preciosos ojos, me miraban con la fuerza de un mar embravecido.

Apretó la mandíbula y me rodeó más fuerte.

—He tenido que dormir aquí por tu culpa.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando noté sus labios rozar los míos, acompañados del leve toque de uno de sus dedos sobre mis costillas.

—No había necesidad de eso —conseguí decir sin dar vergüenza ajena.

—No has salido en toda la noche. No creas ni por un segundo que he pegado ojo. Estoy agotado y tú, pequeña mentirosilla, te vienes conmigo —sentenció antes de ponerse en pie conmigo entre los brazos.

Echó a andar con pasos largos y enérgicos. Subió las escaleras de dos en dos.

—¿A dónde vamos?

Sonrió de una manera que habría derretido el corazón de cualquiera y provocado que su ropa interior estallase en llamas.

—A mi dormitorio. Necesito dormir, y no me fío de ti.

—¿No quieres…?

Joder. No me podía creer lo que había estado a punto de preguntarle. Pensaba que me llevaba allí a empotrarme sobre la cama.

—Oh, claro que quiero follarte hasta que grites mi nombre como una zorra desesperada por más, pero, cielo, te has portado muy mal. —Acompañó aquellas palabras con un apretón en mi muslo derecho que sabía que me dejaría marca—. Estoy cabreado, y si te follo ahora, solo me obsesionaría con destrozarte por haberme hecho daño.

—¿Y no es eso lo que quieres?

—Lo que quiero es que cuando te tenga en mi cama pueda degustarte con calma —resopló antes de abrir la puerta y cerrarla de una patada.

Se acercó poco a poco a la cama y me arrojó sobre ella. Vi que llevaba la máscara colgando del bolsillo. Por instinto, miré los postes de madera. Aparté la vista todo lo rápido que pude, pero ese cabrón malnacido se había dado cuenta.

Sonrió como una hiena antes de rodear la cama y abrir el primer cajón. No me dio tiempo a reaccionar. Vi las cuerdas, pero cuando quise rodar por el colchón para salir corriendo…

—Forcejea todo lo que quieras —habló de manera entrecortada mientras me rodeaba el pie con una de ellas y apretaba la soga—. Cuanto más tires, peor será.

—¡Suéltame ahora mismo, hijo de puta! ¡Suelta! —grité y le arrojé una de las almohadas. Le dio en toda la cara, cosa que solo provocó que se lanzara sobre mí.

—Para. O te juro que te pondré un puto bozal en la boca también.

Me agarró la mano con la que fui a golpearle y la rodeó con otra soga de manera rápida y eficaz. Le mordí, le grité, lo maldije de todas las maneras mientras me retorcía entre sus brazos y le tiraba del pelo. Él no se inmutó, solo me miraba y sonreía.

—Me encanta cuando sacas ese lado que tanto odias y quieres ocultar —susurró al tiempo que ataba la última soga a uno de los postes de la cama. Yo jadeaba—. ¿Te cuento un secreto?

—No sé quién te crees que eres, pero cuando me sueltes te sacaré los ojos.

—Ya lo has intentado y no has podido. La semana que viene

vamos a ponerle remedio a eso. Necesitas entrenamiento —sentenció cuando hizo el último nudo—. Dime, ¿te lo cuento?

—No.

—Estás deseándolo.

—He dicho que no.

—Ese lado tuyo es el que más me gusta. —Me guiñó un ojo y subió a la cama poco a poco—. Y a ti te pone muchísimo que por fin alguien lo haya visto y tenga los santos cojones de sacarlo a flote sin cagarse encima porque seas una *principessa*. —Dejó caer el cuerpo sobre el mío, sus ojos buscaron los míos—. Y lo sé, cielo, porque tienes las bragas empapadas.

Emití un leve jadeo cuando pasó la mano por ese lugar. Yo misma había notado la humedad, y había esperado de todo corazón que no se diera cuenta de ese detalle.

Se llevó la mano a la boca y la lamió. Intentaba no gemir, no restregarme contra él.

—Y ahora, *per favore*, estate quietecita de una puta vez. Necesito dormir. Esta noche tenemos una fiesta a la que asistir.

—¿Fiesta?

—Sí. Una fiesta de mierda.

Se dejó caer a mi lado sobre las cuerdas, que tiraron más de mi cuerpo y me robaron un quejido. Cuando se dio cuenta, las aflojó y volvió a tumbarse.

—Alguien podría reconocerme.

—Es una fiesta de máscaras.

Se acomodó aún más y cerró los ojos.

—Tienes un vestido en tu dormitorio. No pensaba llevarte, deberías quedarte aquí, pero al parecer eres un peligro para tu

propia seguridad y alguien te está ayudando desde fuera.

—Nadie…

—No te atrevas a mentirme. Tú no. Esta noche hablaremos, Mia.

—Serás imbécil.

—Shhh…

—¡Como me mandes callar…!

Alexander se dio la vuelta. Abrió el cajón mientras yo volvía a forcejear bajo su cuerpo y sacó un rollo de cinta americana.

—Te juro por lo más sagrado que si no te callas te taparé la boca con esto, Mia.

—No serás capaz.

—Cállate de una puta vez. Duerme, mira el techo, lo que te dé la gana, pero necesito pegar ojo, joder. Llevo casi veinticuatro horas sin dormir, me estoy volviendo loco y esta noche habrá gente peligrosa en la fiesta. Si no, te estaría follando con la máscara puesta y tú atada con estas cuerdas a los postes de madera que tanto te gusta mirar.

¿Treinta y seis horas? Eso no era… Joder, no debería sentirme mal por él, ni siquiera preocuparme. Me fijé en las enormes y oscuras ojeras que le enmarcaban los ojos, el cansancio real que se veía en ellos, y me sentí culpable. Tiré de las cuerdas.

—Suéltame. —Me miró como si fuera estúpida y negó con la cabeza lentamente—. Te prometo que no me moveré de aquí.

No me dio tiempo a decir nada más cuando Alexander me tapó la boca con cinta americana.



23

ALEXANDER

Al principio había gritado y pataleado, incluso atada y con la mordaza puesta, pero al poco rato se rindió. Cuando noté que se había dormido, la solté. Se enroscó sobre sí misma y siguió durmiendo con aquella mierda en la boca. Con muchísimo cuidado, se la quité, tiré de su cuerpo y la rodeé con el mío.

Horas después, me había despertado con ella entre los brazos, tumbada sobre mi cuerpo. Su mejilla descansaba sobre mi estómago y yo no podía dejar de mirarla. Sabía que cuando abriera los ojos todo acabaría.

Era preciosa, jodidamente preciosa.

Le pasé un dedo por la mejilla sin apenas darme cuenta, por puro instinto y necesidad.

Era suave y estaba helada.

Busqué el nórdico, que había acabado casi en el suelo, porque aquella mujer no había parado de menearse hasta subirse encima de mí. Cuando la tapé, emitió una especie de ruidito que interpreté como que estaba a gusto.

Cerré los ojos y la estreché aún más contra mi cuerpo.

Esa noche teníamos la gala anual de la Alianza Internacional de

Seguridad Tecnológica (AIST), una alianza formada por los CEO de diferentes países de Europa que se dedicaban a la ciberseguridad, junto con políticos y distintas figuras de dudosa moralidad con demasiado dinero en el bolsillo.

En un principio, esas galas se organizaban para sacar a subasta nuestras mejores creaciones, con la finalidad de que acabaran en la OTAN o respaldadas por el gobierno para hacer el bien, pero nadie hablaba de que esos programas eran demasiado jugosos. Los criminales los querían. Muchos de esos fundadores dejaron de presentar sus proyectos por miedo a represalias, robos, amenazas… No todos eran asesinos como yo, sino personas normales con un cerebro demasiado valioso, incapaces de defenderse en un cuerpo a cuerpo si entraban en su casa para amenazar a su familia con rajarles el cuello si no entregaban su trabajo.

Por eso las reuniones que organizábamos entonces solo servían para seguir en contacto con nuestros mayores rivales. No eras nadie si no pertenecías a aquella organización de mierda. Se trataba de la única manera de vender tus productos de manera legal. Daba igual del país que fueras, si no pertenecías a la AIST, no eras nadie.

Ese año sería en Viena.

Nunca sabíamos dónde o a qué hora se celebraría hasta un rato antes. Solía ser por el centro de Europa para que los distintos socios pudieran llegar a tiempo. Avisaban con ocho horas de antelación. Que yo lo supiera doce horas antes se debía a que Bastián llevaba dos semanas intentando hackear el servidor de la organización, que aunque en sus inicios fue creado por todos los fundadores ya no era tan infalible como en su origen.

Mia se movió entre mis brazos y la apreté aún más contra mí,

hasta que la escuché abrir el cajón de la mesita de noche. Solo podía sonreír con disimulo, ansioso por lo que sabía que venía a continuación.

No tuve que esperar mucho, fue bastante rápida. Tanto que me resultó extraño.

La hoja fría del cuchillo que guardaba en ese cajón, el mismo con el que me amenazó en la cocina, descansaba contra mi cuello.

Sabía que estaba esperando a que abriera los ojos y que estaba cabreada. Me encantaba tener el poder de sacarla de sus casillas. La única cuerda en una familia de locos hasta que se había cruzado en mi camino. Cada día tenía más carácter, más determinación, y mostraba más de su verdadera personalidad. Esa era su naturaleza, no la de las falsas sonrisas.

Abrí los ojos despacio y me encontré su preciosa mirada color miel.

—Buenas tardes, cielo. ¿Has dormido bien? —pregunté a la vez que le acariciaba las caderas.

—Me has atado, me has amordazado —susurró intentando apartarse de mi agarre sin perder la presión del cuchillo contra mi cuello.

Sonreí aún más. Conseguí tirar de ella y la coloqué justo encima de donde quería. Si intentó disimular el pequeño gemido de placer que salió por su boca al sentir mi erección, fracasó.

—Sí, he hecho todo eso. —Pasé las manos por sus muslos, instándola a que se relajara, pero provoqué todo lo contrario. Envaró el cuerpo y su amenaza en mi cuello se hizo más persistente.

Chasqueé la lengua antes de intentar incorporarme; pensaba que se echaría para atrás.

—¡No te muevas, joder! —gritó frustrada, y me empujó con la otra mano para que volviera a tumbarme—. ¡Estoy cabreada, tengo un maldito cuchillo en tu cuello! ¡Es una clara amenaza para…!

La cogí de la cintura, le di la vuelta y la coloqué bajo mi cuerpo. Hizo fuerza contra la cama para intentar girarse, pero pegué el pecho a su espalda y la inmovilicé.

—¡Eres un maldito imbécil!

Alargué la mano y le quité el cuchillo antes de incrustarlo en el cabecero. Devolví las manos a su cintura, pero esta vez fue para rodearlas y tirar de ellas hasta colocarla a cuatro patas.

—Mia, cielo, se me está acabando la paciencia —susurré contra su cuello. No dejaba de moverse, intentando escapar—. Tienes dos opciones. Una: te suelto y sales de esta habitación cagando leches. Ya sabes lo que me pone verte con un cuchillo en las manos, seguro que recuerdas lo de la última vez, y te aseguro que ahora apenas soy capaz de controlarme. —Mia se quedó quieta por unos segundos, a la espera de la segunda opción. La mejor de todas—. Dos: te quedas aquí, en esta maldita posición.

Soltó todo el aire de golpe. Sin duda, acababa de darse cuenta de lo que mis palabras sugerían. Pero solo por si acaso…

—Si no te vas ahora, me sacaré la polla y te la meteré tan fuerte y tan adentro como ese pequeño coño me deje. Hasta que grites mi nombre, hasta que me ruegues que pare. Joder, hasta que chorrees tanto que no me quede otra que comértelo y volver a empezar.

—Dios santo —susurró.

Noté cómo le temblaba el cuerpo y se aferraba a las sábanas. Le mordí el lóbulo, a la espera de que me diera permiso para eso y mucho más. Podían darle por culo a la gala, al mundo entero.

Estaba justo donde quería estar.

Al ver que no era capaz de tomar una decisión, llevé la mano a su entrepierna. Aún llevaba la misma ropa que anoche, mi camisa y ese conjunto de encaje. Pasé los dedos por su protuberancia, apreté con fuerza hasta que la escuché gemir bajito. Dejó caer la cabeza y abrió las piernas de manera inconsciente para mí.

—¿Esa es tu respuesta? —pregunté. Le rodeé el cuello para que me mirara a mí y solo a mí.

Me clavó aquellos ojos que me volvían loco, sin ningún tipo de miedo ni de arrepentimiento. Solo con la lujuria más pura y fascinante que jamás hubiera visto.

Asintió y se mordió el labio para no volver a gemir mientras yo seguía tocando su coño.

—Recuerda que has dicho que sí —susurré. Antes de que pudiera cambiar de opinión, me incorporé y le rasgué la camisa para verla. Pasé los dedos por su espina dorsal hasta llegar al borde de su ropa interior. Apreté mi erección contra aquel culo maravilloso que se abría para mí—. Eres preciosa. —No pude evitarlo.

Pasé las manos por él. Lo adoré, lo abrí para ver mejor lo que se escondía entre sus piernas.

Agarré las tiras de su ropa interior para romperla y después hice lo mismo con la parte de arriba.

En un principio, había pensado que la quería así. Siempre que estaba con una mujer era de esa manera, pero con ella… Joder, a ella quería verla, quería que me viera, que me tocara. La agarré de las caderas y le di la vuelta.

Se acomodó sobre la almohada. Mis ojos fueron directos a los suyos, que brillaban, a su pelo desparramado por las sábanas. Bajé

la vista por su precioso cuello, por sus tetas perfectas. Me lancé a por ellas, desesperado por saborearlas. Estaba fuera de control.

Chupé, mordí y lamí, de una a otra y vuelta a empezar, hasta que noté que Mia se movía al ritmo de mis acometidas, contoneándose contra mi polla. Sus gemidos… Dios santo, sus gemidos se habían convertido en lo único que quería escuchar en esta vida una y otra y otra vez. Eran delicados, eróticos, agudos. Perfectos.

Enredó las manos entre mi pelo y tiró de él para que siguiera.

Bajé mientras besaba cada parte de su cuerpo.

Hasta que llegué a su coño.

Me eché hacia atrás para verlo.

—Precioso, mojado —susurré antes de meter un dedo. Lo succionó al instante—. Estrecho. Sabía que tendrías un buen coño, *principessa*, pero no que sería tan bueno.

Seguí introduciendo el dedo mientras Mia gemía sin parar.

A los pocos minutos estaba tan deshecha, tan rota… Era un maldito espectáculo del que no podía apartar la mirada ni por un solo segundo. Cuando sus ojos conectaron con los míos, supe que estaba a punto.

Me alejé de ella y me posicioné sobre las rodillas. Me saqué la polla sin dejar de mirarla.

—¿Por qué has parado? —susurró con voz ronca y la promesa de una muerte segura mientras sus ojos viajaban de los míos a mi mano.

Me estaba tocando, ejerciendo la presión exacta, admirando cada detalle.

—Estoy deseando follarte, Mia. Si he parado —expliqué contra sus tetas, incapaz de alejarme de su cuerpo— es porque cuando te

corras no quiero que sea con mis dedos. —Le introduje uno, poco a poco, y lo curvé para darle en el punto exacto, lo que provocó que gimiera y se aferrara a las sábanas con desesperación—. Quiero que sea con mi polla dentro de esta preciosidad.

Apreté la palma contra su clítoris.

—Pues si no te das prisa —jadeó antes de dejar caer la cabeza contra la almohada— perderás tu oportunidad, joder. Para de jugar.

Sonreí, aunque casi me había atragantado.

—¿Quién me iba a decir a mí que serías tan exigente?

Estaba fascinado y tenía la polla a punto de reventar.

Me acerqué a ella poco a poco. Entrelazó las manos en mi cuello y tiró de mí con fuerza para besarme. Apoyé el peso de mi cuerpo en una mano para no aplastarla mientras que con la otra me posicionaba en su entrada.

—¿Quieres decir algo más, cielo? —susurré contra sus labios, antes de morderlos y tirar con fuerza.

—Cállate y fóllame de una maldita vez, Alexander Kane.

—Esa es la verdadera *principessa* de la mafia que yo sabía que escondías.

Antes de que terminara la frase ya había introducido la mitad, hasta que encontré resistencia.

Siseé, me mordí la lengua y busqué sus preciosos ojos. Había chillado y eso me gustaba, pero no así, no con media polla dentro, sino cuando la tuviera entera y fuera por placer.

—¿Te duele? —Le besé los labios y me retiré solo unos centímetros.

Mia jadeó mientras asentía.

—Iremos poco a poco —susurré como pude antes de volver a

adentrarme en ella.

Me costó una vida decir aquellas palabras, al igual que controlarme. No quería hacerle daño, quería que disfrutara, que si gritaba fuera de placer, y lo conseguiría, eso seguro.

Ver cómo Mia Bianchi se abría para mí, con esa mirada plagada de inocencia y de lujuria, con las mejillas sonrojadas y su cuerpo entrando cada vez más en calor con mis movimientos, me volvía loco.

Tenía los dientes tan apretados que la oía rechinarlos.

Los pequeños gemidos de Mia iban en aumento cada vez que me adentraba más en ella. Su cuerpo comenzaba a seguir al mío, acompañándome en mis movimientos.

—Vamos, cielo, déjame que entre.

Le di un pequeño mordisquito en la oreja antes de lanzarme a su cuello. Estaba tan mojada, tan caliente, tan puñeteramente apretada que si no fuera por mi propio autocontrol me habría acabado corriendo como un crío.

Solo con oírla podría hacerlo.

Mia no paraba de susurrar cosas sin sentido, lo que provocaba que me pusiera aún más cachondo y que me limitara a gruñir.

—Joder, preciosa, me tienes la polla muy apretada.

—Dios santo, Alexander…

Ahí fue, al decir mi nombre, cuando conseguí entrar entero.

Mia gimió y curvó la espalda, lo que hizo que entrara más aún, si es que era posible.

—Cielo, no hagas eso si no quieres que te folle como un demente.

Por fin dejó de retorcerse y abrió más las piernas para mí. Asintió

fuera de sí. Sentí sus manos por todo mi cuerpo mientras las mías seguían aferradas a las sábanas. Dirigí la boca a sus tetas, incapaz de estarme quieto por más tiempo.

—¿Ya? —pregunté cuando noté que su coño dejaba de estrangularme la polla.

—Ya.

—Menos mal.

Comencé a moverme de verdad. Con fuertes estocadas que hacían que su cuerpo se sacudiera al ritmo.



24

MIA

La polla de Alexander entraba y salía de mí a un ritmo fuerte, contundente. Sabía que aún se estaba conteniendo.

Cuando noté que mi cuerpo me pedía más, que estaba listo para albergar a tremenda monstruosidad, le di un mordisquito en el cuello y subí las piernas.

Alexander levantó una ceja mientras sonreía y ahí fue cuando me di cuenta de que estaba en problemas. Metió las manos bajo mi culo, lo abrió por los glúteos y comenzó a moverse de un modo despiadado.

Joder.

Emitía gritos inconexos y palabras entrecortadas cada vez que su cuerpo impactaba con el mío. Era lo más trascendental que había sentido nunca. Placer mezclado con un dolor exquisito. No podía dejar de tocarlo, de aferrarme a él para no salir despedida.

Estaba cerca, muy cerca.

—Tienes un coño precioso, *principessa*. Me muero por destrozarlo.

Puse los ojos en blanco cuando sentí que llegaba aún más al fondo. Ahora Alexander me tenía aferrada de la garganta, mientras

que con la otra mano seguía abriéndome las nalgas.

—Dios, eres perfecta —susurraba una y otra vez sobre mi cuerpo.

Esa voz. No pude soportarlo más.

Por fin llegué al clímax de un modo tan demoledor que me temblaron hasta las piernas. Apenas podía respirar, y cuando sus embestidas me cambiaron a una posición en la que todo era más intenso, casi me desmayo. Alexander gruñó contra mi cuello hasta que noté cómo me llenaba, cómo se agrandaba de una manera deliciosa.

Cuando terminó, era incapaz de moverme ni de decir nada. Seguía inmóvil sobre las sábanas, con sus manos rodeándome el cuerpo.

—Perfecta —volvió a susurrar contra mi sien—. Jodidamente perfecta en todos los sentidos.

Cuando salió de mí, me sentí vacía. Tiró de mi cuerpo y nos tumbó. Me rodeó entre sus brazos. Apoyé la mejilla contra su corazón acelerado.

Y ahí tuve miedo, porque me sentía segura entre los brazos del mayor asesino de todos los tiempos.



Cuando desperté, la habitación estaba en penumbra, hasta que la puerta del baño se abrió y vi a Alexander envuelto en una toalla de cintura para abajo.

Parpadeé al visualizar su cuerpo. Era magnífico.

—Deberías levantarte o llegaremos tarde. No es que quiera sacarte de mi cama. Si por mí fuera, pasarías justo ahí, donde estás,

desnuda las veinticuatro horas del día.

No pude evitar sonreír al ver el brillo malicioso de sus ojos. Era verdad, lo decía en serio.

—¿Y si yo no quiero? —Me incorporé para verlo mejor cuando se dirigió al vestidor.

Resopló antes de dejar caer la toalla.

Mis ojos se fueron directos a su polla semierecta.

Arqueó las cejas.

—Por tu mirada te aseguro que no pondrías ninguna pega.

—¿A dónde vamos?

—A Viena.

Alexander comenzó a vestirse. Me fijé en que había elegido ropa de gala.

—¿A qué?

—Es una reunión de los CEO de sistemas de seguridad, espionaje… —Resopló y sacó un arma de uno de los cajones—. Quiero que lleves esto encima, y ese cuchillo de allí —dijo señalando la hoja que había incrustada en el cabecero.

—¿Es peligroso?

—Lo es. En tu dormitorio tienes dos vestidos. En principio solo había uno, pero Bastián dijo que no te pondrías eso ni muerta y fue a por otro.

Sonreí. Bastián me conocía demasiado bien.

—¿Y quién eligió el primero?

—Minerva, mi secretaria.

Torcí el gesto de manera involuntaria. Era la primera vez que el nombre de una mujer salía por su boca y acababa de darme cuenta de que no me hacía ninguna gracia.

Me puse en pie, enrollando la sábana en mi cuerpo desnudo antes de salir de la habitación.

—Te dejas las armas.

—Ahora vendré a por ellas.

Cerré la puerta sin mirar atrás.

No me gustaba lo que sentía. ¿Celos? ¿Inseguridad? Joder, yo no era así.

Cuando llegué a mi dormitorio lo primero que vi fueron los vestidos colgados en la entrada del vestidor. Uno era de color negro, elegante y sexy a la vez, el otro…, un auténtico horror. Color melocotón, de tela brillante, como si lo hubieran sacado de una tienda de damas de los ochenta.

Resoplé y le deseé a esa zorra sin gusto que se atragantara con una aceituna.

Cuando me miré en el espejo, me sentí de nuevo como una *principessa* de la mafia. El negro era mi color. Mi maquillaje era delicado, pero me marcaba todos los rasgos, y el pintalabios color vino resaltaba aún más el tono de mis ojos. Había entrado en el dormitorio de Alexander para recuperar el cuchillo y la pistola y sobre la cama encontré una funda para cada arma.

Me las estaba colocando cuando noté que alguien me observaba. Él, quién si no.

Sentí sus manos en la cintura y su aliento en la oreja.

—Date la vuelta, por favor —susurró con esa voz que provocaba que todo mi cuerpo dejara de pertenecerme y le hiciera caso solo a él.

Me giré sin que sus manos dejasen de rodearme. Dio un paso atrás.

Se mordió los labios al repasar cada parte de mi cuerpo.

—Estás espectacular.

—Bastián tenía razón. Ese vestido era horroroso.

—Se lo haré saber a Minerva.

—Bien.

Le aparté las manos, dispuesta a salir de su dormitorio antes de que hiciera alguna estupidez como rogarle que volviera a follarme, pero me rodeó la muñeca.

—¿El cuchillo? —preguntó buscando mis ojos.

—En el muslo.

Sus ojos brillaron. Una sonrisa escueta apareció en su rostro.

—¿Cabreada, cielo?

Lo miré de malas maneras. Habíamos follado como animales hacía apenas unas horas y desde entonces mi cerebro no funcionaba con normalidad. Mierda, no quería ser la típica que después de un polvo se obsesionaba con el tío o se montaba películas, pero ya era todo demasiado confuso antes de acostarnos.

—No. ¿Debería?

—Conmigo, jamás.

Pasó el pulgar por mi boca antes de dar media vuelta y dejarme allí sola.

ALEXANDER

—¿No crees que deberías decirle a Mia que Minerva te acompañará como tu secretaria? —preguntó Bastián con retintín.

—¿Es necesario? —pregunté mientras miraba por el rabillo del ojo a la mujer que me fulminaba con la mirada cada pocos segundos.

Mia no estaba espectacular como le había dicho antes de

marcharnos, estaba increíble, maravillosa, preciosa…

—Si no quieres que cumpla la amenaza de hacer boloñesa contigo, deberías, sí.

Me encantaba verla cabreada. Era como sacar a flote a la verdadera Mia, una peligrosa y despiadada.

—Yo creo que está bien así. —Le di un último trago a mi copa, aparté los ojos de ella y me centré en lo que me rodeaba.

Estábamos en un antiguo palacio de estilo barroco flanqueado por frondosos jardines. Los suelos del interior eran de mármol brillante. Las paredes estaban decoradas con frescos y ornamentos dorados, además de múltiples estatuas y cuadros. De los altos techos colgaban grandes lámparas de araña de bronce adornadas con múltiples cristales. Un lugar privado para eventos de alta categoría. Pocos bolsillos podían pagar la reserva de aquel lugar. Todo era jodidamente brillante y elegante.

Aunque había demasiados ojos fisgones. No quería que nadie la relacionara conmigo. No debería haberla traído, pero dejarla en casa a tanta distancia era inaceptable. Necesitaba saber que estaba bien, a salvo, segura, cerca.

Sentí la mano de Minerva de nuevo sobre el hombro. Le había dejado claro cuando habíamos llegado que no quería que me tocara, pero esa pequeña zorra, nada más ver a Mia, se había abalanzado sobre mí. Si no fuera porque adoraba ver a mi *principessa* celosa, se la habría cortado. No me gustaba que me tocaran y Minerva lo sabía. Al menos eso había sido así hasta Mia.

—Minerva, si sigues jugando a ese juego, saldrás perdiendo —susurré sobre su oreja. Posé una mano en su cintura y la apreté con saña para que parase de una puta vez.

Ella se limitó a sonreír y saludar con la cabeza a todos los que nos miraban con curiosidad mientras disimulaba la mueca de dolor.

Si había aceptado ir con ella era para evitar que la atención de esos hijos de puta recayera en Mia. Tampoco era una opción salir del país y dejarla sola en mi apartamento o en algún hotel de Viena. La necesitaba cerca, tanto como fuera posible. Y Minerva era única a la hora de sonsacar información. Éramos amigos, pero esa noche se estaba comportando como una auténtica zorra despiadada.

Desde que me había enterrado en el cuerpo de Mia, ese instinto de posesión había hecho aún más mella en mí. Si antes estaba obsesionado con ella, en aquel momento se había vuelto una puta enfermedad. Me estaba costando Dios y ayuda no mirarla, ignorarla, más aún con ese irresistible cabreo que tenía y ese maldito vestido, joder. Iba a matar a Bastián.

—¿A qué juego te refieres? —preguntó con una sonrisa; se inclinó más sobre mí.

Le agarré la coleta peinada hasta rozar la perfección y tiré de ella para apartarla sin que nadie se diera cuenta.

—Recuerda que estamos trabajando y que estos cabrones son peligrosos. Una sola tontería más y te vas a la puta calle, ¿estamos?

—¿Quién es ella? Me suena su cara de algo.

La rabia por saber que alguien sentía curiosidad por Mia me invadió el cuerpo. Casi arrastro a Minerva fuera del salón para estrangularla. Cuando estuvimos lejos de ojos indiscretos, la estampé contra la primera pared que encontré.

—No la mires, no hables con ella —gruñí—. Y ni mucho menos preguntes quién es.

—Pero…

—Es mía, Minerva, de nadie más. Si has venido como mi acompañante es para que hagas tu puto trabajo y busques información. No lo olvides.

—Alexander, te estás pasando —amenazó—. ¿De qué vas?

—No te permitiré ni una más. Sé a lo que estás jugando.



25

MIA

No soportaba verla cerca de él.

Me di la vuelta en busca de Bastián, pero de nuevo estaba hablando de trabajo con un grupo. Aquello me recordaba demasiado a las cenas que organizaba mi padre con sus capos, excepto por la diferencia de que en estas estaba mi familia, mis hermanos, y tanto a Gabi como a mí nos parecían demasiado aburridas. Al menos en esas cenas podía ausentarme si quería. Aquí no tenía escapatoria.

Cogí otra copa de champán cuando pasó el camarero. Debería controlarme un poco si quería seguir manteniendo la dignidad sobre aquellos altísimos tacones, pero a la mierda. Estaba cansada por el viaje y el sexo desenfrenado que había mantenido hacía unas horas con Alexander, confundida de que ahora me ignorase mientras esa arpía me miraba con ganas de asesinarme, aburrida porque llevábamos en esa fiesta más de una hora y nadie salvo Bastián se había acercado a mí, pero sobre todo estaba…

Mierda, estaba celosa.

Alexander me había dado las mejores horas de mi vida, me había hecho sentir la mujer más deseada y sexy del mundo. Me había sentido segura entre sus brazos. Me había llevado a tal límite de

excitación que era imposible no mojarme con solo mirarlo, pero él no me había devuelto la mirada ni una sola vez.

Suspiré antes de darle la espalda y acercarme a las vidrieras con vistas a unos jardines impresionantes iluminados por la luna y un camino de velas. Quizá para otra persona aquello era una muestra de lujo y elegancia, todo decorado al mínimo detalle, limpio, impoluto, pero para mí era un evento más. No me impresionaban los trajes a medida de los invitados, elaborados por grandes diseñadores, ni los relojes caros, los diamantes o los automóviles en los que habían llegado. De nuevo, era otra maldita fiesta más llena de gente asquerosamente rica.

—¿Apreciando las vistas?

Di un respingo que casi provocó que me derramase sobre el vestido el champán de la copa. Me llevé una mano al pecho cuando conseguí controlar el líquido.

—Dios santo, qué susto me ha dado.

Aquel hombre me observaba entre divertido y curioso. No pude evitar fijarme en que intentaba reprimir una sonrisa. Llevaba una máscara negra, lisa y sencilla que no le restaba ningún atractivo, ya que hacía relucir su ancha mandíbula y resaltaba sus ojos azules claros.

—Le pido disculpas, señorita…

—Me llamo Mia.

—Encantado, Mia. Mi nombre es Ezequiel.

Alargó la mano para que se la estrechara y eso hice. Luego se la llevó con sumo cuidado a los labios mientras se inclinaba con la mirada fija en la mía. Una leve sonrisa se extendió por su rostro antes de rozar mi piel con sus labios. Apostaría lo que fuera a que ya

estaba ruborizada. Ese tipo de gestos no estaban permitidos entre los hombres de mi padre y ahora los de mi hermano, los únicos que se acercaban a mí.

Cuando se incorporó, una vez más, me recorrió el cuerpo con la mirada sin ningún descaro. No de manera lasciva, sino admirando algo que yo no era capaz de ver.

—Una auténtica belleza, Mia, si me permites tutearte. Aunque no me has dicho tu apellido.

—Por supuesto, tutéame. —Mierda.

—¿Eres una magnate más o vienes acompañando a alguien?

Gran pregunta. Se suponía que ambos hermanos estarían a mi lado, que mantendría un perfil bajo y no hablaría con ningún desconocido.

—Soy la acompañante de Bastián Kane.

—Ah, el pequeño de los Kane.

Su anterior mirada curiosa y brillante había cambiado a una vacía. Intentó recuperarse, desde luego que sí, pero haberme criado en la mafia me hacía darme cuenta de detalles insignificantes que para una persona normal pasarían desapercibidos. No había desvelado nada más. Su expresión facial seguía igual, luciendo una sonrisa escueta y preciosa de dientes blancos y alineados; su cuerpo se mantenía relajado.

—¿Lo conoces? —pregunté antes de darle otro sorbo a la copa para disimular mi escrutinio.

Esta vez se irguió y chocó la suya contra la mía en un gesto amigable.

—Desde luego, conozco a los hermanos Kane. Aunque solo de oídas. Es la primera vez que vengo a este acontecimiento —comentó

en voz baja mientras observaba la sala.

—Yo también —sonreí con sinceridad.

Quizá su reacción de antes se debía a los nervios o a que, como yo, no conocía a nadie.

—Menos mal. Soy nuevo en la industria y todos esos de ahí son una panda de cabrones estirados.

Me llevé la mano a la boca para amortiguar una carcajada para nada elegante. Me guiñó un ojo antes de beber de su copa.

—Odio esta clase de fiestas —confesé y me giré de nuevo hacia las cristaleras.

—Yo también.

—¿Y por qué estás aquí?

—Por trabajo, ¿por qué si no?

Asentí distraída antes de ver por el rabillo del ojo a Alexander. Nos estaba mirando. Se había colocado en un sitio estratégico donde podía hablar con aquellos que lo rodeaban mientras mantenía un ojo puesto en mí. Su secretaria, cómo no, permanecía pegada a su costado. Dios santo, parecían siameses.

Puse los ojos en blanco y respiré con tranquilidad. «Te da igual, Mia. Solo ha sido un polvo mágico y…».

—¿Bailamos?

—¿Qué? —Me giré en redondo para mirar a Ezequiel.

—Vamos, será divertido.

Una sonrisa forzada apareció en su rostro, una que no acompañaba al fuego que había en su mirada. Le echó un vistazo a Alexander con tanta rapidez que el gesto fue apenas visible.

Alzó la mano para que la aceptara, y eso hice. Me daba mala espina. Muy mala. Cuando eso sucedía, siempre acertaba, y que

mirase así a Alexander no me gustaba. Por eso mismo acepté.

Nos llevó a la pista de baile. Sonaba un vals elegante y delicado, tranquilo.

—Tienes unos ojos muy llamativos, Mia. —Él no se quedaba atrás. Los suyos eran preciosos.

—Gracias.

—Son como amarillos, difíciles de olvidar.

Sonreí con timidez. La gente siempre nos decía lo mismo, que eran bonitos, llamativos, y era cierto. Los hermanos Bianchi habíamos heredado el color de ojos de la *nonna* en distintas tonalidades.

—Deberíamos quedar un día para tomar un café —añadió.

Asentí para ver si cambiaba de tema. Busqué a Alexander, situado al fondo de la sala. No nos quitaba el ojo de encima. Con una mano rodeaba la copa de whisky con languidez y despreocupación, mientras que la otra permanecía cerrada en un puño. Tenía la mirada fija en el brazo que me rodeaba la cintura. Daba igual las vueltas que diéramos, no perdía de vista ese contacto. Unos espasmos le recorrían la mandíbula cada poco tiempo. Por Dios, casi lo oía rechinar los dientes desde donde me encontraba.

Miré a su secretaria. Era la viva imagen de la belleza, todo sonrisas y frases perfectas para entretener al círculo de hombres y mujeres que tenía a su vera. Aunque me pareció una escena rara. Daba la impresión de que quería distraer a los demás para que Alexander tuviera vía libre.

—Me he fijado en que el mayor de los hermanos Kane no te quita ojo —susurró Ezequiel antes de girarnos con elegancia al ritmo de la

música—. Creía que tu acompañante era Bastián.

Lo miré fijamente, consciente de la daga que residía en mi muslo.

—Y lo es.

—Pues creo que te has equivocado de hermano.

—Es un tema privado y no procede sacarlo a colación. —Frases educadas, protocolo, eludir la verdad.

Noté cómo sonreía cerca de mi mejilla, demasiado cerca.

—Perdóname, tienes razón. Era solo una observación.

—Observación centrada en mis acompañantes —contesté con sequedad—. ¿Tienes alguna pregunta más, Ezequiel?

—En serio, Mia, perdona. Me ha hecho gracia ver al gran Alexander Kane mostrar un reflejo de humanidad, aunque fuera retorciéndose de celos.

Ahora sí que sentí curiosidad.

—No está celoso.

—¿Que no? —preguntó incrédulo antes de que se le escapase una carcajada ronca—. Le falta venir aquí y arrancarte de entre mis brazos. ¿Qué te apuestas a que si me acerco un poco más de lo debido vendrá?

Quería seguirle el juego, ver hasta dónde sería capaz de llegar y si era cierto que Alexander sentía celos, pero todo aquello no me gustaba.

—Sería un juego peligroso —aseguré sin ninguna duda.

Ezequiel me guiaba al ritmo de la música. Intentaba con todas mis fuerzas no mirar en la dirección donde sabía que encontraría al Carnicero ataviado con un traje a medida que inspiraba tanta lujuria que haría que me pusiera de rodillas para suplicarle que repitiese lo de antes.

Aún no podía creerme que me hubiera acostado con él, que le hubiera hecho lo que le hice… Dios santo, en mi vida había practicado un sexo tan salvaje y visceral. Tan intenso y demoledor.

Cuando vi aparecer a Minerva y los celos me carcomieron, lo olvidé todo, cada sensación, cada roce de su cuerpo con el mío. Celos, un sentimiento demasiado fuerte, tanto como para competir con el deseo que sentía por él y que tan nerviosa me ponía esa noche.

Incluso mientras bailaba entre los brazos de otro hombre, no podía dejar de pensar en él. Estaba cabreada porque horas después de lo que había pasado entre nosotros se dejara toquetear por otra mujer, y más sabiendo que no le gustaba el contacto físico.

Me traicioné a mí misma y miré solo por unos segundos en su dirección. Alexander Kane ignoraba al hombre que le hablaba y fulminaba con la mirada a Ezequiel. Minerva intentaba asesinarme a mí.

No era de esas personas a las que les gusta jugar con los sentimientos de otras, pero las copas de champán y las incontables vueltas que había dado entre los brazos de Ezequiel me habían trastocado la mente hasta hacerme tomar una decisión de la que seguramente no me sentiría orgullosa más adelante.

Me acerqué un poco más de lo que la decencia permitía a mi acompañante de baile. La música había cambiado y ahora sonaba el «Vals de la suite Masquerade», uno que me encantaba por sus giros y cambios de intensidad. Mis padres fueron exigentes de pequeñas con respecto a aprender todo tipo de aptitudes y una de ellas fueron los bailes de salón, además de saber matar a un hombre con un arma y otras cositas relacionadas con la mafia.

—Veo que has cambiado de opinión —susurró Ezequiel, que me acercó más a su cuerpo.

—Solo estamos bailando —contesté con una sonrisa discreta.

Demasiados ojos nos admiraban. Estábamos dando un espectáculo. Ezequiel bailaba muy bien y yo acompañaba cada uno de sus pasos.

—Sí, solo eso.

Me giró entre sus brazos para recogerme con elegancia y seguir el ritmo de la música.

Notaba la mirada de Alexander en cada parte de mi cuerpo, en cada poro. Sonreí, disfrutando del baile, de la música, de mi acompañante, que ahora me observaba los labios con fascinación, y de las miradas del cabrón psicópata con el que vivía.

—Eres preciosa, Mia.

ALEXANDER

En cuanto sonara el último acorde, iría a por ella. Le arrancaría los brazos a ese pobre desgraciado que la rodeaba y me la llevaría conmigo al fin del mundo.

No soportaba verlo cerca de ella, que la tocara, que la respirara. Pero sobre todo no soportaba cómo le sonreía ella. Nunca.

—¿Estás bien?

Miré a Minerva y resoplé antes de que comenzara a meterse conmigo una vez más. La rabia del principio había desaparecido una vez que se había dado cuenta de que aquel era un tema intocable para mí.

Conocía a Minerva desde que era una cría de trece años. Coincidimos en las calles y nos hicimos muy buenos amigos. Ella

vivía en un internado social del que se había escapado más veces de las que podía contar. Se dedicaba a robar carteras, relojes, lo que fuera para después revenderlo. No entendía por qué lo hacía. Tenía un techo bajo el que dormir y tres platos de comida al día, mucho más de lo que Bastián y yo conseguíamos en un día bueno. Minerva aseguraba que no podía conformarse con eso, que necesitaba salir de allí.

Jamás hablábamos del pasado, pero ambos sabíamos que fueron unos años de mierda. Oscuros, repletos de traumas.

Nuestros caminos se separaron cuando ella cumplió los dieciocho años.

Hacía una década volví a verla. Me robó un Rolex de más de diez mil euros, pero la conocía, así que le metí un localizador en el bolso. Me colé en su casa, recuperé el reloj y le dejé una nota. Dos días después, comenzó a trabajar para mí en ocasiones especiales.

—Oh, vamos. Sabes que estas fiestas son un aburrimiento. Además, es la primera mujer a la que miras durante más de dos segundos seguidos desde que nos conocemos.

—Le has comprado un vestido horroroso a propósito.

—Tenía curiosidad.

—No, querías joderla —gruñí.

—Bueno, sí, ¿y qué? No me habéis dado ningún tipo de información y soy lo más parecido a una hermana que tenéis. Mi deber es protegeros.

—Mi hermana no se restregaría contra mí de la manera que tú lo estás haciendo —expliqué mientras le daba un leve empujón para que se alejara de una vez.

—Cuando reconozcas que por primera vez sientes algo por una

mujer, dejaré de tocarte.

—Sabes que no me gusta.

—Lo sé, por eso lo hago.

—Y sabes que como vuelvas a hacerlo te arrancaré la cabeza.

—Bah, sé que en el fondo me quieres, aunque sea un poco.

—No tientes a la suerte, Minerva.

Volví a buscar a Mia. ¿Quién cojones era ese tío?

—Deja de mirarlos como un asesino psicópata. Solo están bailando —susurró antes de saludar con la mano a un viejo verde.

—No. Le está sonriendo. —Quedaban veinte segundos, solo veinte, de canción. Luego iría a por ella.

—Si yo fuera ella y sintiera por ti lo que creo que siente, no me haría ninguna gracia que fueras del brazo de otra mujer ni que la dejaras tocarte.

Me giré para mirar a Minerva. Sonreía como un gato relamiéndose los bigotes por tener a su presa justo donde la quería.

—Si alguien la ve conmigo, será peligroso.

Minerva asintió con disimulo antes de echar un vistazo a nuestro alrededor. Demasiados ojos y oídos.

—Lo sé, pero ¿se lo has explicado a ella? Porque es lo primero que deberías haber hecho antes de poner un pie en esta fiesta de mierda —susurró lo bastante cerca como para que diera un paso atrás.

—No.

Minerva negó con la cabeza.

—Ahora entiendo por qué quiere asesinarme con la mirada. Eres un estúpido, Kane.

—No será para tanto.

Resopló antes de coger una nueva copa de champán y buscó con la mirada a Bastián. Llevábamos más de media hora sin verlo y eso solo podía significar dos cosas: o se estaba follando a alguien en el baño o había encontrado a un pez gordo al que estaba convenciendo para convertirse en nuestro cliente.

Miré una vez más a Mia.



26

MIA

¿Por qué susurraban? ¿Y por qué ella era tan jodidamente bella? Odiaba su pelo rubio brillante y peinado a la perfección. Sus ojos verde jade. Su cuerpo, que parecía esculpido por los dioses. Minerva era preciosa y ambos hacían una pareja perfecta.

Alexander se giró una vez más en mi dirección. Tenía las aletas de la nariz dilatadas; parecía cabreado si te fijabas en sus ojos y en su forma de respirar, pero nada más. Si le mirabas el cuerpo, las manos, incluso la posición de las piernas, se le veía relajado.

Estaba cansada de bailar, tenía sueño y hambre. Suspiré y me mordí la lengua para no suplicarle a Ezequiel que me sacara de aquella fiesta y me llevara a casa.

Era un chico agradable. Si no estuviera retenida en contra de mi voluntad y con mi hermana a punto de atacar a las mafias rusa y albanesa, le diría de tomar una café otro día. Como amigos, claro. Me había dado conversación y había dejado el tema de los hermanos a un lado. Una vez que hizo eso, bailar con él fue divertido.

La música cambió. Sonaba el vals «Cuentos de los bosques de Viena», y Ezequiel me agarró más fuerte para guiarme.

Pero sentí que bajaba la mano un poco más, cerca del límite

aceptable. Estaba a punto de cogerla y subirla. No, estaba a punto de apartarlo y de salir de allí cuando su tacto desapareció.

—¡Ah! —gimió de dolor al lado de mi rostro.

Cuando miré en la misma dirección que él, vi a un Alexander Kane que prometía una muerte segura solo con la mirada.

—Llevo un rato observando cómo tocas lo que es mío con tus asquerosas manos —susurró para que solo nosotros tres pudiéramos escucharlo.

—Tuyo, ¿eh? —preguntó Ezequiel con sorna—. Mia, no sabía que tuvieras dueño.

Di un respingo sin darme cuenta.

—Y no lo tengo —aclaré de malas maneras.

—Claro que no, preciosa —contestó. Dio un paso atrás y tiró de la mano que Alexander aún le sujetaba.

Tenía mala pinta, solo la había visto unos segundos, pero entre el quejido que había dado y el pequeño crujido que había oído aquello había tenido que doler.

—Enséñamela —dije bajito.

Ezequiel ya no me miraba, solo tenía ojos para Alexander, y por la manera en la que esos dos se observaban…

—Si vuelves a tocarla, te cortaré la mano —gruñó más cerca de su rostro.

—A no ser que ella misma me lo pida, ¿no?

No sabía qué decir.

—Ella no te lo pedirá, créeme.

Alexander me rodeó la mano con delicadeza. Aquel numerito de celos no tenía sentido, más aún cuando él llevaba toda la noche al lado de su secretaria. Intenté soltarme de aquel agarre, que parecía

tan natural como esencial en mi vida, pero me apretó la mano con más fuerza. Volví a tirar, esta vez con ahínco, pero era imposible.

—Suéltame —exigí.

—No —contestó rotundo.

Ni siquiera me miró.

—Que me sueltes —repetí.

Me llevé nuestras manos entrelazadas al regazo para intentar abrir cada dedo, uno por uno. Imposible.

—¿De qué os conocéis? —quiso saber Ezequiel.

—¿Quién eres? —preguntó Alexander a la vez.

—Ezequiel.

Noté el ligero cambio en el cuerpo de Alexander, tan breve y disimulado que solo hizo que prestara aún más atención a aquella conversación mientras seguía peleándome con sus dedos.

—¿Irlandés? —preguntó Alexander con sequedad.

—Irlandés. Nacido y criado.

—Es la primera vez que te veo aquí.

Alexander seguía sin soltarme, incluso tiró de mí para pegarme más a su cuerpo hasta casi esconderme tras su espalda. Seguía teniendo aquella mirada que hacía que se me pusieran los pelos de punta pero que a la misma vez me volvía loca.

—Sí, bueno, es mi primer año —contestó Ezequiel. Aún tenía la mano escondida detrás de la espalda, como si quisiera ocultar la gravedad del asunto.

—Mia, por favor, ¿puedes esperarme en la barra? Tengo que hablar un momento con el señor…

—O'Hannel —contestó el chico.

Vi el odio en su mirada cuando Alexander dejó de prestarle

atención. Conocía esa expresión. Apreté la mano del Carnicero más fuerte, como un acto reflejo para que no se separara de mí. Como si yo, una simple chica de veintisiete años con miedo a disparar un arma o matar a una persona, fuera capaz de protegerlo contra el resto del mundo. Un mundo lleno de veneno.

—Creo que debería quedarme aquí, a tu lado —contesté.

Alexander acercó su rostro al mío. Sabía que no había dejado de fijarse en mí desde que habíamos llegado a la fiesta. Miradas fugaces cargadas de mil palabras mudas. No sabría explicarlo, pero supe que me estaba rogando que me alejara de allí, de ellos. Ya.

—Ve junto a Minerva. —Torcí el gesto de la mala gana. No quería ir a hablar con ella—. No es lo que crees —susurró para que solo yo pudiera escucharlo.

Miré a Ezequiel por última vez. Agarré la mano de Alexander y retrocedí un par de pasos para llevármelo conmigo.

—¿Qué ocurre?

—Mia, ese hombre no es ningún santo, te lo aseguro. Si he dejado que estés cerca de él diez minutos, es porque tenía que guardar las apariencias. Que te vean conmigo es peligroso. Una estupidez.

—¿Y para Minerva no?

Se llevo una mano al puente de la nariz. Se apretó los lagrimales antes de mirarme.

—Es una ladrona de guante blanco profesional, Mia. Trabaja para nosotros y es capaz no solo de robarte en tu cara, sino también de obtener información con cuatro sonrisas y varias palabras bonitas. Necesito saber todo lo que anhela la gente de esta sala. No son mis amigos, y los tuyos tampoco. Te aseguro que aquí no hay nadie

inocente excepto tú.

—Pero a Ezequiel no lo conoces. ¿Cómo sabes que es malo?

—Cielo, acabo de romperle dos dedos y de desencajarle la muñeca por tocarte y apenas se ha quejado. Si fuera una persona normal, estaría pataleando en el suelo.

Asentí como una autómata mientras asimilaba aquellas palabras. Un momento…

—i¿Acabas de romperle los dedos?! Eso no está bien, Alexander. No era necesario…

—Nadie —interrumpió con contundencia—, absolutamente nadie, te toca.

Esas palabras, junto con aquel tono de voz, me enfurecieron en la misma medida que me pusieron cachonda. Tenía un problema, y de los graves, con aquel hombre. Me gustaban las palabras bonitas y delicadas. Las historias de amores imposibles con finales felices, no los villanos tóxicos y acaparadores como él. Tragué saliva antes de contestarle.

—No me gusta lo que has hecho. Soy una mujer adulta, capaz de apartar una mano de mi cintura si creo que se están propasando. —Solté la suya antes de dar un paso atrás—. No me gusta esa actitud de hombre de las cavernas.

Vi el pequeño espasmo de su mandíbula, la minúscula mueca que hizo.

—Cielo, tienes las pupilas dilatadas, te brilla la piel y has tragado saliva tantas veces que he tenido que observar a mi alrededor para comprobar que no estuviéramos en el desierto y que por eso tienes tanta sed —susurró antes de rodearme la cintura y apretarme contra su cuerpo. Apoyé las manos en su pecho para no chocar contra él—.

Sé que estás cachonda, ya conozco esa mirada, y ¿sabes lo peor de todo? Que estoy obsesionado con ella.

Alexander era la viva imagen del demonio. Ojos brillantes y mirada pervertida, la auténtica máscara de la lujuria y la maldad.

—Tus ojos se vuelven… —Emitió un pequeño murmullo ronco antes de acariciarme la espalda hasta posar su enorme mano, que acaparaba toda mi cintura—. No puedo dejar de mirarlos cuando sufren ese pequeño y leve cambio, Mia. Mataría por verlos cada día —susurró cerca de mi oído, y provocó que todos los vellos del cuerpo se me pusieran de punta antes de besarme el cuello—, quemaría ciudades, arrancaría corazones si alguna vez viera una sola lágrima en ellos.

Su boca siguió acariciándome esa piel tan sensible y comenzó a mecer nuestros cuerpos al ritmo de la música.

—Creo que estás un poco obsesionado teniendo en cuenta que apenas nos conocemos y que solo hemos follado una vez.

Noté cómo su cuerpo se tensaba de nuevo.

—Obsesionado es poco, cielo. Con respecto a que no nos conocemos, eso tiene solución, aunque llevo observándote desde el mismo momento en que llegaste. Cada día y cada segundo. Te conozco demasiado. Cada mirada y cada gesto.

—Ya, te gusta espiarme por las cámaras, pervertido.

—Sí, lo soy, pero solo contigo.

Seguíamos moviéndonos al ritmo de la música, con la diferencia de que antes estaba atenta a cada movimiento de la sala, a cualquier cambio en el ambiente. Ahora solo lo veía a él. Solo lo sentía a él. El leve roce de sus labios, el toque suave y delicado de sus rudas manos.

—En cuanto a lo segundo…, cuando termine de hablar con el hijo de puta de la mano rota, le pondremos solución. —Abandonó mi cuello para mirarme—. No me gusta verte en los brazos de otro hombre, Mia.

—Ni a mí que otra mujer te toque.

Alexander sonrió como nunca antes lo había hecho.

—Te aseguro que no es lo que crees, pero me encanta verte celosa, cariño.

Hice un mohín con la boca para no darle la razón, aunque sabía que la tenía.

—Ahora, te pido por favor… —Levanté las cejas, sorprendida. Alexander Kane pidiendo permiso. Inaudito—. No me hagas gestitos, que me distraes. Sabes que me vuelven loco.

Loca me estaba volviendo yo con aquella mirada hambrienta que me dirigía a mí y solo a mí.

—Ya me has jodido los planes. Se suponía que debías pasar desapercibida, de ahí que viniera con Minerva. Ahora todo el mundo ha visto que tengo un punto débil. Tú. —Me acarició la mejilla antes de mirar a nuestras espaldas—. Sé buena y ve con ella. Debo arreglar lo del cabronazo y tenemos que salir de aquí ya.

—No quiero que le hagas daño —contesté antes de cogerle la mano para que no me soltara tan pronto—. Prométemelo.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque nadie toca lo que es mío, y él lo sabía —contestó cabreado antes de alejarse.

«¿Qué?».



27

MIA

Minerva observó cada uno de mis pasos y gestos mientras me acercaba a ella. No solía juzgar a las personas sin conocerlas, pero a ella la odiaba, y eso no estaba bien.

Cogí aire y me preparé para hacer un esfuerzo soberano por no tirarle del pelo. Seguramente mi hermana la habría arrastrado al baño, la habría dejado inconsciente y habría atrancado la puerta para que disfrutara de la velada en absoluta soledad. Enzo habría… No sé qué habría hecho él, la verdad. Pero yo no solucionaba las cosas de la misma manera que el resto de mi familia, o al menos eso había intentado hasta entonces.

Cuando estuve frente a ella, levanté el mentón y fingí mi mejor sonrisa. Minerva siguió mirándome sin parpadear si quiera durante varios segundos, que se hicieron eternos, hasta que soltó una carcajada ronca con la que reaccioné.

—Me ha encantado cómo has mantenido la calma en todo momento —aseguró mientras asentía con la cabeza. Agarró un par de copas de champán y me pasó una con una sonrisa deslumbrante en la cara—. Soy Minerva y, aunque no lo creas, es un placer conocerte. —Acepté la copa, extrañada—. Conozco a este par desde

que era una cría. —Acompañó sus palabras con un movimiento de hombros—. Son como mis hermanos mayores. Te aseguro que no tengo ni he tenido nunca nada con ellos.

—No necesito esa información —contesté antes de darle un sorbo a la copa.

No quería explicaciones, aunque parecía que la expresión de mi cara daba signos de todo lo contrario. No paraba de contemplarme con una diversión que me estaba poniendo muy nerviosa.

—Yo creo que sí, al menos por la forma en la que os miráis, y por la forma en la que quieres asesinarme con la mirada.

Minerva no dejaba de observar a los dos hombres que se habían alejado del centro de la sala para salir por la puerta del fondo.

—Nunca antes había visto a Alexander cerca de una mujer. No consiente que nadie lo toque, no quiere que nadie lo haga. Pero contigo… —suspiró antes de sonreír, con tal brillo en los ojos que supe que todo lo que me decía era real— contigo es él. Por fin, después de tantos años, se permite ser él.

—No sé qué quieres decirme.

—Esos críos han pasado por mucho. Han vivido en la miseria, han matado para sobrevivir, han perdido demasiadas cosas. Que Alexander esté feliz, que haya vida en sus ojos, es una realidad que jamás pensé que vería. Así que gracias.

Levantó la mano para que se la estrechara y eso hice, aunque casi se me cae la copa por la confusión.

—¿Empezamos de nuevo? Soy Minerva.

—Mia.

—Un placer conocerte. Lo del vestido era una prueba, por cierto.

Acompañó aquellas palabras con una sonrisa que daba miedo y

después se bebió el culo del vaso.

—Era horroroso.

—Lo sé.

—No iba a ponerme esa mierda.

—Si lo hubieras hecho, habría sido una decepción. Divertido, pero decepcionante.

Sonreí y miré en la misma dirección que ella.

Bastián había regresado acompañado de Alexander; ambos traían mala cara.

Me fijé en los andares de Alexander, regios, contundentes. Estaba cabreado. Antes me habría dado miedo, pero en aquel instante solo quería lanzarme sobre él para comérmelo a besos y que hiciera ese pequeño amago de sonrisa que tanto me gustaba. Estaba guapísimo, incluso con la máscara negra que llevaba.

Recordé la noche que lo vi en la cocina, con la máscara de las pesadillas, con ese cuerpo… Apreté los muslos de manera instintiva, gesto que no pasó desapercibido para él.

Ahí estaba aquella ligera sonrisa, el brillo en sus ojos. Me gustaba ese hombre. No la imagen perfecta de príncipe azul con la que siempre había soñado. Me gustaba esta, el retrato dantesco de la oscuridad enmascarada. La fuerza bruta de su cuerpo. El atractivo de sus facciones. La forma protectora con la que me trataba pero que a la misma vez me incitaba a que me rebelara.

Nadie me ofrecía esa opción, la de decir que no, la de mandar a la mierda a alguien. Supongo que yo tenía la culpa de atribuirme a mí misma ese papel. Debía ser la normal de la familia.

Me retorcí los dedos cuando Alexander comenzó a abrir y cerrar las manos de manera hipnótica, hasta que llegó a mi lado y rodeó

una de las mías para luego entrelazar nuestros dedos.

Se acercó para darme un beso en la cabeza.

—Me queman las manos solo de verte y no poder tocarte.

Sonreí antes de mirar a Bastián y a Minerva, que susurraban entre ellos. No sabía qué había pasado, pero seguro que nada bueno por la forma en la que él observaba a su alrededor.

—A mí me ocurre lo mismo —contesté al comentario. Era cierto, no podía controlarlas cuando lo veía, no sabía qué hacer con ellas—. ¿Qué pasa?

—Nos vamos.

—Pero la cena aún no ha comenzado.

—Lo sé, pero hemos averiguado…

—¿El qué?

—Nada que debas saber.

—No me dejes fuera, Alexander. Mi familia siempre lo hace para protegerme y estoy harta.

Asintió antes de llevarse nuestras manos entrelazadas a los labios para besarlas con demasiadas promesas.

—Cuando estemos en un lugar seguro. Ahora tenemos que marcharnos. —Estaba preocupada y él lo sabía. Al principio me había cabreado por la forma en la que había tratado a Ezequiel; no me gustaba la violencia, pero era la primera vez que veía una pizca de miedo en la mirada de Alexander y eso era no solo preocupante, sino aterrador—. Necesito sacarte de aquí. Ha sido una estupidez traerte. —Se pasó la mano que tenía libre por el pelo y después se dio la vuelta para observar la sala con disimulo—. Vamos.

—Alexander…

—No.

—Por favor —insistí.

—Te he puesto una diana en la cabeza. Aunque ya la tenías, solo lo he empeorado.

—¿Qué?

—Nadie conoce la identidad del Carnicero, pero a Alexander Kane… —susurró mientras me agarraba la mano para alejarnos del tumulto de gente sin perder de vista cada rincón de la sala—. A ese lo odian, le ponen rostro.

—Es un baile de máscaras, nadie sabe quién soy.

Llevaba razón. Era una chica sin rostro.

—Claro que nadie sabe quién eres, ni lo sabrán, pero intentarán averiguarlo, y el trato era que pasaras desapercibida, que estuvieras a salvo. Tengo que mantenerte a salvo. Necesito hacerlo —contestó con los dientes apretados mientras les hacía señas a Minerva y Bastián.

Por eso estaba tan enfadado, porque su maldito trato peligraba. Porque yo solo era eso, un acuerdo.

Tiré de la mano para que me soltara. Ahora no solo estaba preocupada, también enfadada.

Primero… No sabía ni qué decir. Primero me encerró en su ático, después me robó la ropa y me acorraló contra una encimera. No solo eso, sino que averigüé que me espiaba por las cámaras de vigilancia. Encima me folló como si fuera un animal, que no me quejaba, me había encantado, y yo misma había sido la que le había pedido más, pero después actuó como si no hubiera pasado nada. Apareció con otra mujer de la mano… Dios santo, no. No sabía por dónde coño empezar ni cómo tomarme esa mierda de relación, si es que aquello podía llamarse así.

—¡Mia! —Alexander no dejó que me alejara más allá de varios pasos hasta que volvió a agarrarme.

Estaba cansada, me dolían los pies y se me empezaron a llenar los ojos de lágrimas.

Casi habíamos llegado a la salida cuando volví a sentir el tirón de su mano para que parara. Me dio la vuelta con un movimiento brusco en cuanto desaparecimos de la vista de miradas indiscretas.

—¿Qué te pasa? —preguntó. Llevó ambas manos a mis mejillas para que dejara de mirar el suelo. No quería que me viera llorar, y por mucho que él lo intentó, me resistí, hasta que no le quedó más remedio que agarrarme de la nuca e inclinarse hasta quedar a la altura de mis ojos—. ¿Qué cojones…? ¿Estás llorando?

Se me escapó una carcajada histérica. Quizá por la pena, por la rabia de ver a mi familia en esta situación, por ser solo un favor y que él no se hubiera dado ni cuenta. Toda la mierda que habíamos ignorado desde que llegué, la tensión, el deseo, la curiosidad por conocerlo de verdad, me estalló en la cara.

Alexander estaba paralizado. Si no fuera porque sus ojos se movían frenéticos para registrar cada uno de mis gestos, habría pensado que sí, que se había transformado en piedra. «Como su corazón», pensé. Y ahí sí que estallé a reír mientras las lágrimas caían sin control ninguno. Acabé mirando al cielo mientras las carcajadas seguían llegando. Alexander me sujetó porque había perdido no solo el control de mi mente, también de mi cuerpo.

—¿Puedes, por favor, tranquilizarte y decirme qué ocurre? —susurró antes de tirar de mí para envolverme entre los brazos.

Su mirada… Parecía preocupado de verdad, quizá sí que estuviera perdiendo la cabeza.

Vi a Bastián y a Minerva acercarse a nosotros. Tenía que coger aire y tranquilizarme.

—¡Mia! Te juro por Dios que si no paras de una vez te daré un azote en el culo. —Alexander me zarandeó con una delicadeza demasiado contradictoria con sus palabras antes de tirar de mí para que siguiéramos caminando.

Di varios traspiés, pero conseguí recomponerme. Eché un vistazo a mi alrededor, estábamos cerca de la salida. Había demasiada seguridad como para que alguien se hubiera dado cuenta del numerito de histeria que acababa de montar.

—¡Solucionadlo, joder! —les indicó a Bastián y a Minerva y me cogió en brazos. Le rodeé el cuello y justó ahí metí la cabeza. Volví a llorar, esta vez de manera sosegada—. No sé qué te ocurre, amor, pero lo arreglaremos. No… no quiero verte llorar. Por favor, Mia —susurró y me apretó entre los brazos—, no lo hagas más.

Alexander

No podía dejar de mirarla.

Desde que subimos al jet había eludido mi mirada de manera descarada. Daba igual si le hablaba, incluso si le preguntaba. Ella solo respondía y seguía ignorándome.

Decidí darle un poco de tregua. Sabía que estaba cansada, que echaba de menos a su familia, su hogar, pero estaba en peligro y mi deber…, mi obligación era protegerla. No porque hubiera hecho un trato con el ruso, sino porque yo mismo lo necesitaba para sobrevivir. No estaba obsesionado con Mia, estaba enamorado y, joder, esa era la locura más grande que me había pasado en la vida. Y la más aterradora.

Verla llorar había destruido el último trozo de alma que me quedaba. Había sido la peor de las torturas, sus lágrimas y esa mirada triste.

Mia era una mujer alegre, risueña y delicada. Con el paso del tiempo había descubierto que además era atrevida, que tenía carácter y ese lado oscuro que tanto amaba. Amaba a Mia Bianchi y haría cualquier cosa por verla sonreír.

Esperaría a llegar a casa.

Agarré una de las mantas que descansaban en las cabinas superiores. Me senté a su lado y la tapé, no sin antes agarrarle la mano y posar nuestros dedos entrelazados en mi regazo.



28

MIA

Desperté entre los brazos de Alexander. No me hizo falta abrir los ojos para saberlo. Olía a jabón, al perfume que usaba cada día y que tanto me gustaba.

Olvidé por un momento la mierda de noche que había tenido y me acomodé en su cuello.

Alexander se sentó en algún lugar, conmigo aún entre los brazos.

—Sé que estás despierta —susurró contra mi mejilla y me estrechó aún más, si es que se podía, contra su cuerpo—. No hace falta que abras esos preciosos ojos ni que me mires si no quieres. No hace falta que me dirijas la palabra, pero sí necesito que me escuches. —Suspiró para hacer una pausa—. No quiero verte llorar, cielo. Antes, dime qué te pasa, qué te pone triste y qué deseas. Da igual lo que sea, yo te lo daré. Te daré todo lo que me pidas, pero, por favor, no llores.

Parpadeé para evitar que se me escapasen más lágrimas. Las notaba en los ojos, junto con el ardor en la garganta y la calidez de su mirada.

Alexander Kane podía ser la persona más despiadada del universo, pero también tenía aquella parte de él tan oculta y

reconfortante. Me sentía segura en sus brazos, me sentía en paz.

—Solo soy un trato. Anoche lo dijiste —susurré con voz ronca.

Noté el cuerpo de Alexander tensarse bajo el mío, su agarre tierno se volvió duro como el acero.

Pasaron unos segundos que se hicieron eternos. Estuve tentada de levantar la cara para mirarlo, para saber qué se le estaría pasando por aquella mente perturbada.

—Al principio sí, fuiste solo un trato, pero ahora eres mucho más que eso. Eres mía, eres mi obsesión, mi condena y mi perdón. Anoche también te dije otras muchas cosas, Mia. Estoy…—Una de sus manos viajaba por mi espalda a un ritmo lento y tranquilizador —. No me tienes miedo.

Lo dijo sorprendido a la vez que asustado.

—No, no tengo miedo —respondí abriendo los ojos. Descubrí que estábamos en su dormitorio.

Me moví para pegarme más a él mientras se acomodaba en la cama, hasta que tiró de mí para recolocarme a horcajadas sobre él.

Seguía aferrada a su cuerpo. Posó ambas manos sobre mis mejillas para que lo mirase.

—No me tienes miedo y te encantan los cuchillos —susurró elevándome el mentón.

Sus preciosos ojos verdes se fijaron en los míos. Era demasiado guapo para ser real, por eso estaba loco. Debía tener algún defecto.

—Me encantan tus cuchillos —afirmé con voz delicada.

—Eres valiente y adoro cuando me desafías.

—Lo sé —contesté, no pude evitar sonreír un poquito.

—Ahí está —susurró y me pasó un dedo por la mejilla hasta llegar a la boca— esa sonrisa que me vuelve loco.

—¿Más aún?

—Más aún.

Ladeó la cabeza de aquella manera que tanto me gustaba.

—Me encanta cómo sabe tu cuerpo. Sobre todo tu coño.

—¡Alexander!

Le di un manotazo en el pecho antes de echarme hacia atrás para que me soltara, pero solo conseguí que él se moviera para acomodarse más aún.

—Me encantan tu pelo, tu sonrisa, tu olor… Tu pasión al cocinar. Tu forma de moverte tanto fuera como dentro de mi cama. Cómo me comes la polla y me miras con esos ojos de corderito, aunque tengas el coño tan empapado que podría metértela entera. Me encanta cómo me miras, cómo me cambias las putas cosas de sitio, cómo me desafías, cómo me amenazas con mis cuchillos…

—Creo que eso no debería gustarte —susurré preocupada.

—Me gusta todo de ti —sentenció—. Así que no, no eres un puto trato. Eres mía y mataré a quien te haga derramar una lágrima, incluso si soy yo mismo.

—Eso… es preocupante.

Hizo un gesto con los hombros antes de bajar las manos a mis caderas para posarlas allí con delicadeza.

—¿Estás mejor? —preguntó.

Asentí y después volví a acomodarme sobre su pecho.

—A mí también me encanta amenazarte con tus cuchillos.



29

ALEXANDER

El cuchillo pasó rozándome la cara. Lo esquivé como pude, no sin antes dedicarle una sonrisa.

—Casi, cielo, pero recuerda que…

—¡Oh, cállate! —gritó, preparada para lanzarme otro—. ¿Qué has hecho con toda mi ropa interior?

—Guardarla a buen recaudo.

—Hijo de puta —susurró con los dientes apretados.

Me lanzó dos cuchillos más que impactaron en las paredes del pasillo.

—Sabes que me gusta que vayas desnuda —susurré, a la espera de que se quedara sin munición para abalanzarme sobre ella.

—¡Eres un maldito enfermo! —Me lanzó el último que le quedaba y ese… Joder, ese me lo clavó en el muslo derecho.

Mia gritó y se llevó las manos a la boca.

—¡Ay, joder! Perdón, perdón —exclamó acercándose con rapidez.

Me arranqué el cuchillo justo cuando la tenía a dos pasos. Lo arrojé a un lado y me lancé a por ella. Le rodeé la cintura y me la eché al hombro para llevarla a nuestro dormitorio.

—¡Bájame, idiota! Estás sangrando.

Mia pataleó hasta que conseguí alcanzar la planta de arriba y la arrojé en la cama.

Estaba empalmado. Deseoso de enterrarme en su cuerpo.

Desde la charla que tuvimos al llegar de la fiesta, no habíamos salido de mi dormitorio excepto para comer, y a veces ni para eso. Era asombrosa.

—Me pone muchísimo que me lances cuchillos, cielo.

—Eres… —dijo de manera entrecortada mientras le arrancaba la ropa— eres un enfermo —gimió cuando enterré la cabeza entre sus piernas.

Mia

Había hablado con Gabi después de varias semanas intentándolo. Se encontraba bien, y no solo eso, era feliz. No sabía por cuánto tiempo, pero estaba contenta, y eso me importaba más que nada.

Keyla me había puesto al tanto de lo que tendría que hacer en la ceremonia de compromiso de Gabi. No dudé. Ni siquiera me paré a pensar. Haría lo que fuera por mi familia.



30

ALEXANDER

—No quiero ir —sentencié por cuarta vez.

—Tienes que hacerlo —aseguró Bastián antes de dejarse caer frente a mí en la silla de mi despacho—. Tienes que ir y salir de aquí. De hecho, tenéis que ir ambos, o acabaréis volviéndoos locos.

Sonreí. Desde la cena de Viena, no había salido de la casa excepto para ir a comprar con Mia a aquella tienda que tanto le gustaba, o por la noche para dar un paseo por las zonas rurales. Habíamos hecho pícnics a la luz de la luna, follado sobre la manta de cuadros que usábamos de mantel, incluso teníamos que parar en mitad del camino.

Mia se había vuelto insaciable y mi obsesión por ella solo había crecido más aún.

Deseaba confesarle cada día lo que sentía por ella. No era una obsesión. No era solo sexo. Me había enamorado de ella y no tenía ningún tipo de duda al respecto. Pero ella no estaba preparada para oírlo. Aún no.

Me sentía incapaz de dejarla sola, de despegarme de ella, y cuando lo hacía, era en un momento como aquel, por trabajo. No podía quitarle el ojo de encima e incluso en ese momento, con mi

hermano frente a mí y estando en mi casa, tenía las cámaras de vigilancia activadas.

Estaba en la cocina, con una de mis camisas puesta y unos pantalones cortos vaqueros. Si el bastardo de mi hermano no hubiera bajado, no llevaría nada debajo.

Le dirigí a Bastián una mirada asesina, porque eso era lo que sentía en ese momento: unas ansias insanas de matarlo por perturbar mi calma. Ella. Si él no estuviera aquí, observaría cada uno de sus movimientos, la forma de moverse por mi casa de manera tan relajada, escucharía sus gemidos mientras probaba cada uno de sus inventos en la cocina, la vería usar los cuchillos.

Solo de pensarlo me empalmaba, joder. Tenía que deshacerme de Bastián.

—¿Me estás escuchando? —preguntó mi hermano dando una palmada frente a mi cara.

—Voy a cortarte las putas manos —susurré— y luego voy a mandárselas a tu madre para que sepa que eres un metomentodo inaguantable que no sabe quedarse en su parte de la casa.

Bastián rompió a reír en carcajadas sonoras que solo hicieron que me cabreara aún más. Apreté los puños para controlarme. En el primer cajón tenía un enorme cuchillo afilado capaz de destrozarlo y de hacerme cumplir esa promesa.

—Vamos, hermano, sabes que tengo razón. Lleváis un mes jugando a las casitas.

—A las casitas pervertidas.

—Califícalo como quieras —asintió con un gesto de la mano—. La cosa es que tenemos que ir a esa reunión, y es esta noche. Así que levántate, dúchate y vamos.

—Podrías ir tú solo o con Minerva.

—Minerva está de viaje y esos tíos quieren hablar contigo.

—¡No entiendo entonces para qué cojones os pago!

Bastián puso los ojos en blanco antes de levantarse y colocar la silla en el lugar exacto donde debería estar.

—Para limpiar la mierda que dejas de vez en cuando en tus escapadas psicópatas. Esta noche a las siete y media en el hotel Amelie.

Teníamos dos futuros clientes que eran unos auténticos tocapelotas. No necesitábamos la pasta, ni mucho menos el contrato de millones que firmaríamos con ellos, pero sí sus recomendaciones. No solíamos trabajar en Estados Unidos, de donde procedían los socios con los que cenaríamos esa noche, solo en Europa. Nos iba bien, pero abrirnos paso en otro continente nos daría el impulso que necesitábamos.

Ser el director ejecutivo de Industrias Kane me apasionaba, más aún si controlaba miles de cámaras y accesos directos a calles, empresas y lugares donde podía encontrar a mis víctimas como el Carnicero. También vigilaba a la gente poderosa. Tenía acceso a sus viviendas privadas, pruebas contra sus desfalcos y adulterios. Pero desde que Mia había llegado a mi vida nada de eso me importaba como antes. Me daban igual los nuevos clientes. No quería ir a esa puta cena. Quería abrir una botella de vino y follármela de todas las maneras posibles mientras gritaba mi nombre una y otra vez con esa boquita dulce e inocente.

Sí, mi dulce Mia se había vuelto una pervertida insaciable.



31

MIA

Alexander y Bastián se habían marchado a una reunión, momento que aproveché para darme un relajante baño con espuma sin que el psicópata me sacara de allí a rastras para venerar mi cuerpo, como él decía.

Había cambiado tanto desde el día que nos conocimos. Ya no era el hombre gruñón y callado. Ni el acosador tras una pantalla o al fondo de la cocina, aunque sabía que seguía observándome cada vez que se alejaba de mí y había un muro que nos separaba. Llegaba a entender su obsesión por controlarlo todo, más aún con la clase de infancia y de vida que habían llevado.

Me preguntaba qué pasaría el día que todo volviera a la normalidad, el día que Gabriella pusiera fin a aquella locura de venganza. Yo tendría que regresar a mi vida, a mi restaurante, y entonces, ¿qué? Era feliz con él y sus pequeñas locuras, pero anhelaba una vida normal, salir a dar un paseo a la luz del sol y no entre las sombras de la noche. Alexander era un hombre poderoso, dirigía una empresa millonaria y nuestras vidas no podían ser más diferentes. Si a eso le sumabas su trabajo como el Carnicero…

La verdad, no quería saber nada acerca de eso. No preguntaba.

Hacía lo mismo con mi familia. Ojos que no ven corazón que no siente, aunque a veces la mierda de lo que no ves te estalle en la cara.

Sabía que en un futuro debíamos tener una conversación sobre todo eso. Sobre su vida conmigo. Sabía que lo nuestro tendría un punto y final, no era tan ilusa, pero no estaba preparada para que ese momento llegase.

Yo quería formar una familia, vivir en algún lugar cerca del mar, cocinar. Nunca le había preguntado a él por su futuro, por cómo se veía dentro de diez años, pero daba por hecho que se alejaba muchísimo del mío.

Salí de la bañera cuando sentí que el agua comenzaba a enfriarse. Me envolví en el enorme y mullido albornoz negro que Alexander me había dejado sobre su cama antes de marcharse. Busqué el móvil y vi que me había dejado un mensaje.

Bueno, varios.

Me había estado observando por las cámaras y con cada prenda de ropa que me había quitado habían ido subiendo la temperatura, hasta llegar al punto de prometerme que estaba deseando volver a casa para arrancarme el albornoz.

Le mandé un emoticono de fuego y una sonrisa. Mentiría si dijera que yo no deseaba lo mismo.

Decidí que abriría una botella de vino, me prepararía algo para picar y lo esperaría en el salón justo así, solo con el albornoz. Alexander era un hombre de palabra, y cuánto me alegraba de eso.

Preparé hummus y corté varios palitos de verduras. Lo acompañé con almendras tostadas y unas pocas aceitunas. Partí queso y coloqué varias lonchas de pastrami a su alrededor. Agarré una copa

con la otra mano, el sacacorchos en la boca y me fui con mi preciado botín al salón.

Me puse una película de Tim Burton y las horas pasaron.

Había bostezado tantas veces que incluso Alexander me mandó un mensaje para que me fuera a dormir.

Pervertido.

A la segunda película le quedaban diez minutos para terminar. Era tarde y comenzaba a hacer frío. Podría haber encendido la enorme chimenea del salón, pero pretendía irme pronto a la cama. El problema era que quería esperar a Alexander para dormir.

De camino a la cocina, mi teléfono empezó a sonar y puse los ojos en blanco. Seguro que era él para decirme alguna guarrada de las suyas. Cuando lo cogí, vi que se trataba de Keyla.

Casi se me cae el móvil de las manos. Era demasiado tarde. ¿Gabriella estaría bien?

—¿Keyla?

—Mia, no digas nada a no ser que yo te pregunte —indicó con voz ausente, con el sonido de las teclas de fondo y gritos de otras personas que no entendía—. Alguien ha hackeado la seguridad del edificio y están entrando. No tienes mucho tiempo. Necesito que mantengas la calma hasta que llegue Alexander. Ya está en camino. Carter está en directo con él, pero ahora, nena, quiero que cojas cualquier arma que ese enfermo tenga escondida por la casa.

Sentía el corazón en la garganta, las manos me temblaban.

—Ya llegan. No he podido bloquear el ascensor para impedírselo. ¡Te están observando, haz como que hablas con una amiga!

—Estoy… estoy de acuerdo. La semana que viene me vendría genial.

—Lo estás haciendo muy bien. ¿Recuerdas la habitación del pánico? Cuando yo te diga, corre.

Cogí un cuchillo de carne, mi favorito. Lo agarré con manos temblorosas.

—Recuerda que eres una *principessa* de la mafia, has recibido entrenamiento, sabes defenderte. No tengas miedo —aseguró Keyla con voz tranquila.

—Sí, las vistas de la ciudad son maravillosas.

—¿Cuándo llega? ¡Carter, joder! —gritó Keyla.

—Cinco minutos —contestó este.

Oí su voz, aunque un poco distorsionada.

—Necesito que aguantes cinco minutos.

—La ciudad es maravillosa.

—Están dentro. Ve tranquila a la habitación del pánico. Haz como si fueras a la biblioteca.

—¿Y por qué no he ido antes allí?

—Necesitaba que primero cogieras un arma y asegurarme de que aquella zona estuviera despejada. No hagas movimientos bruscos y date más prisa.

—Sí, sí, claro.

—Corre.

Corrí tan rápido como pude con el teléfono en una mano y el cuchillo en la otra. Escuché gritos a mis espaldas y el sonido de una bala que me rozó la cabeza. Giré la esquina, agachada, pero alguien enredó las manos en mi pelo. Tiró con fuerza y me hizo caer de rodillas. Subí ambas manos.

Había soltado el teléfono, pero no el cuchillo.

Volvió a tirar y me dio la vuelta antes de lanzarme contra el

suelo. Caí de espaldas. Aquel hombre se cernió sobre mí e intentó agarrarme de las manos; dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre el mío, pero Keyla tenía razón. Podía con esto.

—Eres una zorra preciosa —susurró—. Qué pena que dejaras que ese bastardo te follara. —Una lágrima me surcó la mejilla—. No llores, preciosa, él será el siguiente, pero antes jugaremos un rato para que sufra como lo hizo su padre.

Venían a hacerle daño.

Me retorcí para activar la memoria muscular. Conseguí soltar la mano del cuchillo después de darle un rodillazo en las costillas y se lo hinqué en el muslo con el que me presionaba y dejaba sin respiración. Lo retorcí para buscar la vena femoral al tiempo que aguantaba sus golpes. Seguí curvándolo mientras con la otra mano me protegía. Si algo sabía era despiezar carne, y pensaba dejarlo hecho un puto desastre.

La adrenalina hacía lo suyo porque no sentía dolor. Grité, incluso mordí. Extraje el cuchillo cuando noté que la sangre comenzaba a salir sin control. Era hombre muerto. Acabaría desangrado. En un minuto comenzaría a marearse; en tres, a perder la visión, y se le entrecortaría la respiración.

—¡Dispárale, joder! —gritó uno de los que lo acompañaban.

Miré por encima del cabrón que seguía sobre mí y que intentaba estrangularme mientras yo trataba de cortarle el cuello. Había otros dos más, uno de ellos rubio y grande, el otro pequeño, con la cara tatuada. El primero me apuntó a la cabeza. Sonaron un par de detonaciones y cerré los ojos mientras me cubría la cabeza. Todo quedó en silencio y yo aproveché para clavarle el cuchillo en el pecho al hijo de puta que seguía sobre mí.

Abrió los ojos de par en par. Las manos que me rodeaban la garganta dejaron de hacer presión. La vida y su alma desaparecieron en pocos segundos.

No podía moverme.

No podía respirar.

—Mia —la voz rota de Alexander me partió el alma.

Cerré los ojos. Intenté apartar el cuerpo del hombre que acababa de asesinar. Estaba cubierta de sangre, la sentía por todas partes.

Se me escapó un sollozo cuando no pude quitármelo de encima. Las manos se me resbalaban.

El peso desapareció de repente. Alexander se lanzó a mi lado tan rápido… Me cogió de las mejillas. Tenía el rostro salpicado de sangre y respiraba entre jadeos. Sus ojos se movieron desesperados por todo mi cuerpo, junto con sus manos.

—¿Estás bien? Joder, Mia. —Asentí, evitando romperme. Acababa de matar a un hombre—. Pensé que te habían asesinado, cielo.

—Lo siento —susurré.

Los ojos de Alexander se oscurecieron, su boca se crispó y me rodeó con fuerza con las manos.

—No. No me pidas disculpas. Debería haber estado aquí. Esto es culpa mía —gruñó devastado.

—¡Mia! ¡Alex!

Bastián acababa de llegar. Tenía el pelo despeinado. Estaba asustado.

—Mírame —suplicó Alexander con voz rota.

—He matado a un hombre —confesé sin dejar de mirar el cuerpo desangrado.

—Has hecho lo necesario para seguir con vida, que es muy

diferente a asesinar a alguien —aseguró con rabia, con las manos ensangrentadas apoyadas en mis mejillas, después de comprobar cada parte de mi cuerpo.

—He matado a un hombre —repetí una y otra vez.

Alexander miró a Bastián y con un asentimiento le dio una orden silenciosa. Mi cuerpo había comenzado a temblar y no podía detenerlo.

—Vamos a quitarte esta ropa y a darte un baño. Luego hablaremos de lo que ha pasado.

Negué con la cabeza. No quería hablar, no quería moverme.

—Mia —gruñó, presionándome la barbilla para que lo mirara—, has hecho lo que tenías que hacer. Perdóname por no haber estado aquí —suplicó cuando por fin lo miré.

No supe qué fue lo más doloroso: tomar consciencia de que había asesinado a un hombre o la pena y la destrucción que había en su mirada por no haberlo hecho él mismo.

Sabía que aquello sería un punto de inflexión en mi vida, en nuestra relación. Jamás me perdonaría a mí misma lo que había ocurrido. Aunque aquel hombre quería hacerme daño, aunque hubiera tenido que pelear por mi vida, jamás olvidaría su rostro.

Desde que nací estuve rodeada de peligro, de muerte, pero nunca había sido yo el verdugo. Lo había evitado con tanta desesperación como ahora evitaba la mirada de Alexander, el dolor de sus ojos y el anhelo de su cuerpo por consolarme.

Me sentía asqueada cuando me vi en el espejo con las manos aún

manchadas de sangre. El temblor no había cesado. Notaba un enorme nudo en la garganta, los ojos hinchados de llorar, la boca reseca.

Alexander quiso entrar conmigo al baño, pero necesitaba estar sola. Necesitaba enfrentarme a la desconocida que me devolvía la mirada.

No era estúpida. Lo había hecho para defenderme, para defendernos. Si no lo hubiese matado, ahora sería mi cuerpo el que estaría en el maletero del coche de Bastián. Se habría desencadenado otra guerra.

Hice lo necesario, pero eso no quería decir que algún día llegara a perdonármelo, aunque hubiera actuado sin dudar solo para que no se acercaran a él. Porque cuando dijeron que querían hacerle daño… Ahí supe que haría lo que fuera para protegerlo.

Daban igual todas las vidas con las que tuviera que acabar. No, no olvidaría sus rostros, pero prefería eso a no volver a ver jamás el de Alexander. Rememoraría cada una de ellas a diario, aunque me costara entregar un pedazo de mi alma a cambio. Aunque dejara de ser quien era. Mataría a todas las personas que le hicieran daño. Sin excepciones.



32

MIA

Conseguí que tanto Alexander como Bastián me dejaran tranquila. Desde aquella noche no se habían alejado de mí ni un solo segundo. No importaba si estaban a menos de un metro de distancia o en la misma casa, pero nunca me quedaba sola.

Les dije que estaba bien y aunque todos sabíamos que mentía al final cedieron.

Necesitaba respirar.

Habían pasado dos semanas desde aquel suceso. Sabía que Alexander estaba buscando a todos los responsables que participaron. Bastián me lo había dicho. Aunque no lo hubiera hecho, yo misma me lo había imaginado.

Estaba insoportable, no conmigo, pero sí con el resto. Demasiado arisco. Ladraba órdenes sin parar, amenazaba con despellejarlos vivos, los apuntaba con su cuchillo favorito si no le daban un nombre. Algunas noches desaparecía y me dejaba con su hermano para volver a la mañana siguiente. Cuando despertaba, me lo encontraba sentado frente a mi cama, aún con la máscara del Carnicero puesta, cargado de innumerables cuchillos y dagas que brillaban con los reflejos del amanecer, con aquella mirada tan suya

que prometía la muerte más sanguinaria que uno pudiera imaginar.

Cuando le preguntaba cómo estaba, solo gruñía. Me sacaba de la cama con sumo cuidado y me hacía el amor en la ducha o en cualquier superficie que encontrara una vez que se había lavado, mientras me susurraba todo tipo de palabras, algunas llenas de amor y otras tan obscenas que era imposible que no me sonrojara.

Me preguntó una y mil veces qué recordaba. Quería cualquier detalle que pudiera ayudarlo. Jamás le conté que esos hombres habían venido a por él. La culpa ya lo carcomía, la veía cada día y a cada segundo en su mirada. Si hubiera sabido ese detalle, se habría perdido en la oscuridad. Aunque sí que se lo conté a Keyla para que ayudara a encontrar a los culpables, y también a Bastián, que se enfadó muchísimo conmigo y me dijo que estaba loca, que Alexander debería saberlo. Quizá tuviera razón, pero me prometió no decirle nada.

Llevaba casi tres meses viviendo en aquella casa.

Con Alexander, lo que empezó siendo una auténtica locura, se había acabado convirtiendo en lo más parecido a una relación. Rara, pero una relación. Éramos tan diferentes, teníamos visiones de futuro tan dispares que sospechaba que nada de aquello terminaría bien. Él evitaba tener esa conversación, o al menos nunca había intentado hablar del tema, y yo no quería pensarlo. Para mí no era solo sexo, lo sabía desde hacía tiempo.

No sabía qué sucedería en el futuro, pero tenía claro que aquel hombre se había incrustado de tal manera en mi alma que dolía.

Se aferraba a mí cada noche con tanta desesperación que daba miedo. Sabía que aún se sentía culpable por no haber estado allí aquella noche. Sé que muchas cabezas rodaron por el fallo en el

sistema, por la falta de control en la ciudad. Si no hubiera sido por Keyla…

A la mañana siguiente, después del ataque, hablé con ella. Me dijo las mismas palabras que Alexander, las mismas que me habría dicho Gabi si hubiera podido hablar con ella, pero no me atrevía a llamarla. Si mi familia se enteraba de aquello, Alexander moriría, de eso no tenía ninguna duda. Pero Keyla fue franca: «Si no lo hubieras matado, si Alexander no hubiera llegado a tiempo, ahora mismo estarías en manos de a saber qué clase de monstruo. Si es que llegas a salir viva de allí». Y tenía razón.

Me dio el sermón y me contó lo que había averiguado: había sido un ajuste de cuentas.

Sabía que estaba ayudándolo a encontrar a los culpables y no solo porque fueran un peligro para mí, sino porque yo se lo había pedido. Tenía que marcharme, al menos por un tiempo. Tenía que ayudar a mi hermana. La invitación para el compromiso de Gabi e Iván reposaba sobre la mesa. Mi misión para la gran noche sería montar un espectáculo cuando el ruso se despertara. Distraerlo. Ganar tiempo para que mi hermana llegase a México antes de que comenzaran a buscarla como perros de presa. Y después, evitar que mataran a Carter y a Keyla cuando toda la mierda estallase. Superdivertido y para nada peligroso.

Asesina y, además, mentirosa.

No dudaría. Si había algo que no me daba miedo en esta vida era hacer lo necesario por las personas a las que amaba. Y a mi familia, a mis amigos, a Alexander… los amaba con toda mi alma. Si tenía que matar a alguien para que ellos fueran felices, lo haría sin dudar.

Me quedaba una semana al lado de Alexander. Siete días para

volver a casa, para que mi hermana terminara con esto.

ALEXANDER

Acabé con la vida de más de veinte hombres de forma cruel y aun así la rabia no menguó. Cuando recibí la llamada de aquella mujer, Keyla, para decirme que Mia estaba en peligro y que corriera como si me fuera la vida en ello… ¡Joder, claro que se me iba la vida! Mia era mi vida. La única luz que había visto entre tanta oscuridad.

Sentía una presión constante en el pecho desde aquel día. Se trataba del más puro y absoluto miedo, la desesperación de imaginar qué le podría haber sucedido de no haber llegado a tiempo.

Se defendió con uñas y dientes. Acabó con un hombre que le sacaba cincuenta kilos y medio metro de altura. Debería sentirse orgullosa, pero la culpa la estaba matando. Ojalá hubiera sido yo quien hubiese asesinado a ese hijo de puta. Ojalá.

No me separaba de su lado a no ser que fuera para cazarlos.

Pero ella había cambiado. Aunque la dulzura de su mirada seguía allí, ahora había un brillo nuevo y diferente.

Por el día cocinaba, leía, incluso interactuaba con los chicos. Desde que los informé de que la habían atacado, venían a verla cada dos por tres. Por las tardes se iba al gimnasio y lanzaba puñales hasta que fallaba, y eso que tenía una puntería perfecta. Se pasaba así horas. Cada noche nadaba en la piscina hasta quedarse sin aliento para después buscarme y hacerme el amor de manera feroz.

Su dulce esencia se había roto y no sabía cómo ayudarla.

Le rogué que me dijera cómo hacerlo. Jamás en mi vida había vuelto a suplicar desde la muerte de mi padre, pero por ella rompí ese pacto. Por ella le pediría clemencia al mismísimo diablo. Por ella

haría hasta lo indecente.

Mi corazón, mi alma, todo era suyo.



33

MIA

—Se acabó, Mia. ¡Se acabó! —me gruñó Alexander a escasos centímetros del rostro.

Lo aparté de un empujón, pero él me agarró de la muñeca para tirar de mí y acercarme hasta rozar su nariz con la mía.

—Suéltame —exigí con los dientes apretados sin desviar la mirada.

—¿Quieres eso de verdad? Pues saca esas malditas uñas y hazlo tú misma. Sé que puedes y sé que sabes hacerlo.

Tragué saliva para eliminar las palabras que estaba a punto de decirle. Quedaban dos días para marcharme de allí y no podía más. Se me rompía el corazón por tener que separarme de él. Tenía el alma destrozada de pensar en el peligro que correría mi familia a partir de ese momento. Sentía culpa, ira, desesperación. Sentía tantas cosas que no sabía cómo manejarlas. Y también estaba el peligro que él mismo corría cada día.

—No sé cómo ayudarte —suplicó—. No sé ponerme en tu lugar y sentir lo que sientes… No sé lo que es eso, Mia. Hasta que llegaste desconocía lo que era siquiera querer a alguien que no fuera mi hermano. No sé empatizar con las personas ni con su dolor, joder.

Solo sé que verte así me está matando. Por favor, dime lo que tengo que hacer.

—Tú no tienes que hacer nada. Estoy… bien.

—Te has criado en la puta mafia. Has visto cosas peores que estas.

—Lo sé —aseguré.

Mi relación con Alexander se había debilitado. Me había alejado de él poco a poco. Cada día daba un paso atrás para protegerme de lo que sabía que venía: una despedida para la que no estaba preparada y de la que él no tenía ni idea. El plan era que iría a la ceremonia de mi hermana, pasaría allí el fin de semana y volvería a Múnich con él. Nadie, ni Iván, sabía lo que iba a pasar, pero yo sí. Conocía el plan de Gabriella y, después de aquello, ya no me marcharía de Sicilia. A partir del día siguiente no necesitaría la protección del Carnicero. Mi hermana volvería a estar en peligro. Osso, el jefe de la mafia albanesa, seguía detrás de nosotros. No quería que la mierda de la familia Bianchi le salpicara también a él.

Aunque llegué a Alemania por un trato con Iván, Alexander decía que era suya. En realidad, todavía no. Al menos, no del todo. Aún no habíamos tenido esa conversación sobre qué pasaría después, porque para él no había llegado ese momento. Él creía que nos quedaba tiempo y yo tenía claro que me marchaba a casa. Necesitaba alejarme de allí, de aquella ciudad. Necesitaba volver a la Toscana, a Castiglione della Pescaia, a su aire limpio, al pueblo donde vivía y que olía a mar y a serenidad. Necesitaba refugiarme en mi casa, la de verdad. Quería ver a mi familia, pero sabiendo que él estaría bien.

Keyla y Carter se ocuparían de ello. Mandarían un escuadrón del

equipo personal de Gabi el mismo día que todo terminara. Mientras tanto, Bastián se encargaría de todo.

Ya apenas era capaz de mirarlo a la cara. No sin romperme. No sin que descubriera que le estaba mintiendo. Hacía días que no lo tocaba, que le decía que estaba cansada, que evitaba sus abrazos y sus medias sonrisas. Él seguía desapareciendo cada noche y yo me acostaba sola. Notaba sus brazos rodearme de madrugada, pero cuando despertaba ya no estaba, ni siquiera en el sillón a los pies de la cama. Me había alejado de él y lo había conseguido. No porque no lo quisiera, sino porque aún tenía demasiada mierda que limpiar. Hasta que no estuviera la situación controlada, hasta que Máximo, mi primo, no destruyera todas las pertenencias de Osso, hasta que Gabi no acabara con el peligro que nos perseguía desde aquella maldita noche cuando Luca murió, no podía pedirle que siguiera a mi lado, no cuando acabaría más aún en peligro de lo que ya estaba. Teníamos que acabar con nuestros enemigos uno a uno. Le mentiría. Y estaba segura de que no le haría ninguna gracia.



34

ALEXANDER

Cerré la puerta del dormitorio con cuidado para no despertarla. Habían pasado tres semanas desde que la agredieron en mi casa, las mismas que yo llevaba volviéndome loco por encontrar a todos y cada uno de los que participaron en el ataque. Keyla, la amiga de Mia, me ayudaba junto con mi equipo a buscarlos, ya fuera por reconocimiento facial, rastreo de matrículas, llamadas, llegadas y salidas de la ciudad, cámaras de vigilancia… Esos hijos de puta sabían lo que hacían y habíamos llegado a un punto en el que no quedaba ni un solo cabo suelto del que tirar.

Estaba desesperado.

Sentía demasiadas cosas que no sabía cómo digerir ni catalogar. Miedo, ansiedad, rabia. Apenas dormía unas horas al día y, si lo hacía, tenía que ser abrazado a ella. Mia era la única razón de que no estuviera preso a esas alturas, o muerto. Había infringido todas mis normas. Todas. Y seguiría haciéndolo hasta cerciorarme de que ella estuviera a salvo.

Había una pieza que no encajaba. Aquellos hombres querían matarla. Si hubiera sido una petición de Osso, se la habrían llevado. Ese era su *modus operandi*. De nada le servía tener la cabeza de la

principessa de la mafia italiana sin antes haberles hecho sufrir durante algún tiempo para luego rematarlos. No. Tenía que ser otra cosa.

Mia estaba… mejor. Me evitaba. Joder si me evitaba, pero no pararía hasta que aceptara de una puta vez que, si no hubiera sido él, habría sido ella.

Los primeros días dejé que se regodeara en la pena, en la angustia, pero ya no. Hasta que le rogué que me dijera qué hacer. ¡Le supliqué! Eso tenía que terminar.

La llevaría a Sicilia para la ceremonia de compromiso de su hermana y no estaba preparado. Antes de todo aquello, había pensado en marcharme con ella. Me daba igual la empresa, me daba igual Múnich. Ya nada importaba. Pero no podía hacer ese viaje, dejarlo todo atrás, sin encontrarlos primero.

Bastián y yo nos turnábamos para quedarnos en la casa. Incluso Minerva se pasaba por allí para tenerla vigilada como un halcón a su cría. Pero Mia se cabreaba y nos decía que éramos unos aprensivos. La casa se había convertido en un búnker, supervisado las veinticuatro horas del día desde las oficinas por turnos rotativos de ocho horas. Tres hombres de mi más entera confianza eran los encargados, junto con Kyle y Lev. Debían notificar cualquier rareza de inmediato.

Esa misma tarde, después de cerrar la puerta del dormitorio y dejar a Mia allí durmiendo como un oso hibernando, Keyla me envió la dirección de una calle donde no había cámaras de seguridad. Según el mapa que tenía en mi oficina, donde había ido trazando el trayecto que realizaron, ese era el lugar más lógico del que debían de haber salido.

Investigué la zona.

La habitaba gente común y normal, pero había un edificio donde las luces permanecían apagadas. Nadie entraba ni salía. No había ningún rastro de vida.

Me colé de madrugada. Estaba vacío, pero en uno de los pisos había restos de comida en la basura. El lugar apestaba. Las camas estaban deshechas y todo en medio. Como si hubieran salido corriendo. Llevaría abandonado unas semanas.

Registré cada esquina, papel o envoltorio de comida. Y entonces descubrí lo que Mia me había estado ocultando. Porque ella lo sabía. Ella era la única que podía saberlo.

Eran irlandeses, joder.



35

ALEXANDER

Tenía que acompañar a Mia a Sicilia. El plan, en un principio, era que la dejaría allí por la noche para la celebración del compromiso de su hermana. Pasaría con su familia todo el fin de semana mientras yo me hospedaba en un hotel, salvo que quisiera asistir; después volvería conmigo a Múnich. Osso iba tras ellas, pero las mafias rusa e italiana estarían en el mismo lugar. Mia no correría ningún peligro, de hecho, sí que lo haría si seguía a mi lado. Aunque no pensaba dejarla sola. Aún no. No hasta que comprobara el terreno, y más en una ceremonia llena de mafiosos. Primero tenía que asegurarme de que estaría bien.

Los irlandeses habían ido a por ella por mi culpa, para hacerme daño.

La noche de la gala investigué a Ezequiel. Sin familia. Domicilio falso. Sin número de la seguridad social. Era un fantasma.

Keyla me aseguró que no había ningún hilo del que tirar, pero yo encontré uno.

Mi padre.

La mafia irlandesa fue la que lo halló y secuestró. Los maté a todos, pero al jefe… A ese hombre lo hice sufrir. Busqué a cada

miembro de su familia, investigué a cada uno de sus hombres. Tardé meses en observar y analizar sus movimientos. Horarios, visitas al médico, incluso cuándo iba a cagar.

Una vez que lo tuve todo controlado, organicé en su nombre una reunión en la casa familiar a las afueras de Belfast para el día siguiente. Acudirían todos sus hombres, todas las personas a las que quería o con las que mantenía cualquier tipo de negocio. Las fiestas y reuniones eran típicas en la mafia, la manera de mostrar una y otra vez su estatus, poder y riqueza.

Esa misma noche, de madrugada, trunqué el sistema de seguridad y entré en la mansión. No maté a ninguno de sus hombres porque si no levantaría sospechas. Lo que hice fue colocar cámaras de grabación para que no se perdiera ningún detalle de la velada que ocurriría al otro día.

Salí de allí igual que había entrado.

Al día siguiente, ese cabronazo abandonó la mansión para ir a su chequeo mensual y lo secuestré. Maté al hombre que lo acompañaba y lo llevé a una casa cercana. Lo quebré. Lo torturé durante horas y horas. Le hice padecer lo que había sufrido mi padre. Y justo antes de que espirara su último aliento, puse las grabaciones en directo de la casa.

Habían llegado todos los invitados. Iban muy bien vestidos y se preguntaban qué sucedía. La verdadera fiesta comenzó cuando pulsé el detonador. Ese hijo de puta vio cómo estallaban las bombas que había colocado y su familia quedaba sepultada bajo los escombros, excepto niños y mujeres. Después, tras dejarlo que llorara y maldijera, le prendí fuego.

Aquel día me convertí en el Carnicero.

El cabrón que había conocido en la fiesta de Viena era un hilo del que tirar.

Cuando llegué a mi apartamento, Mia parecía desesperada.

—¡¿Dónde estabas?! —gritó nada más verme entrar en el salón.

Estaba preciosa. Se había comprado un vestido verde esmeralda que le resaltaba los ojos. Entallado, largo. Ese color le quedaba…

—¡Alexander!

Era perfecta. Me acerqué a ella. Dios sabe que la había echado muchísimo de menos.

—Espera. —La detuve antes de que tirara de mí.

Tenía un regalo. Se lo había encargado a Minerva al descubrir el vestido que se pondría. Yo aún tenía que ducharme y vestirme, pero lo haría en el jet.

Saqué el saquito de terciopelo negro que llevaba en el bolsillo. Lo había tenido guardado toda la noche, desesperado por dárselo. Conocía lo suficiente a Mia para saber que no era una mujer de joyas, pero esta la había encargado y diseñado para ella.

—Date la vuelta.

Mia abrió los ojos de par en par.

—Alexander —suspiró—, no puedo llegar tarde. Tenemos que irnos.

—Lo sé, y llegarás a tiempo, te lo prometo.

Sus hombros se relajaron, aunque seguía mirándome con aquella desesperación. Se dio la vuelta, de manera que quedó frente al espejo del salón. Tenía los ojos fijos en lo míos. Estaba preocupada, demasiado, y nerviosa, tanto que no paraba de retorcerse los dedos.

Saqué el collar y se lo coloqué sobre el pecho. Era una obra maestra y nadie excepto ella debería lucirlo.

—Dios mío. Es precioso. —Rozó con las puntas de los dedos cada piedra que lo componía—. ¿Son esmeraldas?

Emití una pequeña carcajada. Negué con la cabeza.

—Son diamantes, cielo. Diamantes verdes.

Mia

Cuando el jet privado de Alexander aterrizó, respiré aliviada. Llegaba una hora tarde. Casi arranco el cinturón de seguridad al intentar quitármelo, pero Alexander posó las manos sobre las mías. Lo miré sin aliento. Lo que estaba a punto de hacer…

—Relájate —ordenó mirándome fijamente a la vez que me desabrochaba el cinturón—. Respira.

Alexander no sabía nada. No sabía que sería el cebo de Gabi. Dios, la culpa me carcomía por dentro. Lo peor de todo era que él seguía creyendo que estaba así porque había matado a ese desgraciado. Al principio sí que fue así, hasta que acepté que si había tenido que hacerlo para proteger a mi familia, a él o a mí, bien hecho estaba. Incluso aquella noche. Haría lo que fuera necesario.

—¿Qué ocurre? —susurró.

Sentí una leve caricia en la mejilla. Cerré los ojos. Negué con la cabeza. No podía decírselo.

—Nada.

Me arremangué el bajo del vestido antes de ponerme de pie. Lo aparté como llevaba haciendo desde hacía días.

—Mia —gruñó a mis espadas.

Sabía que vendría a por mí, así que aceleré el paso. Corrí hacia la salida del jet, donde la azafata nos esperaba con una sonrisa y, lo más importante, la puerta de desembarque abierta de par en par.

Sentí de nuevo el roce de sus dedos en el codo, pero ya era demasiado tarde. Noté la brisa en la cara y bajé las escaleras de dos en dos, consciente de que la mafia italiana me estaría esperando para recibirme. Cuando pisé el suelo, respiré aliviada.

Por fin, joder.

Estábamos en una de las pistas de aterrizaje privadas de mi familia a las afueras de Roma, rodeados por árboles centenarios y naves abandonadas que la ocultaban de las carreteras.

Ya casi había comenzado a anochecer.

—¡Mia, preciosa!

Enzo tenía ambas manos alzadas. Sostenía un cigarro en la boca mientras sonreía con ese gesto pícaro que lo caracterizaba. Corrí hasta él. No pude evitar lanzarme a sus brazos mientras me rodeaba con fuerza.

Olía a casa.

Lo estrujé tanto como pude. Las lágrimas se peleaban contra mi determinación de no llorar, pero esa noche se trataba de fingir, así que ganó la segunda opción.

—¡Mírate, joder! —Enzo me bajó al suelo y tomó mi mano para darme una vuelta—. Estás preciosa.

—Tú tampoco estás mal, hermano.

Enzo iba guapísimo. Llevaba un chaqué negro a medida con un chaleco verde oliva que le resaltaba los ojos. Camisa blanca y corbata verde oscura con dibujos de colibrís. ¿En serio? Vio que me había quedado extrañada.

—*La nonna* —indicó con un encogimiento de hombros.

Su postura cambió y supe que Alexander había llegado a nuestro lado. Eché un vistazo sobre mi hombro. Él iba… Joder, espectacular.

No quería mirarlo. No debía hacerlo o acabaría confesándole hasta mis más oscuros secretos a cambio de un solo roce de sus labios.

—Por fin le pongo rostro al famoso Carnicero —susurró Enzo para que nadie que no fuéramos nosotros tres lo oyera—. No sabía que estuvieras invitado. ¿Qué tal se ha portado mi querida hermana?

—Demasiado bien. Ojalá me hubiera sacado más las uñas —contestó, mientras me daba un repaso de arriba abajo, con una sonrisa que pedía que lo hiciera aquella noche.

Tragué saliva y evité mirar a Enzo.

—¿Te lo has follado? —me increpó.

Seguí mirándome las manos.

—En diferentes posiciones —contestó Alexander cabreado.

—¡Alexander!

Miré en su dirección indignada, pero él me respondió con una preciosa sonrisa.

—¡Mia! —gritó Enzo.

Suspiré, me recogí el vestido y eché a andar hacia los todoterrenos que esperaban al final de la pista.

—Ni se te ocurra mirarla —escuché de lejos la voz de Enzo.

—Demasiado tarde para eso, capo.

—Soy el puto Don, joder.



36

ALEXANDER

—¿Qué cojones te pasa? —le volví a preguntar a Mia, esta vez cabreado de verdad.

No paraba de mirar a su alrededor y de observar cada detalle, cada persona, cada gesto o conversación. Algo estaba a punto de ocurrir, joder, y ella lo sabía.

Me había evitado durante toda la ceremonia y, encima, nada más llegar al lugar, me había dejado solo con el idiota de su hermano. Un tocapelotas. No paró de tirarme pullitas y de amenazarme desde el mismo momento que se fue su hermana, incluso con ella presente.

Podría haberlo degollado en esa maldita sala de café donde me habían metido para esperar Dios sabe qué, pero sería un sufrimiento innecesario para Mia.

Cuando por fin el amor de mi vida volvió, dio comienzo la velada. Me sacó de allí a rastras para meterme en un salón atestado de personas y desapareció a los segundos.

Me coloqué en una esquina para ver dónde estaba. Saludaba a unos y a otros, pero vigilaba mi posición. En otra ocasión me habría enorgullecido de ella, pero no en ese momento. La tenía calada. La conocía demasiado.

Cuando pasó cerca de donde estaba, decidí que hasta allí había llegado mi paciencia. La agarré del brazo y la acerqué a mí.

—Como vuelvas a saludar a alguien más, juro por lo más sagrado que te saco de aquí a rastras, Mia —susurré.

—Suéltame.

—No hasta que me digas qué está pasando.

—Llevo tres meses fuera, aquí están mi familia y amigos.

—¿Amigos? Esa gente no sabe quién cojones eres.

—¿Y tú sí? —preguntó cabreada.

Pero ¿qué…?

Intentó deshacerse de mi agarre, lo que provocó que la apretara con más fuerza.

—Si quieres ir a algún lugar, lo harás conmigo.

Tiró de nuevo para que la soltara. Negué con la cabeza, hasta que noté la hoja de un puñal clavada en el muslo, cerca de una zona muy sensible que la echaba demasiado de menos.

—Suéltame, Carnicero, o haré que lo hagas.

—¿Ahora soy el Carnicero?

—Hoy sí —susurró.

—Dime. Qué. Ocurre.

Negó con la cabeza, dio un paso atrás y entonces los gritos y las detonaciones comenzaron. Tiré de ella para ponerla detrás de mí.

Iván había entrado en el salón dando tiros como un loco mientras vociferaba dónde estaba su prometida.

Mi instinto me dijo que sacara a Mia de allí, y eso haría, pero según lo pensé ella dio un paso en dirección a su cuñado con una mirada, con una determinación que jamás en mi vida, o lo que quedaba de ella, pensé que le vería.

—¡Tú tienes la culpa! —gritó, amenazándolo con un dedo.
Mierda.



37

MIA

Gabi lo había conseguido. Había llegado a México y yo… A mí me arrastraba Alexander escaleras arriba tras haberme preparado para marcharme con ellos.

Debíamos irnos para sacar a Gabi del recinto de Giovanni, el jefe del cártel de México. Mi hermana había conseguido colarse con la excusa de que la habían obligado a casarse con Iván, de que lo odiaba con todas sus fuerzas, para que así Giovanni, el hijo de la gran puta que siempre había estado obsesionado con ella, la sacara del país y se la llevara con él al pensar que la estaba protegiendo, sin saber que lo único que había hecho era meter en su propia casa a la mismísima muerte. Le daba igual que aquel gesto provocara una guerra. Todos sabíamos, y Gabi más aún, que en cuanto ella le hiciera un poco de caso lo tendría comiendo de su mano.

Giovanni era uno de los mayores productores de cocaína, el principal suministrador de mi familia y de media Europa. Llevaba años en guerra con los colombianos, nuestros aliados después de que mi hermana hiciera un trato con ellos.

El plan era simple: fingiría estar enamorada de Giovanni y no de Iván, le pediría que la sacara de su propia fiesta de compromiso,

huirían juntos, entraría en el recinto de los mexicanos, hasta entonces inexpugnable, y lo mataría.

Después, nosotros, mi familia, la mafia italiana, la rusa y los colombianos, los destrozaríamos y sacaríamos a Gabi de allí. No antes de que ella lo matase. Giovanni había sido el culpable de la muerte de mi hermano pequeño, Luca. La mafia ni perdona ni olvida y la sangre se paga con sangre.

Anoche Alexander desapareció después de que se desvelara el plan de Gabi. Aún no sabía a dónde había ido, porque no había vuelto a verlo hasta ese momento, a los pies de las escaleras. Tampoco sabía si él nos acompañaría. En cuanto mi pie tocó el suelo después del último escalón y lo vi justo enfrente de mí, con aquella máscara de pesadillas y cargado de cuchillos, supe que sí, que se había unido al rescate. Me agarró la mano para arrastrarme de vuelta por el mismo camino que había venido y descubrí que estaba cabreado. Muy cabreado.

—Eres… —gruñó Alexander cuando llegamos a la planta de arriba, lejos de miradas indiscretas. Tiró de mí con más fuerza—. ¡Eres una puta loca de mierda!

Sus cuchillos resonaban con cada paso enfurecido que daba.

—¡Que me sueltes! —grité justo antes de darle una patada para desequilibrarlo.

Alexander cayó al suelo y, cuando me dispuse a correr, me rodeó el tobillo y tiró con fuerza, de manera que me precipité sobre él.

Me agarró de la cintura y nos dio la vuelta.

Me sujetó ambas manos, sobre nuestras cabezas.

—¡No vas a ir! ¿Lo entiendes? No saldrás de esta puta mansión y menos aún te subirás a ese avión. ¡No irás a una misión suicida!

Pero lo peor no es eso, sino que me has engañado.

—Haré lo que quiera cuando quiera —suspiré entre jadeos por el esfuerzo para que me soltara.

Alexander se echó a reír y me miró como si fuera la primera vez que lo hacía. Sorprendido y… devastado.

—Joder, cielo, eres la mujer de mi vida —susurró—. ¿Dónde está tu dormitorio? —Negué con la cabeza, desesperada porque no me apartara—. ¿Dónde está, cielo? —Miró al fondo del pasillo, a la única puerta de esa ala. Sus ojos brillaron eufóricos y culpables—. Vamos, dímelo.

Se puso en pie de un solo movimiento y tiró de mi cuerpo para que lo acompañara. Hinqué los talones, pero de nada sirvió. Alexander estaba muy enfadado y no hizo uso de la delicadeza. Caminó conmigo hasta llegar al final del pasillo iluminado solo por las luces del amanecer.

Abrió la puerta de una patada, haciendo que se estrellara contra la pared, y me arrojó dentro. Di varios traspiés, hasta que caí en la cama de bruces. Volvió a cerrar, lo supe porque hasta los cimientos de la casa temblaron. Antes de darme la vuelta, lo tenía sobre mí.

—Me has mentido —susurró sobre mi cuello—. Me has traído aquí engañado, llevas semanas haciéndolo. ¿Por eso te has alejado, cielo?

Me aferré a las sábanas. Notar su cuerpo después de tantos días me estaba volviendo loca. Lo había echado de menos, mucho. Incluso cabreada, sabía que en ese momento y en aquella posición caería. Dejaría que me hiciera cualquier cosa. Vendería mi alma al mejor postor con tal de estar con él unos segundos más.

Di un gritito cuando noté el mordisco que me dio en el cuello para que le diera una respuesta.

—¿Has jugado conmigo por todo esto? ¿Para ayudar a tu hermana? ¡Podrías habérmelo dicho! ¡Habría hecho cualquier cosa por ti, joder! —gritó enfadado.

Noté cómo su cuerpo se alejaba. Me di la vuelta y mis manos fueron directas a su pecho para que no se marchara, no así.

Él las agarró y volvió a arrojarme sobre la cama. Una sonrisa oscura sonó a mis espaldas.

—No te preocupes, Mia. No voy a irme de aquí sin follarte. —No me gustó cómo lo dijo. Intenté levantarme, pero me estampó la cara contra la cama—. Eso es lo que quieres, ¿no? Que te folle. Eso es para lo único que me quieres, ¿no?

Lo escuché bajarse la bragueta.

—Alexander…

—No quiero verte ahora, Mia. Voy a follarte y después me iré. Porque cuando quieres a alguien no lo engañas. Cuando amas a alguien, no lo utilizas. ¡No juegas con él!

—¡No! No puedes irte sin que te explique…

¿Acababa de decir que me quería? ¿Que me amaba? ¿Ahora? ¿Justo en este momento de mierda? No, no, no. Abrí la boca para decirle que lo amaba, que yo también lo quería tanto como él a mí.

—¡¿Sin que me expliques qué?! ¿Que me has mentido estas semanas? Me he estado muriendo por dentro desde que te atacaron, Mia. Me he culpado cada día, cada puto segundo por no haber estado ahí, y aún sigo haciéndolo. ¡Lo haré el resto de mi miserable vida! Pero que te alejaras de mí por esto…

Conseguí darme la vuelta y mirarlo a la cara y lo que vi fue…

—Ojalá me lo hubieras contado —susurró—, porque habría tirado el mechero justo donde tú hubieras colocado el detonante, aunque

me hubiera quemado, aunque yo mismo hubiera acabado en mil pedazos, y lo habría hecho con una puta sonrisa en la cara.

Una lágrima me surcó el rostro, lo supe porque Alexander la siguió con la mirada. Vi la duda, la desolación y después la determinación. Volvió a presionarme contra la cama, esta vez con delicadeza, y yo le dejé. Me puso las manos sobre la cabeza y me relajé. Si aquella iba a ser la última vez que sintiera a Alexander…

Noté cómo se hundía en mi cuerpo y lo acepté. Enredó los dedos con los míos. No podía mirarlo. No podía…

—Eres una mentirosa.

Sus estocadas delicadas comenzaron a volverse fuertes, decididas. No me hizo daño, no más del que podía soportar. No más del que quería que me hiciera.

Ambos llegamos al orgasmo juntos, aunque algo me decía que ninguno de los dos lo disfrutó.

Se limpió con la colcha y se marchó sin decir nada. Sin mirar ni una sola vez atrás.



38

ALEXANDER

Ayudé en el rescate de Gabriella. No lo hice por Iván, sino por ella.

Mia…

No había pensado en despedirme, no después de follármela como si no fuera nada para mí. Me avergonzaba. Tampoco es que me hubiera propasado con ella, pero esa noche… no me gustó.

Sin embargo, las cosas habían cambiado.

Durante el vuelo de vuelta de México, Bastián me envió las grabaciones de la noche del ataque. Misteriosamente el sonido no funcionaba desde un principio, y pensé en Keyla, pero me dijo que ella no había tenido nada que ver. Habían sido los irlandeses. Aun así, Bastián y mis chicos de Industrias Kane habían conseguido recuperar un mensaje. Me mandaron el audio.

Mia sabía que iban a por mí. Al principio me cabreé con ella por no decírmelo, pero después de darle vueltas y más vueltas… Lo había hecho para protegerme, joder, para que no me volviera loco por la culpa.

Acorralé a Keyla nada más bajar del avión. Carter, el rubio que no se separaba de su culo, me dio un puñetazo que casi me parte la nariz. La maldita no confesó nada. No me dio ningún tipo de

información. Yo sabía que ella y Mia confabulaban a mis espaldas.

Me sentía como la mierda más grande de este mundo.

Y ella estaba en peligro por mi culpa.

«Hola, Carnicero:
Quiero que sufras tanto como yo.
Voy a por ella.
E».

Mia

Gabi había vuelto.

Estaba sana y salva, ella y todos los que habían ido en su rescate.

Volví a contemplar los jardines que rodeaban la mansión. Daba por hecho que él estaría allí, un presentimiento dentro de mí me lo decía, y sabía que estaba bien. Al menos eso me había prometido Enzo, otro que no quería ni mirarme. Que se fuera a la mierda. Si él me hubiera pedido algo similar, habría hecho lo mismo.

Me puse el abrigo antes de salir.

El olor a azahar y a cítricos me envolvió. Me recordaba tanto a mi casa, a mi antigua vida. La hierba helada crujía bajo mis botas. El vaho se concentraba frente a mí con cada respiración.

Alexander estaba apoyado en un árbol, aún con el rostro cubierto y lleno de sangre. Aceleré el paso, desesperada por tocarle, por comprobar que estuviera bien. La última vez que nos habíamos visto… Sí, le había mentido, pero no podía contarle nada del plan de Gabi. Él podría habérselo dicho a Iván, aunque me hubiera prometido que no lo haría, y no podía arriesgarme. No después de ver a mi hermana dejarse el alma en aquella locura de la que no

quise saber nada durante cinco años.

Pero ella ya había acabado con Giovanni, todo estaba bajo control, y Alexander, la persona más fría a ojos de los demás, me había confesado que sentía algo por mí. Deseaba pedirle perdón, contárselo todo, decirle que lo amaba.

Alcé las manos para arrancarle aquella máscara y verlo por mí misma, pero me rodeó las muñecas para que no pudiera tocarlo. Las soltó al instante, como si quemaran. Aquel gesto me rompió el alma.

—Alexander…

—Me marcho —informó con sequedad.

—¿Cómo?

—Tu hermana y tú estáis a salvo, sobre todo tú. Ese era el trato.

Sus ojos…

—Déjate de gilipolleces. Sabes que esa mierda expiró hace tiempo —respondí sin aliento. Volví a alzar las manos, pero él se separó del árbol y se alejó de nuevo—. ¡Alexander!

—Para ti, y a partir de hoy, soy el Carnicero, como para todo el mundo.

—Pero ¿qué cojones estás diciendo? —Estaba cabreada, joder. Muy cabreada.

Di otro paso más.

—¿Sabes lo que es un psicópata, Mia? —susurró—. Me has llamado así muchas veces.

—Alexander…

—Una persona incapaz de empatizar. El ser humano más peligroso que existe —gruñó y se alejó otro paso atrás—. Y yo soy un maldito monstruo, Mia.

—¡Eso no es verdad!

—No quiero que me toques. Quiero irme y acabar con este puto trabajo.

Sabía que estaba mintiendo, sabía que en el momento que le pusiera un solo dedo encima sería mío. No tenía ninguna duda. Él me quería. Me lo había dicho. Me confesó que me amaba. Había estado pensando en esas dos palabras desde que se marchó.

—¿De qué tienes miedo? —pregunté en un susurro y me acerqué un poco más; me estaba rompiendo a mí misma en mil pedazos solo por alcanzarlo.

—De ti, cielo.

Alexander miró a mis espaldas. Bastián. Sonreí. Se me escapó un sollozo.

—Nos vamos, princesa. —Bastián me miraba como si aquello fuera un adiós real—. Tenemos trabajo, pero no podía marcharme sin despedirme.

Ambos iban con trajes de asalto. Cargados de armas hasta decir basta.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace media hora.

—¿Qué me estáis ocultando, desgraciados de mierda? ¿Qué ha pasado ahora?

Bastián miró al suelo. Cuando volví a mirar a Alexander…

—Espero que tengas una vida larga y plena, Mia Bianchi. —De repente lo tuve justo frente a mí—. Hueles a cítricos.

Sentí su leve caricia y vi el amor en su mirada.

—¿Solo un trato? —pregunté.

—Solo eso.

Alexander retrocedió varios pasos y se marchó.

PARTE DOS

PRESENTE



39

MIA

El sonido de los fogones, los gritos y las risas de fondo de la clientela ya se habían extinguido. Estaba en la cocina de mi restaurante, sentada en un taburete supercómodo que escondía dentro del armario de las especias y que sacaba cuando la jornada había terminado para sentarme un rato en silencio, ya fuese con una copa de vino o un vaso de agua.

Cada noche abría los grandes ventanales. El restaurante estaba situado en la cima de una pequeña montaña. Las vistas daban al sureste, al mar, pero las cocinas daban al suroeste, a los acantilados, desde donde el sonido de las olas al impactar contra la roca inundaba toda la sala.

La brisa, el olor… Adoraba aquel momento. Era solo mío.

Vivía en Castiglione della Pescaia, un pequeño pueblo costero de la Toscana.

Todos mis empleados se enfadaban porque me quedaba allí sola, a veces hasta altas horas de la noche. Yo ponía los ojos en blanco y los mandaba a casa. Nadie entendía que aquel momento era mi favorito de la jornada, eso y que siempre tenía más de dos docenas de pares de ojos encima de mí las veinticuatro horas del día por

cortesía de Enzo.

Después de vaciar la copa de vino blanco y cerrar las ventanas, apagué las luces. La terraza exterior estaba iluminada por delicados focos solares, repartidos en pequeños puntos escondidos entre las macetas que adornaban las barandillas de madera. El parterre, rebosante de limones y flores azahar, nos protegía del sol a empleados y clientes. Allí también había colocado pequeñas lucecitas enredadas entre las ramas para dar un ambiente acogedor y romántico. Las mesas de madera, cubiertas con manteles de tela celeste, ya estaban recogidas.

Adoraba aquel lugar. Esa terraza en la que, si no hubiera sido chef, habría construido mi propia casa.

Activé la alarma del restaurante.

Mis pasos sobre la madera retumbaron hasta que llegué a la reja de hierro y salí a la calle. Cerré la preciosa cancela y miré a mi alrededor.

Nadie. Ni una sola alma.

Pero como siempre sentía que no estaba sola. Y no sabía si sentirme asustada o reconfortada.

Anduve hasta mi apartamento. Me di una ducha y me metí en la cama con un nuevo libro sobre hombres lobo, reyes y brujas.



40

MIA

Me despertó una suave y leve caricia en la mejilla parecida al roce de una pluma. Pensé que me lo había imaginado, que el calor que se había extendido por todo mi cuerpo no era real, que una vez más estaba soñando con él, aunque no fuera verdad. Hasta que volví a sentirla y abrí los ojos.

Aspiré el aroma a jabón, a él.

Alexander Kane.

Ver a un hombre de casi dos metros iluminado tan solo por la luz de la luna y que portaba esa máscara de pesadillas no era una visión tranquilizadora. Mi primer instinto fue gritar tan fuerte como me lo permitiesen los pulmones, pero no pude. Él no me dejó.

Me conocía, sabía cómo reaccionaría y antes de que pudiera emitir ningún tipo de sonido me tapó la boca con una mano enguantada a la vez que con la otra me indicaba que guardara silencio.

Era preocupante y propio de él que, después de seis meses desaparecido, hubiera decidido que el mejor momento para colarse en mi casa o venir a visitarme fuera de madrugada. Pero realmente no me angustié hasta que noté que la mano con la que me tapaba la

boca estaba caliente, demasiado, y que una especie de líquido me manchaba los labios y las mejillas.

Su olor, junto con el del hierro, se coló por mis fosas nasales.

Sangre.

Abrí los ojos todo lo que pude e intenté apartarlo de mí, pero entonces dejó de ordenarme silencio con la mano para agarrarme del cuello y hacerme señas con los ojos.

No estábamos solos.

Miré en todas direcciones en busca de una explicación para lo que estaba pasando… hasta que lo vi. Había un hombre tirado en el suelo, rodeado por un brillante charco de sangre que reflejaba la luz de la luna y que crecía y crecía. Todo mi cuerpo se tensó. Grité contra la mano por puro instinto, pero el agarre en mi cuello se intensificó hasta dejarme sin aliento y me obligó a mirarlo. A él, solo a él.

Con movimientos felinos y silenciosos se inclinó sobre la cama, sobre mi cuerpo, hasta pegar la cara tanto a la mía que noté el roce de la tela de su máscara.

—No grites. No digas nada —susurró con urgencia, mirándome con firmeza. Asentí—. Necesito que te levantes y no hagas ni un solo ruido. Nos están observando.

Fui a preguntar, pero me hizo un gesto con los ojos y volví a asentir.

—Tengo que sacarte de aquí —indicó. Intenté incorporarme, pero antes de que pudiera moverme un solo milímetro me pasó un arma que no dudé en agarrar—. Vístete, ropa cómoda. No enciendas ninguna luz.

Tragué saliva. ¿Qué cojones estaba pasando? ¿De dónde había

salido Alexander Kane? Y lo más importante, ¿por qué había un hombre muerto?

Cuando se incorporó, se alejó a una velocidad que aún me sorprendía y admiraba. Me puse en pie. Evité como pude la sangre que comenzaba a llegar a los pies de mi cama y avancé hasta la cómoda. Abrí el primer cajón y saqué un pantalón de deporte, una chaqueta fina y una camiseta.

Me giré para observar al hombre que había ocupado cada uno de mis pensamientos de los últimos seis meses. Estaba en la esquina más alejada de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho, observándome.

Me di la vuelta y comencé a desnudarme.

Alexander Kane era una mala decisión, siempre lo había sido y seguía siéndolo. Que estuviera aquí y que hubiera un hombre desangrándose en el suelo solo significaba una cosa: peligro.

Eso era él.

Terminé de vestirme y me calcé unos tenis antes de volver a mirar en su dirección.

Aquellos ojos que me recordaban a la primavera estaban fijos en los míos.

Asintió y se acercó a mí. Me observó de arriba abajo de manera eficaz y sin ninguna prisa para la situación que estábamos viviendo.

Hacía nueve meses, cuando lo conocí, me hubiera robado el aliento. Seguramente hubiera hiperventilado, pero ahora… todo era diferente, y tanto él como yo lo sabíamos.

Aun con la máscara puesta apreció que apretaba la mandíbula antes de agarrarme la mano para sacarnos del dormitorio. Cuando llegamos al umbral, me pasó un cuchillo enfundado. Me lo guardé en

la cintura del pantalón.

—Hay otros dos hombres muertos en el salón. Si no quieres verlos, cierra los ojos y yo te sacaré de aquí —susurró sin apartar su mirada de la mía.

La manera de observarme era… No quería pensarlo ni saberlo, pero aquellos preciosos ojos expresaban demasiado. Y sentía, sin que lo dijera, que me había echado de menos. Lo hacía de la misma forma que antes, cuando vivíamos en una burbuja que había acabado por explotar.

Parpadeé varias veces para volver a la realidad.

Nueve meses antes lo habría hecho. Habría cerrado los ojos y hubiera dejado que él me condujera fuera de allí, pero ya no. Ya no era esa chica. Ya no era la tímida y callada Mia Bianchi, la mujer prudente y observadora que no interfería en temas de la mafia ni en nada que se relacionara con el peligro.

Pensaba que estaba rota, no antes, sino en aquel momento. Hasta que me di cuenta de que estaba más viva que nunca, de que por fin era libre, de que nada podría hacerme daño porque ya no tenía miedo. Eso a él lo enfurecía, porque el peligro o, mejor dicho, el miedo ya no era una de sus armas para controlarme.

Negué con la cabeza y lo miré con la misma intensidad que él lo hacía. Torció el gesto y no pude evitar sonreír de manera involuntaria. Había cosas que nunca cambiarían.

Era su pequeño monstruo, la pequeña creación de la que no estaba nada orgulloso. Pues que se jodiera. Todo era por su maldita culpa. Lo había echado de menos, y por la manera en la que me contemplaba, quería creer que él también a mí. No podía dejar de hacerlo. Alexander Kane se había convertido en una obsesión que

quería olvidar.

—Deberás estar atenta a todo —dijo antes de volver a su típica actitud fría y tirar de mí con el objetivo de llevarme hacia la salida.

Iba un par de pasos tras él, segura y decidida. Miré cada parte del salón. Había dos hombres muertos y salpicaduras de sangre por todas partes. Observé los cristales rotos, los cuadros torcidos…

—Sigues durmiendo como si fueras un maldito oso hibernando —susurró en voz tan baja que pensé que me lo había imaginado.

—Mi gato.

—Tu gato está a salvo. Lo tiene Bastián encerrado en nuestra casa provisional. Casi le saca los ojos. Nos espera un par de calles más abajo.

Sonreí nada más escuchar el nombre de ese bastardo. Volvió a fijar la mirada en mí, pero esta vez lo ignoré.

—Vaya… Veo que con él todo siguen siendo sonrisas y ojos bonitos —me recriminó con un tono de voz más grave, el mismo que usaba conmigo para indicarme cómo le gustaba que…

Ahí sí que me quedé sin aliento.

«Finge demencia. No has sentido nada y, por lo que más quieras, ni lo mires», me repetí a mí misma, pero ese mantra nunca funcionaba cuando se trataba de él.

—¿Celoso, Kane? —susurré con voz sensual.

Abrió los ojos de par en par, eso no se lo esperaba. Cuando se recuperó, cerró la puerta de mi casa, que había acabado convertida en una tumba.

—¿Por ti? No, amor. Eso jamás. —Me rodeó la mano con más fuerza y me acercó a él al llegar a las escaleras.

—Ya —respondí cabreada.

No debería de estarlo. Joder, no debería permitir que siguiera cogiéndome la mano, pero él no me soltaba y yo no era capaz de hacerlo. No después de tanto tiempo sin verlo, sin sentirlo.

Sí, sin ninguna duda era masoquista.

—Tú ya eres mía, cielo —susurró bajando los escalones conmigo a rastras sin ni siquiera mirar atrás.

Ahí sí que me cabreé.

—i¿De qué vas?! —grité un pelín más alto de lo que debería sabiendo que alguien intentaba encontrarnos para matarnos, o al menos a mí, por los hombres muertos de mi casa.

Alexander me dio un fuerte tirón hasta que consiguió que bajara dos escalones de golpe y me pusiera a su lado.

—Shhh… La madre que te parió, joder. No grites —gruñó contra mi cara.

—Pues deja de decir esas cosas —contesté. Me solté la mano de malas maneras y coloqué ambas manos en las caderas.

—No es el momento, Mia. De verdad que no.

—Claro. Si en seis meses no lo ha sido, ¿por qué iba a ser distinto ahora?

Me arrepentí nada más decirlo. «Patética. Eres patética», pensé.

Alexander Kane había desaparecido hacía seis meses unos en los que no había dado señales de vida. Ni una llamada ni un mensaje ni un puto «hola». Pero ¿qué se puede esperar de una persona que te advirtió que no sabía lo que era el amor, la amistad? Una persona que te dejó claro desde un principio que no sabía ni conocía lo que era el afecto. Pues nada, no se puede esperar nada. Eso fue lo que obtuve yo: un silencio tan ensordecedor que dolía.

—De verdad que no es el momento —susurró con voz ronca y el

calor abrasador de sus ojos verdes.

Me quemaba la piel, sentía un nudo en la garganta que crecía y crecía con solo sentirlo cerca. Eso tenía que acabar.

—Ni nunca lo será —contesté antes de recomponerme.

Chasqueó la lengua y volvió a intentar cogerme la mano, pero no, esta vez no. Me solté de un tirón y con un gesto, o más bien con un dedo, le señalé el camino para que comenzara a andar.

Sus ojos se quedaron fijos en los míos. Aquella mirada me hizo recordar cuánto la temía al principio, la misma que con el paso del tiempo acabé buscando desesperada. Una que decía: «Si pudiera, ahora mismo te rodearía el cuello con mis propias manos y te follaría sin parar hasta que te quedaras afónica».

Seguí cada uno de sus pasos en silencio; pisaba donde él lo hacía, me detenía cuando levantaba la mano para observar. Así en cada tramo de escaleras hasta salir a la calle.

Estábamos en el mes de julio y el calor de la costa de la Toscana era asfixiante. No comprendía cómo podía ir todo de negro, con pantalón largo y los brazos cubiertos. A ver, sí lo entendía, para camuflarse y eso, pero debería buscarse un outfit veraniego de asesino loco con una manga más fina.

—Mierda —dijo Alexander y se paró en seco.

No me dio tiempo a registrar qué estaba pasando, no digamos ya a prepararme para sacar el arma y apuntar. Solo pude inhalar antes de salir volando por los aires cuando Alexander giró sobre sí mismo para cogerme de la cintura con la mano que le quedaba libre y lanzarme sobre su hombro. Salió corriendo en dirección contraria a donde nos dirigíamos.

Era sorprendente que pudiera correr a esa velocidad, hacer

quiebros y saltar conmigo sobre él. Entonces escuché los disparos, las ruedas de un coche al derrapar y el sonido de un motor acercándose.

—¡En la esquina norte!

—¿Qué? —pregunté sin aliento.

—¡Bastián, joder! ¡¿Dónde estás?! —gritó.

Un deportivo negro nos cortó el paso.

Alexander abrió la puerta trasera y nos metió dentro. Me choqué la cabeza contra el techo. Luego, mi cuerpo cayó sobre el suyo y, cuando el coche aceleró, caí a los pies del vehículo.

—¡¿Dónde están?! —gritó Alexander, que sacó su arma mientras se sentaba. Después me agarró de la camiseta y de un tirón me colocó a su lado—. ¿Estás bien? —preguntó con la voz entrecortada. No por la carrera, sino por el cabreo que tenía. Lo notaba en el tono de su voz.

Me llevé la mano a la frente y asentí.

—Ponte el cinturón —ordenó antes de cargar el arma y girarse para mirar por la luna trasera.

—Dos calles más abajo. Hola, preciosa —contestó Bastián, sonriéndome a través del retrovisor.

Le respondí del mismo modo hasta que cambió la trayectoria de tal manera que salí despedida hacia el lado contrario. Si no hubiera sido por Alexander, que de nuevo me sujetó, esta vez del pantalón, me habría estrellado contra la puerta.

—¡Ponte el puto cinturón! —gruñó tras volver a sentarme.

No esperó a que me recuperara. Con el arma aún en la mano, cogió el cinturón y me lo puso él mismo. Se pegó tanto a mí que olí su perfume, noté el calor de su cuerpo. Todo eso sin rozarme, sin

tocarme.

Tragué saliva y evité mirarlo hasta que se alejó.

—Me bajo aquí. No vuelvas —indicó a su hermano.

—¿A dónde vas? —pregunté mientras Bastián estacionaba en una esquina protegida por dos edificios.

—A matarlos —contestó.

Abrí la boca para intentar decir cualquier cosa, lo que fuera. No pude. Una sonrisa torcida fue lo último que vi antes de que se apeara del coche sin mirar atrás y se escabullera entre la oscuridad.

Bastián aceleró y pisó a fondo para alejarnos de allí. Seguí mirando a mis espaldas, buscándolo.

—No te preocupes, estará bien.

Miré aquellos ojos color avellana que me observaban a través del retrovisor.

—No estoy preocupada.

—Ah, vale —respondió con una sonrisa socarrona—. Perdón. Pensé que después de seis meses preguntándome por él, podrías sentirte un pelín intranquila.

Negué con la cabeza y respiré. «Estará bien. Sabe lo que hace. Nunca le pasa nada. Tiene mil vidas, pero ¿cuántas le quedan?». Me retorcí los dedos sobre el regazo.

Alexander Kane, el Carnicero, había regresado para marcharse a los diez minutos. Típico de él.

—Eres un imbécil al que no se le puede contar nada.

—No pienso desmentir esa acusación. Por cierto, te he echado de menos.

—Yo también. ¿A dónde vamos? —pregunté antes de agarrarme a los reposacabezas para no ahogarme por el bloqueo del cinturón

cuando aceleró.

—A una casa franca que tenemos a las afueras.

—¿Mi gato?

—He tenido que llevarme a esa fiera antes de que despertara a todo el vecindario.

—¿Cuándo…?

—Sabíamos que vendrían esta noche —contestó.

—No sé cómo puedes conducir así, hablar, mirar por los espejos… ¡Ayyy! —grité antes de volver a mirar a nuestras espaldas y ver… nada—. ¡Nadie nos persigue! ¿Qué está pasando?

—Ezequiel ha vuelto —contestó así como de pasada.

—¿Qué?

—Que el psicópata que quería matarte ha vuelto. Bueno, nunca se fue.



41

MIA

No paré de dar vueltas y más vueltas en el salón de la casa franca de ese par de… imbéciles. Eso es lo que eran.

Dos imbéciles que se suponía que habían desaparecido. Bueno, al menos uno de ellos. Hacía seis meses nos habíamos despedido, pero Bastián me había llamado a las dos semanas. Me pidió perdón una y otra vez por marcharse ambos de mi vida de la manera que lo hicieron, con un simple adiós. Sin darme ni una sola explicación.

Minerva también insistió. Vino un par de veces a visitarme supuestamente por trabajo, pero se había tomado la molestia de hacerlo y de esperar durante una semana a que cerrara el restaurante para verme un rato cada noche y saber cómo estaba. Me juró que ella no sabía nada sobre el plan de los hermanos Kane. Los había llamado para saber su paradero, pero ninguno de los dos quiso darle detalles. Lo único que sí me aseguró fue que la habían dejado a cargo de la empresa en su ausencia.

No quise herir sus sentimientos, pero verla después de lo que pasó solo me traía recuerdos que intentaba olvidar.

Como ahora.

Estábamos en una cabaña de madera en mitad de la nada.

Rodeados de campos de olivos que la ocultaban a los ojos de cualquiera que pasara por las cercanías. Yo misma había transitado la carretera más próxima y jamás la había visto.

Era muy bonita. Acogedora. Olía a campo, a verano.

Tenía lo básico. Una cocina abierta acompañada de una pequeña isla de madera que daba a un salón donde había un par de muebles y dos sofás separados por una alfombra. Al otro lado de la cocina se veían dos puertas. Supuse que conducían a los dormitorios.

Estábamos en el salón, yo de pie, sin poder estarme quieta, mientras que Bastián se había sentado en uno de los sofás con el brazo estirado sobre el respaldo.

Alexander no había regresado y habían pasado ya dos horas desde que se bajó del coche.

—Por favor, Bastián, repíteme lo que me acabas de decir, porque de verdad que no lo asimilo —supliqué tras pararme en seco.

Bastián suspiró y miró a la puerta una vez más.

—Llevamos seis meses buscando a esos hijos de puta. Fuimos a Brasil, Canadá, incluso a la puta Alaska. Te aseguro que allí hace un frío de cojones.

—No lo entiendo.

—Son como una sombra. Y no solo quieren a Alexander, te quieren a ti para llegar a él.

—¿Por eso os largasteis y me dejasteis sola?

—No te dejamos sola, los hemos estado alejando de ti. Alexander se alejó para apartarlos. Para que creyeran que no eras nada para él.

Resoplé, porque aquella era la excusa más estúpida que había escuchado hasta entonces. Por supuesto que no era nada para él.

—Sabes que soy una *principessa* de la mafia, ¿verdad?

—¿Y?

—Tengo un maldito ejército a mis espaldas. ¡El mismo que mandé para que os protegiera! Joder. ¿Y dónde está mi gato?

—Ese cabronazo, al que deberías cortarle las uñas, por cierto, se ha escapado.

—No me extraña.

—¿No estás preocupada?

—Es un gato callejero. Eligió mi casa como suya, entra y sale cuando quiere. Lo más probable es que haya regresado allí tranquilamente para robar las capturas de los pesqueros mientras descargan.

Escuché el sonido de la puerta al cerrarse nada más decir la última palabra. Respiré aliviada. Me di la vuelta y allí estaba, quitándose la máscara, que reveló una barba más larga de lo normal en él. Tenía sombras oscuras bajos los ojos, con los que me repasó de arriba abajo. Mierda. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo? Incluso tras haber pasado la noche en vela y después de haber asesinado a Dios sabe cuántos monstruos.

Tragué saliva.

Alexander arrojó la máscara encima de una cajonera que había al lado de la puerta.

Esos ojos me estaban devorando, me consumían. Apretó la mandíbula y dio un solo paso en mi dirección. Alzó la mano, solo un poco, como si no pudiera evitar ir en mi busca. No me miraba como en mi casa. Para nada. Aquella expresión la conocía. Quería tocarme. Lo deseaba tanto que hasta podía sentirlo en la piel.

—Atrás —susurré, señalándolo con un dedo.

Alexander comenzó a negar. Al principio lento, pero después… después sonrió con gesto felino, meneó la cabeza de manera desquiciada y se acercó. Solo dos pasos.

Estampó la boca contra la mía y me robó un gemido mezclado de sorpresa y placer que se sumó a su gruñido de desesperación. Me besó como si fuera la última vez, me abrió la boca con la suya y apoyó ambas manos en cada una de mis mejillas, presionándolas con fuerza para guiarme.

Todo dejó de existir.

Noté su cuerpo duro contra el mío. Caliente. Desesperado. Su lengua al explorar cada recoveco de mi boca. Su respiración.

Hasta que recordé toda la mierda por la que había tenido que pasar cuando se marchó.

Lo aparté de un empujón y me alejé de él todo lo que pude, hasta chocar contra la pared al otro lado del salón.

Ambos respirábamos entre jadeos. Sin dejar de mirarnos.

—Eso ha sido… —comenzó a decir Bastián, pero entonces saqué el puñal que aún guardaba en la cintura del pantalón.

Fui rápida, más de lo que ya lo era. Había estado practicando aquellos seis meses, y no solo con el cuchillo, también a disparar. A defenderme.

Apunté a su maldita cara perfecta, pero lo desvié en el último segundo. ¡Joder! Había puesto una foto suya en el tablón de madera con el que había practicado y cuando por fin lo tenía enfrente dudaba.

El puñal se clavó en la pared de su espalda, no sin antes hacerle un corte en la sien.

Ni siquiera parpadeó. Su ojos estaban fijos en los míos. Su

sonrisa creció.

—Cielo, sabes que eso solo me la pone más dura.

Esa voz… ¡No, por favor! ¡No!

—Estás enfermo. Eres un maldito perturbado.

—Desde luego que sí. Por ti —aseguró acercándose.

Bastián se había puesto en pie, así que hice un quiebro para evitar a Alexander y corrí hacia su hermano. Lo empujé para usarlo de escudo.

—¡Eh! ¡No, no, no! —exclamó. Lo aferré de la camiseta para impedir que se quitara—. ¡Suelta, coño!

—No des un solo paso más, Carnicero.

—Oh… Vuelvo a ser el Carnicero —susurró con los dientes apretados.

Apartó a su hermano de un empujón.

—Pero ¡bueno! —gritó Bastián, que se alejó de nosotros.

Lo seguí hasta llegar a la cocina sin perder de vista a Alexander. Bastián se dirigía a las puertas del fondo de la casa cuando su teléfono comenzó a sonar.

—¡Putos enfermos! —gritó antes de contestar—. ¿Diga? —Después escuché el portazo de una de ellas y nos quedamos solos.

Alexander gruñó para que volviera a prestarle atención.

—Tú fuiste el que me pidió que te llamara así.

—Estoy deseando escuchar cómo gimes y gritas mi maldito nombre mientras te meto la polla en ese precioso y delicado coño que tienes, cielo.

Me agarré a la encimera. «Respira. Recomponte. Estúpida».

—Eso no sucederá —aseguré.

—Te prometo que sí.

Estaba tan cerca…

—No.

—Sí.

—No —contesté.

Apoyó ambas manos en mis caderas. Tanto entrenar, tanta defensa personal y no era capaz de moverme, porque si le ponía un dedo encima no sabía si sería para darle un puñetazo o para aferrarme a él.

—Acabarás rogándomelo —aseguró.

—No antes que tú a mí.

—Puedo empezar ahora mismo —suplicó.

Su mirada me dejó sin palabras. Me observaba, se fijaba en cada detalle de mi rostro, en mi pelo. Se llevó primero una mano enguantada, y luego la otra, a la boca, turnándolas para no dejar de tocarme, con el objetivo de quitarse los guantes con los dientes. Después volvió a colocarlas sobre mis caderas, realizando pequeños círculos con el pulgar.

No sabría decir cuánto tiempo estuvimos así, mirándonos. Recordando cada detalle de nuestros cuerpos. No intentó volver a besarme.

Subió una mano para recoger un mechón de mi pelo y tocarlo.

—Quieres que empiece a suplicar ya, ¿eh? —Dejó de mirarse la mano, envuelta en mi pelo, para clavar los ojos en mí—. ¿Quieres que te diga lo que he padecido al estar sin ti? La ansiedad. El miedo de no poder estar cerca para protegerte, para abrazarte cada noche. La desesperación y la culpa me han carcomido vivo. Me dije que tenía que alejarme de ti para que estuvieras a salvo. Lo hice. Y mira lo que ha estado a punto de ocurrir esta noche —suspiró y me

agarró más fuerte de las caderas—. Dime qué tengo que hacer para que me perdones, Mia —susurró contra mi frente—. No puedo vivir un solo segundo más sin tu perdón. Sin ti.

Parpadeé, intentando controlar las lágrimas que luchaban por salir. Tenía un maldito nudo en la garganta que parecía acero fundido. Dios, cómo quemaba.

Negué con la cabeza.

Los últimos seis meses me había dedicado a reconstruirme a mí misma. A cerrar todas las heridas supurantes que él había dejado a su paso. No había llegado a conseguirlo, claro que no. Podía darle mi perdón, pero no lo demás.

—Te perdoné hace tiempo —contesté alejándome de él. Di un paso a la derecha, pero su mano me impidió que fuera más allá.

—No te alejes de mí.

—Tú fuiste quien lo hizo, ¿recuerdas? Me dejaste. Te marchaste después de decirme que eras un monstruo y yo solo un trato.

—Y lo soy.

Quise decirle que aquello no era cierto. Que los monstruos no dejaban notitas junto al plato vacío de los pasteles de limón, aunque no le gustara el dulce, porque sabía que a mí me encantaba prepararlos. Que no compraban libros de romance para que yo pudiera leerlos. No me abrazaban cada noche ni me tocaban el pelo porque sabían que así me relajaría. No preparaban baños de espuma. No traían las toallas directas de la secadora para que estuvieran calientes. No hacían mil y una de las cosas que él sí hizo conmigo.

Pero me callé.

—¿Qué está pasando, Alexander? ¿Por qué has vuelto?

Esta vez dejó que me apartara. Me apoyé justo donde terminaba la encimera, esperando a que me contara cuál sería el plan a partir de ahí.

—Enzo sabe que te han estado siguiendo la pista. Sus hombres llevan seis meses vigilándote.

—Llevan haciéndolo desde que me mudé aquí hace casi cuatro años. No soy estúpida. Son buenos, saben camuflarse, pero no lo suficiente.

—Yo llevo un mes aquí y no te has dado cuenta.

Sonreí. Sí que me había dado cuenta, pero no quería pensar que fuera él. Deseaba que no. Me aterraba que fuera él. Ese tiempo había tenido la sensación de que alguien me observaba.

—No te distraigas.

—Esa sonrisa me distrae mucho, cielo. —Su mirada iba de mis ojos a mi boca—. Joder. Bueno, Enzo, Keyla y yo llevamos seis meses intentando pillar a los irlandeses, pero ha sido difícil. Si no han venido antes a por ti, ha sido porque sabían que estabas vigilada las veinticuatro horas del día.

—¿Cámaras?

—Las instalé la misma noche que me marché, hace seis meses.

—¿Me has estado espiando todo este tiempo?

—He reproducido una y otra vez las grabaciones donde te masturbabas con mi nombre, así que no finjas que me has olvidado.

—¡Alexander!

—Te retorcías en la cama mientras gemías…

—¡Joder, tío! No quiero seguir con esta mierda —gritó Bastián a nuestras espaldas. ¿Cuándo había vuelto?

Ni siquiera me había dado cuenta de que había entrado en la

cocina ni de que había tomado asiento en el sofá.

Me llevé una mano a la cara intentando esconder no solo las mejillas, que deberían estar sonrojadas, sino también el cabreo que tenía. A la mierda.

—Pero ¡cómo te atreves!

—¿De verdad creíste que me marcharía así sin más?

—Sí.

—Lo nuestro fue real, Mia —gruñó cruzándose de brazos.

—Lo nuestro es pasado.

—Lo nuestro…

—Olvida lo de las cámaras. Continúa.

Alexander me miraba como si quisiera despellejarme viva, pero a la vez follarme sin piedad. Se mordió el labio de abajo y miró al techo antes de sonreír.

—Tenemos que marcharnos. Mañana como muy tarde.

—No.

—Nos vamos a España. A un pueblo de Galicia donde tengo una casa franca.

—Te he dicho que no.

—Cielo, me encanta cuando te enfadas y pones esa cara. Me la pone muy dura, de verdad. Si me dejaras, te follaría aquí mismo, con la ropa puesta, pero tenemos que salir de Italia para que ese imbécil nos siga la pista y tenderle una emboscada. Tienes que venir conmigo porque si no se creerá que es otra de mis jugadas. Necesito que revele su posición. Se ha cansado de jugar al gato y al ratón.

—¡No voy a ir contigo a ninguna parte! Se suponía que toda esta mierda había terminado.

—Si no vienes conmigo, sabrá que es mentira.

—Pero ¡¿por qué?!

—Porque ese cabrón sabe que tú eres lo único que me haría caer.

Negué, parpadeando con rapidez. Esto no podía estar pasando otra vez.



42

ALEXANDER

Quería comérmela a besos. Morderle esas malditas mejillas sonrojadas. Dios, cómo la había echado de menos. Me dolía hasta el alma por tenerla de nuevo tan cerca.

Estaba diferente. Más bonita. Más preciosa. Más fuerte.

La había besado. Bastián me había hecho prometerle que no lo haría, que después de cómo nos despedimos tendría paciencia con ella, más aún si habíamos vuelto para llevárnosla, pero cuando la vi… Cuando por fin supe que no había más irlandeses en la Toscana, que ella no corría ningún peligro, no pude controlarme.

Llevaba toda la noche vigilando, a la espera de que pusieran un pie en el apartamento solo para rajarles las garganta. Y Dios, cómo lo disfruté. Después vino la mejor parte: acercarme a ella, tocarla, aunque fuera un simple roce en la mejilla.

Sabía que no me conformaría con eso. No esa noche. Ni nunca.

Seis meses sin ella.

Seis meses vigilándola a miles y miles de kilómetros de distancia. Obsesionado. Desesperado porque los irlandeses dieran un paso en falso.

No había nada.

Había llamado a Keyla para que me ayudara a encontrarlos. Incluso volvió de Colombia, donde se había marchado con Carter. Me presenté en la mansión de Enzo y se lo conté todo. Me dio una paliza. No diré que me dejé porque no fue así, pero sí que me pilló con la guardia baja. Me amenazó, me puso un arma en la cabeza, pero qué más daba rematar a un hombre que ya estaba muerto por dentro.

Sin ella, ya nada importaba.

Bastián seguiría con su vida. Le dejaría una fortuna. Además, tener a un hermano como yo no era fácil. Eso lo sabía.

Los tres, Enzo, Keyla y Bastián, ideamos un plan.

Lo que le había dicho a Mia era real. Llevaba seis meses moviéndome por el mundo. Aeropuertos, aduanas, puertos, todos ellos llenos de cámaras de vigilancia, nada de lugares clandestinos. Necesitábamos sus rostros. Casi los pillamos en Alaska, pero se habían estudiado los ángulos, los puntos muertos y se movían como fantasmas.

Keyla fue quien dijo que usáramos a Mia. Enzo casi la mata a ella también.

Hasta que decidimos que aquella sería la única forma de hacerle creer que nos marcharíamos para desaparecer de verdad. Regresar a por ella, sacarla del país sin la protección de cincuenta hombres.

Ezequiel sabría que ese sería el momento de atacarme.

Volví a mirarla, se había apoyado en la encimera; seguro que buscaba las palabras adecuadas para mandarme a la mierda.

Me gustaba esta Mia. Tanto como la Mia inocente, igual que la Mia que me pedía entre gemidos que le hiciera de todo. Me gustaba ella. Estaba enamorado de ella. Lo quería todo con ella.

—Entonces, ¿el plan es sacarme de Italia, ir a España y esperar?

—En ese pueblo no hay pista de aterrizaje. La más cercana y segura está a ciento cincuenta kilómetros y es un aeropuerto con solo dos líneas de vuelo. No hay nada más. Si quiere venir a por ti, tendrá que arriesgarse.

Mia asintió.

—Podría hacer el viaje en coche.

—Podría, pero solo hay dos formas de entrar. La carretera principal o la costa. Si es por carretera, lo tendríamos; y si es por la costa, lo veríamos llegar. Únicamente hay un pequeño embarcadero.

—¿Tan pequeño es?

—Lo es. Por eso tengo allí esa casa.

—¿Por qué no fuimos al pueblo cuando lo de Osso?

—Porque en mi ciudad estabas a salvo. Ahora no lo estás en ningún lugar, ni siquiera conmigo. —«Por mucho que eso me cabree. Lo odio».

—Ni una llamada. Ni un puto mensaje —recriminó cansada.

—No debía ponerme en contacto contigo.

—Podrías haberlo hecho si hubieras querido. Keyla te habría abierto camino.

—¿Y ponerte aún más en peligro? No.

Se retorció los dedos y me recorrió de arriba abajo con la mirada. Intentaba evitarlo con todas sus fuerzas. Comerme con los ojos.

—No sonrías así —susurró.

—¿Así cómo? —pregunté y di otro paso en su dirección.

Ya le había explicado el plan, así que solo quedaba solucionar la desesperación que tenía por tocarla.

—Como lo estás haciendo. Sabes perfectamente lo que provocas

en mí, Alexander, y tengo demasiadas cosas que pensar ahora mismo.

Se pasó una mano por la frente. Se veía cansada.

Ya había amanecido y no hacía falta que me dijera que desde que la saqué de su casa no se había parado ni un segundo a descansar. La alfombra del salón era prueba de ello. Había hecho un cerco en el centro, me había fijado nada más entrar.

—Ahora estás a salvo. Los hombres de Enzo han limpiado tu apartamento y vigilan cada calle. Keyla está en directo con el aeropuerto, por si llega alguien inesperado. Y yo estoy aquí. Date una ducha y duerme tranquila.

Se le escapó una carcajada irónica. Incluso creí escucharla murmurar algo como: «Que duerma tranquila, dice», pero no estaba seguro.

—¿Dónde está mi dormitorio? —preguntó.

Le señalé la puerta que había al fondo del pasillo, justo detrás de ella.

—¿Hay cámaras aquí también?

—No.

—Muy bien.

Cuando se dio la vuelta, susurré:

—Ese también es mi dormitorio.

Mia se paró en seco. Me miro sobre su hombro.

—No va a suceder, Kane. Dormirás en el sofá.

Fui a replicarle, pero Mia salió corriendo. Y justo antes de que pudiera llegar a ella, me cerró la puerta en las narices, incluso escuché el cerrojo. Dios, sabía que eso me pondría furioso… y cachondo.

—Mia, cielo, sabes que estos juegos —golpeé la puerta para ver su entereza. Podría echarla abajo— solo provocan que me gustes más aún.

—Si tiras la puerta abajo, tu hermano me verá durmiendo desnuda. Tú sabrás.

—¿Qué? —Me quedé paralizado.

—Solo tengo una muda. Si tiras la puerta, que seguro que es lo que estás pensado ahora mismo mientras resoplas como un cavernícola, Bastián me verá durmiendo sin bragas.

Volví a resoplar.

Retrocedí un par de pasos y pensé.

43



MIA

Lo escuché alejarse de la puerta y respiré aliviada. No estaba preparada para volver a enfrentarme a Alexander. No, desde luego que no. Un solo minuto más a su lado y acabaría suplicándole que me follara en la encimera de la cocina. En la cama que tenía detrás. En el mismo suelo que pisaba.

No. Tenía que alejarme de él.

Dios santo.

Seis meses odiándolo. Seis meses preocupándome por si estaba bien, por si había conocido a otra mujer, por si había sido capaz de tocarla. Seis meses de mierda, joder.

La cabaña era de madera. Muy bonita para estar en medio de la nada.

La cama era enorme. Debía descansar, pero antes…

Vi una puerta al fondo. Suponía que sería el baño y ojalá lo fuera, porque estaba a punto de derrumbarme.

Bingo.

Llené la bañera con agua templada y me desnudé. Doblé la ropa con cuidado. No era ninguna mentira que solo tenía esa muda y que dormiría desnuda.

Me agarré a ambos lados de la bañera y respiré.

Estuve así diez, quince minutos. Respirando.

Hasta que oí el estruendo de los cristales al romperse. Me puse en pie de un salto buscando algo con lo que defenderme. Mierda.

Salí de la bañera y casi me mato. Me resbalé con el suelo mojado. Tuve que sujetarme al lavabo.

La puerta se abrió de un portazo.

Y cuando miré al espejo, vi a Alexander.

ALEXANDER

Me dijo que si derribaba la puerta del dormitorio podrían verla desnuda, pero no dijo nada de la ventana, así que rompí el puto cristal y me colé.

Derribé la puerta del baño de una patada tras asegurarme de que no estaba detrás, ya que se escuchaba el chapoteo del agua. Entonces la vi agarrada al lavabo, desnuda, chorreando. Con las piernas abiertas, con su dulce y perfecto coño esperándome.

Me abrí la bragueta de un tirón, provocando que el botón saliera por los aires y que la cremallera se rasgara. Escuché el gemido de Mia. Sus ojos viajaron por todo mi cuerpo. Me quité la camiseta justo cuando me coloqué detrás.

La agarré de las caderas y la pegué a mí para que sintiera cuánto la deseaba, cuánto la necesitaba.

Su mirada estaba fija en el espejo, me miraba a través de él, pero cuando sitió mi polla entre sus glúteos su cabeza cayó hasta chocar contra el lavabo. No paraba de gemir.

—No me hagas esto —susurró—. Se suponía que si volvía a verte te mandaría la mierda.

Le dio un manotazo al lavabo.

—Si me fui, fue para protegerte. —La agarré del pelo sedoso. Tiré con fuerza para que me mirara—. No pienso alejarme más de ti. Nunca más.

La segunda promesa que había hecho en mi vida. La primera fue proteger a Bastián.

—Alexander…

—Sé que me amas, Mia. Aún no me lo has dicho, pero yo lo sé, joder. Por cómo me miras, por cómo sonríes como si yo fuera el maldito sol, cuando soy el monstruo predilecto de la oscuridad, pero aun así lo haces —aseguré—, y necesito mostrarte cuánto lo hago yo.

Tragó saliva.

Respiraba de forma entrecortada, aún aferrada al lavabo.

Sus ojos… Vi el cambio. Vi la decisión.

—¿Vas a hacerme el amor? —preguntó en un susurro.

Asentí.

Le haría el amor. Le haría todo lo que me pidiera. Le daría mi alma en bandeja.

—No quiero que me hagas el amor, Alexander. Primero quiero que me folles, que me enseñes cuánto me has echado de menos.

Gruñí antes de agarrarla de la cintura y darle la vuelta.

Le abrí las piernas con las mías y me dejé caer sobre las rodillas.



44

MIA

Tenía a Alexander a mis pies, con la cabeza a la altura de mi coño. Me miraba a los ojos, a la espera de que le diera permiso.

El corazón me iba a mil. Mi cuerpo no paraba de temblar.

Lo deseaba. Lo quería. A él, solo a él.

Lo necesitaba.

Asentí.

Y con el primer leve movimiento de mi cabeza, se lanzó a por mí.

Gemí con el primer lametazo. Me recorrió desde detrás hasta delante. Me rompí cuando llegó a ese punto tan sensible y lo mordió.

Subió las manos por mis muslos para abrirlos, sin parar de devorarme, raspándome con sus dedos callosos. Dios santo.

Me cogió por detrás del culo y me alzó ambas piernas sobre sus hombros. Tuve que agarrarme de su pelo cuando nos puso en pie y giró. Dio largas zancadas hasta que me estrelló contra la pared y continuó.

Enredé los dedos en él, tirando para guiarlo. Él sabía lo que quería, cuándo y cómo. Miré hacia abajo y vi su lengua ir desde mi culo hasta ese punto, una y otra vez.

—Alexander —gemí.

Nos separó de la pared para volver a estrellarme contra otra. Sentí el golpe, la madera, y que me tratara así solo me creo más necesidad de él.

Se separó de mi cuerpo para meterse un dedo en la boca y luego pasearlo por toda mi vagina, desde la vulva hasta los labios.

—Eres una princesa a la que le gusta que la traten como a una guarra.

—Sí —aseguré. Estaba fuera de mí. Y cuando introdujo dos dedos, mirándome de la manera que lo hacía, puse los ojos en blanco. Apreté las piernas alrededor de sus ásperas mejillas. Lo agarré del pelo y volví a conducirlo a ese lugar—. Dios santo.

—Cielo —gruñó—, estás chorreando.

Lamió más rápido, empujó más fuerte.

Y cuando estaba a punto de correrme, paró.

Vi cómo se sacaba su perfecta y gruesa polla. Entonces dobló un poco las rodillas.

—Agárrate a mi cuello.

Y eso hice.

Me agarró los muslos y los soltó de sus hombros. Me dejé caer y él me condujo hasta meterse en mí. De un solo golpe.

Ambos gemimos. Noté su boca en mi cuello. Los besos desesperados. Yo apenas podía respirar.

Salió de mí y volvió a enterrarse hasta el fondo. Guio mis piernas para que lo rodeara con fuerza. Hasta que estuvimos tan pegados que nada ni nadie hubiera podido separarnos. Después, volvió a estamparme contra la pared. El impacto, mientras lo tenía dentro, fue maravilloso.

Entonces, Alexander me abrió los muslos y comenzó a follarme

con la desesperación y el anhelo que le había pedido.

Me apretaba tanto con las manos que dolía. Sentía sus labios en todas partes, me mordía la barbilla mientras gruñía, me comía las tetas mientras botaban. Me devoraba la boca.

—Joder, cielo. Cómo he echado de menos este precioso coño.

Asentí, mirándolo fijamente. Porque quería que me follara de esa manera. Que se deshiciera por mí. Y lo vi todo. Vi el brillo de sus ojos. Cómo contemplaba todo mi cuerpo sin saber dónde tocar o besar. Cómo resoplaba. Cómo me follaba mientras me miraba con un amor imposible de explicar.

—¡Mierda, joder! —gritó antes de separarme de la pared para dejarme en el suelo y darme la vuelta. Me cogió las manos y las puso en la pared para follarme por detrás—. Necesito estar más adentro, cielo. Necesito…

—¡Sí, sí, sí!

Me agarré a los troncos de madera, hincando las uñas en ellos hasta que volví a sentirlo.

No podía más.

Alexander me agarró de la cadera, me tiró del pelo como si fueran unas riendas y me rompí. Lo recibí en cada golpe. Ese era el único sonido de la noche, el de nuestros cuerpos, junto con mis gemidos, que se entremezclaban con los suyos.

Hasta que no pude más. Le entregué lo que quedaba de mi alma.

Alexander me sujetó de la cintura cuando las piernas me fallaron. Sentía su respiración en el cuello, el roce de su barba. Inhaló mi aroma y me besó justo en esa parte.

Llevé las manos a donde las suyas estaban, enredadas a mi alrededor. Intentaba enlazar nuestros dedos, pero él debió de pensar

que quería que me soltara porque emitió un gruñido que no llegué a entender y me rodeó con más fuerza. Casi me echo a reír, si no fuera porque apenas podía respirar.

—Eres un bestia.

—Y a ti te encanta.

Ladeé la cabeza para darle mejor acceso. No había parado de besarme.

Cerré los ojos.

—Te he echado de menos —susurró. Abrió las palmas de las manos para tocarme con total libertad, recreándose—. Tu piel. Tu olor. Tu pelo.

Me giré antes de que dijera nada más.

—¿Me amas?

—Te lo dije una vez —sentenció sin dejar un solo espacio a la duda—. Por si no te quedó claro, cielo, sabes de sobra que mataría por ti, pero lo que siento no se queda ahí. Daría mi vida y mi propia alma. Haría cualquier cosa por mantenerte a salvo. Dejaría todo lo que tengo, ahora mismo, todo lo que conozco y poseo solo por estar un día más a tu lado. ¿Te crees que no lo he pensado? Irnos tú y yo al fin del mundo Dejarlo todo. Me vendría aquí a vivir contigo. —Sonreí con solo imaginarlo viviendo en Castiglione della Pescaia—. Donde quieras, mi amor. Iría contigo a donde fuese, pero antes tengo que acabar con todos esos monstruos que quieren hacerte daño. No dejaré que vivas en un mundo lleno de tanta mierda. Eso no es debatible. —Asentí—. Claro que te amo, Mia. No sabía lo que era el amor hasta que te conocí. Y duele, ¿sabes? Amar a alguien. —Se llevó la mano al pecho—. Es precioso, como tú, pero necesito saber que estás a salvo o acabaré loco.

Volví a sonreír y esta vez Alexander me imitó. Parecía más joven. Era feliz.

—Esa sonrisa que tienes… —Me besó, con una intensidad que solo se lee en los libros, y me agarró de las mejillas, mordiendo y sonriendo a la vez—. Esa sonrisa es lo más bonito que he visto.

—Yo también te amo. Y haría lo que fuera por ti.

—Lo sé, cielo.

Le di un manotazo antes de que volviera a besarme.

—¿Y ahora qué? —preguntó con curiosidad.

—Ahora es cuando me llevas a la cama y me haces el amor.

Y así lo hizo, durante horas y horas llenas de placer, descansos, confesiones. Sus manos siempre estuvieron en contacto con alguna parte de mi cuerpo. Ni siquiera dejó que saliera de la cama para apagar la luz cuando estuvimos tan cansados y satisfechos que no podíamos más.



45

MIA

Era de noche cuando llegamos a la casa franca de Alexander en Galicia. Aunque más que una casa, aquello parecía…

—¿Es un monasterio? —pregunté mirando la arquitectura. Era muy bonita.

—Sí. Bueno, lo era. Llevo dos años reconstruyéndolo.

—No mientas, hermano, ha sido la empresa de construcción —replicó Bastián al pasar a nuestro lado.

—¿Quién si no?

—Has dado a entender que lo habías hecho tú con tus propias manos.

Puse los ojos en blanco. Se habían pasado todo el camino hasta aquí discutiendo por tonterías, saltando a cada cosa que decía el otro. Estaban insoportables.

—¿Tenéis hambre? —los interrumpí—. ¿Sueño?

Ambos estaban cansados. Se les notaba. Alexander… Después de lo de anoche, era comprensible.

—Bastián, ¿qué hiciste anoche?

Una sonrisa enorme se extendió por su rostro.

—Vigilar la casa para que pudierais follar tranquilos. —Abrí los

ojos—. ¿Qué? Esa gente nos está buscando. ¡De nada!

—Gracias, hermano —contestó Alexander, cruzado de brazos.

—Alguien que por fin reconoce mi duro trabajo.

—Gracias, sí, pero podrías decir las cosas con un poco más de tacto, Bastián —añadí.

Comencé a andar hacia la que imaginaba que sería la puerta principal.

—Anoche no pedías tacto, *principessa*.

—¡Bastián!

—¡¿Qué?! —gritó cuando me giré para fulminarlo con la mirada.

Volvió a gritar cuando Alexander le dio un golpe en la cabeza.

—Habla bien, joder —gruñó. Después se acercó a mí y me cogió en volandas. Me dio un beso y yo le rodeé el cuello con los brazos—. Bienvenida a tu nueva morada.

Después de la cena, una sencilla porque no quisimos parar a comprar, salí al jardín delantero. Alexander estaba conectado al ordenador para ponerse al día con Keyla, y Bastián había ido a darse una ducha. A la mañana siguiente llegaría Minerva para traernos todo lo necesario. Ropa, comida, un botiquín de primeros auxilios por si acababan matándose o yo les arrojaba un cuchillo para que se callasen…

El antiguo monasterio tenía una bóveda subterránea llena de armas y munición que Alexander había exportado poco a poco. Cuando me la mostró, dijo que aquel era el mejor lugar de la casa y que el imbécil de mi cuñado podría ser muchas cosas, pero que lo bueno que tenía era que había fabricado la mayoría.

Había bastante humedad. La hierba que crujía bajo mis pies descalzos estaba mojada. Se veían las estrellas.

Me habían vuelto a sacar de mi vida, pero esta vez se sentía diferente. Esta vez podría haber dicho que no y estaba segura de que Alexander habría encontrado la manera para que yo pudiera quedarme en casa. Aunque hubiera tenido que hacer guardia las veinticuatro horas del día en la misma puerta de entrada.

Me había dicho que me amaba y sabía que era verdad. Lo supe la primera vez que lo dijo, aquella noche en la que todo se convirtió en un caos absoluto. La noche que se marchó para rescatar a Gabi.

Y sabía que daba igual lo que pasase a partir de entonces, porque jamás dejaría que volviera a irse. No me importaba si estábamos en peligro o si su cabeza y la mía tenían precio. Él había dicho que haría lo que fuera para mantenerme a salvo, pero nadie sabía, ni siquiera él, lo que yo estaría dispuesta a hacer para que ese hombre, aquel niño que tuvo que crecer tan rápido, no volviera a sentir miedo.

Respiré, aliviada.

Me di la vuelta, dispuesta a entrar en la casa para ir en su busca. Porque quería tocarlo, besarlo y decirle cuánto lo quería. Como había hecho la noche anterior.

Entonces lo vi.

Un punto rojo en la lejanía, a mi derecha. Me paré en seco.

Y después lo sentí.

La respiración en mi nuca.

—Hola, *principessa* —susurró Ezequiel. Fui a darme la vuelta, pero me agarró de los codos—. No, no, no. Quieta.

Me apretaba tan fuerte que dolía.

—Me estás haciendo daño —supliqué, pero su agarre solo empeoró.

Me retorcí, quería que me soltara, pero la luz roja brillaba justo encima de mi corazón. No llevaba armas. Había dejado el cuchillo que me dio Alexander en la mesa de la entrada.

—¿Ves esta lucecita, cariño? —Colocó el dedo justo encima, apretando con fuerza. Gemí e intenté soltarme, pero me rodeó con los brazos y me dio la vuelta para que lo mirara—. A la derecha hay un francotirador. —Miré en esa dirección, de allí provenía la luz—. A tu izquierda, un grupo de doce hombres armados, deseosos de ponerle la mano encima a la mierda alemana que te follaste anoche.

Estaba temblando.

—No quiero matarte, no todavía —explicó al tiempo que echaba un vistazo a mis espaldas, al interior de la casa—. No hace falta que te explique que tienes que estarte calladita, ¿verdad?

Negué con la cabeza. Tragué saliva y controlé las lágrimas.

El hombre de la derecha, el francotirador, venía hacia nosotros. Llevaba un pasamontañas negro.

Ezequiel volvió a girarme. Alexander seguía en el ordenador, discutiendo con alguien por los aspavientos que hacía con los brazos, y ahora tenía una luz roja justo en la cabeza.

Sollocé. Ezequiel me cubrió la boca con la mano para amortiguar mis gritos. Intenté que me soltara. No veía nada con las lágrimas excepto esa condenada luz.

—Por favor, no. ¡No! —seguí suplicando para que me soltara, para que no le hiciera nada.

—Te explicaré lo que va a pasar. Tú te vienes conmigo, no gritas, no te resistes, y él vivirá un día más. ¿Lo has entendido?

Asentí. Me dejé caer sobre las rodillas.

—Vamos —ordenó. Me cogió del brazo y tiró para que lo siguiera.

El agarre no fue delicado. Provocó que trastabillara por el camino. Casi corríamos y cuando llegamos a la linde del terreno, donde comenzaban los árboles que rodeaban el monasterio, vi que no había mentido. Había más de diez hombres. Los conté. Los observé en busca de una cara conocida. Todos me miraban de la misma manera que Ezequiel. Con asco. Con odio.

Me arrojó a los brazos del primero que nos cruzamos.

—Dejadla inconsciente.

Grité, pero de nada sirvió.

Aquel hombre no dudó y me dio un golpe con la culata del arma.



46

ALEXANDER

—Keyla, eso es imposible.

Aquella mujer me tenía al borde de un ataque de nervios.

—No me gusta ocultarle esto a Gabriella. Si su hermana está en peligro, debería saberlo.

—No está en peligro.

—¡Sí que lo está, todos lo estáis!

—Pero para eso estás tú, para protegernos.

—Me habéis dejado ciega. No entiendo de quién fue la estúpida idea de iros a un pueblo sin tecnologías. No hay cámaras. No sé cómo mierda quieres que trabaje si estoy en Nueva York —gritó. Tuve que alejar el teléfono.

Aproveché para mirar al exterior en busca de Mia. Keyla seguía y seguía gritando. Aquella noche estaba insoportable. Bueno, llevaba el último mes insoportable.

Arrugué el entrecejo para intentar ver mejor en la oscuridad.

Dejé el móvil sobre la mesa. Que Keyla le gritase a la nada, a ver si el eco le contestaba, porque yo ya no tenía nada más que decirle.

Abrí la puerta y lo primero que sentí fue que algo iba mal. No veía a Mia, y sabía que no se alejaría, porque entonces me

provocaría un miedo tan atroz como el que sentía en ese momento.

—¡Bastián! —grité desgarrándome la garganta.

Los gritos de Keyla que sonaban en la lejanía se habían detenido. No escuchaba nada. Ni siquiera los latidos de mi corazón.

Las sienes me palpitaban.

Las manos me sudaban.

Comencé a caminar. No sabía hacia dónde.

Recorrí cada centímetro del terreno.

—¡Bastián!

No llamé a Mia porque sabía que no estaba aquí, que me la habían arrebatado.

No había llorado desde que era un niño, pero conocía el ruido que se abría paso entre mi pecho y me lo desgarraba… Eran sollozos rotos.

Quería gritar, destrozar el mundo pedazo a pedazo con mis propias manos, prenderle fuego a todo.

La busqué desesperado, llamando a Bastián sin parar.

—¡¿Qué pasa?!

Escuché sus pasos acercándose.

—¡No está!

—¡¿Cómo que no está?!

Encontré lo que estaba buscando. Había pisadas, iban desde los árboles hasta la casa. ¡Joder!

—¡Coge el puto teléfono y encárgate de Keyla! —Bastián me agarró de la camiseta para detenerme—. ¡Suelta! —Le aparté las manos y me deshice de él.

—Tienes que calmarte, hermano. Estás hiperventilando, te está dando un ataque de ansiedad.

—¡Llámala! ¡Ya! —le grité a la cara.

Bastián ni parpadeó. Sacó el móvil y la llamó.

Seguí las huellas y justo frente a la casa vi el brillo. Me acerqué corriendo.

—Se la han llevado —explicó Bastián—. ¡No lo sé, Keyla, estaba todo bien y ha desaparecido!

Un Zippo plateado. El mismo que yo solía usar. Con un nombre grabado.

Ezequiel.

Lo apreté con tanta fuerza que las bisagras crujieron.

Bastián seguía hablando con Keyla.

Entré en la casa y llamé a Enzo.

Dos pitidos y el capo contestó.

No dejé que hablara.

—La tienen. Se la han llevado —informé.

Oí su respiración. Solo eso. Después de unos segundos comenzaron a llegarme los estruendos y los gritos despiadados. Los insultos y las amenazas en italiano. Colgué.

—¿Qué hacemos? ¿Por dónde empezamos a buscar? —preguntó Bastián.

—Nos vamos a Irlanda —sentencié. Arrojé el Zippo al suelo.

—Ya hemos buscado allí.

—¡Pues volveremos a buscar!

—¡Maldito bastardo de mierda! ¡Te dije que no te acercaras a ella! —Enzo volvió a golpearme.

—¡Parad de una vez! —Keyla no dejaba de meterse en medio. Intentábamos tener cuidado, pero aquella mujer era cabezota.

Bastián estaba apoyado en el capó del coche. Todos habíamos viajado a Irlanda. Nosotros fuimos en barco. Enzo había llegado antes que nadie. Vino en el jet de la familia, con quince de sus hombres de confianza que se mantenían a raya, firmes y cautelosos.

Keyla acababa de aterrizar tras un vuelo de casi siete horas, las mismas que llevaba Mia desaparecida.

—Tenemos que ponernos en marcha —indicó Keyla una vez más, y me dio un empujón para que me alejara de Enzo.

Este la miró y le sacó un dedo. Bastián se tapó la boca con el antebrazo para no reírse. Era la primera vez que reaccionaba desde que Mia había desaparecido. Yo la miré fijamente.

—Estoy de acuerdo. Enzo —lo llamé—, mis hombres llegarán mañana por la mañana en diferentes vuelos para no levantar sospechas. ¿Cuántos tienes tú?

Él apretó la mandíbula y volvió a fulminarme con la mirada.

—He traído quince, pero hacen por treinta. En caso de necesitar refuerzos, di órdenes para que lo tuvieran todo preparado. Máximo, mi primo, se encargará mientras tanto. Y mañana llega Iván con los rusos. Supongo que vendrá Gabriella.

Mierda.

Miré a Keyla.

—¿Se lo has contado tú?

—No —interrumpió Enzo—. Lo he llamado y le he dicho que hable con ella. Lo habría averiguado de todas maneras y no quiero que me corte las putas pelotas.

Tenía razón, y cuantos más mejor, pero tener a la hermana de mi

futura esposa —porque era la mujer de mi vida, no tenía ninguna duda—, una loca psicópata y encima preñada de tres meses, no era buena idea. Principalmente me preocupaba que le pasara algo, pero también que acabara liándose a tiros con media ciudad.

—Vamos.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Keyla.

—Levantaremos hasta la última piedra del país. Solo han pasado siete horas. Mis hombres están en ello.

—Carter también nos ayudará, he contactado con él.

—¿Enzo?

—Mis hombres están con ello desde Italia.

Asentí.

—Pues vámonos.



47

MIA

Desperté atada a una silla, amordazada con una especie de cinturón de cuero, lo supe por el olor. Me dolía muchísimo la cabeza, estaba mareada, pero lo peor no era eso, lo peor era el miedo.

Las pulsaciones las tenía aceleradas; la respiración, entrecortada. Estaba cerca de sufrir un ataque de ansiedad.

Me habían colocado en mitad de una sala. Las paredes eran de ladrillos desgastados. Las ventanas estaban sucias, tanto que no habría sabido decir si era de día o de noche. Había un váter y un lavabo en una de las esquinas, no había tabiques ni puertas. Solo unas escaleras viejas de madera. Era un sótano.

No quería llorar. Quería ser fuerte, no tener miedo.

Pero no pude evitar que las lágrimas se me derramaran por la cara, que me asustara y diera un respingo cada vez que escuchaba algún sonido en la planta de arriba.

A diferencia de Enzo y de Gabi, a mí no me habían entrenado para esto. Fingir. Matar. Escapar.

No porque mis padres no insistieran, sino porque yo no quise pasar por ello.

Me arrepentí de no haberlo hecho.

Seguramente mis hermanos mirarían las escaleras y esperarían a que esos hijos de puta bajasen para escupirles en la cara. Sin miedo. Para mandarlos a la mierda. Para asegurarles que los despellejarían vivos incluso estando amordazados y maniatados.

Fabricarían un arma con cualquier cosa que tuvieran a mano.

Lucharían.

Pero yo no era así.

Podía matar a alguien si así protegía a la gente que amaba. Pero ¿eso? Eso era una locura.

Estaba aterrada.

Las horas pasaron y nadie bajó.

Pensé en Alexander, en mis padres, en mis hermanos. Sabía que todos ellos me estarían buscando. Intentaba convencerme a mí misma una y otra vez de que estaría bien, de que pronto saldría de allí. Pero esa otra parte de mí, una que odiaba y que me saboteaba sin cesar, me decía que quizá lo hiciese, sí, pero con los pies por delante, más rota de lo que jamás había estado.



48

GABI

—Me estás ocultando algo, *amore*, y sabes que eso me enfurece.

Señalé a Iván con un dedo.

La noche anterior había recibido una llamada de madrugada. Lo había escuchado salir del dormitorio antes de hablar en susurros.

Quizá en otro momento de mi vida me habría levantado y lo hubiera seguido. Quizá no, seguro. Pero estaba embarazada de tres meses. Solo quería dormir, comer y follar. En ese orden. Así que agarré su almohada, la abracé y me tapé hasta la barbilla.

Pero a la mañana siguiente vi sus ojeras, su mandíbula tensa y su pelo despeinado.

No había ni rastro de Bladi, de Andrei ni de nadie. Joder, incluso Milena había desaparecido.

Mikhail era el único que había en la casa junto con nosotros dos, y el pobre desgraciado no sabía a dónde mirar.

Estábamos en la cocina, yo comía como si no lo hubiera hecho en un mes y ellos… ellos se lanzaban miraditas.

—¿Y bien? —pregunté antes de darle un sorbo a mi café descafeinado. Qué asco.

—¿Has hecho lo que te he pedido? —preguntó Iván a Mikhail.

—Sí, Pakhan —asintió y me miró de reojo.

—¿Seguro? —volvió a preguntarle mi marido con seriedad.

—Seguro.

—Bien. —Iván asintió y pasó a centrar toda su atención en mí.

Alcé una ceja, esperando. Miró los cubiertos que tenía entre las manos.

—Será mejor que comas, mi amor, y después…

—¿Qué mierda está pasando?

Esta vez le apunté con el cuchillo.

—Joder, no hemos pensado en los cubiertos —añadió Mikhail, que se puso en pie y se alejó de la mesa.

Iván gruñó y le dijo que era un imbécil.

—¡Iván!

—Han secuestrado a tu hermana.

Dejé caer las manos sobre la mesa.

—¿Qué?

—Anoche…

—¡¿Anoche?! —grité.

Me puse de pie de un salto. Iván me imitó.

—Sí. Anoche.

—¡¿Y me lo dices ahora?! —Di un manotazo, cabreada.

—Tenías que descansar y yo saber qué había ocurrido para…

—¡Vete a la mierda, joder! ¿Dónde está Enzo? ¿Dónde se la han llevado?

Cogí el móvil y descubrí que el cabronazo de mi hermano no me había dicho ni mu. Nada.

—Enzo está buscándola junto con Alexander y Keyla. Han llamado a Carter y…

—Panda de hijos de puta traidores —susurré. Comencé a buscar el número de Enzo para llamarlo. Iba a matarlos, a todos. Miré a Iván—. ¡Es mi hermana!

—Lo sé.

Estaba enfadada, joder, pero sobre todo aterrada.

Escuché los pitidos que indicaban que el móvil de Enzo estaba operativo, pero no contestó. Llamé a Keyla, a Carter. Nada.

Arrojé el móvil contra la pared.

—¡Cálmate! —gruñó Iván. Había esquivado el lanzamiento por los pelos.

—Me voy a buscarla.

Ignoré sus gritos y amenazas. Subí las escaleras de dos en dos. Aguanté las náuseas y el calor como pude. Abrí el armario y saqué una bolsa de viaje. Comencé a meter ropa como loca y las armas que encontré escondidas en el ropero. Estaba arrodillada en el suelo. Tuve que controlar las ganas de llorar. Putas hormonas de mierda.

—*Amore* —susurró Iván.

No me había fijado en que llevaba un traje de combate en vez de su traje de todas las mañanas. Era el embarazo. Hacía que pasase cosas por alto que antes hubiera descubierto con solo un vistazo.

—¿Qué?

—¿Puedes tranquilizarte dos minutos? No necesito más.

Asentí, llorando. Hipando.

—Tengo a todos mis hombres preparados. Vamos a ir a por ella y la llevaremos a casa sana y salva, ¿entendido?

Volví a asentir.

—Pero tú te quedarás aquí —ordenó con ese tono que no admitía réplica.

Dejé de llorar automáticamente.

Solté la camiseta que tenía entre las manos y agarré una Glock.

Iván dio dos pasos atrás.

—*Moya Koroleva*…

—Te diré lo que va a pasar —susurré.

—¡Estás embarazada! —gritó—. ¡No permitiré que pongas tu vida y la de nuestra hija en peligro!

—Iré con vosotros, mataré a esa panda de hijos de puta con mis propias manos —seguí susurrando mientras Iván gritaba a saber qué cosas. Mikhail nos miraba desde el pasillo con una sonrisa—. Y que sea la última vez que me dices lo que tengo que hacer —amenacé.

—No irás.

—Voy a hacerlo, porque si no jamás te lo perdonaré, ¿me oyes? ¡Cogeré esa maldita puerta y me iré!

Iván por fin se calló.

—¿Estás amenazando con dejarme? —preguntó—. ¿Otra vez?

—Sí.

—No serías capaz —susurró entre dientes.

—Sí, sí que sería capaz si a otro de mis hermanos le pasara algo y yo no estuviera allí para ayudarlo —juré.

Él conocía el trauma, el dolor y la mierda que tenía dentro desde la muerte de Luca. Si a Mia, mi otra mitad, le pasara cualquier cosa y yo no hubiera hecho nada… Él lo sabía.

Miró a Mikhail y asintió.

—Tenía que intentarlo —suspiró—. Vamos.



49

MIA

Estaba medio dormida, exhausta por el agotamiento, cuando escuché el sonido de la puerta. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Me había orinado encima. Estaba mareada. Agotada.

Levanté la cabeza poco a poco, como pude.

Ezequiel estaba frente a mí, lucía un traje a medida e iba acompañado por dos hombres. Uno de ellos se acercó y me quitó el cinturón.

El dolor me destelleó en la cabeza. Me dolía la mandíbula de haberla tenido abierta tanto tiempo. No solo eso, las costuras me habían hecho rozaduras que debían de estar infectadas. Me ardía la cara, la notaba inflamada.

—Ezequiel… —susurré con la voz rota. Me dolía la garganta. Estaba muerta de sed.

—Mia Bianchi, nada más y nada menos. No esperaba que la hija del gran Leonardo acabara siendo la puta del Carnicero.

—Yo no soy ninguna…

—Cállate —ordenó—. Aquí solo hablo yo. A no ser que te pregunte, entonces quiero que me respondas y que sea con sinceridad.

Me mordí la lengua y asentí. Los miré a los tres. Aquello no acabaría bien.

—Espero que hayas descansado —añadió mientras se crujía los dedos y antes de que su compañero le pasara el cinturón con el que me había tenido amordazada—. ¿Ves esto? —Asentí otra vez—. Espero que seas lo suficiente inteligente para saber lo que viene ahora, *principessa*.

Nunca me enseñaron a aguantar un interrogatorio. A Gabi y a Enzo, sí. Cuando Gabi salía de esos «entrenamientos», se encerraba en su habitación durante días. Yo siempre intentaba entrar para cuidarla, para comprobar que estuviera bien, pero ella atrancaba la puerta y salía días después como si nada hubiera pasado.

Enzo actuaba parecido, solo que esos días se emborrachaba hasta perder el conocimiento, aunque su aislamiento no duraba tanto como el de Gabi.

Pero yo no sabía.

No quería saberlo.

—Ah, y una cosa, *principessa*, esto no lo hago para que me digas dónde está ese cabronazo —amenazó en un susurro y apoyó ambas manos en mis muslos. La bilis me subió por la garganta por el roce, por el olor a alcohol que desprendía junto con el del tabaco rancio—. Esto lo hago para hacerlo sufrir. —Cuando se apartó, vi que sus hombres habían colocado justo frente a mí un trípode—. Sonríe a la cámara. Al Carnicero le encantará ver tu sonrisa.

Me habían traído al infierno.

Supliqué entre hipidos, jadeos. Grité.

Pedí clemencia.

Pero nadie me escuchó.

Hasta que dejé de hacerlo y me fui a un lugar oscuro y tranquilo.



50

KEYLA

—Tienes que descansar —susurré sobre la frente de mi amiga.

Mia llevaba desaparecida doce días. Lo había intentado todo.

Gabi estaba al borde de la depresión, junto con un ataque psicótico. Enzo iba todo el día de coca hasta el culo, desquiciado. Una bomba italiana que reventaría en cualquier momento.

Alexander… Alexander se había convertido en un arma de destrucción masiva a todas horas del día. Bastián era el único capaz de dominarlo, de calmarlo. Estaba fuera de control. No hablaba. No comía apenas y cuando lo hacía era bajo amenaza.

Los únicos que manteníamos la cordura éramos el resto, y lo hacíamos por ellos, por Mia. Iván llamó a muchos de sus contactos, Enzo igual. Gabi amenazó a un montón de gente y el Carnicero se puso la máscara y salió a cazar cada noche.

Teníamos soldados, ayuda, pero ninguna pista.

Yo no sabía qué más hacer. Incluso Carter me dijo que estábamos en un callejón sin salida.

Andrei, el tercero al mando de la Bratva, trabajaba conmigo codo con codo. Un niñato repelente que me ponía de los nervios, pero era eficaz.

Habíamos montado una casa franca en mitad de la nada. Llena de hombres, armas, munición… Gabriella hacía que su marido trajera cada día un nuevo cargamento, y él obedecía encantado a cambio de que ella comiera y durmiera un rato. Al final caía rendida. Todos la teníamos vigilada.

—¿Nada? —preguntó Alexander derrotado.

Acababa de llegar, aún con la máscara puesta, llena de salpicaduras de sangre.

Negué con la cabeza.

Andrei me pasó una taza de café y le ofreció otra a Alexander. Este negó con un gruñido y se marchó.

Miré a Andrei antes de centrarme en el ordenador. Era muy guapo, pero en aquel momento eso no importaba.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó tras sentarse a mi lado con un suspiro.

—Revisa de nuevo las cámaras del aeropuerto.

—¿Otra vez?

—Andrei —respondí frustrada—, no tenemos nada. Ni una mierda. Hay que empezar de cero y da igual las veces que tengamos que hacerlo.

Se le escapó una pequeña sonrisa.

—A sus órdenes.



51

MIA

—Abre la boca —susurró una dulce voz.

Apreté los labios con fuerza.

Me estaban tocando. No quería que me tocaran. Dolía.

Quería gritar, decir algo, pero la garganta no me respondía. Los gritos… No tenía voz. Daba todo igual.

—Vamos, por favor. Es agua —susurró.

Abrí un poco los ojos.

Era una mujer. Me miraba preocupada, me suplicaba que le hiciera caso, antes de observar a sus espaldas.

—Tienes que hidratarte. Te he traído medicinas. Él no puede saberlo.

Abrí los labios. Los sentía resecos. Agrietados.

Me pesaba la cabeza. El dolor era insoportable.

—Así. Muy bien.

Asintió frenética.

Gemí cuando el agua me pasó por la garganta. Quemaba.

—Lo sé. Lo sé —aseguró—. Ahora las pastillas.

Negué.

Dos lágrimas me cayeron por la mejilla.

—¿Puedes tragarlas? —Volví a negar—. Vale, voy a machacarlas. Esto te aliviará el dolor. —Me miró de arriba abajo—. Son fuertes, te dejarán fuera de juego unas horas. Te vendrán bien para descansar. —Parpadeé—. Le he pedido que te suelte de la silla para que puedas… ir al baño o moverte. No sé si me hará caso. —Esa última parte la dijo enfadada—. Hoy no volverá. Pero mañana… dile todo lo que quiera saber.

Me puso el vaso en la boca, donde había vaciado el polvo de las pastillas. Bebí poco a poco.

—Me llamo Nicole.

—Mi… a —susurré.

—Sé quién eres.

—Ayúdame.

—No puedo. No puedo hacer más que esto o me matará.

—Mi familia… te sacará de aquí. —Me suponía un grandísimo esfuerzo hablar—. Por favor —supliqué.

Se escuchó un ruido en la lejanía.

—¡Han vuelto! —dijo asustada—. Si se entera de que he bajado…

Se separó de mí, lo recogió todo y se marchó.



52

NICOLE

Mi marido acababa de regresar.

Volví a cerrar la puerta del sótano con llave. Subí las escaleras de dos en dos y me encerré en mi habitación.

Esa casa era mi nueva cárcel.

Donde él iba, debía acompañarlo.

Me había hablado de la chica que tenía abajo. Me había contado todo lo que le habían hecho con una sonrisa. Bajar a verla era arriesgar mi vida más de lo que lo hacía cada día a su lado.

Nos habíamos casado hacía poco y ese había sido mi segundo error. El primero fue conocerlo. El tercero, creer que él me amaba. El cuarto, ser una cobarde que no luchaba por escapar. Lo había intentado una vez y como consecuencia había acabado en el hospital durante un mes por un supuesto accidente de coche.

No había vuelto a tener el valor de desafiarlo. Hasta esa noche.

No sabía por qué lo había hecho. Si me hubieran descubierto… Pero era una mujer, una muchacha que no había hecho nada malo en la vida. No quería dejarla sola. No quería que pasara por lo mismo que yo.

Sabía que apenas le daba agua o comida, que la torturaba cada

día para sacarle información y grabarla para mandarle los vídeos a la persona a la que en realidad quería en esa silla, pero era tan cobarde que no conseguía atraparlo.

Era un cabrón enfermizo. Y yo no podía permitir que siguiera haciendo eso.

Quería ayudarla. Pero si él se enteraba…



53

ALEXANDER

No podía más. Si me mantenía en pie, era por ella. Si seguía respirando, era por ella. Tenía que encontrarla. Cada noche miraba mi arma, desesperado por pegarme un tiro, pero no podía, no hasta que ella estuviera a salvo.

Seguíamos sin tener nada.

No podía dejar de pensar en si seguiría viva. No podía hacer nada, solo buscar, matar, torturar, amenazar.

Bastián y Mikhail me acompañaban en cada búsqueda. Enzo se iba con sus hombres por otra parte para cerrar los perímetros.

No teníamos nada y aun así yo sabía que permanecía en Irlanda. ¿Dónde? Nos faltaba la localización exacta, pero estaba seguro de que se encontraba allí. El lugar donde todo empezó.

No recibí mensajes de ese cabrón, excepto el de la primera noche, y ojalá se hubiera puesto en contacto conmigo. Ojalá hubiera tenido más información.

Gabriella no podía ni mirarme a la cara sin estallar en insultos y amenazas, hasta que su marido la rodeaba con los brazos y la llevaba a la planta de arriba.

Mia

Me habían traído una cama, un colchón que arrojaron al suelo. Después me soltaron. Dejaron una botella de agua y un poco de comida en una bolsa encima de la cama y se marcharon.

Intenté levantarme de la silla, pero tenía las piernas entumecidas.

Después de mucho tiempo, conseguí ponerme en pie.

Llegué dando tumbos. Caí de bruces sobre el colchón y sentí el dolor en todos los huesos del cuerpo hasta quedarme inconsciente.

Nicole volvió en algún momento con más medicinas. Nada de ropa limpia o descubrirían que había estado allí. Aunque eso era lo que menos me preocupaba.

Volví a pedirle ayuda. Le di el teléfono de mi hermana, me lo sabía de memoria, la dirección de Enzo, el nombre de la empresa de Alexander. Le di datos para que actuara, pero no hablaba.

Ezequiel no había vuelto a bajar.

Había suplicado, rogado y llorado, pero no me habían quebrado.

Dicen que el dolor está en la mente. Yo puedo asegurar que no, pero no acabaría conmigo. Había sufrido cosas peores, como la muerte de mi hermano Luca, aquello sí que dolía; como ver a mi madre perder la cabeza, a Enzo volverse un adicto y no poder hacer nada porque era su forma de escapar de la realidad, a Gabi planear una venganza suicida y a mi padre llorar tan fuerte hasta doblegarse. Eso sí que dolía.

Me había vuelto una egoísta de mierda. Me había refugiado en la Toscana y había dejado que todas esas personas que tanto decía amar se hundieran poco a poco, que la mierda les sobrepasara mientras yo hacía ¿qué? Llevar un restaurante.

No.

El dolor no podría conmigo.

Saldría de allí y les suplicaría que me perdonasen.

Las medicinas de Nicole me dejaban inconsciente y cuando despertaba me sentía mejor. Había tenido demasiado tiempo para pensar y había llegado a la conclusión de que no podía perdonarme a mí misma.



54

KEYLA

Me encontraba tras Andrei, apoyada en la silla en la que estaba sentado, mientras repasaba con él una de las grabaciones del aeropuerto más cercano a la Toscana.

Un hombre me llamó la atención.

—Para —ordené.

Andrei fue rápido. En otro momento hubiera admirado la celeridad de sus dedos, la precisión, pero mi mente estaba en otra parte. La de todos. Estábamos agotados psicológicamente.

La presión era asfixiante.

—¿Ese? —Señaló con un dedo la pantalla para ampliarla.

Asentí con frenesí y me fui a mi ordenador.

—Dime la hora exacta de la grabación.

Las abrí en mi ordenador y busqué.

Habíamos vuelto a empezar de cero y nos habíamos remontado a casi un mes y medio antes del secuestro.

Aquel hombre no tenía nada de especial, pero después de tantas reproducciones había algo que me decía que era él.

Andrei y yo estábamos agotados. Nos turnábamos para dormir y comíamos en la sala donde estaba instalado el equipo. No salíamos

de allí excepto para ir al baño, o Andrei para fumar. Me contó que no solía hacerlo, pero que en esos momentos lo necesitaba.

Me dio las coordenadas y recé.

—¿Qué buscamos? —preguntó mientras las anotaba y volvía atrás.

Me gustaba cuando era así de metódico y preciso. No era de muchas palabras. Estaba concentrado en el trabajo. De vez en cuando soltaba algún comentario que me hacía sonreír o mirarlo; entonces descubría que él me devolvía la mirada y la sonrisa. Era preciosa.

Hacía tiempo que no estaba con un hombre. Bueno, con nadie. Era bisexual y casi siempre prefería a las mujeres, pero Andrei tenía ese aura de chico callado y misterioso que vuelve locas a todas las mujeres. Ese misterio… Era como tirar un dado. Suerte. A veces descubres que el envoltorio era interesante, pero que luego no era para tanto. Otras descubres que ese misterio es oscuro, fuerte y muy apetecible.

Parpadeé y volví a la realidad.

—Vuelo. Llegada y salida. Lugar de origen del pasajero —dije mientras abría todas las cámaras del aeropuerto a esa hora exacta —. Si va acompañado o si interactúa con otra persona. Y, por supuesto, revisar las cámaras del aeropuerto, tanto de este como del que proviene, horas previas y posteriores. Luego todas las cámaras cercanas…

Paré para respirar, pero al mirar a mi derecha vi que Andrei me miraba.

—¿Qué? —pregunté.

—Cuando hablas así de rápido me pregunto si eres humana —

admitió antes de ponerse en pie para ir a la pequeña nevera que nos habíamos traído.

Cogió dos bebidas energéticas y se acercó para pasarme una.

—Gracias.

—De nada. —Se sentó y se puso las gafas.

Cuando se las ponía… Quería que me castigara por ser una chica mala.

Mierda.

Miré la pantalla y me recordé a mí misma que tenía que concentrarme.

ALEXANDER

Keyla y Andrei tenían algo.

Cuando nos lo dijeron, los hermanaos Bianchi y yo nos pegamos a sus espaldas para observar cada segundo de la grabación.

Pero entonces recordé…

—¡La gala, joder! —grité buscando a Bastián—. ¡La puta gala de mierda!

Todos me miraron sin entender nada. Excepto Bastián.

—El 12 de noviembre. A las ocho y media en Viena —indicó a Keyla.

Esta se puso en acción sin preguntar nada. Andrei se acercó a ella para ver lo mismo que los demás.

Era un imbécil. Un maldito estúpido. Me llevé ambas manos a la cara. ¿Cómo no había caído en ese día? Joder. Me dejé caer en el sillón que Iván había colocado allí para que uno de los dos descansara, o para que su mujer se sentara mientras le ladraba órdenes a Andrei y este la mandaba a tomar por culo.

Sentí una mano sobre el hombro.

—Yo tampoco había caído en ese día —confeso Bastián.

Sabía que intentaba consolarme.

—¿Cómo es físicamente? —preguntó Gabi.

Iván estaba tras ella, la rodeaba por la cintura.

Bastián tomó la palabra y yo me puse en pie para ver lo mismo que Keyla.

Hasta que lo vi.

—Para —ordené. Entrecerré los ojos y lo vi. Allí estaba ese hijo de la grandísima puta—. Ese es —indiqué con el dedo. Ojalá pudiera traspasar la pantalla para matarlo.

—¿Estás seguro? —preguntó Andrei. Asentí sin quitar la mirada de la imagen—. Pues vamos a por ese cabrón.



55

MIA

Nicole volvió a bajar dos días después de que su marido y sus hombres me visitaran.

—Quiero un arma.

Nicole miró sobre su hombro y asintió.

—Voy a ayudarte —susurró—, pero no puedo bajarte un arma. Él lo sabría.

—Un cuchillo, entonces. De cocina mismo.

—Vale.

—Tú y yo tenemos que salir de aquí, ¿me oyes? —insistí.

Nicole no estaba bien y no quería imaginar las marcas que tendría en el cuerpo. Me había fijado en que siempre llevaba manga larga y cuello alto, aunque no hiciera frío.

Asintió y se puso en pie.

—Mi familia vendrá, Nicole. Tarde o temprano lo hará.

Estaba totalmente segura de eso. No tenía ninguna duda y aquello era lo único que me mantenía cuerda en aquel momento. El dolor se había vuelto insignificante comparado con la rabia.

Quería matarlos, a todos ellos, a los que me habían llevado allí. Quería hacerles pagar por lo que me habían hecho.

Andrei dio con él. Lo rastrearon hasta llegar a Irlanda, justo donde estábamos, pero se encontraba a más de tres horas en coche.

—Tenemos que conseguir varios vehículos. No solo para nosotros, sino para las armas. No sabemos lo que nos encontraremos allí —indicó Iván.

Miré el mapa de las hectáreas del terreno y los planos de la mansión, todo obra de mis chicos. Los llamé y les di las mismas coordenadas que a Keyla para que buscaran más información. No era lo mismo dos personas que doce.

—Seguramente la tenga en el sótano —añadió Mikhail, cruzado de brazos—, a no ser que haya algún otro tipo de edificación en los terrenos.

—En menos de una hora lo sabremos. —Keyla seguía la conversación a la misma vez que intentaba hackear el sistema de seguridad. Llevaba así desde la noche anterior.

—Minerva está de camino. —Asentí cuando mi hermano entró con el móvil pegado a la oreja—. Llegará en menos de una hora.

—Dile que consiga un vehículo grande que pase desapercibido. Que pague en metálico y que use la documentación falsa —contesté.

—¿Lo has escuchado? —preguntó Bastián, que asintió para darme a entender que eso estaba hecho.

—Mis hombres nos traerán lo vehículos, por eso no os preocupéis —indicó Enzo—. Dile a esa amiga tuya que no alquile nada. Usaremos coches robados.

—La policía podría detenernos, imbécil —añadió Gabi.

—Esos caminos están desiertos, joder. Y si la policía nos para, usaremos documentación falsa. Y si no les convence, les pegamos

un puto tiro. —Enzo estaba fuera de control.

—¿Keyla? —pregunté.

—Treinta y nueve minutos —respondió con la vista fija en la pantalla.

En cuarenta minutos la seguridad de aquel lugar caería. En cuarenta minutos podría ir y reventarle la cabeza a ese cabrón. En cuarenta minutos volvería a ver los ojos más bonitos y la sonrisa más sincera que jamás hubiera visto.



56

ALEXANDER

—¡Lo tengo! —exclamó Keyla.

Andrei se puso en pie para ver lo mismo que ella. Habíamos accedido a las cámaras de la mansión.

—¿Dónde está? —pregunté cerniéndome sobre su espalda.

Keyla comenzó a cambiar de cámara, una tras otra.

Nada.

—No hay cámaras en el sótano —explicó—. En los planos aparece, Alexander. Seguro que la tienen allí.

Asentí mientras me convencía a mí mismo de que estaba viva.

Tenía la dirección. Tenía acceso a la mansión. Era hora de irme.

Me incorporé y sin decir nada más salí de la sala en busca de mis armas.

Subí las escaleras de dos en dos.

Se estaba formando un tremendo revuelo entre los integrantes de la casa. Unos decían de planear el asalto. Otros de ir ya. Gabriella era de las de mi pensamiento. Cuando me puse la máscara y bajé cargado con todo lo necesario, me estaba esperando en el vestíbulo, armada hasta los dientes.

—¿Vamos? —preguntó colocándose sobre el hombro un

lanzagranadas. Me hubiera reído si no fuera por la situación. El arma casi era más grande que ella.

—Vamos.

Los gritos seguían sonando a nuestro alrededor y, cuando todos vieron que nos dirigíamos a la puerta, se hizo el silencio.

—¿A dónde coño crees que vas, Gabi? —gritó su marido.

Esta siguió andando y rodeó el pomo para tirar con fuerza. Cuando abrió la puerta vi a Minerva con la mano alzada, seguramente a punto de llamar. Me miró extrañada.

—¿Nos vamos ya? —preguntó.

Asentí y ella hizo lo mismo.

Gabriella pasó por su lado, mirándola de arriba abajo.

—¿Vienes? —le preguntó.

—Sí. Soy amiga de tu hermana.

—Perfecto.

Ambas se dieron la vuelta en dirección a los vehículos que los hombres de Enzo habían robado.

—¡Gabi! —gritó Iván, que se acercaba a ella a pasos agigantados con dos chalecos antibalas en la mano.

Bastián ya se colocaba el suyo. Mikhail y Enzo ladraban órdenes sin parar para que el resto de los hombres se prepararan porque nos íbamos ya de ya.

—Tú conduces —ordené a Bastián.

Este abrió la puerta de la furgoneta para que ambas mujeres pasaran. Iván se sentó frente a su mujer, cargando el arma. Yo me subí en el asiento del copiloto.

Enzo salió de la casa y sus hombres lo siguieron. Se paró en seco cuando miró en nuestra dirección.

—¡Vamos! —grité. Me estaban poniendo de los nervios.

—¡¿Qué cojones hace esa zorra aquí?!

Miré atrás y vi que apuntaba a Minerva. Estaba blanca como la leche.

—¿Lo conoces? —pregunté extrañado.

—Le robé un cuadro muy caro —susurró mirando a Gabi de reojo. Esta resopló.

—Me gustas —indicó antes de devolverme la mirada—. Vámonos, Carnicero.

Asentí y miré a Bastián.

—¡Eh! —exclamó Enzo caminando hacia nosotros. Antes de que llegara, Minerva le cerró la puerta en las narices y le pidió a Bastián que arrancara—. ¡Te mataré!

Minerva seguía agarrada al manillar de la puerta, mirando a la nada. Gabi la observaba como una leona, agazapada, buscando su punto débil, pero no sabía que Minerva también tenía uñas.

—¿Qué? —le acabó preguntando esta.

—Te has follado a mi hermano, ¿a que sí? —preguntó Gabi con una sonrisa siniestra.

Minerva se sonrojó, cosa que jamás había visto en mi vida.

—Fue hace un par de años. Y no lo hice para robarle el cuadro como él cree —confesó de vuelta a su asiento.

—¿Te lo tiraste y después le robaste?

—Sí.

Gabi estalló en carcajadas. Después de eso, nadie dijo nada.

—Ahora me gustas mucho más.

Estacionamos a varios kilómetros del lugar donde tenían a Mia. Debíamos ponernos de acuerdo en cómo acceder a la mansión. El tema de las armas estaba controlado. Mikhail y Andrei habían hecho un conteo y una lista antes de que descubriéramos el paradero de Mia. Lo habían organizado todo y cuando los hombres de Enzo trajeron los vehículos robados solo tuvimos que meterlo todo dentro.

Keyla se había quedado en la casa para informarnos de cada paso que dieran los irlandeses. Andrei iba a venir, pero Iván le ordenó que se quedase allí, que ayudara a Keyla y que vigilara las carreteras cercanas, además de pinchar la radio de la policía.

Esa era otra cosa.

Necesitábamos salir del país cuando todo terminara sin levantar sospechas. No queríamos que nada de lo que ocurriera esa noche llegara a investigarse. Keyla nos aseguró, junto con Andrei, que una vez que sacáramos de allí a Mia reventaría el sistema gracias a un programa que había creado Carter y que eliminaría cualquier prueba que pudiera incriminarnos.

Andrei había guiado a los hombres de Enzo paso a paso a la hora de robar los vehículos, utilizando los puntos ciegos de la ciudad para movernos. No solo por la policía, sino por los irlandeses. Usamos su misma técnica contra ellos.

Mikhail comenzó a repartir intercomunicadores para cada uno. Agarré uno para mí y otro para Bastián.

—No te despegues de mi lado —indiqué.

Al llegar al punto de encuentro, Enzo me sorprendió. No volvió a dirigirle a Minerva ni una palabra, ni siquiera la miró, pero apostaría todo lo que tenía a que por dentro debía de estar como un volcán rebosante de lava que estallaba y salpicaba por todas partes.

Minerva se mantenía todo el rato junto a nosotros con una AK-47 entre los brazos y lo miraba de soslayo.

Iván no le quitaba la vista de encima a su mujer mientras ladraba órdenes en ruso.

Al principio me extrañó que su mano derecha, Bladimir, no estuviera allí. Hacía un par de días le había preguntado por el viejo y me contestó con una sonrisa malévola que alguien se debía encargar de los negocios en su ausencia. Añadió que Milena, su antigua ama de llaves, que ahora formaba parte de los equipos de asalto, iría con él para aprender más sobre el negocio.

No me pasó por alto el gruñido que le dedicó Mikhail ni la sonrisa que le devolvieron el Pakhan y su mujer.

Miré la mansión desde la lejanía. La rodeaban altos muros de piedra oscura. Había cámaras apostadas que vigilaban tanto el exterior como el interior.

Pulsé el intercomunicador.

—¿Cuántos hombres? —pregunté a Keyla.

—Hola de nuevo a ti también —dijo, suspirando con ironía—. Cincuenta. Veinte fuera, el resto están dentro.

—¿Dónde está él?

—En la planta superior. Tercera puerta a la izquierda.

Asentí, aunque no pudiera verme.

—Yo me encargaré de él. —Hablé en voz alta para que todos me escucharan—. El resto, matad a los demás y sacad a Mia de ahí. Tenemos entrar sin levantar sospechas o irán a por ella.

—Va a ser complicado con veinte hombres en el exterior —indicó Mikhail.

—Keyla y Andrei nos guiarán.

—Primero que una avanzadilla con mis hombres abra paso —agregó Enzo—. Cuando esté todo despejado, entraremos el resto.

—Yo iré con ellos. —Me ajusté la máscara y los miré a todos para comprobar que estuvieran de acuerdo. Aunque me daba igual si les parecía bien o no. Entraría ahí el primero. Sí o sí.

—Dos de mis chicos son excelente francotiradores —informó Iván —. Os protegerán las espaldas en caso de necesitarlo.

—Sí, pero solo en caso extremo —interrumpió Gabi a su marido —. Intentad acabar con ellos sin hacer ruido. Necesitamos el factor sorpresa, aunque seamos más.

Sacamos el mapa de los terrenos y de la mansión y establecimos las posiciones de cada uno. Minerva entraría pegada a Bastián en todo momento, y junto con Enzo se encargarían de bajar a por Mia. Iván y Mikhail irían por la parte trasera de la casa para llevar hacia allí a los hombres de Ezequiel, mientras el equipo de avanzadilla y yo accedíamos por la entrada principal y subíamos a la parte de arriba.

Mi instinto me decía que fuera a por Mia, pero el psicópata que había en mi interior me susurraba una y otra vez que tenía que asegurarme de que aquel hombre acabara muerto, o ella seguiría en peligro.

Miré a ambos lados. Observé a todas las personas que estaban allí y memoricé sus rostros. Quizá algunos de ellos no verían un nuevo amanecer, y creo que eso mismo pensó Iván antes de darle un beso apasionado a su mujer para después hacerle una llave que la dejó inconsciente.

—Vosotros tres —apuntó con el dedo a sus hombres—, vigiladla y protegedla con vuestra vida. Y si se despierta, corred.



57

ALEXANDER

Era ahora o nunca.

Keyla había desactivado la seguridad del recinto. Las cámaras de vigilancia reproducían las mismas imágenes una y otra vez. Eso solo nos daría algunos minutos de ventaja antes de que se dieran cuenta de que algo pasaba.

Abrí la reja con las manos enguantadas y la vista al frente. Tenía la boca seca.

Chirrió un poco y pasé de la susurrante arena al crujido de la gravilla.

Avanzamos por los flancos refugiados en la oscuridad y al amparo de los muros hasta llegar a la altura de la fachada.

Agarré los cuchillos con más fuerza mientras encabezaba la marcha de la parte derecha. Solo se oían nuestras respiraciones y las suaves pisadas.

—Hemos llegado al punto uno —indiqué antes de levantar la mano para detenernos. Los hombres de Enzo hicieron lo mismo.

Miré a mis espaldas para hacerles un gesto con la cabeza. Era hora de acabar con el enemigo.

—Accediendo —informó Mikhail.

Avancé de nuevo y esta vez fui directo a por mi objetivo. Había dos hombres apostados en la puerta principal. Me verían llegar.

Me apoyé en el muro de la casa y giré la esquina.

Escuché el primer disparo a mis espaldas.

Me lancé a por ellos. Al primero lo agarré y lo pegué a mi cuerpo para protegerme. Le rajé el cuello antes de que pudiera reaccionar. El segundo se apartó y sacó su arma. Usé el cuerpo de su compañero como escudo y lo empujé contra él. Ambos cayeron al suelo. Le lancé uno de mis cuchillos y acertó en la mano que sujetaba el arma. Gritó. Me agaché y saqué otro cuchillo.

—¿Dónde está ella? —pregunté pegado a su cara y colocándole el arma en el cuello.

—¿La zorra italiana? —Comenzó a reírse y aseguró que ya estaba muerta.

Oí los disparos. Los gritos.

Lo maté con saña. Aquello no era cierto. Ella no estaba muerta, porque si no yo lo sabría. Lo notaría hasta en los huesos.

—¡Avanzamos! —informó la voz de mi hermano.

Los hombres de Enzo llegaron a la entrada de la casa.

—Todo limpio —me dijo el segundo al mando de los italianos.

Asentí antes de dirigirme a la puerta principal. Se abrió de golpe y cuatro hombres nos recibieron a balazos.

Mia

Me puse en pie cuando escuché el primer disparo. Estaban aquí. Eran ellos. Lo sabía.

Agarré el cuchillo que Nicole me había dado y me preparé lo mejor que pude. Esos cabrones bajarían a por mí antes de que mi

familia llegara, antes de que viniera Alexander.

Me dolía todo el cuerpo. Tenía las manos y los pies encadenados, pero aun así podría lanzarles el cuchillo desde donde estaba. Aun así podría rajarles la garganta.

Se oía el retumbar de unos pasos en la planta principal. Los gritos.

Se me saltaron las lágrimas.

Había soportado un infierno y volvería a hacerlo solo por verlos un día más, solo para vivir un día más.

Había adelgazado tanto que la ropa se me caía. Apenas tiraba de mi cuerpo.

Tenía que salir de aquí y llevarme conmigo a Nicole.

Tras unos minutos que me parecieron eternos y escuchar el infierno que se estaba desatando, oí el sonido de la puerta que daba al sótano.



58

BASTIÁN

Minerva y yo entramos por la puerta principal cuando quedó despejada. Enzo protegía nuestra retaguardia. Al llegar, vimos a Alexander subir por las escaleras mientras lanzaba cuchillos a todo aquel que se moviera, y los hombres de Enzo limpiaban el resto de la casa.

Iván y Mikhail ya habían entrado por la parte trasera después de volar por los aires casi todo el terreno a sus espaldas.

—Vamos, vamos —susurré a Minerva.

—Girad a la izquierda —indicó Keyla.

Obedecimos con las armas apuntando al frente.

—Os veo —indicó—. Es la puerta del fondo.

—Os espero aquí —informó Enzo, que protegía el pasillo.

Agarré el pomo y lo giré. Estaba cerrada con llave. Le di tres patadas para intentar echarla abajo, hasta que Minerva me apartó de un empujón y le pegó dos disparos. La puerta se abrió y bajamos.

MIA

Conocía el sonido de las botas que bajaban por las escaleras.

—¡Bastián! —sollocé.

Bajó los peldaños de dos en dos después de comprobar que no hubiera nadie más en el sótano, seguido de Minerva.

Ambos me miraron de arriba abajo. Se les ensombreció el rostro.

—Perdóname —susurró Bastián cuando estuvo cerca.

Negué con la cabeza.

—Tenemos que soltarla. Hola, preciosa. —La sonrisa triste de Minerva solo era un indicativo de lo mal que me veía.

Bastián no dejaba de mirarme. Estaba impactado y sabía lo que estaba viendo: la ropa sucia, los cortes por todo el cuerpo, incluso en la cara, las quemaduras.

Volví a negar con la cabeza.

—No —susurré con la garganta cerrada—. No es culpa vuestra.

Bastián aferró el arma y disparó a las cadenas que se anclaban a la pared.

—Es culpa nuestra que fueran a por ti —añadió sin mirarme a la cara—, y jamás podré perdonarme lo que te han hecho.

Minerva me agarró la mano con delicadeza para que la siguiera.

—Tenemos que salir de aquí. ¿Puedes andar? —preguntó con cariño.

—Por supuesto que puedo —contesté—. Deja de mirarme así —supliqué a Bastián—. Estoy bien. —Fue a responderme y lo callé con un dedo—. Estaré bien.

Bastián arrojó el arma al suelo para desabrocharse el chaleco antibalas.

—No.

—Hazlo por mí —pidió en un susurró.

Negué con la cabeza, pero él no se rindió. Me colocó el chaleco y

me besó en la frente. Después asintió y se dio la vuelta para salir de aquel maldito agujero. Hasta que se paró en seco. Se había llevado la mano derecha a la oreja, donde vi que tenía un intercomunicador. Gritó que corriéramos con el terror grabado en sus facciones.



59

MINERVA

—¡Salid de ahí! ¡Ya! —gritó Keyla por los intercomunicadores—. ¡Vienen más hombres! ¡Vienen refuerzos!

Miré a Bastián antes de coger la mano de Mia con más fuerza. No quería hacerle daño, no más del que esos cabrones le habían hecho. Su piel estaba blanquecina, inflamada en aquellos lugares donde tenía heridas, que eran muchas. Apenas quedaba un trozo de piel sana en ella. Algunas supuraban por la infección. Debía de tener fiebre por el brillo de sus ojos.

Cuando Alexander la viera, se pegaría un tiro en la cabeza.

Corrí mientras tiraba de ella. Escuchaba sus jadeos tras de mí. Me paré para subirla a mis espaldas y, cuando vio mis intenciones, me mandó a la mierda y aseguró que saldría de allí por su propio pie.

—¿La tenéis? —preguntó Alexander por el intercomunicador entre jadeos y ruidos indicativos de una pelea.

—La tenemos —informó Bastián.

—Sacadla de aquí y largaos, ¡ya! Yo me encargo del resto.

—¡Vete o acabarás muerto! —gritó Keyla.

—¿Cómo está? —exigió saber Alexander.

Salimos del sótano y vimos la carnicería que se había montado en

la puerta principal.

Enzo había tenido que abandonar su posición al final del pasillo para situarse justo en la pared contraria. Estaba agazapado y disparaba a diferentes ángulos, con la cara y el pelo salpicados de sangre.

—Mierda. Los refuerzos han llegado —informé.

Si queríamos salir de allí, tendríamos que hacerlo a la fuerza.

—Minerva, ¿cómo está? —suplicó Alexander con voz rota.

Miré a Bastián buscando ayuda, que me dijera qué contestarle.

—Está viva —aseguré—. La puerta principal está infestada. No podemos salir, no sin heridos.

—Ya vamos para allá.

Esa voz era de uno de los rusos. Mikhail.

Mia

Me dolían las costillas solo por respirar. La carrera desde el sótano hasta la puerta principal de la mansión me había pasado factura.

Bastián se había adelantado y no paraba de disparar a los hombres que llegaban en tropel.

Escuché los gritos y detonaciones que venían de la parte trasera.

Vi llegar a Iván y sus hombres; nos abrían camino para que los siguiéramos. Minerva tiró de mí y me colocó a sus espaldas en un gesto protector.

—¡Vamos! —gritó Bastián.

Avanzamos y llegamos a la esquina. Minerva pasó primero, así se lo indicó Bastián. Me colocó una mano en la cintura y me sonrió con cariño.

—Nos vamos, *principessa* —susurró Bastián.

Tenía una de las sonrisas más bonitas y puras que jamás hubiera visto, un brillo en los ojos que destilaba ternura. Él sí que era un príncipe.

Asentí y le devolví el gesto con todo el cariño y la gratitud que pude. Había venido a por mí. Siempre supe que lo haría. Miré al frente cuando me hizo un gesto con la cabeza para que continuara. Hasta que lo escuché.

El sonido a nuestras espaldas. El aliento de la muerte. Dejé de notar su mano, su contacto.

Bastián me empujó para cubrirme con su cuerpo. Recibió el disparo por mí. Caímos al suelo.

—¡No!

Lo empujé para que dejara de protegerme, pero él me rodeo aún más con sus brazos, creando una jaula a mi alrededor, aprisionándome con fuerza.

Noté los espasmos de su cuerpo al recibir cada bala. Al igual que noté cómo se me fracturaba el alma, cómo cada maldito trozo caía al suelo para hacerse aún más añicos.

Sollocé. Grité y lo abracé con fuerza para intentar girarnos. Yo llevaba su chaleco. Yo podría haberlo protegido.

Escuché los gritos en ruso, uno más agudo y desgarrador proveniente de Minerva.

—¡Sacadlos de aquí, joder! —gritó Iván.

—Bastián… ¡Bastián! —susurré levantado las manos para tocarlo.

Levanto la cabeza y me miró. Tenía esa sonrisa perfecta, la misma que me había dedicado el día que lo conocí.

—Dile que me ha salvado tantas veces que perdí la cuenta… Dile que esta vez me tocaba a mí.

Bastián suspiró cuando terminó de decirme aquellas palabras. Con sus últimas fuerzas, me soltó.

—Bastián…

Minerva llegó corriendo. Se dejó caer al lado de Bastián y comenzó a tocarle el cuerpo en busca de las heridas para intentar taponarlas con las manos.

Aquello no podía ser cierto.

No podía ser verdad.

Me miró por última vez, sonriendo, antes de buscar la mano de Minerva y llevársela a los labios.

—Te quiero, hermana —susurró con aquella sonrisa y con tanta paz…

Alguien me agarró por las axilas y tiró de mí mientras contemplaba aquella escena. Minerva se desmoronó y gritó contra su pecho cuando Bastián dio su último aliento. Enzo corría a por ella para sacarla de allí. La mujer se aferraba a Bastián, ignorando los disparos que llegaban sin descanso.

Y dejé de escucharlo todo.

No escuché nada que no fuera mi propia alma romperse.

No escuché las ordenes de Iván ni las palabras que Mikhail me susurraba al oído antes de pasarme el brazo bajo las piernas y alzarme en el aire, apoyándome en su pecho para alejarme de aquel lugar que se había convertido en mi infierno personal.

Echó a correr conmigo en brazos.

Vi la luna.

Las estrellas.

Vi a Gabi al otro lado de un muro oscuro esperándome con lágrimas en los ojos y los brazos abiertos.

Vi a Minerva caer de rodillas una vez más en el suelo después de que Enzo la soltara tras haberla sacado de allí a la fuerza.

—¿Dónde está Alexander? —pregunté. Nadie me respondió—. ¡¿Dónde está?!

—Sigue dentro —informó Enzo.

Minerva se puso en pie de un salto.

—¿Qué? —preguntó.

—¡Tenemos que irnos, y tiene que ser ahora! ¡Van a seguir llegando hombres! —exclamó Iván.

Miré a Enzo, buscando a la única persona que sabía que me ayudaría.

—Tienes que ir a por él —susurré. Gabi no dejaba de tocarme, de examinar cada una de mis heridas mientras decía algo, no sé el qué —. Tienes que traerlo —supliqué.

Minerva esquivó la mano de Enzo, que intentó frenarla, y se adentró de nuevo en la mansión.

—¡Minerva! —gritó.

—¡Tenemos que irnos! —repitió Iván poniendo a su mujer en pie.

—¿Qué te han hecho…? —Miré a mi hermana, su voz tan rota como la mía al hacerme aquella pregunta.

—Enzo… —supliqué una vez más.

Mi hermano me miró. No había dejado de hacerlo excepto para observar el lugar por el que se había marchado Minerva.

—¡Joder! —gritó, apretando la mandíbula antes de arrancarle a Iván su fusil de asalto de las manos y marcharse por el mismo camino que Minerva.

—¡¿A dónde vas?! —gritó Iván, antes de señalar a varios hombres y ordenarles que fueran tras ellos.

Los italianos, los hombres de confianza de mi hermano, también lo siguieron.

—¿Qué te han hecho, Mia? —repitió Gabriella.

—Nada que no pudiera soportar —contesté, soltando su agarre—. Nada que no duela más que perder a Bastián, o a Alexander, o a alguno de vosotros…



A los pocos minutos vi la mansión de aquel monstruo estallar en llamas antes de que varias figuras aparecieran entre el humo.

Sollocé cuando vi a Alexander portando aquella máscara de pesadillas, con Bastián entre los brazos. Minerva iba tras él y Enzo tiraba de ella.

—¿Nicole? —pregunté entre jadeos.

—Ahí dentro ya no queda nadie vivo —respondió Enzo.

Alguien me puso en pie y me metió en una furgoneta. Dieron igual los gritos que diera. Dio igual que suplicara una vez más.

Gabi me abrazó y sofocó todo el miedo, el terror y el dolor que tenía dentro.

Entonces todo se volvió negro.



60

ALEXANDER

Llegamos a la mansión donde Keyla, Andrei y varios hombres nos esperaban. El jet privado de Enzo estaba preparado a las afueras de la ciudad.

Mia seguía inconsciente.

No era capaz de mirarla.

Gabi, junto con un médico que acababa de llegar desde Italia, la estaban atendiendo. La habían bañado y curado.

Habían depositado el cuerpo de mi hermano con el mayor de los respetos en la parte trasera de una avioneta que volaría con Minerva y conmigo hacia Baviera. Allí vivía su madre, allí fue feliz y allí lo enterraría.

Maté a Ezequiel. Cuando subí a la planta de arriba, entré directamente en su dormitorio envuelto por los gritos de Keyla. Me esperaba con una grabación de Mia que se reproducía en una pantalla que ocupaba toda una pared; mientras Ezequiel amenazaba a una mujer con un cuchillo en el cuello. No pude hacer nada por salvarla. Por unos segundos me quedé en shock al ver todo lo que le habían hecho. Al escuchar los gritos de Mia a través de los altavoces.

Lo destripé como a un cerdo. Por Mia, por aquella mujer que no

conocía y que acabó muerta a mis pies. Por mí.

Y nada de eso me hacía sentir mejor, pero sí que me daba cierta paz, porque ella estaría a salvo.

Había perdido a mi hermano.

Mia estaba viva.



61

MIA

Cuando volví de la inconsciencia, lo primero que sentí fue la familiaridad de una mano rodeando la mía. Sabía quién era.

Abrí los ojos y miré a mi hermana. Estábamos tumbadas en la cama.

—Gabi —susurré para que despertara—. Gabi.

Mi hermana abrió los ojos y se incorporó de un salto. Me recorrió entera con la mirada y llevó la mano derecha flechada a mi frente.

—Ya no tienes fiebre —indicó. Negué con la cabeza para que dejase de tocarme—. ¿Te duele algo?

Arrojé las mantas que me asfixiaban a un lado y puse los pies en el suelo.

—¡Ten cuidado! Tienes heridas en los pies y has recibido mucha medicación.

Me sujetó por los brazos para empujarme con delicadeza y volver a tumbarme en la cama.

—¿Dónde está? —pregunté apartándola—. ¡Gabi! Puedo ponerme en pie y andar, joder.

—Pero…

—Para —supliqué—. Estoy bien.

—¡No estás bien! —exclamó cruzándose de brazos. Estaba segura de que lo hacía para evitar volver a tumbarme.

—Lo estaré—aseguré—. ¿Dónde está? —volví a preguntar.

Gabi hizo un mohín con los labios.

—Está de camino a Baviera. Van a enterrar a Bastián. —No dejaba de mirar al suelo—. Llegamos hace unas horas. Él tuvo que irse en la avioneta, pero no despegó hasta saber que estabas estable.

—¿Cuánto tiempo…?

—Has estado inconsciente desde anoche. La infección está controlada, pero estabas frita de fiebre cuando te sacamos de allí. —Su mirada estaba plagada de rabia, de las más pura y absoluta—. Has perdido doce kilos.

Asentí, y esperé a que comenzara a gritarme o a decirme lo estúpida que había sido por no llevar un arma encima, pero Gabi no hizo nada de eso. Siguió mirándome mientras se mordía el labio para no llorar.

—¿Y mi pequeña sobrina, cómo está?

Había olvidado por un instante que estaba embarazada de poco tiempo y esta situación no le habría hecho ningún bien.

Sonrió con alegría a la misma vez que con tristeza. ¿Era eso posible?

—El médico también nos ha atendido a nosotras. Está perfecta.

Asentí antes de darle el abrazo más fuerte del mundo. Gabi comenzó a llorar en el mismo momento en el que la toqué. Me arrojó los brazos al cuello y no me soltó en un buen rato. Amaba a mi hermana, con todos sus defectos y virtudes, pero tenía que irme. Ya sabía que ella y mi sobrina estarían bien.

Bajé después de cambiarme y obligué a Gabi a tumbarse un rato para que descansase. Se negó hasta que llegó su marido y la cogió en volandas para llevársela él mismo a la cama en la antigua casa de mi hermana.

Allí era donde estábamos, en la antigua mansión de Gabriella en Sicilia.

Enzo estaba en la cocina, con los brazos cruzados sobre la encimera y la cabeza apoyada sobre ellos.

Me senté a su lado y giró la cabeza para mirarme. Detuvo los ojos en cada corte. Lo sabía porque los sentía.

—¿Bien? —preguntó.

—Mejor.

No hacía falta que me dijera más. Sabía que ambos tendríamos una charla más adelante y que acabaríamos gritándonos muchas cosas a la cara, pero en ese momento…

—¿Nos vamos ya? ¿O necesitas descansar?

Se incorporó y le dio un último trago al vaso que había justo enfrente. Whisky.

—Voy a ir a Baviera —sentencié.

Miré a Enzo. Esperaba que me dijera que era una loca inconsciente y que de eso nada, que me gritase, que reventara el vaso contra la pared.

—Lo sé —suspiró antes de mirar la hora en su reloj—. Iré contigo.

Parpadeé varias veces.

—No dejaré que vayas sola a ningún lado en tu estado, y sé que amas a Alexander, al igual que sé que querías a Bastián. —No pude aguantar el sollozo ni las ganas de estrechar a mi hermano. Abrió los

brazos antes de que yo lo pensara. Me dio un beso en la cabeza y me sujetó con fuerza—. Además, yo también deseo estar presente en el funeral, rendirle mis honores. Sé lo que es perder a un hermano. Bastián te protegió con su vida. Le debo parte de la mía.



Enzo, Keyla y yo íbamos en un todoterreno. Los hombres de Enzo nos seguían en otro. La casa de la madre de Bastián se encontraba en un pequeño pueblo montañoso, a los pies de unas colinas cubiertas de flores silvestres. Aquel lugar era precioso. Entendía por qué Alexander lo había elegido para su hermano.

Transmitían paz. Esperanza.

Enzo tuvo que parar y preguntar en el pueblo. Nos dieron varias indicaciones.

No dejaba de estrujarme los dedos ni de mirar a la lejanía.

Hasta que los vi.

Tres figuras.

Alexander, Minerva y la que suponía sería la madre de Bastián.

Bajé del coche, acompañada de mi hermano y Keyla.

No fui capaz de mirar el agujero cavado en la tierra, no sin romperme más de lo que ya estaba.

Me coloqué al lado de Alexander y entrelacé una mano con la suya.

Oí el suspiro. Sentí cómo sus hombros caían, cómo su cuerpo se relajaba solo un poco. No sabría decir cuánto tiempo estuvimos así.

Minerva dijo unas palabras preciosas.

La madre de Bastián se arrojó a los brazos de Alexander, que no

soltó mi mano en ningún momento.

Enzo pronunció las palabras sagradas que reservábamos en la mafia italiana para los caídos con honor.

Keyla se mantuvo firme y con la cabeza baja.

Y yo… Yo lloré. Me rompí por dentro en mil pedazos antes darle las gracias en silencio. Lo perdoné por sacrificarse por mí. Lo perdoné por abandonarme de aquella manera, por no dejar que yo lo protegiera. Me entregó su vida. Me salvó.

Su muerte… La culpa…

Miré el agujero cavado en la colina, rodeado de flores silvestres. Recordé su sonrisa, sus bromas, su lengua desvergonzada. El brillo de sus ojos. La forma en la que protegía a Alexander, cómo consiguió que en solo unos días me sintiera una más de la familia.

Su muerte sería la mayor condena que jamás soportase y por eso lo perdoné allí mismo. Porque si él supiera que la culpa me carcomía, que me mataba cada segundo que pasaba, se enfadaría conmigo. Lo perdoné por abandonarme.

Jamás olvidaría a Bastián y no por su sacrificio, sino por su corazón y las mil sonrisas maravillosas que me había dedicado cada día.

No solté la mano de Alexander.

La hermana de la madre de Bastián llegó cuando nos marchábamos. No sabía si Alexander se quedaría unos días con ella, pero no pensaba alejarme. No lo dejaría solo. Nunca.

No hablamos. Ni siquiera me miró.

Enzo nos llevó hasta Múnich cuando Alexander dijo que iría a su casa.

Alexander, Minerva y yo íbamos en la parte trasera.

Nadie pronunció ninguna palabra.



62

MIA

Enzo prometió llevar a Minerva a casa y a Keyla a un hotel. Ambas debían descansar. Todos debíamos hacerlo.

Alexander seguía sin mirarme, sin tocarme, excepto por el contacto de nuestras manos.

Subimos en el ascensor y cuando las puertas se cerraron me soltó. Se llevó ambas manos a la cara para intentar borrar el cansancio.

—Deberías haberte ido con Enzo —dijo con voz cansada.

—Mírame —exigí dando un paso en su dirección.

Las puertas del ascensor se abrieron. Intenté detenerlo, pero se escabulló. Entró en la casa como una exhalación. Lo perseguí; notaba las heridas de los pies, pero soportaba el terrible dolor.

—Alexander, mírame.

Siguió adentrándose en la casa. Me ignoró. Sus pasos cada vez eran más rápidos.

Me fijé en cómo apretaba los puños y después los abría, cómo sus facciones pasaban del férreo control a la rabia más pura. Intentaba controlarse, intentaba no romperse.

—¡Mírame, joder! —grité. Me desgarré la garganta solo para que

dirigiese hacia mí sus ojos de una maldita vez.

Cuando eso pasó…

Vi la pena y la absoluta destrucción. Vi un dolor tan grande como la inmensidad de los océanos. Me recorrió el rostro, todo mi cuerpo, con la mirada por primera vez, desde la última ocasión que nos vimos. Y esa oscuridad, esa inmensidad, solo creció y creció. Me quedé sin aliento.

Apartó la vista y se puso en marcha de nuevo.

—¡Alexander!

Lo agarré del brazo de la misma manera que él había hecho conmigo cuando lo conocí.

—¡No puedo mirarte! —rugió con voz entrecortada.

Apartó el brazo de un tirón. Seguía sin hacerlo, seguía intentando alejarse de mí.

—Lo siento. Siento que tu hermano haya muerto por mi culpa.

Giró la cabeza como un látigo.

—Mi hermano hizo por ti lo mismo que yo habría hecho por él.

—Lo siento, Alexander.

—Para —susurró con voz ronca—. ¡Para de una vez!

—Entiendo que me odies, incluso que no puedas mirarme.

Intenté acercarme.

—No puedo mirarte porque lo único que veo es el infierno que has pasado por mi culpa —respondió antes de volver a apartarse—. No puedo mirarte porque jamás me perdonaré por esto. Ni por ti ni por él. Sois lo único que quiero en esta vida, lo único bueno y puro que había en ella. —Tenía la voz tan entrecortada que me costaba entenderlo—. Y mírate. ¡Mira lo que he traído a tu vida, a la de los dos! —gritó.

—Has traído valentía —sentencié—. Has traído…

—He traído dolor y miseria —escupió con rabia—. Estás así por mi culpa. No porque seas una Bianchi, sino por mí, joder.

Levanté el mentón.

—Volvería a pasar por ese infierno para llegar hasta aquí, a tu lado. —Esta vez me miró, y lo hizo como si fuera la primera vez. Sin ese arrepentimiento, sin miedo, solo con el amor más puro y desgarrador que había conocido—. Volvería a pasar por ese infierno si así pudiera volver a cruzarme en vuestras vidas.

—No te merezco, Mia Bianchi —susurró antes de dejarse caer de rodillas y apoyar la frente en mi vientre—. Nunca os merecí a ninguno de los dos.

Lo rodeé como pude. Entrelacé los dedos entre su pelo, le di mil besos en los lugares a los que podía llegar mientras sus sollozos inundaban cada oscura estancia de la casa, destruyendo el hielo y el orden, acabando con las máscaras.

Alexander era un hombre roto, arrodillado.

La vida había intentado quebrarlo y siempre se había defendido, siempre había luchado y, desde entonces, yo lo haría a su lado, lo haría por él.

Lo consolé durante horas. Me agaché para quedar a su altura para decirle cuánto lo quería, para susurrarle que sabía cuánto dolía, pero que estaría a su lado para curarle cada herida del alma.

Yo también perdí a un hermano. El dolor no te abandona ni tampoco las dudas de qué habría pasado si hubieras hecho algo, cualquier cosa.

Era la primera vez que lo veía llorar, la primera vez que lo veía romperse. Sabía que al día siguiente se levantaría y volvería a

enfrentar la vida con la misma ferocidad de siempre, que viviría solo para honrar la muerte de su hermano, que lo recordaría cada día con esa devoción que sentía por él.

Esa misma noche, antes de dormir, le pedí a mi hermano Luca que cuidara de Bastián y les recordé a ambos cuánto los amaba.



63

ALEXANDER

Jamás pensé que Bastián me dejaría.

Nunca imaginé la vida sin él.

A la mañana siguiente, cuando bajamos a desayunar y miré donde él solía sentarse…

Jamás volvería a hacerlo.

Era una tontería, solo una silla vacía, pero esa simple silla simbolizaba tantas charlas, tantas risas y discusiones. Aquella casa, aquella cocina… Todo, joder.

Seguía sin poder mirar a la mujer que había vendido su alma al diablo para estar conmigo. No la merecía, lo pensaba desde el primer día que la conocí y seguiría pensándolo el resto de mi vida.

Estaba cubierta de heridas y aun así intentaba lucir una enorme sonrisa, aun así me había obligado a bajar para prepararme el desayuno, aunque ninguno de los dos tuviéramos apetito. Si accedí fue porque ella tenía que comer.

Había perdido tanto peso… La rabia me quemaba hasta la boca.

Si no fuera tan egoísta, si mi hermano no me hubiera hecho uno de los mayores regalos del mundo al sacrificarse para salvarla, estaba seguro de que me habría pegado un tiro entre ceja y ceja

nada más sacarla de aquella casa.

Mia dejó un par de platos sobre la mesa. Tenían una pinta deliciosa.

Le cogí la mano y la besé con fuerza. Besé cada una de las heridas de su rostro antes de recordarme que el perdón a uno mismo también existía y que debería encontrarlo para poder estar con ella, para amarla como se merecía. Porque aquella mujer se merecía todo.

Ojalá pudiera volver a matar a todos los que la hicieron sufrir. Ojalá hubiera protegido yo su vida con mi cuerpo. Aunque no hubiera podido vivir una vida a su lado. Aunque ese solo pensamiento me destruyera por dentro, pero sabría que ambos habrían estado bien.

—Eh —susurró—, vuelve conmigo.

Volví a besarle la mano antes de hacerle un gesto para que comiera. Puso los ojos en blanco y pinchó un trozo de tortilla con fuerza, retándome a que la imitara.

Sonreí y la miré de esa forma que la ponía tan nerviosa, una que sabía que haría que sus mejillas se sonrojasen.

Ahí estaban, del color de las cerezas.

Le di un bocado en cada una de ellas, aguantando sus pequeños pucheros.

—Eres preciosa —susurré antes de volver a mi sitio y comenzar a cortar la tortilla.

64

MIA

Cinco meses después

Volví a asomar la cabeza por el resquicio de la puerta. El pasillo estaba a oscuras.

Alexander había salido a… trabajar. Desde la muerte de Bastián, solo se dedicaba a su trabajo como el Carnicero. Vendió Industrias Kane con la cláusula de que se respetara el puesto de sus empleados a no ser que estos infligieran alguna norma o principio de la empresa. Por supuesto, no les dijo a los nuevos dueños que la mayoría eran exconvictos. Yo había dejado el restaurante en manos de Antonio. Aún no había decidido qué hacer con él.

Entré en la cocina y di dos pasos sonoros. Esperé, agazapada. Nada.

Regresé a la puerta poco a poco, sin hacer ruido, y me asomé.

Sonreí cuando vi la sombra de Alexander Kane al final del pasillo. Se había quedado paralizado.

Portaba aquella máscara que sabía que me gustaba que llevara cuando me follaba a cuatro patas agarrada a los postes de nuestra cama, o en la cocina sobre la encimera, o en cualquier lugar y

superficie del planeta.

Me escondí y corrí en silencio para abrir el cajón de los cubiertos y coger un cuchillo. Intenté cerrarlo con cuidado, para que no me descubriese, pero cuando me di la vuelta…

Alexander Kane estaba a mis espaldas y esos ojos me devoraron viva. Me mordí el labio inferior, intentando no sonreír. Fracasé.

Negó con la cabeza antes de darme la vuelta y colocar mis manos sobre la encimera de la cocina. Me subió la minifalda de un tirón y se agachó.

—¿Piensas usar ese cuchillo? —susurró sobre la piel de mi culo.

—Umm —susurré cuando rompió el tanga nuevo de encaje y me dio una cachetada, provocando que ambos gimiéramos.

Pasó ambas manos por mis muslos, abriéndolos a su paso.

—Dime, cielo, ¿cómo prefieres que te folle, como a una *principessa* o como…?

—Quiero que me folles como sabes que me gusta y como tú sabes hacerlo —sentencié haciendo un puchero y arrojando el cuchillo lejos.

Alzó una ceja y me miró de aquella forma tan retorcida.

—Duro —gruñó.

—Duro.



65

GABI

Bajé la vista y solo atisbé la inmensurable barriga que impedía que me viera la punta de los pies. Joder.

Me sentía como una maldita foca varada en la orilla. Tenía los pies tan hinchados que las tiras de las zapatos de tacón se me incrustaban en la piel. Apreté los morros y recordé que debía aguantar con ellos un buen rato solo para callarle la boca a mi marido, el cual había sugerido que me pusiera unos zapatos planos. El desgraciado siempre tenía razón, pero yo jamás se la daría.

Escuché la risa sofocada de Enzo a mi lado. Giré la cabeza como un látigo para verlo espatarrado en la silla contigua a la mía, con una brazo apoyado en el respaldo. Me miraba de arriba abajo. Máximo, nuestro primo, intentaba con todas sus fuerzas no reírse también. Hijos de puta.

—¿No deberías de haberte puesto otro vestido más acorde…? —comenzó a preguntar mi querido hermano.

—No te gustaría terminar esa maldita frase.

—Gabi, las tetas se te salen por el escote —confesó asustado.

Sonreí.

—Lo sé, pero el vestido me cabe.

—Gabi, el vestido está a punto de suicidarse. Mi sobrina no puede respirar ahí dentro.

Volví a mirarlo y a asesinarlo con la mirada. Apunté a ambos con un dedo.

—Está radiante —añadió Iván con la vista al frente.

Enzo resopló y yo le hice un corte de mangas.

—¿Sabes? Deberías limpiarte la baba que se te ha caído cuando te has quedado hipnotizado mirándole el culo a Minerva.

Enzo tragó saliva y dejó de mirarme.

—Me obsesiona su maldito culo —susurró entre dientes antes de volver a buscarla con la mirada.

«Pobre Minerva», pensé antes de volver a centrar la atención en el altar.

Mi querida hermana decidió que quería casarse con Alexander de un día para otro, porque sí… porque la vida son dos días… Pero ¡la muy perra no había pensado que su hermana gemela estaba embarazada de treinta y dos semanas! ¡Que no tenía ropa y que debía viajar desde Rusia, joder!

Encima, mi futura hija había decidido que aquel día quería ser nada más y nada menos que futbolista. Me llevé la mano a la barriga cuando noté otra patada. Si seguía así, me mearía encima.

Miré a Iván. Solo necesité dos segundos para que él centrara toda su atención en mí.

—*Amore?* —preguntó cuando entrecerré los ojos y lo apunté con un dedo.

—Te odio.

—Eso dijiste la semana pasada y quedamos en que si te construía un nuevo campo de tiro dejarías de hacerlo.

—Pues ahora quiero más cosas.

—Dilo y lo tendrás.

Abrí la boca para comenzar a pedir por esta boquita, pero mi hermana por fin había entrado agarrada del brazo de nuestro padre.

Alexander

Mia iba… espectacular. No solo por el vestido amarrado al cuello que le dejaba toda la espalda al descubierto. Era ella al completo. Llevaba el pelo recogido en un moño alto. En las orejas lucía pendientes a juego con el collar de diamantes que le había regalado. Imaginé que serían cosa de Minerva.

Estaba preciosa y solo podía pensar en el momento en el que por fin nos quedáramos solos y pudiera arrancarle todo eso del cuerpo. Solo le dejaría los diamantes.

Entrelacé las manos justo delante de mi polla para que no se notara que, incluso mientras la esperaba en el altar y con la mirada de todos los invitados puesta en nosotros, estaba sufriendo una erección.

Mia sonrió como una gata salvaje cuando vio ese gesto. Era demasiado lista.

Le guiñé un ojo y recibí un manotazo de Minerva. Otra que me había pillado.

Le pedí matrimonio la noche que volvió a arrojarme un cuchillo directo a la cara.

Tanto la ceremonia como el banquete lo celebramos en la mansión oficial de Enzo, la que usaba para actos de la mafia. Al principio Mia se negó, quería que fuese una boda privada, y así fue. Enzo en ningún momento invitó a nadie que no fuera de la familia,

conocía demasiado bien a mi esposa como para saber que eso la enfurecería, aunque no invitar a todos los componentes de la mafia italiana lo dejara en mal lugar. Solo vinieron a los que su hermana dio el visto bueno. Desde el rescate de Mia, había cambiado.

Por mi parte invité a Kyle, Lev y Minerva. A la madre de Bastián también, pero no pudo venir. Minerva fue quien me acompañó al altar.

Después de pedirle matrimonio, viajamos a Italia para que ella pudiera contárselo en persona a su familia. En ningún momento pensé que había roto ninguna norma al no pedirle permiso primero a su padre o al Don de la familia. Bueno, sí que lo pensé, pero me dio igual. Ella fue mía desde el primer momento en que la vi. Por las amenazas que recibí por parte de mi suegro y la sonrisa diabólica de su hermano, averigüé que sí, que me había equivocado. Cuando sentí el arma en la sien, cortesía de Enzo, me quedó claro.

Menos mal que la *nonna* de Mia entró y sacó a su hijo de allí de un tirón de orejas mientras Enzo se carcajeaba de su propio padre. Pero la *nonna* volvió a por él y se lo llevó a base de amenazas.



66

MIA

Cuando abrí el regalo de bodas de Alexander en mitad del banquete no pude evitar sonreír. Era un juego de dagas de plata con nuestras iniciales entrelazadas. Negué con la cabeza antes de mirarlo.

Estaba tremendo con aquel traje negro y la barba perfectamente recortada. Sus ojos tenían un brillo imposible de explicar y su mirada siempre estaba puesta en mí, podía notarlo. Daba igual cuánto me alejara. Me sentía la mujer más deseada, afortunada y feliz del mundo. La verdad, estaba contando los segundos para escapar de mi propia boda y quedarme a solas con mi marido.

—¿Te gustan? —preguntó rozándome la mejilla; las observó de una en una.

Torció la cabeza de ese modo que me ponía los pelos de punta y provocaba que me mojara para él.

Asentí y lo miré con todo el deseo y el amor que sentía.

Se le oscurecieron las pupilas antes de volver a echar un vistazo a la zona donde se anudaba mi vestido. No había dejado de hacerlo en toda la ceremonia, suponía que pensando en si arrancar el lazo o desatarlo. Tensó la mandíbula antes de mascullar una ristra de palabrotas.

—Estoy deseando destrozar ese maldito vestido —susurró con la boca apretada tras mirar a mis espaldas.

Giré la cabeza para ver qué sucedía. Mi padre, Iván y Enzo se encontraban al otro lado de la sala; observaban a Alexander.

—¿Qué les pasa?

—Me amenazaron con despellejarme vivo si te ponía un dedo encima durante toda la ceremonia, banquete incluido —contestó con los ojos entrecerrados. No pude evitar reírme—. No te rías, tú padre ya me odia bastante.

—¿Por eso aún no me has arrastrado a un rincón oscuro? —pregunté con voz seductora.

—«Respeto» lo llaman ellos. —Los siguió mirando, retándolos.

Negué con la cabeza antes de llevar nuestras manos entrelazadas por debajo del mantel.

—¿Qué haces? —preguntó y volvió a depositar toda su atención en mí.

—Quiero que notes lo que te estás perdiendo —susurré cuando conseguí subirme el vestido con la otra mano sin que se notara.

Llevé nuestras manos a esa zona caliente y empapada. Deseaba que me tocara y que cumpliera la promesa de destrozarme el vestido.

Supe cuándo sintió lo mojada que estaba. Sus ojos se convirtieron en lava líquida, pero cuando escuchó el pequeño gemido que no pude evitar emitir al sentir el roce de nuestras manos se volvieron tan brillantes como aterradores. Y eso solo provocó que gimiera más alto.

Sonreí cuando me soltó para apoyar toda la palma en ese lugar y arrastrarla de arriba abajo.

—Estás empapada, cielo.

Asentí y me mordí el labio.

Llevó su otra mano a mi cuello y por fin me besó. Lo destruyó y conquistó todo con el roce de su lengua.

Los gritos y vítores de la *nonna* consiguieron que volviera a la normalidad.

—¡Por fin! —gritó mi abuela.

—Dame diez minutos y saldremos de aquí —susurró contra mis labios antes de apartarse.

Hice un mohín. Quería irme ya. Alexander llevó mi mano a su entrepierna y averigüé por qué teníamos que esperar.

—Cielo, si sigues sonriendo así, no podremos salir de esta sala nunca, joder.

No pude evitar romper a reír en carcajadas. Me llevé la mano a la boca y me lamí con disimulo los dedos. Alexander gimió sin ningún descaro.

—Ahora necesitaré media hora.



67

MINERVA

No había vuelto a ver a Enzo desde la noche que me acompañó a mi casa. Hacía cinco meses.

Había intentado con todas mis fuerzas no mirarlo, ignorarlo, pero aquella tarea se había vuelto imposible después de las dos primeras copas. Y no culpo a la bebida. Ese desgraciado presuntuoso estaba terriblemente atractivo. Era el diablo. No dejaba de sonreír, de hablar con todo el mundo… excepto conmigo.

Suspiré cuando vi cómo le hacía una reverencia a su *nonna* y la sacaba a bailar. ¿Por qué todos los trajes que se ponía le quedaban así? Lo peor era que sabía que lo que había debajo era más espectacular. Más grande y duro.

Mierda.

Me giré para comprobar que nadie me hubiera visto babeando por aquel egocéntrico y descubrí que su hermana Gabi me sonreía desde lejos. Me guiñó un ojo antes de susurrarle a su marido al oído.

Enzo

—La *bambina* sigue mirándonos —susurró mi *nonna* contra mi hombro.

—¿Estás segura? —pregunté con curiosidad, y la acerqué más para oírla mejor.

—Segurísima. Creo que deberías ir y hablar con ella —aseguró con un asentimiento de cabeza.

—*Nonna mia*, ya te he dicho que me robó y que después se fue como si nada.

—Eso es una nimiedad.

—Una nimiedad que me costó millones. Muchos millones.

—Bah, tienes dinero de sobra.

Apreté los dientes y me controlé para no mirar hacia mis espaldas. Dios santo, ese maldito día estaba convirtiéndose en mi infierno personal.

—Sí, pero llevas toda la boda de tu hermana pequeña comiéndotela con la mirada. Creo que deberíais tener un pequeño… acercamiento, ya me entiendes.

—No, no te entiendo—aseguré. Claro que la entendía, joder.

—Pues que tenéis que resolver esa tensión sexual o este lugar acabará volando por los aires.

—*Nonna!*

—No habrá ni una sola foto familiar donde mires al frente, joder.

Keyla

Puse los ojos en blanco cuando Gabriella volvió a amenazar a su marido con degollarlo por décima vez en lo que iba de celebración.

—Esto me aburre —informó Andrei.

Estaba sentado a mi lado con los brazos cruzados.

Después del entierro de Bastián, me había ido una temporada a Rusia para acompañar a mi amiga durante su embarazo. Esa fue la

excusa que me dije a mí misma.

Pero en ese corto periodo de tiempo, me había follado a Andrei. En el cuarto de vigilancia, contra el escritorio. Después, en la cocina mientras todos dormían y por último, en el coche donde supuestamente íbamos en modo vigilancia del recinto. También me folló contra la valla que delimitaba el perímetro.

No nos habíamos vuelto a ver desde ese último encontronazo, cuando desaparecí por… problemas. Y se notaba que estaba cabreado. Intentaba disimularlo, pero las miradas que me lanzaba…

—¿Qué quieres hacer? —pregunté con tiento.

Por fin me miró y, joder, sí que estaba enfadado.

Se puso en pie y me hizo un gesto con la mirada para que lo siguiera.

Por el camino vi que Mikhail y Milena discutían en uno de los pasillos que daban a las escaleras de la planta de arriba. Frené, pero Andrei me rodeó el brazo y tiró para que continuara.

Entramos en el baño de mujeres, me dejó pasar a mi primero y después cerró la puerta con fuerza.

—Quiero follarte contra el lavabo.

No me dio tiempo a reaccionar antes de que su boca impactara contra la mía.



68

ALEXANDER

Miré a mi esposa mientras dormía.

Jamás imaginé que mi vida acabaría así. Yo, casado, enamorado.

Conseguí sacarla de la ceremonia. No fue fácil. Tuve que soportar las miradas amenazantes de su familia, pero cuando me harté saqué la Glock que llevaba escondida en la chaqueta y la puse a mis espaldas para que Mia no la viera. Le lancé una sonrisa a mi suegro antes de salir por la puerta.

Putos locos Bianchi.

Cuando llegamos a nuestra habitación, Mia me arrojó a la cama. Me devoró. Nunca la había visto tan salvaje.

Había vuelto a ser ella misma y no solo eso, se había convertido en una mujer nueva. Segura de sí misma y valiente. Era perfecta.

Esperaba formar una familia con Mia. Me encantaría que mis hijos se llamaran como sus tíos, Luca o Bastián, pero si acabaran siendo niñas las amaría del mismo modo. Con toda mi alma. Criar a Bastián fue duro, pero no porque fuera malo o travieso, sino por nuestra situación.

Recordé que un día, mientras rebuscaba entre sus cosas cuando tuve el coraje de subir a su piso, encontré una carta. Tenía mi

nombre. La había escrito cuando tenía ocho años, era para un trabajo del colegio y decía así:

Me llamo Bastián y tengo un hermano mayor.
Se llama Alexander y es mi héroe, porque
siempre acaba con los monstruos.

Sonreí nada más leerlo.

Si él supiera que el héroe de aquella historia, de mi vida, era él. Él fue quien espantó a mis monstruos, porque sin Bastián mi vida habría sido solo oscuridad.

Volví a mirar a Mia. Le acaricié su mejilla. Era tan suave.

Mataría por ella. Daría mi vida por ella.

Nunca me soltó la mano. Cada día y cada noche que me rompía, allí estaba ella, en cada pesadilla.

Al igual que yo estuve a su lado y lo estaría el resto de mi vida, porque viviría cada día y cada segundo como si fuera el último solo por ver esas sonrisas que me volvían loco. Solo por ver esas mejillas volverse del color de las cerezas. Y a mí me encantaban las malditas cerezas.

AGRADECIMIENTOS

Gracias por acompañarme en la historia de Mia y Alexander. He disfrutado muchísimo con ella. He llorado y reído, pero sobre todo he amado a cada personaje. Ha sido una experiencia muy especial, y espero que hayáis sentido lo mismo que yo.

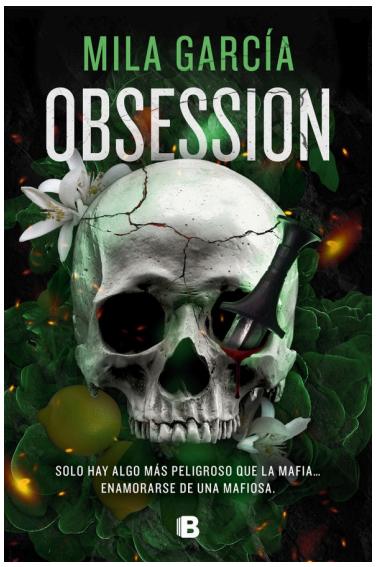
Gracias a mis lectoras cero por su apoyo infinito. Sois imprescindibles.

Lidia (@lidia_y_su_corte_de_libros), Bea (@bea_lalecora), Judit (@elarte.de.leer), Virgy (@vir_books87), Eva (@nextfeelings_books), Cristina (@elbaulde.tina), Janys (@lectorettejanys), Victoria y Esmeralda.

Y a todas mis lectoras y seguidoras, gracias por seguir a mi lado y por cada uno de vuestros mensajes.

Y, por supuesto, gracias a mi editora y a todo el equipo de Penguin Random House por vuestra confianza y apoyo.

Una misión: protegerla.
Una regla: no enamorarse.
La obsesión nunca fue tan peligrosa.



A Alexander Kane nadie lo conoce por su nombre, todos lo llaman el Carnicero. Tampoco conocen su rostro, pues cuando trabaja —torturando y asesinando a órdenes del mejor pagador— siempre lleva una máscara con forma de calavera que le cubre todo menos sus ojos de color verde esmeralda.

Mia Bianchi nunca ha querido tener nada que ver con los negocios de su familia, pero es difícil cuando tu hermano es el Don de la mafia italiana y tu hermana, la principessa del crimen organizado. Aunque ha intentado separarse de la muerte, esta la persigue. Y, por mucho que lo deteste, para escapar de ella necesitará la ayuda de un profesional…

Alexander debe proteger a Mia a toda costa. Pero esta misión se le complicará más que ninguna, no solo porque la amenaza que les persigue sea feroz, sino porque, en cuanto el sicario posa los ojos en ella, se convierte en su obsesión. Esto significa que el corazón del Carnicero, hasta ahora inexistente, ha empezado a latir.

Solo hay algo más peligroso que la mafia… enamorarse de una mafiosa.

Mila García nació en 1992 en Almería. Amante de la lectura romántica y fantástica, comenzó a leer con la saga de Harry Potter y desde entonces no ha podido parar. No recuerda cuando empezó su ilusión por escribir, solo sabe que su cabeza siempre ha estado llena de historias por contar.

A ciegas y sin miedo y Nunca fuiste tú fueron sus dos primeras novelas, tras las cuales se adentró en el género del mafia romance con *Redemption* y *Obsession*, ambas publicadas por Ediciones B.

Cuando no está leyendo o escribiendo, le gusta escuchar música y disfrutar de ella en directo. Es también amante de los animales, del McFlurry de oreo con caramelo, de la playa y de las puestas de sol.



Primera edición: julio de 2026

© 2026, Mila García
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Ilustraciones de interior de iStock

Diseño de portada: Maria Sapada
Ilustración de portada: composición fotográfica a partir de las imágenes de © Shutterstock y © Depositphotos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8481-1

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Obsession

Introducción

Parte uno. Pasado

1. Mia
2. Alexander
3. Mia
4. Alexander
5. Mia
6.Mia
7. Alexander
8. Alexander
9. Mia
10. Mia
11. Mia
12. Mia
13. Mia
14. Alexander
15. Mia
16. Mia
17. Alexander
18.Alexander

19. Mia
20. Mia
21. Mia
22. Mia
23. Alexander
24. Mia
25. Mia
26. Mia
27. Mia
28. Mia
29. Alexander
30. Alexander
31. Mia
32. Mia
33. Mia
34. Alexander
35.Alexander
36. Alexander
37. Mia
38. Alexander

Parte dos. Presente

39. Mia
40. Mia
41. Mia
42. Alexander

43. Mia
44. Mia
45. Mia
46. Alexander
47. Mia
48. Gabi
49. Mia
50. Keyla
51. Mia
52. Nicole
53. Alexander
54. Keyla
55. Mia
56. Alexander
57. Alexander
58. Bastián
59. Minerva
60. Alexander
61. Mia
62. Mia
63. Alexander
64. Mia
65. Gabi
66. Mia
67. Minerva

68. Alexander

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Mila García

Créditos